



La rendición de Lenin

Waltraud
García





© 2018 Fernando Bellón textos

© 2018 José M Sánchez (Txemacantropus) portada y maquetación.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la la propiedad intelectual (Arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

La rendición de Lenin

Una novela de

Waltrau García

Reconocimientos

La Rendición de Lenin habla de la caída del Muro y de cómo afectaron los preliminares y las consecuencias a una variedad de personajes alemanes y españoles. Todos son inventados, así como las peripecias en las que se ven envueltos. Pero el marco histórico es todo lo cierto y riguroso que pueden serlo las noticias y ensayos publicados a raíz de la crisis y desmontaje del sistema soviético.

Agradece la autora las revisiones del texto efectuadas por Hauke Wulfmeyer, de la RFA, y Marta Hofmann, de la RDA, así como la ayuda prestada por numerosas personas en la recopilación de libros y documentos

La autora se ha servido a discreción de hemerotecas digitales. El archivo *on-line* (en inglés) de artículos y fotografías de *Der Spiegel*, el archivo histórico de *The New York Times* y el de *La Vanguardia*, y una selección de páginas sobre la caída del Muro, sobre los servicios de información interior y

exterior de la RDA, de la RFA, de los norteamericanos y de los soviéticos.

También se ha documentado en los siguiente libros. *Beyond the Wall. Germany's Road to Unification*, de Elizabeth Pond; *The Role of the Masses in the Collapse of the GDR*, de Johathan Grix; *Ost-Berlin. Leben vor dem Mauerfall*, de Harald Hauswald y Lutz Rathenow. *Uniting Germany. Documents and Debates, 1944-1993*, de Konrad H. Jarausch y Volker Gransow; *The Magic Lantern. The Revolution of '89 Witnessed in Warsaw, Budapest, Berlin and Prague*, de Timothy Garton Ash, y *Stasiland. Stories From Behind the Berlin Wall*, de Anna Funder.

Esta novela la dedica su autora a Jannik y a Alma, españoles y alemanes.

Guía del lector

Los alemanes

Holm, Günther. Galerista de arte de la RFA.

Kapellu, Florian. Joven periodista de Berlín Este, corresponsal de la Agencia Nacional de Noticias de la RDA en Madrid.

Kapellu, Giselle (de soltera, Etwen). Profesora de música en una escuela infantil de Berlín Este. Esposa del anterior. Tienen dos hijos pequeños.

Kapellu, Lotte (de soltera, Pluschke). Madre de Florian y de Peter. Esposa de Rudi

Kapellu, Peter. Delineante en un *Kombinat*, empresa de suministro eléctrico, de Leipzig. Hermano mayor de Florian. Disidente activo contra el gobierno de la RDA.

Kapellu, Rudi. Policía contra delitos criminales de la RDA. Padre de Peter y de Florian

Riedel, Horst. Teniente general del Ministerio de la Seguridad Estatal de la RDA. Tutor de Florian y de Peter.

Schulze, Karlheinz. Agente durmiente del servicio de inteligencia exterior de la RDA. Posee una

agencia inmobiliaria en Alcocebre.

Skibinski, Christa. Novia de Peter Kapellu.

Los imprecisos

Micó, Olegario. Genial restaurador y copista de cuadros antiguos, empleado en la Vieja Galería Nacional de Berlín Este. Cenetista exiliado. Refugiado en la RDA tras la guerra.

Oliver, Julián (Micó) García. Empleado de una empresa de comercio exterior de la RDA. Luego, socio de Papá Amorós en el mismo negocio. Hijo de Olegario Micó.

Los españoles

Amorós, Papá. Empresario valenciano de exportación e importación, especializado en los mercados de los países del este de Europa.

Amorós, Rosa. Hija suya y esposa de Oliver.

Ángela. Periodista, funcionaria del Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM)

Cap-de-Canoa. Intelectual al servicio de

diferentes postores.

García, Agustina. Madre de Oliver y esposa de Olegario.

Moreno, Eduardo. Director de la sucursal de un importante banco español sita en el paseo de la Castellana de Madrid.

Yubero, Emilio. Teniente Coronel de la Guardia Civil, especializado en contra inteligencia.

Algunas noticias útiles para la lectura

Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst (ADN). Oficina General Alemana de Noticias, agencia de noticias oficial de la República Democrática Alemana. La institución correspondiente en la RFA era, y sigue siendo, la *Deutsche Presse Agentur*, DPA.

Berlin, Hauptstadt der DDR. Berlín, capital de la República Democrática Alemana, nombre oficial de lo que en Occidente se conoció por Berlín Oriental, o el Berlín ocupado por los soviéticos al final de la II Guerra Mundial.

Bundesrepublik Deutschland (BRD). República Federal de Alemania, RFA o Alemania Occidental.

Dederon, adjetivo satírico empleado en la DDR para referirse a todo lo relacionado con la vida en ella. El origen de la palabra es un nombre comercial para fibras de poliamida producidas en la RDA.

Deutsche Demokratische Republik (DDR). República Democrática Alemana o Alemania Comunista, Alemania Socialista o Alemania Oriental.

Deutsche Fernsehfunk (DFF). Televisión

estatal y única en la RDA.

Freie Deutsche Jugend (FDJ). Organización juvenil de la RDA.

Genosse, plural ***Genossen***. Camarada. Apelativo que sustituyó a *Señor* en la RDA.

Hauptverwaltung Aufklärung (HVA). Oficina Principal de Inteligencia, dependiente del *Ministerium für Staatssicherheit*. Agencia de inteligencia exterior de la RDA, equivalente a la CIA, el Deuxième Bureau o el MI5. Su equivalente en la República Federal Alemana es y sigue siendo la *Bundesnachrichtendienst*.

Hertzschrift. Libelo (*hetzen* significa agitar). Escrito satírico popular y espontáneo contra el poder establecido, que éste no puede reprimir con eficacia.

Honecker, Erich. Presidente del Consejo de Estado (Jefe del Estado) y Secretario General del Comité Central del Partido de la Unificación Socialista (SED) de la RDA. Sucedió a Walter Ulbricht en 1971.

Hoppegarten. Picaderos e hipódromos populares en los que los ciudadanos de la RDA practicaban la equitación, y donde se celebraban carreras hípicas.

Inofizielle Mitarbeiter (IM). Colaborador, informador de la STASI. No recibían sueldo, pero sí privilegios laborales o sociales.

Intershop. Tiendas o supermercados establecidos en las ciudades de la RDA, en las que se podían adquirir bienes occidentales sólo con divisas.

Kampfgruppe o Betriebskampfgruppen. Grupos de Lucha o Grupos de Lucha Empresariales. Milicias constituidas por obreros de las empresas del régimen, que apoyaban las fuerzas del estado para garantizar la ley y el orden públicos en la RDA.

Kombinat. En la RDA , nombre genérico de una industria de tamaño grande o medio de cualquier ramo de la producción, energía, metal, química, etc.

Kommerzielle Koordination (KoKo). *Coordinación Comercial.* Organismo dedicado a la adquisición subrepticia de material tecnológico embargado por Occidente a la RDA y a la recaudación de divisas mediante la venta de productos especiales. También comerciaban con bienes de equipo, antigüedades y objetos de arte confiscados, y hasta con prisioneros políticos. Formaba parte del Ministerio de Comercio Exterior y, ocultamente, su jerarquía formaba parte de la *STASI*.

Kommunistische Partei Deutschlands (KPD). Partido Comunista Alemán, fundado en 1918.

Disuelto en 1946 en el territorio ocupado por los soviéticos, para constituirse en el SED, fusionado con la organización existente allí del antiguo Partido Socialdemócrata.

Kulturbund. Asociación Cultural estatal patrocinada, dirigida y controlada por el gobierno con multitud de sedes, que servía de escaparate y difusor cultural. Era popular y de notable calidad, a pesar de sus limitaciones ideológicas.

Ministerium für Staatssicherheit. Ministerio para la Seguridad el Estado, cuyos funcionarios policiales más temidos y poderosos formaban la llamada STASI. La sede de la STASI estaba en la *Normannenstrasse* de Berlín, un imponente complejo de edificios situado cerca de la Avenida Karl Marx, antigua Avenida Stalin. La cárcel berlinesa donde encerraban a los disidentes peligrosos estaba en el barrio de *Hohenschönhausen*. En noviembre de 1989, el gobierno de Hans Modrow convirtió la STASI en AFNS, *Amt für Nationale Sicherheit*, Oficina para la Seguridad Nacional. Finalmente en febrero de 1990, el aparato de seguridad fue disuelto y sus grandes dirigentes encausados judicialmente.

Narodni Komissaryat Vnutrennikh Del (NKVD). Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos. Organización represiva del estado bolchevique para eliminar a los enemigos del

comunismo, en especial los burgueses y los propios miembros del PCUS desviados, a juicio de la camarilla dirigente. Luego se llamó *KGB: Komitet Gosudárstvennoy Bezopásnosti*, Comité para la Seguridad del Estado.

Nationale Volksarmee (NVA). Ejército nacional de leva, llamado “popular”, de la RDA

Nischengessellschaft. “Nichos sociales” que el Estado Socialista fomentaba, equivalentes a la “sociedad civil” apolítica de Occidente.

Office of Strategic Services. Servicio de Inteligencia militar norteamericano durante la II Guerra Mundial, antecesor de la CIA.

Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Partido de ideología trotskista, con arraigo en Cataluña durante la Guerra Civil Española. Fue perseguido por el PCE, entonces teledirigido por los soviéticos, y destruido con violencia.

Rote Armee Fraktion (RAF). Grupo terrorista creado en la RFA y que actuó con contundencia en los años setenta, hasta que fue desarticulado. Algunos de sus primeros líderes murieron en prisión en extrañas circunstancias. Gozaban del apoyo encubierto de la RDA, donde se refugiaron algunos de sus militantes.

SMERSH, SMERt' SHpionam. "Muerte a los

Espías". Departamento de contrainteligencia militar soviético durante la Segunda Guerra Mundial. En 1946 fue absorbido por el NKVD.

Sozialistische Einheitspartei Deutschlands (SED). Partido de la Unidad Socialista de Alemania. Dominante según la constitución, aunque existían otros partidos a efectos nominales. Sucedió al *KPD* en 1946.

STASI. Ver *Ministerium für Staatssicherheit*.

Valuta. Nombre que se daba en la RDA a las divisas fuertes extranjeras, en especial el marco de la RFA y el dólar USA.

Volkspolizei. Policía popular o convencional en la RDA. Sus miembros eran conocidos por *Vopos*.

Wende, Die. El Cambio. Denominación aceptada por casi todos acerca de lo que sobrevino en la RDA el otoño de 1989 y el año siguiente.

Florian Kapellu

El Muro Osmótico

Ante mis ojos se desmorona la muralla que circunda mi patria. Soy testigo perplejo de su demolición. Un deportado inocente. Me encuentro a miles de kilómetros de distancia. Hoy cumplo veintinueve años.

Los informativos de la televisión abren con las imágenes de una multitud de jóvenes exultantes encaramados al Muro. Algunos hacen ondear banderas de las dos Alemanias. Hay dos Alemanias. Yo pertenezco a la pobre y pequeña, a la gris, a la heroica.

Una bandada de pájaros carpinteros eufóricos picotean con martillos la pared impenetrable de hormigón. Los mazos rebotan como si fueran de goma. La construyeron políticos desesperados para disuadir a ciudadanos sin esperanza.

La pantalla muestra ahora un chorro de peatones, que se estrecha en el pasillo que conduce hacia una de las puertas del Muro, cautos por el anuncio de minas en la zona prohibida. Entre la multitud, pequeñas islas móviles de plástico: son los

cochecitos *Trabant*, y también los *Wartburg*, las estrellas enanas de nuestro rígido mercado automovilístico. El puente sobre el *S-Bahn*, el ferrocarril suburbano de la *Bornholmerstrasse*, está repleto de ciudadanos de la Alemania pequeña y pobre, ansiosos de entrar en el escaparate de la Alemania grande y rica. Creen que por fin se les han abierto las puertas del Paraíso. Un milagro.

El Muro que protegía el Socialismo está lleno de brechas por las que brotan *Staatsbürger und Genossen*, ciudadanos y camaradas. Se ha vuelto esponjoso, osmótico. Nadie ha disparado un solo tiro. Los blindados no han salido de los cuarteles. Un milagro.

Tumbada a mi lado en un sofá de piel falsa, una mujer a la que acabo de conocer se enjuga las lágrimas con un pañuelo de papel. Me ha dicho que se llama Carmen. Hemos ligado sin pretenderlo en una cafetería de Madrid hace unas horas.

La televisión lleva informando desde esta mañana sobre una noticia que marcará el fin del siglo: el Muro de Berlín se ha abierto ayer, la medianoche del 9 de noviembre de 1989.

Esta tarde del 10 de noviembre yo tenía una cita decisiva en una cafetería de la plaza de Canalejas de

Madrid. Llegué con mucha anticipación, y me puse a mirar la pantalla de un colosal monitor colgado en la pared del establecimiento. Empecé a musitar en alemán, mi idioma. Ni siquiera me daba cuenta. Estaba hablando con mi mujer, con mis hijos. Giselle jamás ha asistido a las manifestaciones que han estallado como bombas de relojería durante los últimos meses en Leipzig, Dresde, Magdeburgo, KarlMaxstadt y Berlín. Giselle decía que eran personas ansiosas de una *Münzerfreiheit*, una “libertad de bolsillo”. Supongo que quería decir libertad de mercado, que ella conoce bien, porque la sufrió en la RFA, donde nació. Pero yo estaba seguro de que ahora se encontraba allí, entre los pájaros carpinteros. Esta mañana intenté hablar con ella, pero no pude.

En la mesa de al lado de la cafetería, dos mujeres que merendaban chocolate con churros se me quedaron mirando. Debieron de imaginar que estaba rezando. Entablamos conversación. Les dije que soy ciudadano de la Alemania Oriental. Un ciudadano leal, no un fugitivo. No mencioné mi deportación. Al cabo de un rato, una de ellas se despidió. La otra, la que se llama Carmen, se quedó conmigo. De súbito me invitó a ir a su casa para ver con comodidad los informativos que hoy emite sin parar la cadena estatal. ¿Hemos ligado o es el acto de caridad de una española hacia un alemán cuya patria corre peligro de evaporarse? ¿Está evaporándose ya la RDA?

Son las nueve y poco de la noche. Carmen llora de emoción. Se ha puesto un pijama y se aprieta a mi lado en el sofá de polipiel de su pequeño cuarto de estar, en una casa indistinta del barrio de Quintana de Madrid. Dice que daría media vida por estar en estos momentos en Berlín, frente a la Puerta de Brandenburgo, conmigo. Yo no le he dicho que estoy casado. Apenas he hablado de mí. Lo he dejado todo en el aire, hasta mis sentimientos sobre la caída del Muro.

Estoy tan desconcertado, tan excitado, que haría cualquier cosa esta noche, con tal de borrar de mi cabeza las imágenes irreales que entran por mis ojos, la demolición de la muralla que protege mi patria. La de un exiliado inocente.

Soy Florian Kapellu. Soy periodista y alemán. De la Alemania pobre y pequeña, la gris, la heroica.

El Gran Flash Back

Desde la estación central de Leipzig hasta la casa de mi hermano Peter hay un corto paseo. Justo enfrente, comienza la *Nikolaistrasse*. Sólo es preciso caminar una manzana para llegar a la esquina del bloque leproso de su apartamento. En otros tiempos

fue una bella construcción de ese estilo imperial y *fin-de-siècle* germánico, anchas cornisas, falsas columnas antropomórficas que sostienen arcos, arquivitrabas, blasones y cabezas de seres ambiguos, dioses, faunos, o representaciones de burgueses desquiciados dispuestos a asolar el planeta con guerras y revoluciones.

¡Qué cosas se me ocurren! Estoy atrapado en la retórica literaria. Soy un mal periodista.

El parque que bordea la estación del ferrocarril parece ahora más descuidado que la última vez que visité la ciudad. El estado de los edificios que forman la Nikolaistrasse es lastimoso, peor que el centro de Berlín.

Me sorprende evocar estos detalles, que suelen pasar desapercibidos a un ciudadano de la República Democrática Alemana. Estamos tan acostumbrados al deterioro urbano que no reparamos en él. Somos como niños con una mamá fea: hasta que alguien no les hace caer en la cuenta de su imperfección, la ignoran, y tras un tiempo de sufrir en silencio, dejan de percibir la mácula, la terminan absorbiendo y vuelven a sentirse a gusto con mamá.

Es posible que la fealdad de Leipzig me confunda, porque hoy ha amanecido un día luminoso. El sol resalta los defectos. Una semana atrás cayó la

primera nevada, que no cuajó. Le sucedió un cielo limpio y una temperatura desusada. Me hizo recordar mi niñez, cuando se producía este meteoro y mi padre nos llevaba a Friedrichshagen, al este de Berlín, alquilaba una barca de remos y surcábamos el *Grosser Müggelsee*, el Inmenso Lago, rodeado de bosques tupidos como la fachada de una isla tropical. Mi imaginación infantil se alimentaba de los cuentos que nos solía leer mi padre, unos libritos viejos, impresos antes de la Gran Guerra, con ilustraciones fascinantes de las colonias del caduco imperio prusiano.

La imaginación. La fantasía. La infancia. Un mundo sin sombras.

En la esquina de Brühlerstrasse con Nikolaistrasse, sobre la fachada en chaflán curvo de la casa de Peter, destaca el anuncio de una peletería, *Brühlpetz*, con un zorrillo de neón mirando hacia abajo. Quintales de hollín, polvo y aburrimiento cubren los ornamentos arquitectónicos. El portal es la parte más sucia de la fachada. Los dos pequeños titanes retorcidos que reciben al visitante, apoyados en dos arquivraves volados sobre la puerta, necesitan un buen baño.

Mi visita es una cortesía forzada. Es Peter quien suele acudir a Berlín. Ahora, este noviembre de 1988, vengo a despedirme de Peter. A anunciarle algo

sorprendente e inesperado, sobre todo para mí, un lingüista: me han nombrado corresponsal de la ADN, la Oficina General Alemana de Noticias, *Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst*.

Voy a pasar la mayor parte de 1989 en España, Portugal y el Norte de África, con base en Madrid. En enero, el camarada Honecker visita oficialmente España. Daré cuenta de las circunstancias del viaje. Y cuando Honecker regrese, yo me quedaré en Madrid.

A mi hermano no le impresiona la noticia.

—A lo mejor te topas con el fantasma de tío Amadeus.

—¿Tío Amadeus?

—El hermano mayor de mamá. Fue brigadista. Murió en un campo de batalla español.

—No lo sabía.

Es cierto. Yo ignoro muchas cosas. Mi esposa suele decir que soy un optimista ingenuo. Alguna vez he sentido la tentación de preguntarle qué quiere decir, pero no me he atrevido. Es algo curioso, ¿verdad?, en un matrimonio de personas que se tienen una confianza ciega. La confianza debe ser ciega, al menos en mi país.

—Te voy a recomendar un ejercicio mental.

Peter es un consumado orientalista de base germánica. Ha leído a conciencia a Hermann Hesse y a Gustav Jung, a pesar de que son difíciles de encontrar en las bibliotecas de la RDA, y de un modo misterioso consigue libros de algo que en Occidente han empezado a llamar “Nueva Era”.

—Zambúllete en tus sueños —sentencia.

Calla, quizá esperando que yo le pregunte cómo o por qué o para qué. Pero no digo nada. Peter sigue con su discurso.

—Esta noche lo he intentado por enésima vez. Zambullirme en un sueño que me mortifica desde hace tiempo —dice con cierta ansiedad—. Es sobre papá. Le veo aparecer volando sobre mí, en un globo aerostático o en un paracaídas, no sé. Me hace señales, y yo me acerco corriendo. Pero cuando estoy cerca, una racha de viento lo arrebató y se lo lleva por un paisaje verde, con prados y casitas tirolesas. En realidad es una postal. De una serie de televisión de nuestros vecinos capitalistas. La vi una vez en Berlín, precisamente en tu casa.

—¿En mi casa?

—Sí. ¿Por qué te extrañas?

—Porque no tenemos la antena dirigida a Occidente.

—Pues te aseguro que fue allí.

—¡Qué raro!

Supongo que es una broma de Peter. A mi esposa Giselle le gustan algunas películas norteamericanas. Pero sólo las ve si se emiten en la DFF, nuestra televisión. El *Kapitalismus* tiene vetada la entrada en nuestro hogar.

—¿Y qué pretendes zambulléndote en el sueño de papá?

—Que me cuente la verdad sobre su muerte.

Papá, un teniente del departamento criminal de la *Volkspolizei*, la policía popular, que en Occidente llaman “Vopos”, murió en 1975 en un oscuro incidente del que mamá no quiso hablar jamás. No quiso y no pudo. Porque la pérdida de su esposo la sumió en un estado de depresión que terminó abatiéndola. Mi hermano Peter tenía dieciocho años y yo quince, cuando la internaron en un sanatorio para enfermos mentales de Prenzlau.

La muerte de papá, su ausencia, me afectó tanto que ignoré el ominoso silencio que se estableció sobre sus circunstancias.

—¿No te extrañó que nunca hablaran de papá como un héroe del *Sozialismus* asesinado por una banda criminal a sueldo del *Imperialismus*?

Esta fue la explicación que nos dio tío Horst a Peter y a mí. Pero nadie ni nada la ratificó. No hubo medallas a los dolientes deudos, no hubo entierro solemne. Discreción. Evasivas. Silencio.

Tío Horst no era pariente ni de papá ni de mamá. Había sido brigadista en España. Mamá aseguró a Peter en cierta ocasión que tío Horst había conocido a su hermano Amadeus, aunque nunca combatieron juntos. Tío Horst era entonces un joven comisario, dependía del Estado Mayor soviético. Luego se refugió en México. Según mi hermano, era un tipo intuitivo y no se sumó a los comunistas alemanes que acabaron en Moscú, en la dacha que los soviéticos habían reservado para el Comité de Liberación de Alemania, o en el hotel Lux, de donde salieron la mayoría de los fundadores de la RDA. Stalin eliminó a muchos de ellos. Mi fama es la de un ingenuo, pero estoy bien informado.

En la RDA, tío Horst trabajó desde el primer momento en el Ministerio para la Seguridad del Estado, el *Ministerium für Staatssicherheit*, la STASI. Todavía tiene un despacho en el Segundo Directorado, dedicado a la contrainteligencia. Aunque ha sobrepasado la edad de la jubilación, continúa

acudiendo a su trabajo, pero no con la asiduidad de sus mejores días. Dicen que es un buen amigo de Erich Mielke, el ministro, a quien conoció en España en 1937.

Se ocupó de nosotros desde que mamá fue internada en el sanatorio de Prenzlau. Como mi hermano era mayor de edad, se me permitió vivir mis últimos años escolares con Peter, en nuestra casita de la *Hultschinerstrasse*, en el barrio berlinés de *Mahlsdorf*. Un extraño privilegio en Berlín, donde la vivienda familiar era entonces un lujo sólo al alcance de una fracción de la sociedad. Tío Horst era mi tutor legal.

—No puedo explicar por qué —digo—, pero siempre he mantenido a papá al margen de las retóricas oficiales. Quiero preservarle de la contaminación política. Es mi vida privada.

—No te lo reprocho. Pero te recomiendo que salgas por un rato de tu forzada ingenuidad y hagas ese ejercicio de asomarte a tus sueños. Una vez que te hayas despertado, intenta recordarlos, recorrerlos. Hacia atrás o hacia delante. O a saltos. Los sueños carecen de dirección y de orden. Son sólo indicios.

Reprimo el deseo de cuestionarle el calificativo que me ha otorgado, “forzada ingenuidad”. Yo no soy ningún ingenuo. Sólo un tipo práctico, como la

mayoría de mis compatriotas, que se mantiene al margen de las razones de estado.

—¿Hasta dónde has llegado en el sueño de papá?

—A una oscura puerta que dice en el dintel: *HOCHVERRAT*. Alta traición.

—¡Eso es una pesadilla!

—Es una evidencia... Desgraciadamente.

—¿Evidencias en un sueño?

—No en un sueño. En la odiosa realidad. Es un informe en los archivos de la STASI de esta ciudad. Murió en Leipzig. ¿Te acuerdas?

Perfectamente me acuerdo. Odio Leipzig desde entonces. Por eso me resisto a visitarla. Nunca he entendido por qué Peter se quedó en ella después de su divorcio. Quizá es el momento de empezar a comprenderlo.

—¿Tienes acceso a los archivos de la STASI?

—No. Pero un amigo mío, sí.

—Prefiero no saber nada de tus amigos de la STASI.

—No te hagas el ingenuo, Florian —dale con la ingenuidad—. Todos tenemos amigos de la STASI. Todos los alemanes orientales somos en cierta forma la STASI, estamos obligados a defender la seguridad del Estado Socialista. No creo que te extrañe saber que yo soy IM.

Inofizielle Mitarbeiter, colaborador, informador de la STASI. Son una nube; hay tantos como avispas en verano. Me conmueve su confesión, aunque no me sorprende. Pero me molesta que lo revele. Está traspasando los límites del atrevimiento. Algo le sucede a Peter. De todos modos, en esta ocasión no estoy interesado, no debo estar interesado en saberlo.

Es algo retorcido, agobiante. Muy diferente a la angustia en la que le sumió la pérdida de su hijo. Murió al nacer. Según los médicos habría muerto al cabo de pocos años, porque padecía una enfermedad incurable. La esposa de Peter sufrió un colapso nervioso, y él tuvo que tomar la decisión de qué hacer con el cadáver del bebé. Le dijeron que al no haber cumplido las veinticuatro horas de vida, se le depositaba en una fosa común. Peter no había querido ver a su hijo muerto; intuyó que le ahorraría malos recuerdos. Aquel niño había existido sólo como una esperanza en el vientre de Sonia, inaccesible, impreciso porque no se habían puesto de acuerdo en el nombre y lo habían dejado para el momento en el que el niño tuviera cuerpo y rostro. Para Peter, que aquel

cadáver invisible se confundiera con otros muertos no supuso ningún dilema moral. Pero Sonia, al enterarse, se lo reprochó con violencia. Fue el principio del fin del matrimonio, algo casi lógico, previsible.

Pero su sombría actitud de hoy procede de algo que no deseo conocer.

Yo he heredado la complexión de papá. Mi hermano, la de mamá, una morena de ojos verdes, alta y hermosa. Él es ahora un tipo grande, aunque encorvado a pesar de su edad, treinta y tres años. Sus rasgos, sin embargo, son atractivos, pronunciados por su larga melena negra y ondulada, que suele amarrarse en la nuca con un lazo, formando una hermosa cola. Peter tuvo un accidente durante su juventud, cuando montaba a caballo en el *Hoppegarten* de Wuhlheide. No parecía haber sufrido ningún daño grave. Pero al cabo de los años descubrieron algo en su columna que ya era irreversible. Con el tiempo, Peter se ha encorvado poco a poco, como un viejo prematuro. Por eso se preocupa de su alimentación, hace ejercicios de yoga y busca el equilibrio de su conciencia, que él llama espíritu. Trabaja de delineante en un *Energie Kombinat*, la compañía de energía eléctrica. Pero pasa poco tiempo ante su mesa de dibujo. Como su espalda se resiente, obtiene largas temporadas de baja para hacer rehabilitación. Dedicar el tiempo libre a frecuentar ambientes llamados en Occidente “alternativos”, que en mi país no están bien vistos,

pero tolerados.

He llegado con la idea preconcebida de que Peter cocinará el almuerzo. Traigo una botella de vino búlgaro, como contribución. Al asomarme a la cocina siguiendo a Peter, que me ha ofrecido un café, me sorprende encontrarla desordenada, con la pila llena de cacharros sucios, y los hornillos cubiertos de mugre. El salón de estar, donde estamos conversando, no es un ejemplo de pulcritud germánica. El aparador y las mesas están llenos de periódicos y de libros. En el suelo hay cajas, y entre ellas lienzos de artistas amigos de mi hermano. Meses de polvo sajón lo cubren todo, como un manto protector. Peter dice que me invita a comer fuera.

Nos acercamos al centro de la ciudad, y entramos en un restaurante luminoso, bien decorado y atendido; al parecer uno de los escasos negocios privados autorizados en los últimos años en la RDA. Está repleto de gente, y sólo queda una pequeña mesa vacía que Peter ha reservado. Me dice que conoce a los dueños. La clientela es una muestra de nuestra clase media joven, predominante en el país, que se siente ajena al Sistema e incluso al *Sozialismus*. Son personas con una excelente formación. Pertenecen a la *Nischengesellschaft*, los nichos sociales que el Estado Socialista autoriza y que en Occidente llaman “sociedad civil.” Todos tienen trabajo, incluso un buen trabajo. Cobran unos sueldos considerables, pero

no pueden hacer otra cosa con sus ahorros que mantenerlos en la *Sparkasse*, la caja de ahorros, porque faltan bienes de consumo en que gastarlos.

Peter me dice que cada vez son más los que salen de sus nichos, unos para escapar a la RFA, otros para reunirse en las iglesias evangélicas de Leipzig y discutir sus problemas personales y sociales. Según él, va camino de convertirse en un movimiento de protesta pasiva. Los servicios de seguridad están muy interesados en esta novedad que encuentran peligrosa. En Berlín el asunto se comenta discretamente en algunos círculos que parecen dispuestos a imitar a los de Leipzig. Al verme dentro de aquel grupo de opositores que comen despreocupadamente en un restaurante privado, me parece que entre ellos y yo no hay ninguna diferencia. Pertenezco a su estamento, a su clase, si es que puede usarse este concepto en un país que las ha suprimido. Pero mis expectativas personales tienen que ver poco con las de ellos.

Peter dice que es posible que el restaurante esté lleno de micrófonos, pero de una tecnología obsoleta, de modo que en el barullo de los comensales podemos hablar sin miedo a que nos escuche el Gran Hermano Vigilante del *Sozialismus*.

—Yo soy leal a mi patria y al *Sozialismus*. Tengo confianza en que el futuro será mejor para todos —afirmo.

—La mayoría de estas personas también son leales al *Sozialismus*. Pero están afectados por el virus de la desconfianza, el *Skeptizismus*.

Al salir de nuevo a la calle, el tiempo ha cambiado. Un techo de nubes grises cubre la ciudad destartalada. Peter me pregunta si deseo que me acompañe a la estación. Es evidente que no tiene ganas, y le dispenso de la obligación fraternal.

A las dos tomo el tren de vuelta a Berlín. Lluve sobre la planicie sajona. En Wittenberg, al atravesar el Elba sucio y revuelto, por un instante aparece el sol. Miro hacia el oeste, a la ciudad de Lutero recortada en lontananza. Imagino al fraile agustino clavando sus tesis en la iglesia del castillo. No es más que una leyenda. Pero su inventor lo hizo para dar significado a la Reforma: el inicio del nuevo cambio, el punto de partida. En mi interior se entrelazan dos sentimientos opuestos, la angustia y la alegría.

Por la noche tengo pesadillas. Debo atravesar inmensas puertas en cuyo dintel está escrito: *HOCHVERRAT*. Me arrastra hacia ellas un viento helado. Al despertarme, me encuentro destapado. Giselle se ha llevado una vez más el edredón hacia su parte de la cama.

Mamá frente al lago

Durante los primeros meses del internamiento de mamá en Prenzlau, en 1976, tío Horst nos recomendó que no la visitáramos.

—Dejad que pase el tiempo y ejerza su trabajo curativo. Es mejor para los tres. Si la visitáis, sufrirá al marcharos. Y vosotros sufriréis desde el principio, al verla enajenada y sola, y al salir del sanatorio os sentiréis culpables. Está bien atendida. Tened la seguridad.

Mamá se llama Lotte Kapellu, de soltera Pluschke, nacida en un pueblecito de Franconia, hoy en la RFA. Nunca perdió el acento rotundo de esa zona.

En su juventud era alta y morena, de rasgos casi mediterráneos. Su padre, mi abuelo, a quien no conocí, era pastor protestante. Murió en Stalingrado, supongo que paliando los sufrimientos de los soldados de la *Wehrmacht* atrapados por los rusos.

Hoy es una anciana de sesenta y ocho años, víctima de Alzheimer. Su cara está llena de arrugas. Parece una octogenaria. Su pelo es blanco y lacio. Sus ojos verdes miran sin ver. Sólo se animan si se le muestra la fotografía de un niño, o si ve a un bebé de carne y hueso. Entonces sonrío y parece una exploradora del mundo remoto de los Santos

Inocentes, perdida en los pantanos de Mecklenburgo.

He venido a despedirme de ella, antes de mi comisión en el Sur de Europa. Me motiva el sentido del deber. Algo me dice que es la última vez que la veo con vida. La han trasladado a una residencia de ancianos en Röporsdorf, un pueblecito al sur de Prenzlau, a la orilla del lago *Unteruckersee*.

Llega en una silla de ruedas empujada por una enfermera vietnamita muy joven, casi una niña, que habla un perfecto alemán, con acento berlinés. Supongo que será segunda generación de una familia de víctimas del *Imperialismus* en Indochina.

Mamá me reconoce, y recibe mi abrazo y mis besos con afecto. Al comentarle a la enfermera que en la última visita mamá estuvo por completo ausente, la vietnamita me dice que esas recuperaciones son raras e inexplicables, pero suceden. “El cerebro es todavía un misterio para la ciencia”, asegura. Nos deja solos en el pequeño salón de estar. Conduzco la silla a la amplia ventana. En un hueco entre dos casas del pueblo se ve un embarcadero y una franja del lago.

Hago algunos comentarios sobre el clima, celebrando que el sol luzca entre las nubes. Aventuro que es un buen día para navegar en el lago, sólo por decir algo.

—Va a llover —dice de pronto.

Miro al cielo y, efectivamente, un capote negro lo cubre ahora casi por completo.

—Tu padre me está engañando con esa chica — dice luego, moviendo las pupilas hacia la puerta por la que ha salido la enfermera.

—¿Cómo puedes afirmar eso, mamá!

—No tengo pruebas. Pero lo sé. Lo huelo. Tu padre está harto de mí. Soy una dipsómana y una maníaco-depresiva. Es el diagnóstico oficial de los médicos. No sirvo como mujer.

Me escandaliza que lo afirme sin el menor pesar, como si informara de la enfermedad de una vecina.

—¿Tú sabes dónde está papá? —pregunto.

—Sí. Está muerto.

—Entonces, cómo te va a engañar con la enfermera vietnamita...

—¿Con qué enfermera?

—Con la que te ha traído.

—No. Con esa, no. A tu padre no le gustan las asiáticas —dice con la energía de una persona en sus cabales a la que han tomado por tonta—. Con la del

hospital de *Karlshorst*.

Papá resolvió un célebre caso de robo de drogas en un ambulatorio de ese barrio berlinés. En aquella época, la enfermedad nerviosa de mamá había empezado a apoderarse de ella. Bebía sin mesura, y caía en largos periodos de letargo anímico.

—Vosotros no lo sabéis. Pero vuestro padre tuvo varias aventuras amorosas, porque yo no le servía como mujer.

Me siento forzado a mirar alrededor, porque mamá ha hablado como si mi hermano Peter estuviera presente. Entonces digo algo estúpido.

—Eso pertenece al pasado, mamá.

—Las malas acciones del pasado son un lastre. Sentirse culpable nos acaba limpiando, ¿sabes?

—¿Por qué? —pregunto cada vez más perplejo. Mamá parece dueña de sus sentimientos, de su memoria, y animada por una lucidez pasmosa.

—Porque, si no me hubiera engañado, yo no le habría traicionado. Lo hice por venganza.

Die Rache, la Venganza. *Der Verrat*, la traición. En boca franca de mamá esas palabras suenan como redobles de ejecución.

La miro a los ojos. Está completamente cuerda. Esta lucidez podría durar unos minutos o unas horas. Sé que no está inventando nada.

De repente hace un puchero y se echa a llorar. Me abrazo a ella. Sus lágrimas empapan mis mejillas. Noto en ellas el roce de sus arrugas de anciana prematura.

—Si ves a tu padre, pídele perdón. Yo sé que no es un traidor. Nunca lo fue. Fui yo quien le traicionó, sin quererlo. Bueno..., sí, por despecho. Me sentía una mujer abandonada.

Después de un rato de silencio y angustia, cambia la luz exterior. Un rayo de sol se filtra entre los nubarrones y llega hasta el ventanal del cuarto de estar. Me siento noqueado. Miro de reajo a mamá, que ha regresado a su inexpresividad facial.

—Voy a pasar una temporada en el Mediterráneo. Me han hecho corresponsal de prensa.

No reacciona. Está mirando la huella de sol en el piso de madera. Al cabo de unos segundos levanta los ojos.

—¿Dónde vivirás?

—En Madrid.

La memoria, hecha de conexiones emparentadas, me sirve a mi tío el brigadista.

—¿Te acuerdas de tu hermano Amadeus?

—Perfectamente. Está enterrado en España.

—¿Sabes en qué frente murió?

De nuevo ha recuperado la lucidez. Es milagroso.

—No fue en un frente. Le fusilaron en la retaguardia.

—¿Los fascistas?

—¡Qué va! Los camaradas soviéticos.

La miro fijamente. Parece más cuerda que nunca.

—¿Por qué?

—Eso se lo puedes preguntar a tío Horst. Seguro que lo sabe... Mi hermano Amadeus debe de estar enterrado en el cementerio de un pueblo llamado Burjassot, en Valencia, de donde vienen las naranjas... ¿Han llegado ya a Berlín? Es la temporada. Otoño, tiempo de naranjas. Supongo que el camarada Honecker habrá reservado algunas divisas para endulzar el postre de los sufridos

ciudadanos del Estado que se enfrenta heroicamente a la agresión imperialista en Europa...

Tumbas abandonadas

Giselle dice que no debo preocuparme por las palabras de mamá. Ha leído que a los enfermos de Alzheimer se les van muriendo las neuronas, y las que quedan establecen conexiones que modifican los recuerdos.

—Tenías que haberla visto y escuchado. Parecía totalmente cuerda.

—Admitamos que lo estaba. ¿En qué te afecta a ti todo eso? Hoy. Aquí. A tu familia. Yo y tus hijos.

—No te entiendo, Giselle. La muerte de tu padre fue una tragedia para ti. ¿Cómo puedes pedirme que quede impertérrito ante esa avalancha de noticias de mi madre y de mi hermano?

—Precisamente por eso. No quiero que sufras como yo lo he hecho. Ni que odies como yo he odiado... Quizá tu hermano tenga razón. Él y su búsqueda de la energía metafísica... Florian, tienes por delante un año de aventuras imprevisibles. Aprovéchalo. Y si quieres, cuando vayas a España, visita ese pueblo, Búchasot...

—Burjassot. Lo he buscado en el mapa.

—Burjassot, y si encuentras en él la tumba de tu tío, pregúntale cómo murió... No es ninguna ironía, Florian. Te lo digo en serio. Es lo primero que haré cuando vuelva a Leverkusen, ir a la tumba de mi padre y preguntarle por sus últimos días. Haz caso a Peter, déjate llevar por los sueños.

—Zambúllete en tus sueños —corrijo—. No puedo quitarme la preocupación de encima, Giselle.

—Ven —dice tomándome de la mano.

Me levanta del sillón y me lleva al cuarto de los niños. Irene y Joseph. Ella y yo, pequeñitos. Despreocupados, con los ojitos cerrados y las boquitas abiertas, resoplando, sus pechitos alzándose y descendiendo impulsados por una fuerza motriz misteriosa, oculta.

—Míralos. Mira la vida en estado puro. Ellos son el presente. Y tenemos que hacer lo posible porque su futuro sea seguro y no les falte nada.

Al salir de la habitación, doy con el codo en una cajonera y cae de ella un *Sandmann* de plástico, el gnomo de capucha puntiaguda y barba de chivo de la programación infantil en la televisión, el símbolo de la infancia feliz del *Sozialismus*, el pequeño camarada Ulbricht, como le llama Giselle. Ella lo apresa antes de que golpee en el suelo y suene su pito neumático.

—¿Y si hablo con tío Horst? —pregunto a mi mujer mientras nos metemos en la cama.

—Deja que te responda la almohada.

—¿Le preguntarás si vienes a España conmigo?

—¿A quién?

—A la almohada.

—Todavía no estoy preparada para regresar al *Kapitalismus*.

Me besa y se queda dormida.

Dederon Way of Life

Durante la semana tengo mucho trajín burocrático con el pasaporte, la cuenta con divisas en un banco español, y conversaciones con los responsables de asuntos internacionales de la ADN. Me piden reportajes pintorescos. Nadie me habla de política. Aunque no soy periodista de formación, estoy preparado para ello. Conozco bien la historia reciente de Europa. He tenido acceso a las publicaciones no socialistas. Sé cuál es el trabajo de un corresponsal. Conozco sus limitaciones. Sin embargo esperaba unas líneas maestras que nadie me da. Al jefe del departamento le pregunto claramente

sobre este punto. Me contesta que si en algún momento Berlín necesita algo concreto de mí en ese sentido, una entrevista con un político de izquierdas, un resumen sobre la coyuntura económica, me lo requerirán. De momento, me uniré a la comitiva del camarada Honecker y describiré anécdotas humanas de la primera visita a Madrid de un mandatario de la Alemania Democrática.

Decido no hablar con tío Horst sobre esos enigmas terribles que mi hermano y mamá sacaron de la nada, y se afincaron delante de mí como un grupo escultórico de plomo colmado de símbolos amenazantes. Pero la víspera de mi viaje, tío Horst telefona a casa. Quiere que vaya a verle antes de partir. No a su despacho en *Normannenstrasse*, sino a su apartamento en Prenzlauerberg, el distrito de los jóvenes artistas.

Está en una manzana que acaban de revocar. Es un edificio de solidez escandalosa, de líneas rectas, cuatro pisos muy chatos con balcones sobresalientes y algunas ventanas redondas, un aire de Bauhaus mistificado. En las aceras hay unos pocos *Trabant* y *Wartburg* aparcados, pero la mayoría de los vehículos son *Lada* rusos. Aunque la nota llamativa son varios *Ford* fabricados en la Bundesrepublik, y algún *Volvo*. La zona se da un aire a Wanlitz, el suburbio berlinés donde vive la gente del Aparato.

Tío Horst me recibe ataviado de un batín de seda y el cuello abrigado por un pañuelo probablemente del mismo tejido. No es la licencia exhibicionista de un ex miembro del *Politburo*, sino una costumbre suya más vieja que la República Democrática. Todas las fotos que he visto de Horst Riedel le muestran pulcramente vestido, incluso las de la guerra civil española, con un chaquetón de cuero y una gorra de plato reluciente.

Debe de tener setenta y pocos años. El rostro curtido en mil batallas, literalmente hablando. No ha sido un hombre alto, y menos ahora que empieza a encogerse; visto de lejos es un viejito insignificante, pero a corta distancia se percibe en sus pupilas un caudal de energía que sólo se extinguirá con él. Su rasgo más característico son sus aladares dorados, teñidos con sumo ingenio, que bajan de lo alto del cráneo, calvo y reluciente.

—Me pregunto qué diablos hago yendo todavía a trabajar. ¡Por qué demonios no me licencio! —Dice, conduciéndome por el pasillo al cuarto de estar, cuya ventana enmarca las ramas desnudas de un olmo joven—. ¡Esta maldita gerontocracia acabará con el país!

Suelta una carcajada. Su afirmación suena a disparate en su boca septuagenaria, pero es acertada. Las nuevas generaciones del partido están hartas de

los viejos comunistas. Quieren su lugar en el aparato. Algunos, como los comensales del restaurante de Leipzig, quieren incluso humanizarlo con un antimaterialismo juvenil.

El cuarto de estar no es pequeño, pero lo parece, repleto de muebles y trastos exóticos, ordenados como en un museo. Media mesa de comedor está llena de pilas de libros y revistas en varios idiomas. Y sobre una mesita entre dos sofás, casi tapando una fotografía enmarcada y dedicada por Bertold Brecht, un ejemplar de *Fata Morgana USA*, el libro de fotomontajes del artista español José Renau. Tengo la impresión de que lo estaba mirando antes de mi llegada.

El apartamento está abarrotado de historia, como un museo o una biblioteca. Muchos de los libros están firmados por sus autores. De las paredes cuelgan cuadros auténticos. Una litografía firmada por Picasso, un pequeño lienzo de Willi Sitte, uno de los grandes artistas de la RDA, y un grabado con una *Crucifixión* de Renato Guttuso, un pintor comunista italiano. Pero la representación más llamativa y grande está colgada en un espacio del salón de estar que pertenece también al recibidor, un lugar de tránsito, ambiguo, equívoco. Se trata de un cuadro que siempre me ha fascinado, pintado por Gottfried Richter: una ciudad llena de rascacielos, con un parque atiborrado de personas, como hormiguitas, y

una enorme bandera roja casi enrollada en su mástil. El punto de vista de lo representado está a la altura en la que se encuentra la bandera, muy por encima de los rascacielos, como si estuviera colocada en una torre colosal. El título es *Fuerza Compacta o El Siglo Veinte*. Estoy mirando el cuadro con gran atención, cuando tío Horst regresa de la cocina con una jarra de café.

—Me pregunto qué te parece la decisión de prohibir la difusión de publicaciones soviéticas — dice, esclavo de una muletilla que le había dado el mote de *Herr Fragemich*, señor “Mepregunto”—. ¿No es una estupidez?

Le miro a los ojos con desconcierto.

—Lo es. ¿A ti también te lo parece?

Horst Riedel es miembro suplente del Comité Central del SED, el partido de la Unidad Socialista de Alemania. Ignoro si él es corresponsable del *Diktat* o si se ha opuesto a él, en el caso de que haya habido una votación.

—¿Recuerdas eso de "*Von der Sowjetunion lernen heisst siegen lernen*"?

Aprender de la Unión Soviética es aprender a vencer.

—Ha pasado a la historia. Ahora de la URSS nos llega la *Glasnost*. Y el Comité Central ha decidido que la *Glasnost* no es buena para el socialismo alemán. ¡Es ridículo!

Enseguida se olvida del tema, y me pregunta sobre mis expectativas. Le digo que estoy algo confundido, porque no he recibido instrucciones políticas.

—Eso tiene fácil remedio. Tú eres mi ahijado. Y cuando el Estado abandona sus obligaciones y no instruye a sus hijos, los padres tienen la obligación de hacerlo. Espero que no reproches demasiado la educación que has recibido desde que te apadriné. Tu padre lo habría hecho igual.

Mi papá, el traidor.

—Me pregunto si harías algo por mí... Me gustaría que me enviaras cada dos o tres semanas un informe con observaciones personales, auténticas, sin inhibiciones, sin retóricas ideológicas. Lo que ves. Lo que te parece. No sólo de política, sino de todo lo que te llame la atención. A lo mejor hasta lo utilizo para publicar algún artículo sobre España. ¿No te importará, verdad? Es un favor a un viejo brigadista.

No puedo evitarlo. Me sale de la boca como una explosión.

—¿Conociste al hermano de mi madre, al tío Amadeus?

Responde al instante, como si esperara la pregunta, impertérrito.

—Muy poco. Le vi en Albacete, el lugar de reunión de las Brigadas Internacionales. Luego, le perdí de vista durante unos meses. Yo estaba con los soviéticos, y él en el batallón *Thaelmann*.

—¿En qué frente murió?

—No murió en el frente. Le metieron en un lío, junto a otros brigadistas acusados de traición, y lo fusilaron en Valencia.

—¿Quieres decir que era inocente?

—En una guerra, casi todos los muertos son inocentes. Y si alguien lo era por encima de muchos, ése era Amadeus Pluschke. Confórmate con esta explicación. Entrar en detalles nos llevaría mucho tiempo. Cuando vuelvas de España, cuando conozcas ese país, lo entenderás mejor. Entonces hablaremos del asunto.

Enciende un cigarrillo de marca francesa. Aspira el humo con placer y tarda en expulsarlo, formando círculos con los labios.

—Me pregunto si también serías capaz de hacer una misión especial. Es un poco oficial y un poco no oficial, aunque no de mi departamento.

Hace una pausa, para estudiar mi reacción. Procuero no mover ni una pestaña.

—¿Tú conociste al profesor Renau, verdad?

—Sí. Frecuenté su casa en los últimos años de su vida. Estaba muy cerca de la mía, en Mahlsdorf.

—Lo sé. La calle era *Kastanienallee*. Un pequeño hotelito. Se lo cambió a un pastor protestante, que quería vivir en Karlshorst, más cerca del centro, porque era profesor de Teología en la *Humboldt Universität*.

—Otro vecino del barrio y yo éramos una especie de chicos de los recados cuando su alumna Marta Hofmann se peleaba con él. Era un viejo simpático, pero con explosiones de mal humor. A mí, sin embargo, siempre me trató bien. Yo le admiraba muchísimo.

—¿Nunca participaste en el Círculo de Dibujo con los otros jóvenes estudiantes?

—Él quería que lo hiciera. Pero el arte no era mi vocación. Sin embargo se empeñó en que aprendiera a dibujar, y lo hice.

—¿Conoces su *Fata Morgana*?

—Claro. Son unos fotomontajes impresionantes. El quería que se titulara “*American Way of Life*”. Yo le ayudé a recortar algunas ilustraciones. Estoy orgulloso de haberlo hecho. Me siento un hombre privilegiado.

—Están enviando todo su archivo a España. Una institución se ha hecho cargo de lo que sus hijos han querido ceder, que es prácticamente todo. Pero hay un problema... Se dice que algunos alumnos del Círculo de Dibujo hicieron una broma poco socialista. Un *Dederon Way of Life*. La forma de vida en la DDR. A espaldas del viejo maestro. Por error ha sido enviado a España. Nos gustaría que averiguaras dónde está y quién lo guarda. Queremos hablar con esa persona para que nos lo devuelva. En realidad no son papeles de Renau.

Luego de una pausa, me dice,

—Me pregunto si oíste hablar del *Dederon Way of Life* en *Kastanienallee*.

—No. Es la primera vez que sé de ese asunto.

—Sin embargo, eres la persona más adecuada para recuperar ese material vergonzoso para la RDA... Aunque, en realidad, debe de ser una colección de ilustraciones muy divertida. Quizá dentro

de unas décadas se haga famosa.

—Sobre los papeles del profesor Renau, te puedo decir una cosa... Yo guardo algunos.

Tío Horst me mira con interés.

—No tienen que ver nada con lo que tú buscas. Ese amigo del barrio que también iba a casa del profesor y yo nos dedicamos a rescatar del cubo de la basura lo que la esposa del profesor tiró después de la muerte de su marido. Tenemos películas reveladas, fotografías de los alumnos, y sobre todo de las alumnas. Fotografías artísticas. Cuadernos de apuntes en español. Papeles sueltos en español y en francés. Y también en alemán. Cartas protocolarias a la Administración del Estado o de la Ciudad de Berlín. Revistas y periódicos extranjeros. Si quieres verlo, le diré a Giselle que te lo traiga.

Antes de despedirnos me da las últimas instrucciones. Los informes periódicos se los tengo que entregar al enlace del Ministerio del Interior en la embajada de la RDA en Madrid, quien se los hará llegar por valija diplomática.

De pronto, como en un acto de prestidigitación, se echa mano a un bolsillo de la bata y extrae de él cuatro billetes de cincuenta marcos de la RFA.

—Me pregunto si vuelas desde Berlín

Occidental. ¿Es así?

Es una pregunta retórica. Sabe perfectamente que el único vuelo directo Madrid Barajas sale de Tegel, en la parte occidental.

Me tiende el dinero.

—Esto es para que te compres algo de ropa occidental en el *Kaufhof*, antes de coger el avión.

Mis manos no se separan de mis costados.

—Cógelo. Soy tu tío y tutor. Tengo la obligación de cuidarme de ti. Necesitarás vestir como un occidental. *Prêt-à-Porter*. Aquí la ropa está enemistada con la elegancia, pero no nos damos cuenta porque todos vestimos igual. Lo mismo que todos pensamos igual, ¿verdad? Somos un país de proletarios leales al *Sozialismus*. Pero en Occidente se da mucha importancia a la diferencia. Sobre todo en un país como España. Los occidentales visten una variedad de ropas y de estilos. Su pensamiento es así de frágil, libre, variado, como su ropa.

Cojo el dinero y le abrazo. Al hacerlo me parece que una infinidad de agujas se clavan en mi cuerpo.

En el recibidor, me toma del brazo y me dice en un tono de intimidad:

—¿Has oído hablar de un tal Oliver?

—¿Oliver? ¿Quién es?

—Espero que algún día lo veas por ahí. Tenme al corriente.

Aquella sucesión de confidencias y solicitudes me ha ido provocando cierta inquietud. Para disiparla, decido preguntarle directamente.

—¿Significa eso que voy a servir al HVA?

Hauptverwaltung Aufklärung, la Oficina Principal de Inteligencia en el Exterior. Yo había dado clases de español en su Escuela de Idiomas, antes de convertirme en periodista.

—¿Un espía? No, en absoluto. Si quieres hacerlo, es cosa tuya. Yo no tengo que ver nada con ellos. Ni siquiera conozco a su jefe, Markus Wolf. Yo pasé la guerra europea en México. Él estaba en Moscú, en el Comité de Liberación de Alemania. No me interesa el espionaje.

—Me pregunto si lo dices en serio —le lanzo.

—También me lo pregunto yo. Soy *Herr Fragemich*.

Y suelta una carcajada, abrazándome con fuerza.

Un tal Oliver

Algo amarga mi salida de Berlín. La sensación de que Giselle teme alguna mala, consecuencia de mi comisión como corresponsal en España. Un miedo relacionado sólo en parte con su fobia hacia el *Kapitalismus*. Tiene más que ver con nuestro matrimonio. Un miedo que emerge de la duda, de la inseguridad. ¿Duda Giselle de mi fidelidad? ¿Es tan importante la fidelidad? Se lo pregunto y me da un empujón, riéndose como una colegiala con varios pretendientes.

Esta sombra de amargura puede ser mi propio miedo más que el suyo. Cuando me propusieron la comisión, pasé varios días dándole vueltas. Luego de un tiempo informé a mi mujer del ofrecimiento. Lo acogió con alegría. Al expresarle mis dudas, el disgusto que me provocaba abandonar la familia durante unas semanas hasta que estuviera en condiciones de reunirse conmigo en España, como otros funcionarios, Giselle torció el gesto. Fue la primera vez que dijo eso de que “no estaba preparada para enfrentarse al *Kapitalismus*”. Entonces no había dicho “regresar”, como en la conversación posterior, que habíamos tenido a la vuelta de la visita que hice a mi madre.

Ahora que nos quedan pocas horas antes de mi partida a España, todas las palabras adquieren un

sentido especial, indefinido, y quedan grabadas en un área de la conciencia que no puede borrarse.

—Tío Horst me ha pedido que le envíe informes personales. No son para publicar. Le he preguntado si yo iba a formar parte del HVA.

—¿Qué te ha contestado?

—Se ha echado a reír.

—¿Estás preocupado?

—Sólo por ti y por los niños. No tengo ningún escrúpulo en servir a mi país, siempre que no me vea obligado a hacer cosas para las que no estoy entrenado. Tío Horst me conoce bien, y sabe que no tengo ninguna aptitud para el espionaje. Soy un buen traductor y un buen periodista. Nada más.

—Y yo soy una buena profesora de música, y dependo demasiado de mis alumnos. No intentes convencerme de que te acompañe. Además, le saldrás más barato al Estado si te pagan viajes a casa cada poco tiempo. Mantener a una familia alemana en el extranjero cuesta un chorro de *valuta*.

Divisas.

Giselle da clase de música en una escuela infantil de *Palisadenstrasse*, prácticamente a la vuelta

de la esquina de nuestra casa, un apartamento en la *Strausbergerstrasse*, a un tiro de piedra de la plaza de Lenin. Desde nuestras ventanas se intuye, porque está tapada por un gran edificio circular, la estatua granítica del padre de la Revolución, sujetándose la solapa con la mano izquierda, y el brazo derecho a lo largo del costado, la mano tensa, con el *Volkspark Friedrichshein* al fondo. Muy cerca de allí está también el monumento a los héroes caídos en la lucha contra el fascismo en España.

Revelo a mi esposa la enigmática evocación de tío Horst sobre un tal Oliver. En ese momento me viene un recuerdo a la cabeza que se resistió a emerger en presencia de mi tío.

—¿No había un tipo con ese nombre entre los alumnos del profesor Renau?

Giselle trabajó con el profesor en uno de los murales que realizó para la ciudad de Halle. Y también formó parte del grupo de jóvenes estudiantes de dibujo que acudían a su casa cada fin de semana. Tiene siete años más que yo. Me enamoré de ella siendo todavía un niño, en *Kastanienallee*. Ella tardó en darse cuenta. Yo había abandonado toda esperanza, y me había ido a estudiar Romanística a Rostock, cuando volvimos a encontrarnos en una conferencia en la sede berlinesa del *Kulturbund*, la Asociación Cultural de los intelectuales alemanes. Por primera

vez vio en mí a un hombre, aunque yo me veía todavía a su lado como un niño, un optimista ingenuo.

—Sí. Era español. Un tipo fantasioso. Decía tener facultades excepcionales. Visiones o algo así. Aseguraba que era un Hombre Osmótico.

—¿Qué es un Hombre Osmótico?

—Según él, alguien capaz de traspasar los umbrales de la conciencia de otras personas, de meterse en ellas, de cambiar de personalidad manteniendo la propia. Nunca supe si era un bromista o un chiflado.

—Supongo que tío Horst se referiría a él. Quizá en relación con esa serie de fotomontajes que hicisteis, la *Dederon Way of Life*.

—¿Qué es la *Dederon Way of Life*?

—Un *American Way of Life*, pero sobre las contradicciones de nuestro país, la DDR.

—¿Eso es algo que hacía ese Oliver? No tenía ni idea.

—No. La hacíais vosotros, los alumnos del profesor Renau.

—¿Quién dice eso?

—Tío Horst.

—No sé de dónde lo habrá sacado.

—No puede habérselo inventado. Sus fuentes de información son indiscutibles. Quizá lo hacían a tus espaldas.

—Lo dudo. ¿Cuándo? Yo estaba siempre allí...

—Pues no me lo explico.

Giselle arruga la frente en un gesto de esfuerzo mental.

—¿Recuerdas los disturbios de hace dos veranos? —me pregunta al cabo de unos instantes.

—¿La manifestación en *Unter den Linden*?

—Sí. Cuando los chicos gritaban el nombre de Gorbachov, y le pedían que abriera el Muro.

Repetían las palabras del presidente Reagan, que el 12 de junio de 1987 acababa de visitar Berlín Occidental. Le organizaron un discurso propagandístico al otro lado de la Puerta de Brandemburgo. Reagan gritó, “Mr. Gorbachov, abra usted esta puerta. Eche abajo este muro, Mr. Gorbachov”.

Poco después, los occidentales montaron un

concierto de rock delante del cercano *Reichstag*. Varios miles de jóvenes de nuestro Berlín se concentraron en la Plaza de París, delante de la Puerta de Brandenburgo, para escucharlo a lo lejos. La policía intervino y se organizó un buen lío. Pedían a gritos que Gorbachov obligara al camarada Honecker a abrir el Muro. Por primera vez, un soviético se había convertido en la esperanza de la juventud rebelde alemana.

—La tarde del concierto me encontré con Oliver —dijo Giselle—. Salía de la embajada soviética, en *Unter den Linden*. Hablamos un rato, y luego nos despedimos. Es la última vez que le he visto.

Si algún día me lo tropiezo en España, informaré a tío Horst. ¿Le diré a Oliver que mi tío está interesado en hablar con él? Pero, ¿cómo voy a saber que es Oliver? Quizá hasta se presente ante mí con otro nombre. Me siento tan extraño a esas circunstancias que decido olvidarme de ellas. Me limitaré a hacer mi trabajo y a redactar informes periódicos para tío Horst. En cuanto al *Dederon Way of Life*, lo mejor es no obsesionarme. Yo no soy un espía. No he sido ni siquiera un *Inoficielle Mitarbeiter*. Soy un optimista ingenuo.

Olegario Micó

Apocalipsis en Berlín

Llámesse superstición. Pero aquellas tres litografías me sirvieron de talismán durante cuatro años. Hitler, Franco y José Antonio. Fueron impresas a propuesta mía (al menos, dos de ellas) en la *Steineiger Druck und Verlagsanstalt Druckerei*, donde yo trabajaba como artista litográfico. Medidas estándar, 100 x 70. Los dos últimos, mi contribución a la avalancha propagandística nazifascista. Yo había llegado a Berlín como FTO, *Force de Travail Obligatoire*, varones con buena salud que los nazis sacaban de Francia para cubrir los puestos dejados por los obreros alemanes enviados al frente. Luego, me disfracé de falangista español.

Había clavado los carteles con chinchetas en una pared de mi habitación en el barrio de *Wedding*. Hitler, dominador, severo, estreñado. Franco, disimulando su baja estatura subido a un podio invisible, inseguro, desconfiado. Y José Antonio, con su cara de señorito redentor de obreros.

El talismán aparente de Olegario Micó. Debajo de esos carteles se hallaba mi verdadero talismán, oculto tras la rotundidad de las litografías: “El

Caballero de la Mano en el Pecho”, el lienzo original, auténtico, de Domenicos Theotocopoulos, el Greco. Consumado el Apocalipsis, si yo sobrevivía, ganara quien ganara, me había hecho un seguro con mi secreto.

En enero de 1945, el colorido de los talismanes visibles había palidecido como si el curso de la guerra los hubiera bañado en lejía. Los arranqué sin contemplaciones. Para ser exactos, les dirigí miradas asesinas durante unos minutos, y luego los arrojé a la estufa donde ardieron con las pocas astillas que había recogido aquí y allá para calentarme. Pero pude poner a salvo el talismán tapado.

Tres meses después ya no tenía paredes para colgar nada. Varios obuses rusos y un bombardeo nocturno de los americanos habían derrumbado el edificio.

Durante una semana me acogió Birgit, una alemana empleada en una panificadora del barrio, a la que había caído simpático. Su hermano era un sargento destinado en el frente ruso. Dos años antes, en uno de sus permisos, el soldado le habló con admiración de los españoles de la División Azul. Birgit me vino a buscar a mi apartamento y me invitó a comer. Yo estaba muy cansado, pero hice un esfuerzo y les largué mi cuento del rojo convertido en falangista. La convicción que a mí me faltó la suplió

su ciega voluntad de triunfo; tener en su casa a un converso era una prueba más de la victoria infalible. El sargento me dijo que trabajaba en la *Abwehr*, el servicio de inteligencia del ejército alemán, con un comandante excepcional llamado Reinher Gehlen, y estaban compilando una información valiosísima sobre el ejército soviético, que facilitaría su derrota. Stalingrado acababa de convertirse en la tumba de decenas de miles de alemanes. Las palabras de aquel soldado me sonaron a fanfarronada.

Con esa Birgit pasé, en febrero de 1945, los días imprescindibles para encontrar otro alojamiento, porque había brotado en ella una lascivia insaciable y me exprimía sin piedad. Una tarde, a la salida del trabajo, sin tener a donde ir salvo a su casa, decidí quedarme en una estación del Metro. Al día siguiente, ya era imposible moverse de *Mitte*, el corazón de Berlín, sin correr severos riesgos.

En abril, el humo y el polvo levantado por las bombas eran tan espesos que no se podía ver el cielo. El día 26, cuando la ciudad entera era un inmenso decorado de película de Murnau, cayó una tormenta sobre Berlín que extinguió algunos incendios. Pero el olor a carne chamuscada y húmeda fue todavía más apestoso.

Para entonces, yo compartía los sótanos en los que se refugiaba de día y de noche la población de

Mitte que, como mi barrio de *Wedding*, no era más que un solar macabro. ¿Yacería Birgit bajo una montaña de escombros o seguiría copulando entre las ruinas con los viejos y los niños sobrevivientes?

Durante tres años yo había vivido en la *Ruheplatzstrasse*, la “calle de la plaza de la Tranquilidad”, muy cerca de un cementerio. Ahora no había espacio seguro ni para los muertos. La industrias de la zona eran un objetivo militar prioritario: una fábrica de bombillas, una panadería industrial, una destilería de cerveza, una fábrica de chocolate, un taller de reparaciones, una fábrica de carburadores, otra de neumáticos, otra de productos químicos farmacéuticos... *Wedding*, el antiguo barrio proletario e industrial.

En *Mitte* la situación era peor, porque en él estaban los ministerios y los cuarteles generales. Me había quedado atrapado allí, cortadas todas las comunicaciones con el resto de la ciudad por las barricadas suicidas para detener el avance ruso. La imprenta *Steiniger* había sido arrasada por una lluvia de bombas dirigidas contra la Imprenta del *Reich*, situada a la vuelta de la esquina. No me habían despedido los nazis, sino los aliados, un sarcasmo bélico. Mi vida de trabajador forzado se convirtió en un audaz peregrinaje por calles llenas de escombros. ¿Dónde iba a dirigirme yo, un extranjero? No podía quedarme quieto en un refugio porque podía morir de

hambre y de sed. Nadie me iba a llevar alimentos y agua. Tenía que arriesgarme, como cualquier otro ciudadano, a hacer colas en los lugares de suministro, algo imprudente, temerario, pero inexcusable.

Ante todo, porque era de los pocos hombres en edad de combatir. La mayoría de los residentes eran mujeres y niños. Mis papeles de trabajador extranjero me habían sacado de varios apuros, pero a medida que el cataclismo llegaba a su cenit, las patrullas de fanáticos SS ignoraban argumentos y documentos, y colgaban a los varones que les venía en gana de una farola.

En segundo lugar, porque pasar horas en la calle me exponía a la metralla. En esos días de juicio final había visto escenas surrealistas. Un niño incrustado en una zanja, abrigado por un enorme capote militar, con una bomba antitanque en las manos. Tenía la orden de lanzarla contra el primer T-34 ruso que viera aparecer, o de correr hacia él con el *Panzerfaust* en la mano si era preciso. Una orden inaceptable para un niño, morir. Y lo contaba entre sollozos e hipos a quien le preguntara qué demonios hacía allí, esperando quizá la contraorden liberadora que nadie se atrevía a emitir. También había visto yo derrumbarse a cinco o seis personas en una cola de suministros, alcanzadas por la metralla. La reacción de los vivos fue ocupar los huecos dejados por las bajas.

El instinto, la casualidad, el destino o la fortuna me hicieron encontrar en la estación de metro de *Kochstrasse*, bajo una irreconocible *Friedrichstrasse*, a Ramírez. Estuve a punto de arrodillarme en el mismo andén atiborrado de gente y dar gracias a un Dios en quien sólo creí de niño en Fontanars dels Alforins, el pueblo valenciano donde nací. Ramírez era prácticamente mi única garantía de salvación ante la inminente entrada de los soviéticos.

Hasta ese momento, en los años pasados en Berlín como trabajador extranjero enviado a la fuerza desde Francia, transformado en falangista español, todo había ido sobre ruedas. Me había aprovechado de la información obtenida de un grupo de verdaderos falangistas españoles con quien tropecé en Berlín. Eran trabajadores especializados en mecánica, y la *Wehrmacht* les envió a Letonia. Trabé amistad con uno que se quedó en Berlín por razones de salud, y le hice creer que había decidido cambiar de bando, un rojo que se hacía fascista. Cuando él regresó a España, me encarné en la sombra que había dejado en una ciudad que aún conservaba su embrujo.

Los españoles que llegaron a la fuerza, como yo, a Berlín, republicanos refugiados a quienes la invasión nazi había sorprendido en Francia, no tardaron en saberlo y me dieron la espalda. Era algo previsible. Sólo Suso Ramírez y Pepe Quevedo sabían que mi conversión era una farsa, que estaba

trabajando para la resistencia antinazi.

Alguien me dijo que Quevedo había muerto. Mi última esperanza era Ramírez. Había sido un idiota por no haberme procurado algún salvoconducto más seguro. No lo hice, porque me parecía imposible sobrevivir a aquella ordalía; de hecho, la abrumadora evidencia de la muerte fue la causa de mi temeridad, no tengo madera de héroe.

El encuentro en la estación de *Kochstrasse* fue providencial. Me pareció que alguien movía los hilos de mi salvación desde arriba. Los hilos siempre se mueven desde arriba, llámese la mano Dios-Vaticano o *Politburo-Kremlin*. Le confesé a Ramírez que estaba al límite de mis fuerzas, que si no llega a aparecer me habría dejado aplastar por un tanque soviético.

“Nunca hay que pensar que la guerra es una maldición, sino un generador automático de heroísmo. No tienes que olvidarte de recoger tu ración diaria de supervivencia”, me dijo. El optimismo de Ramírez era a prueba de bombas, literalmente.

Propuso que nos dirigiéramos a la embajada española, evacuada por los fascistas, pero que seguía siendo el refugio diplomático de un país neutral. Los trabajadores forzados republicanos estaban colándose en ella, a salvo de las SS, a la espera de la victoria soviética.

Intentamos huir a través de los túneles del Metro, pero el caos en los subterráneos de Berlín era todavía mayor que en la superficie.

En uno de los intentos topamos con un SS que debió de reconocernos como extranjeros y nos dio el alto en francés. Resultó ser uno de los forzados del *Service du Travail Obligatoire*. Trabajábamos juntos en la *Steineiger Druck und Verlagsanstalt Druckerei*. Nos preguntó dónde íbamos y le dijimos la verdad.

“Huís hacia la vida. Yo, hacia la muerte”, nos dijo, sin que en su voz hubiera el menor eco de locura. Nos contó que formaba parte del *Sturmbatallion Charlemagne*, y que iban a lanzar una contraofensiva en *Neukölln*, para intentar romper el cerco. Nos dio algunos consejos prácticos, y se despidió con un “¡Viva la República!” en español que nos dejó perplejos.

Pudimos llegar a la *Postdamerplatz*, y desde allí, bordeando el *Tiergarten*, alcanzamos una *Lichtensteinallee* con restos carbonizados de árboles, rodeando el palacete de la embajada española. Fue un recorrido dantesco. El bosque del Jardín Zoológico estaba arrasado, el humo de los incendios de la ciudad cubría el parque. No pasaba ni un segundo sin que sonara una explosión. La gente que ocupaba el palacete de la embajada había cosido trapos de colores y fabricado algo parecido a una bandera republicana,

y la habían colgado del balcón de la fachada, tapando casi por completo las cuatro columnas del pórtico.

Si no llego a entrar acompañado de Ramírez, me habrían echado a patadas, y me habría tenido que enfrentar a las fieras sueltas del Jardín Zoológico o a las patrullas de combatientes fanáticos. Escucharon sus explicaciones, pero sólo convenció a unos pocos. Acabó con un rotundo “Yo respondo por él”, que surtió efecto. De pronto apareció Pepe Quevedo por una puerta y se quedó mirándome desde detrás de los reunidos. Se llevó una mano a la boca y la cruzó con el índice, mirándome con calma.

Tras unas jornadas infernales, la intensidad del fuego cesó casi por completo. Uno de los refugiados se subió al tejado con unos prismáticos, y enseguida se puso a dar voces: “¡La bandera rusa en el *Reichstag*! ¡La bandera rusa en el *Reichstag*!” Alguien le contestó desde el piso de abajo, “La bandera rusa, no, *carahigo*. La soviética. ¡Es que los anarquistas sois anacrónicos de la leche!”

Años después, en una exposición de fotografías de aquellos días aciagos, me enteré de que el nombre del soldado que colgó la bandera soviética de una cornisa del *Reichstag* era Meliton Kantarija, y el fotógrafo de la célebre instantánea, Yevgeny Khaldei. Un camarada me explicó en voz baja que la fotografía original la tomó un reportero anónimo desde un avión,

y que la famosa fue un montaje preparado por el Estado Mayor soviético.

La ciudad se rindió el dos de mayo, y aquel mismo día por la tarde se presentó en la embajada una patrulla soviética. Nos sacaron a todos del edificio, nos metieron en un camión, sin que mediaran muchas explicaciones, y nos llevaron a uno de los pocos edificios que quedaban en pie, en el barrio de *Treptow*.

Los que se habían manifestado como enemigos míos, me sonreían con sorna. Sus ojos me estaban diciendo, *“te s’ha acabao’l chollo, fachista, traidor”*.

Nos separaron en grupos de a dos. A Ramírez le tocó con otro español, a mí, con uno de los que me odiaban. Casi me desmayo. A Quevedo le perdí de vista al subir al camión.

Un mongol se quedó conmigo y con el otro español. Los demás desaparecieron en un laberinto de pasillos. Al cabo del rato surgió un pelotón de mongoles custodiando a un grupo de alemanes que parecían prisioneros, pero no soldados.

Crucé la mirada con uno de ellos y de inmediato le reconocí. Era un comunista de Wedding llamado Franz, que daba por muerto hacía meses. Él también me reconoció, pero contuvo sus sentimientos.

Nos condujeron a una oficina. Franz se puso a hablar en voz queda con un oficial del *Smersh*, la inteligencia militar soviética. De vez en cuando levantaba la vista hacia mí. Mi compañero me dio con el codo. “De ésta no sales, cabrón”, murmuró.

Al cabo me hicieron gestos de que me acercara, y me indicaron que entrara en una habitación pequeña como una carbonera, sin ventanas e iluminada por una bombilla de veinte vatios. Al cerrar, atrancaron la puerta. Se me descompuso el cuerpo. No sé cuánto tiempo pasó.

Me sacó de la carbonera un ruso muy joven con insignias de oficial. “¿Ets Olegari Micó?”, me preguntó muy serio. “Sí”, contesté desconcertado por el idioma que salía de aquel uniforme soviético. “¿Pots demostrar-ho?” “No. M’hauras de creure. Li ho pots preguntar al Ramírez i al Quevedo.” “Ja ho he fet.”

Entonces relajó la dura expresión del rostro y me miró sonriente. “M’han dit que has sigut valent en la resistència.”

Era uno de los republicanos españoles que se había alistado en el ejército soviético. Llegó a Moscú con catorce años, y ahora no tendría más de veinte.

Me llevó con el grupo de los refugiados de la embajada que consideraban limpios. Se nos dio a

elegir entre quedarnos en Berlín, volver a Francia o ir a Rusia. La mayoría optaron por regresar, unos pocos decidieron probar suerte en Rusia, y Quevedo, yo y dos más, dijimos que queríamos quedarnos en Berlín. Quevedo y yo, en la parte soviética. Los otros, en la francesa.

Pasé el verano y el otoño sirviendo a ratos de traductor del español al alemán en los interrogatorios de los pocos españoles fascistas que habían capturado. Durante un tiempo no supe qué hacer. A veces me echaba a la calle y me unía a los grupos que desescombraban la ciudad, compuestos la mayoría por mujeres, las llamadas *Trümmerfrauen* o mujeres de las ruinas. Por las calles circulaban camiones a velocidad muy lenta con altavoces que transmitían consignas. Una de las más chocantes era “aprender de la Unión Soviética significa aprender a triunfar”.

En el invierno de 1946 encontré acomodo en una habitación en el barrio de *Treptow*, menos arrasado que el resto de Berlín. Conseguí un cartelón de Stalin de los que los rusos pegaban en los edificios, y lo clavé a la pared. Al cabo de unos meses me hice con un cartel de Pasionaria. Al pincharlo con las chinchetas, se me escapó una risa sorda, y mientras alisaba el cartel para clavarlo por abajo, murmuré: “Si me hubieras conocido, Dolores... cuando cotizaba en la Casa del Pueblo de la CNT de Torrent. Pero ahora, soy camarada tuyo. ¡Salud!”, y me llevé el puño

izquierdo a la sien.

Un día fue a verme Franz y me dijo que tenía que quitar los carteles de la pared. “Vas a volver a ser el falangista incombustible. Te necesitamos como informante en la zona americana.” “¿Como espía?”, exclamé. “No exactamente. Pero casi. ¿Aceptas?”

Acepté porque no me quedaba otro remedio. Fue una buena decisión, la de un leal comunista puesto a prueba.

Los rusos me indicaron dónde podría encontrar a Birgit, me pidieron que fuera por allí y me hiciera el encontradizo. Y que me pegara a ella como a una lapa, a la espera de acontecimientos.

La mujer había perdido la furia ninfómana. En realidad se la habían quitado los rusos a fuerza de violaciones. Era horrible que yo tuviera que agradecer atrocidades. En aquellos días la normalidad se había evaporado. Lo extraordinario, lo bárbaro, lo insoportable se había convertido en rutina.

Birgit se disponía a trasladarse a Múnich. Al verme, se puso muy contenta, y me pidió que la acompañara. Estaba exultante. Por pura casualidad había conseguido de los rusos un pasaporte. Un amigo surgido de la nada se lo había proporcionado, y también podría conseguirme a mí otro documento de viaje.

Esta previsión se cumplió inexorablemente, porque el guión lo habían escrito en el cuartel berlinés de la *Smersh*.

Birgit no tenía ningún plan en Múnich, salvo el de reunirse con su hermano. Entendí el interés de los soviéticos. Pero también que me iba a meter en la boca del lobo. En el último encuentro que tuve con el agente soviético Franz, me dijo, “Será divertido.” Lo fue.

En la estación de Múnich, que en comparación con las de Berlín parecía nueva, nos estaba esperando Immanuel, el hermano de Birgit. Nos llevó en un *jeep* norteamericano a *Oberammergau*, un lugar que tenía aspecto de campo de internamiento. La boca del lobo. Aquella noche, cuando Birgit se había ido a dormir, Immanuel me preguntó si estaría dispuesto a formar parte de la “Operación *Crossword*”. Sin siquiera preguntarle yo de qué se trataba, me dio todos los detalles de la misma. Se trataba de formar a millares de personas procedentes de los países ahora ocupados por tropas soviéticas, en el Este de Europa, para que ejecutaran sabotajes y labores de información e inteligencia a favor de la Organización *Gehlen*. Les llamaban los “Hombres V”, aunque también había mujeres, y constituían todo un ejército.

Pregunté a Immanuel en qué podría yo serles útil. Me dijo que si yo aceptaba (las contrapartidas

económicas eran fabulosas en relación con los salarios del tiempo) me podrían enviar a la URSS con documentación falsa para que me infiltrara en los medios de los comunistas españoles. Además, podía servir como instructor en la “Operación *Crossword*”. ¿De qué?, le pregunté. De lo que puedas enseñar mejor. A dibujar, dije. *Prima!*, “¡Estupendo!”.

Los nazis fueron unos espías malísimos. A los rusos esto les resultó tan desconcertante que temieron una maniobra de la *Abwehr*, el servicio secreto militar, siempre en conflicto con los servicios de inteligencia de las SS. Los norteamericanos, sin embargo, debían de ignorar esta incapacidad, quizá congénita de superhombres tan conscientes de su infalibilidad que no pierden el tiempo en construir falacias. La *Office of Strategic Services*, antecesora de la CIA, corría con todos los gastos. Me enteré de que el ahora general Reinhard Gehlen y un grupo de los suyos habían escondido toda la documentación reunida sobre los soviéticos, y se la habían entregado a los yanquis. Enseguida, el OSS entendió el negocio. El jefe de estación de operaciones del OSS en Berlín en 1945 era Allen Dulles, el hermano de Foster Dulles, luego Secretario de Estado o ministro de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos con Eisenhower. La familia Dulles estaba vinculada con un grupo de hombres de negocios que antes de la guerra flirteó con los nazis, y que de hecho tenían intereses en compañías alemanas como la IG *Farbe*,

un conglomerado de industrias químicas. Este Allen Dulles fue abiertamente pronazi y tuvo problemas con las autoridades de su país. Pero al final de la guerra, su filia sirvió a los intereses de los Estados Unidos, y le hicieron encargado del espionaje en Berlín, desde donde protegió a amigos y a amigos de sus amigos, todos nazis, por supuesto.

Durante la preparación de la “Operación *Crossword*” pasé información a los soviéticos con la mayor fluidez y casi sin tomar precauciones. Aquello no tenía para mí nada de espionaje. Era tan sencillo como un juego.

Tuve, sin embargo, un serio problema. De conciencia. Algunos de aquellos patéticos “Hombres V” eran españoles, la mayoría falangistas o cosas peores. Sin embargo, no todos eran unos canallas. Había algún delincuente, y también unos cuantos paranoicos peligrosos, pero la mayoría eran tipos inocentes con la cabeza llena de pájaros, que no querían regresar a España como náufragos, y llevar allí una vida mediocre.

Durante algún tiempo me resistí a pasar información de aquel grupo. Finalmente tuve que hacerlo, porque corría el riesgo de perder la confianza de los rusos. Entonces, urdí un plan. Anuncié a mi enlace soviético que los nazis estaban a punto de descubrirme, por una serie de errores que había

cometido. Lo de los errores era verdad, pero muchos agentes de la Organización *Gehlen* serían incapaces de identificar un comunista en la Plaza Roja de Moscú. Anuncié que sólo podría quedarme unos días más en *Oberammergau*. Me dediqué a convencer a los españoles nobles de que abandonaran aquella aventura. Algunos me hicieron caso. Pero hubo uno que se me resistía. No quería regresar a España porque allí le esperaba su mujer, una persona terrible según él. El hombre era lo más parecido que he visto a un cacho de pan tierno. Entonces se me ocurrió denunciarlo, pero a los nazis. Le acusé de borracho. Algo lo era, pero menos que muchos otros. Así que le despidieron.

Abandoné *Oberammergau* con la lista de destinos de muchos “Hombres V”. Supuse que no sería el único infiltrado por los comunistas, así que la causa no se perdía por mi marcha. Lo que más me costó fue entregar los nombres de los españoles, incluso de los asesinos. Me sentía un delator.

Los rusos me preguntaron, insidiosamente, quién estaba recibiendo el sueldo que me pagaba la recién creada CIA. Sabían que mi mujer y mi hijo vivían en Madrid, y que el dinero que yo les enviaba desde Múnich era un sustento vital para ellos. Me ofrecieron la posibilidad de hacer viajar a mi familia al Berlín soviético, para evitar represalias, una vez que la Organización *Gehlen* se enterara de mi

defección. Se lo agradecí, pero lo rechazé. No quería que se convirtieran en rehenes de los soviéticos. Además, yo me marché de *Oberammergau* con una excusa que los nazis se tragaron, como casi todo. Les dije que tenía que ir a España porque mi mujer se había puesto gravemente enferma.

La verdad resultó mucho más dramática. El que enfermó y murió fue mi hijo Pepito, de una tos ferina. Ni todo el dinero que yo había enviado a Agustina, que era mucho, pudo salvarlo.

Entonces me entró una rabia inmensa, y un sentido de culpa insoportable. Me propuse regresar a España. Estaba a punto de iniciar los trámites cuando un camarada del Partido Comunista de España, al que me había afiliado por conveniencia, me llamó para una reunión urgente.

Me hicieron una propuesta inesperada. Que viajara a España, pero de incógnito. Me habían escogido por una razón política, dijeron, mi pasado cenetista y de la FAI, la Federación Anarquista Ibérica. La dirección del PCE había decidido retirar a los guerrilleros que combatían en los montes a Franco, porque ya no eran útiles, incluso se habían convertido en un problema con la población civil, fatigada de tanto combate y tanta represión. Pero las guerrillas anarquistas no aceptaban esa disciplina. De hecho no aceptaban ninguna disciplina. Actuaban donde

querían, cuando les apetecía y hasta que se cansaban. Me dijeron que eran más bandoleros que guerrilleros. Puesto que yo había sido camarada suyo, quizá podía convencer a algunos para que dejaran de luchar como gatos monteses, y en cualquier caso, podría recabar información útil para el partido.

Acepté sin poner ni objeciones ni condiciones.

Lo que yo vi en España me decepcionó. En este momento no me hallo en condiciones de reflejarlo en estas páginas. Quizá algún día lo haga. Me repugnan a estas alturas de mi vida las disputas ideológicas. Estoy escribiendo esto sólo para que mi hijo Julián conozca de primera mano los avatares de una vida y de un periodo de la historia. Hijo mío, esto último, lo relativo al desmantelamiento de las guerrillas, tendrás que aprenderlo en otro lado; no tengo fuerzas para hablar de uno de los episodios más sórdidos de la historia de España.

En cuanto pude, fui a ver a Agustina. Me alivió comprobar que vivía bien, en el piso de sus padres. Ellos habían muerto en 1938, en uno de los últimos bombardeos fascistas sobre Madrid. Habían ido a comprar tela a Sederías Carretas. Una de las bombas cayó delante de la tienda y la destrozó, acabando con la vida de todos los que estaban dentro y en los alrededores. Agustina se libró porque estaba en Barcelona, y su hermana porque se quedó en el barrio

jugando. Esta mujer, María Manuela, se casó luego con un metalúrgico, y vivía en Cartagena. No pude pasar mucho tiempo en aquella casa de la calle de Alcalá, para no levantar las sospechas de los vecinos, para quienes ya resultaba raro que un “primo” de Agustina hubiera aparecido repentinamente.

Pregunté a mi mujer si quería venir a Berlín. Se negó en rotundo. Le propuse la opción de París, donde yo podía trasladarme. Tampoco le gustó. Entonces le pregunté si tenía un amante, y me soltó una bofetada. “Tú sí tienes amantes, ¿verdad?”

Guardé silencio.

Como he dicho, lo que vi en España me decepcionó. Regresé en un estado de ánimo muy deprimido.

Un día me caí a una zanja y estuve a punto de partirme la cabeza. Me llevaron a un hospital ruso y me vendaron. Al salir, me recogió un camarada, que, dijo, me traía buenas noticias. Mi mujer acababa de dar a luz un hijo varón. “Porque es tuyo, ¿no?, de cuando estuviste en Madrid hace nueve meses, ¿no?”, me dijo el tipo, muy azorado, al ver la cara que se me puso.

Era la primera noticia que tenía del embarazo de Agustina. Por un instante pensé que yo no era el padre, tu padre, Julián. Pero enseguida recapacité, y

supe que tu madre habría sido incapaz de semejante ligereza. Yo sí lo había sido. De tarde en tarde me dispensaba alguna aventura, una alemana, una rusa. Con las rusas era un triunfo, porque tenían prohibido el contacto, y menos carnal, con extranjeros.

Me entró una depresión tan violenta, que decidí suicidarme.

Puesto que no quedaba en aquel Berlín machacado ningún edificio alto desde el que arrojarme a la calle, ni poseía armas, ni podía conseguir ningún veneno, y la idea de ahogarme en el *Spree* o en algún lago me daba tiritona, decidí retar a la suerte. Me uní a una brigada que realizaba desescombros de alto riesgo, en lugares donde se sospechaba o se tenía la certidumbre de que había bombas u obuses sin explotar. Un día escuché a un adolescente informar al jefe de la brigada de un arsenal de *Panzerfaust*, las granadas antitanque que se utilizaban contra los carros soviéticos en las calles de Berlín. El chico dijo que las había escondido él mismo. El jefe organizó el trabajo, y cada uno se puso a cavar y a extraer cuidadosamente los ladrillos y cascotes. En la pausa para comer, yo dije que no tenía hambre y que prefería seguir trabajando. Entonces me lié a dar golpes con el pico. Lo hacía con desesperación. Tanta, que llamé la atención de la brigada. De pronto, vino hacia mí corriendo el muchacho alemán, que no tendría más de dieciocho

años. Gritaba algo así como que si me había vuelto loco o que no hiciera locuras. Se acercó tanto, que no tuve más remedio que dejar de picar, para no producir una explosión que le matara a él también. Enseguida llegaron los brigadistas y me calmaron. El chico se había quedado mirándome. En ese instante le reconocí, era el niño envuelto en un capote militar que, en abril de 1945, sostenía un *Panzerfaust* en sus manos, con la orden de correr hacia el primer tanque soviético que viera y hacerlo estallar, llevándose su propia vida por delante. Le pregunté por su nombre. Me dijo que se llamaba Rudi Kapellu. Un cuchillo helado me atravesó el corazón. Y entonces, se me pasaron las ganas de matarme.

Después de unas semanas de recuperación en un hospital de campaña soviético, fui a ver a Pepe Quevedo. Había abierto un puesto de libros y revistas en la estación de metro de *Friedrichstrasse*. Me preguntó qué sabía hacer. De pronto me acordé de que yo era tipógrafo y litógrafo, algo que parecía haberse borrado de mi mente en los últimos doce meses. Y también restaurador de obras clásicas.

Le dije que había trabajado en la *Steineiger Druck und Verlagsanstalt Druckerei*. “¡Coño, es verdad!”, saltó Quevedo. A los dos se nos había olvidado. Un ejército de *Panzers*, de T-34 y de *Katiuskas* había arrasado nuestra memoria reciente.

Me dijo que habían empezado a reconstruir los museos berlineses, más bien a limpiarlos. Me aconsejó que me enterara de quién llevaba la dirección, y que fuera a pedir trabajo.

Conseguí que me admitieran en la *Alte Nationalgalerie*.

Desde entonces a hoy, he trabajado en ella. Restaurando lienzos de Caspar David Friedrich, de Carl Blechen, de Franz Krüger, de Ludwig Richter y de otros pintores más recientes. Pero el que más me ha gustado desde que le descubrí es Adolf Menzel. Me costó años dejar en condiciones su gran pintura industrial, “La Laminadora” o “Los Cíclopes Modernos”, un retrato fabuloso del trabajo en una acerería.

Cuando llevaba a medias el encargo, apareció por el taller Maier, un tipo al que reconocí como antiguo compañero de la *Steineiger Druck und Verlagsanstalt Druckerei*. “No sabía que fueras restaurador”, me comentó. Dijo que él también lo era, pero que lo había mantenido en secreto, porque no quiso que los nazis le utilizaran en sus sucios negocios de arte saqueado en los países que habían invadido. Sin embargo, cometió una indiscreción, aunque no tuvo consecuencias.

“Cometí la torpeza de exhibir mis facultades, y

Kapellu, ¿te acuerdas de él, uno cojo?, me propuso que trabajara para un equipo que había formado el doctor Bruno Lohse para Goering”, me contó Maier. De nuevo el cuchillo me atravesó el corazón.

El mariscal Goering se había dedicado a apropiarse de pinturas y otras obras de arte expropiadas por un cuerpo de saqueadores profesionales, la ERR, la *Einsatzstab Reichsleiter Rosseberg*. Trenes cargados de obras maestras viajaban de Francia a Berlín, y desde allí se repartían entre Linz, donde Hitler quería abrir un museo de arte alemán purificado, y *Neuschwanstein*, el castillo de Luis II en Baviera, que Goering utilizaba como depósito de su botín artístico. Allí tendría que desplazarse Maier. Según Kapellu, ganaría un montón de dinero.

“¿Cómo le diste el esquinazo a Kapellu?”, le pregunté a mi antiguo compañero en la imprenta nazi.

“Simplemente le dije que no me interesaba, y él no insistió. Me dijeron que murió en un bombardeo.”

Yo sabía muy bien que el cojo Kapellu había muerto, pero no en un bombardeo. También a mí me había propuesto trabajar para Goering. Y me asusté. Me sentí acorralado. Aproveché uno de los ataques aéreos aliados para deshacerme de él. Le machaqué la cabeza con una platina de acero, y le arrastré hasta

unos escombros recientes. Al fin y al cabo, era un nazi. Estaba convencido de que de no haberlo matado, habría tenido verdaderos apuros en aquel Berlín dominado por la demencia. De nada me habrían servido mis carteles talismán.

Al cabo de los años, descubría que me había equivocado, que había matado a un inocente.

Oliver

El Hombre Osmótico

La muerte de Olegario Micó, mi padre, produjo en mí, Oliver, su único descendiente vivo, un doloroso alivio.

Ocurrió el 26 de abril de 1985, exactamente un año antes de que la central nuclear de Chernobil se rajara y empezara a expulsar radioactividad, quinientas veces más letal que la bomba que arrasó Hiroshima.

Después del entierro me planté en su casa dispuesto a enterrar el macizo legado de Olegario, aproximadamente una tonelada de libros y papeles, físgoneé en estanterías y cajones en busca de algo con valor material. No encontré nada. Pero fui incapaz de echar en cajas de cartón aquella inmensa reunión de letras impresas y bajarla al contenedor de la *Ehrlichstrasse*, en el barrio de *Karlhorst*, donde mi padre vivió muchos años, incrustado en el ejército soviético de ocupación. Ocupación amistosa.

Tuvo gracia que, meses después, fuera precisamente una oficial rusa de Inteligencia quien se pusiera en contacto conmigo, para ofrecirme tres

carpetas llenas de folios cuidadosamente mecanografiados por Olegario en algún momento de su vida. La primera correspondía a los años de la infancia y juventud de mi padre, desde su nacimiento en un pueblo de Valencia en 1916, hasta su huida a Francia tras la derrota republicana en 1939. La segunda, a sus experiencias en aquel país y en la Alemania nazi, donde fue enviado a la fuerza para trabajar en las industrias que habían abandonado los varones alemanes para luchar en los frentes. Alcanzaba esta carpeta hasta el año 1949, en que se constituyó la República Democrática Alemana. La tercera cubría el resto de su vida, hasta 1982, casi toda en Berlín, con alguna excursión muy breve a su patria de origen. Los avatares de la vida entre 1982 y 1985 debieron de importar poco a mi padre, pues los ignoró por completo.

La oficial de Inteligencia rusa fue amable conmigo, casi empalagosa. Llegué a figurarme que estaba flirteando, pero me abstuve de hacer ninguna averiguación al respecto. Me pareció chocante que la vida de un anarquista, un fiel creyente en el bakuninismo y militante de la FAI (al menos en su corazón) hasta su afiliación al Partido Comunista de España en la RDA, me fuera entregada por una funcionaria encargada de velar por la integridad del comunismo soviético.

Porque lo que mi padre Olegario había escrito

en aquellas tres carpetas eran sus verdaderas e íntimas memorias. Todo lo que había vivido, las sensaciones que le habían producido sus experiencias, y las reflexiones políticas que se derivaban de ellas. Y estas últimas, aunque no eran una denuncia anticomunista, estaban impregnadas de sólidas impurezas anarquistas.

La oficial rusa se marchó pronto de mi apartamento situado en un edificio prefabricado y nuevo (hablo de la primavera de 1986) en un solar del barrio berlinés de *Alt Glienicke*, muy cerca de la línea de ferrocarril que lleva a Leipzig. El colmo de lo inusual fue que la muchacha se había tomado la molestia de traerme el manuscrito mecanografiado a mi casa, en lugar de citarme en una oficina.

Estas reflexiones que ahora escribo no se produjeron en mi cabeza entonces, fueron posteriores, una vez que hube leído a saltos las memorias de Olegario. La única pregunta que hice a la oficial rusa fue cómo habían llegado a sus manos las carpetas. La respuesta, verosímil a primera vista, me privó de seguir averiguando. Me dijo que al ir a habitar la casa vacía un militar soviético, la había encontrado llena de las viejas pertenencias del último ocupante. Un camión del ejército cargó con todo y lo llevó a un almacén, donde la oficial de Inteligencia había repasado con atención profesional el material, y seleccionado media docena de cosas. Me habían

localizado por teléfono después de varios meses, y recitado la lista de objetos que habían apartado para mí. A mi vez seleccioné las memorias, descartando el resto de lo que me ofrecían, y pregunté dónde y cuándo podía pasar a recogerlas. No tenía que preocuparme, me las traerían a casa.

Hice otras dos preguntas a la oficial de Inteligencia antes de que saliera de mi apartamento. ¿Acaso leía español? Me respondió que sí. La otra fue: ¿Y qué han hecho con esos otros objetos interesantes para usted que se han reservado? Me miró con una sonrisa, me tendió la mano, y se marchó. Si no hubiera sido una oficial de Inteligencia, habría pensado que estaba un poco sorda.

En aquella época yo solía pasar largas temporadas en el extranjero. Trabajaba desde 1976 p a r a K o K o (*Kommerzielle Koordinierung*), un organismo dedicado a la exportación e importación al margen del tráfico comercial convencional. A través de KoKo se vendían obras de arte y otros objetos valiosos para obtener divisas. Y con ellas se compraba a escondidas alta tecnología, cuya adquisición en el mercado libre tenía vetada la RDA, en virtud de un embargo por razones políticas y militares. Tecnología introducida en la RDA de un modo subrepticio. KoKo también se encargaba de hacer pagos discretos a políticos occidentales venales, a cambio de favores o de información no clasificada, pero de importancia táctica.

Mi entrada en KoKo fue producto de un azar novelesco. Lo hice gracias a una alumna del fotomontador y muralista José Renau. Yo asistía a las clases del viejo artista. Allí conocí a una muchacha de cuerpo espectacular que servía de modelo al maestro y a sus discípulos y discípulas. En realidad todos hacíamos de modelo. Los fines de semana más calurosos del verano, nos quitábamos la ropa y jugábamos en el jardín con una manga riega, como faunos y nereidas inocentes, para escándalo del vecindario. Un buen día la chica dejó de asistir. Nos enteramos de que se había comprometido con el hijo de un alto cargo del Aparato. El padre del novio era uno de los directores del departamento de Coordinación Comercial. Poco después, me topé con la muchacha en cuestión, y me invitó a su boda, que se celebró por todo lo alto. Me presentaron al director del departamento y le debí de caer simpático. Esta historia del reencuentro casual con la ex alumna de Renau la creí durante mucho tiempo. Hasta que mi padre me hizo ver que todo había sido preparado.

Como he dicho, pasaron unos meses más hasta que me puse a leer a saltos las memorias de Olegario. Me pregunté entonces cómo es que no había reparado en ellas al fisgonear el legado literario de mi padre. Y de pronto caí en la cuenta de que las paredes de su apartamento estaban vacías. Algo absurdo, siendo él pintor aficionado, pero muy capaz, y amante de la plástica.

No. Las paredes no estaban desnudas, sólo privadas de las obras más valiosas. Reviví en mi memoria la última visita al apartamento poco después de su fallecimiento. Había grabados y alguna copia pequeña de cuadros monumentales de pintores clásicos españoles, con predominio de Zurbarán. Yo no había tomado nada de aquello porque el trabajo de copista de mi padre era para mí la representación plástica de mi mayor decepción juvenil.

Mi padre había llegado a reunir una pequeña colección de dibujos, esbozos y hasta pequeños lienzos, por ejemplo, de Nuria Quevedo, la hija de José Quevedo, el republicano español que se había quedado en Berlín, como él. También poseía obras de Wolfgang Mattheuer, Heino Koschitzki y Roland Nikolaus, pintores autorizados de la RDA. Todo eso lo conocía yo bien. ¿Por qué no me había dado cuenta de su ausencia al ir a recoger su legado?

Sin duda por mi estado de turbación, que también me hizo pasar por alto las carpetas con sus memorias.

Pero había otra explicación más plausible, recordé. Un viejo camarada de mi padre me contó que poco antes de morir le había pedido que, después de enterrarlo, entregara al *Kupferstichkabinett* de Berlín, el archivo municipal de obras plásticas históricas, todo aquello que tuviera algún valor crematístico.

Así pues, cuando yo entré en casa de Olegario sabía que quedaría poco material valioso, si es que había alguno. Realicé una inspección poco intensa, y me largué cuanto antes. Aquel apartamento, como casi todo lo que tenía que ver con mi padre, me producía una fuerte ansiedad. Durante años, me había unido a él un espeso mazo de sentimientos angustiosos. Él intentaba someterme, yo me rebelaba. Él reprochaba mi desorientación, yo respondía con un nuevo cambio de trabajo. Él me llamaba maoísta, yo le gritaba que la URSS había dejado de ser un país socialista.

¡Y al leer sus memorias, descubrí que jamás había dejado de ser un fiel creyente del anarquismo ibérico!

Unas memorias que el servicio de inteligencia del ejército soviético me había servido en bandeja. ¿Era un efecto de las reformas propuestas por el camarada Gorbachov en el XXVII Congreso del PCUS, antes de que Chernóbil se rajara como un odre viejo? ¿Por qué el trámite de la recogida de los papeles y los libros de Olegario lo había realizado un departamento soviético y no uno de la República Democrática Alemana?

Yo soy un Hombre Osmótico. Cuando entro en trance, mi mente se desplaza, voy y vengo por el

tiempo y el espacio. Sin embargo, desde que me empleé en KoKo, esos episodios han sido cada vez más raros. Al final, casi han llegado a desaparecer. Me he hecho más previsible.

Mi experiencia con los soviéticos, años antes, cuando trataron de explotar mis facultades paranormales, resultó un fracaso. Aunque no me lo dijeron, llegaron a creer que les había engañado. Y en realidad fue así, si bien lo hice inconscientemente, un acto reflejo de defensa. Lo que me proponían me resultaba tan detestable, que un mecanismo automático de resistencia empezó a funcionar y a anular mi capacidad.

La etapa de mayor actividad osmótica se produjo en mi primera juventud, cuando las relaciones entre Olegario y Agustina se agriaron hasta extremos insoportables. Me peleaba continuamente con mi padre, de un modo salvaje. Esto debía excitar mi cerebro, y me conducía a momentos de éxtasis, en los que planeaba por encima de la ciudad como una gaviota del *Spree*. También sucedía que, sin poder anticiparlo ni controlarlo, podía entrar en la mente de personas que se encontraban cerca de mí. En un café, por ejemplo. En una reunión política. En un museo.

Mi profesor de ruso fue el único que dio importancia a mi trastorno. Y me puso en contacto con militares compatriotas suyos interesados en estos

raros asuntos.

Los soviéticos querían que me entrenara para dominar mi inusual capacidad, y dirigirla hacia objetivos determinados. Encontraron un modo de entrenamiento muy práctico. Me preguntaba yo de dónde habían sacado aquellos archimaterialistas semejante experiencia psicológica acientífica. Unos cuantos de ellos actuaban al margen de los protocolos habituales en la ciencia. Otro grupo hacía lo posible por entender aquellos fenómenos, por encontrar pautas causales, por extraer reglas y leyes donde no había más que confusión o casualidad. Pero todos se lo tomaban en serio, y registraban y clasificaban los fenómenos con extrema disciplina.

Mi yo escondido, no sé si el auténtico o uno de los más astutos, reaccionó cerrándose en banda. Y así pude escaparme, por pura intuición, de un territorio turbio y peligroso.

Desde aquellos días de turbación, pocas veces había vuelto a emerger mi Yo Osmótico. Pero al leer en Berlín las memorias de mi padre, Olegario Micó, volvió a inundar un vacío abierto súbitamente en mi pecho.

Esta vez, con una facultad hasta entonces desconocida. La premonición.

En mi incursión impremeditada al futuro evoqué un horrible atentado, imagino que de la ETA. Un tren de cercanías reventado en una vía a la entrada de la estación de Atocha. En mi cerebro se representaba no la explosión, sino sus efectos. Decenas de hombres y mujeres muertos, centenares de heridos, personas aterradas. Veía a mi madre, una anciana inválida, llorando en su silla de ruedas, ilesa, observando un cuerpo tendido a sus pies en el suelo del vagón. Un cuerpo que era el mío. Algo imaginado, no sucedido. ¿Inevitable? Era tan espantoso que lo borré de mi memoria, hasta este mismo instante, en que lo recuerdo con el mismo terror.

Para olvidar, pensé en otra cosa. Me centré en la RDA. “¿Qué será de este país cada vez más gris, cada día más corroído por una concupiscencia insatisfecha, gobernado por una vieja guardia de comunistas acérrimos que odian los pelos largos y el pensamiento débil y la música dura y los pantalones vaqueros y las camisas de flores?”

Y se me apareció la gloria del nuevo socialismo y la indigencia del capitalismo. La revuelta juvenil se apropiaba de la República Federal. Huelgas y manifestaciones inundaban las calles de Hamburgo, Frankfurt, Múnich, Colonia, Hannover, y el Berlín capitalista. Acciones mayores que los motines que siguieron al asesinato del estudiante Ohnesorg en abril de 1967 en Berlín Occidental. Los grandes

financieros, aterrorizados por la marea de las protestas, retiraban sus inversiones de las industrias contaminantes, los sindicatos reformistas occidentales dirigían los ojos hacia la experiencia transformadora del socialismo con rostro humano que se había extendido como el viejo fantasma del comunismo por toda la Europa Oriental...

Me vi en Madrid, vivo y coleando, con mi madre, todavía con su capacidad de andar.

Sueños. ¿Premoniciones?

Así pues, en la primera oportunidad que tuve, viajé con mi cuerpo y con mi alma a España, para hacerle preguntas a Agustina García Fontán, mi madre. Antes de empezar a contestármelas, echó las persianas del salón comedor de su casa del barrio del Carmen, cerca de la plaza de Toros de las Ventas, en Madrid, encendió las luces, y me pidió que descolgara un enorme tapiz de la pared, que representaba una escena oriental estereotipada, un jinete moro en un zoco, con puestos de especias, verduras y cacharros de cerámica, junto a edificios cúbicos con tejado semiesférico.

Debajo del tapiz apareció un lienzo clavado con chinchetas a la pared, *El caballero de la mano en el pecho*, de Domenicos Theotocopoulos. Y mi madre dijo, “Esto es lo que quieren los rusos. Pero nunca lo

tendrán, porque es tuyo.”

Pensé que Agustina había perdido la razón. ¿Qué interés podían tener los soviéticos en una copia, excelente, eso sí, de una obra maestra de El Greco, realizada sin duda por mi padre? Me puse a mirar el cuadro, como si esperara que aquel noble español fuera a darme alguna explicación. Entonces vi aparecer ante mis ojos un cuaderno de tapas azules. Mi madre lo sostenía en la mano.

Al abrirlo y leer las primeras líneas, comprendí que se trataba del manuscrito original de aquellas carpetas con folios mecanografiados que la oficial rusa me había entregado en mi propia casa de Berlín.

—Lo he leído. Un ruso ocupó la casa de Olegario y encontró una copia mecanografiada. Me la entregó una oficial soviética —dije.

—No lo has leído —me contradijo con firmeza inapelable.

En efecto. Después de cenar, tumbado en la cama con el cuaderno sobre mi pecho, empecé a leer las auténticas memorias de mi padre a la luz de la lamparilla de noche. Mi sorpresa fue creciendo en intensidad, y se transformó en intriga y suspense, al ritmo del programa “Un-Dos-Tres”, que Agustina seguía en la televisión, haciendo comentarios en voz alta, como si estuviera acompañada. Pero yo me

encontraba muy lejos de Madrid. Seguía las maniobras en Berlín de Olegario Micó, uno de los copistas de cuadros más grandes que ha dado el siglo XX, pero que sólo ejerció mientras trabajó para Renau, primero en Fontanars del Alforins, su pueblo, donde el director general de Bellas Artes había ocultado algunas de las mejores piezas del Museo del Prado, y luego en Barcelona, cuando Renau era Comisario de Propaganda del Estado Mayor del Ejército de la República. Después, en la RDA, ya no fue copista. Fue falsificador.

¿Por qué había intentado engañarme aquella oficial soviética?

Amanecía cuando desperté sobresaltado, con el cuaderno azul en el regazo, y una idea resonando en mi cabeza como un timbre de despertador: aquella mujer no era soviética, pertenecía a los servicios de inteligencia de la RDA, a algún departamento del *Ministerium für Staatsicherheit*. La STASI.

Florian Kapellu

Kapitalismus vs Sozialismus

¿Ha perdido Giselle el miedo al *Kapitalismus*?

La posibilidad es toda una sorpresa para mí, su marido, que la conozco tan bien que puedo explicar con precisión sus cambios de humor.

Los argumentos de Giselle contra el *Kapitalismus* no son políticos ni ideológicos. Son privados, persistentes y punzantes como el aguijonazo de una avispa estival que se presenta cada día a la hora del almuerzo y pica.

A su padre, Matheus Etwen, un comunista de pies a cabeza en la *Bundesrepublik Deutschland* de los primeros años sesenta, le fulminó el *Kapitalismus* cuando trabajaba en una industria de *Leverkusen*. La ignominia social y la ruina personal se abatieron sobre la familia. El padre murió de un infarto, y la madre tomó una decisión que la familia calificó de estúpida, desesperada y perversa: atravesar con sus dos hijos, Giselle y Jens, el Muro en sentido inverso, como *bulldozers* de antimateria. Porque la medida fue un acto de idealismo clavado en la diana del materialismo dialéctico e histórico. Lo de los

bulldozers de antimateria y la broma olímpica fueron ocurrencias del joven Jens, el hermano mayor de Giselle. A los pocos meses de residir en el Este, sintió una súbita y prematura decepción por el *Sozialismus*.

El Berlín gris de la guerra fría y las novelas espiomaníacas les acogió como un Santa Klaus de hoz y martillo. La imagen también es de Jens, un tipo con las inclinaciones sarcásticas de mi hermano Peter, pero sin su confianza en el humanismo socialista.

Les instalaron en el barrio de *Friedrichshein*, enorme, proletario, popular y democrático, desplegado como un águila imperial atrapada por el *Sozialismus* a ambos lados de la *Karl Marx Allee*. Allí fueron una familia alemana ejemplar, refugiados del revanchismo y el fascismo latente en la imperialista *Bundesrepublik*.

Desde entonces, a la niña y luego mujer Giselle el *Kapitalismus* le provocó repugnancia y miedo.

Sin embargo, ahora, en enero de 1989, creo observar un cambio de actitud. Sutil, débil, inapreciable para cualquier persona que no esté acostumbrada a reparar en los detalles.

Llego a esta conclusión, tras una conversación telefónica Madrid-Berlín, desde la oficina de la agencia. La rotunda negativa de mi mujer a viajar fuera del *Sozialismus* parece debilitarse. Es una

novedad tan preocupante como las declaraciones que el camarada Gorbachov prodiga desde que propuso la *Glasnost* y la *Perestroika*, en el congreso de julio de 1988 del PCUS. ¿Ha empezado Giselle a “glasnostizarse”? Esto es inconcebible y en cierta forma, insuperable.

Tras colgar el teléfono, me asomo a la ventana alta y estrecha de la oficina, apartando los visillos sucios, y observo el edificio del otro lado de la angosta calle del Príncipe. Es tan incoloro como el de la oficina de prensa, pero pronto dejará de serlo, porque se abraza a él un andamio en el que unos cuantos proletarios revocan la fachada.

Rebobino mentalmente la conversación telefónica, igual que hago tras una conferencia de prensa imprevista, buscando claves. Cuando le sugiero que venga a España, aunque sea por unos días, de vacaciones, me sorprende con una pregunta.

“¿Qué haríamos con los niños?”

Su voz tiene un timbre humorístico, de personaje de telecomedia norteamericana.

Así que Giselle sintoniza y ve la televisión occidental. ¡Prodigioso! ¿Habrá colocado por fin una antena dirigida a Berlín Oeste?

Le sigo la corriente. Yo también veo ahora

telecomedias yanquis, aunque dobladas a un español áspero de zetas y jotas. Nada que ver con el melodioso español de Cuba y Centroamérica con el que me solté a hablar en la isla caribeña.

“Tráetelos. Serán unas vacaciones. ¿No va a Mallorca tu hermano Jens? ¿Por qué no podemos nosotros hacer turismo?”

Jens vive en *Charlottenburg*, al otro lado del Muro, que volvió a cruzar ya adulto, reparando deliberadamente la estúpida y desesperada perversidad de su madre de hincar su idealismo en la diana del materialismo. Giselle suelta una risa nerviosa.

“¿De vacaciones? ¿Qué está pasando, Florian?”

“Nada, que tengo ganas de verte. Y también a los niños. Unas vacaciones. El mes que viene debo ir a Valencia. Dicen que hay hoteles baratos en el Mediterráneo... Y el tiempo es magnífico. Luce el sol todos los días. Puedo hacer reservas. Nos bañaremos...”

“¿En febrero?”

“¿Por qué no?”

Antes de despedirse, Giselle dice, “¿Sería tan fácil?”

No puedo distinguir si es un suspiro o una pregunta. Pero al repasar la conversación escucho con toda claridad el pensamiento reprimido de aquella Roca del Socialismo: “Va a pasar algo. Está pasando algo”.

Giselle *Sozialismusgestein*, la llamé un día, cambiando su apellido de soltera, Etwen, por “Piedra angular del socialismo”. “No te burles de mí”, dijo, molesta porque bromeaba sobre su fe inquebrantable. “Se empieza uno burlando de las personas, y se acaba por tomar a broma la idea.”

Lo inquietante es que yo también sufro la misma desazón. Y pongo todo el empeño del mundo en ignorarla, aunque un día tras otro la preocupación espera pacientemente a pillarme desprevenido, como la avispa estival que pica a Giselle cada año en la playa del lago *Müggelsee*, donde acudimos a bañarnos algunos fines de semana.

Desde que aterricé en Occidente, el sismógrafo de mi intuición ha registrado cada día sordos movimientos subterráneos. En realidad, réplicas de los acontecimientos que se desarrollan en la superficie de mi patria y en sus aledaños países socialistas, aireados por los medios de comunicación. Vistos desde fuera se observa en ellos una sombra amenazadora que desde dentro es inapreciable. La visita del camarada Honecker a Madrid ha sido un shock para mí. La

pompa y el boato de la diplomacia me han parecido, como al resto de los periodistas españoles y corresponsales extranjeros, una actuación circense. El *Sozialismus*, fuera de su territorio, pierde solemnidad, pero sobre todo pierde verosimilitud. ¿Cómo es posible?

Debo hablar con tío Horst. Aplazo la llamada, porque la oficina de la agencia no es el mejor sitio para una conversación delicada con Berlín. Entonces tengo la convicción de que ya no hay ningún lugar seguro desde el que telefonar a la República Democrática Alemana. Lo más desconcertante es que me da lo mismo.

El reñidero español

—Encontrarás el edificio magnífico. Una prueba de que la burguesía socialdemócrata está dispuesta a llegar muy lejos en España. Y también en mi tierra, Valencia.

Las palabras de *Cap-de-Canoa* describían el edificio del Instituto Valenciano de Arte Moderno que estaba a punto de inaugurarse y llamarse para la eternidad IVAM. Tenían el eco cínico que ese tipo parece llevar en los genes. Me cayó mal desde que le conocí en Berlín en 1985, con motivo de un congreso de sociolingüistas. Es el contacto que me dieron, *mi*

hombre de confianza en España, que no ha tardado en ser *mi hombre de desconfianza*.

En 1985, *Cap-de-Canoa* se ganaba la vida gracias a encargos oficiales, informes sobre el “estado de la cultura”, textos para seminarios de cine que duraban un solo día por miedo a que el segundo no acudiera nadie, estudios semióticos sobre las películas de Gustav Machaty. Cosas así. Se beneficiaba de una beca para visitar la RDA, y yo le conocí en mi calidad de traductor.

Cap-de-Canoa, su nombre en clave de contacto, que él mismo ha elegido, es un personaje de tebeo canadiense que llegó a adquirir cierta fama entre los coleccionistas de rarezas. *Canothead*. El ingenioso *Cap-de-Canoa* español debe de haber encontrado ocurrente el alias, y se lo ha colgado. La voz española correspondiente, *cabezabuque*, le debe parecer ordinaria.

El apelativo sugiere un tipo bruto y con una cabeza gigantesca. Pero ni la apariencia ni la capacidad mental de *mi hombre de desconfianza* son así. Su aspecto es el de un buitre hambriento, de cuerpo raquítico, espalda achacosa, cabeza casi calva, barbita y gafas redondas con montura metálica de evocación trotskista. Su voz es un graznido. Y anda a saltos, agitando los brazos. Como un depredador voraz.

En 1985 *Cap-de-Canoa* estaba vinculado al Partido Comunista del País Valenciano. Unos vínculos filamentosos y retóricos, según me he informado privadamente, sin recurrir a los tentáculos omniscientes de la inteligencia exterior de mi país.

En 1989, *Cap-de-Canoa* forma ya parte del *staff* del ministerio socialista de Cultura de Javier Solana, y mantiene un discurso político revisionista y magnetofónico, porque parece una grabación que se dispara al menor estímulo.

Yo desprecio en silencio a esta sabandija. No me sorprendería descubrir un día que también colabora con los americanos o los chinos. La personalidad de *Cap-de-Canoa* es el estereotipo del doble o triple agente.

Está bien relacionado. Me ha conseguido una entrevista con un cargazo de la dirección general de Bellas Artes, un individuo que ha intentado convencerme de que sus auténticas convicciones son republicanas y bolcheviques, y que ha aceptado su despacho en el gobierno socialista sólo “para que no caiga en manos de un irresponsable”. La confesión lleva implícita un corolario repugnante: yo, para él, soy un cómplice secreto de sus masturbaciones ideológicas.

Aunque estaba avisado, me sigue

desconcertando el teatro de los intelectuales españoles, empeñados en ser una cosa y aparentar otra, o al contrario. Mi formación en el *Wissenschaftliches Sozialismus*, e l *Sozialismus* científico, mi rigor lógico, mis convicciones constituyen un obstáculo para ganarme la amistad de estos enlaces cuyas incoherencias no parecen importar a los servicios de inteligencia de mi patria. De modo que tengo que luchar contra mis sentimientos y fingir una afición malsana a las alimañas, algo que ellas entienden muy bien y creen auténtico. Consecuencia inesperada de mi estratagema es descubrir que la amistad no es la mayor preocupación de las sabandijas, aunque fingen mejor que yo, porque lo hacen de un modo espontáneo, natural.

Una de las observaciones de tío Horst, a raíz de uno de los informes privados que le envié, fue esta: “Son así. Los conocí en la guerra. Y eso que entonces el *Kommunismus* era algo muy serio. En España, hasta Renau podía ser un cachondo.” “¿Qué es un cachondo?”, le pregunté luego durante una conversación telefónica. Me explicó el significado popular en España de aquel adjetivo, alguien informal, bromista y amigo de la paradoja. El tío Hors no se refería en concreto a las sabandijas, pero su aviso me sirve para entenderlas mejor, a ellas y a los cachondos.

Tío Horst conoció en 1937 a un austriaco nada

amigo del comunismo soviético llamado Franz Borkenau, autor de un libro llamado *El Reñidero Español*, del que el tío Horst me envió esta cita: “el vacío entre ideales y realidad es a veces grotesco en España, la gente se siente satisfecha con sus buenas intenciones, sin preocuparse de llevarlas a efecto.” Tío Horst conoció bien a Borkenau. Le interrogó durante su detención preventiva en enero de 1937 en una checa, acusado el austriaco de ser agente del trotskismo.

Hay una diferencia entre sabandijas y cachondos. Es evidente.

Por ejemplo, el Renau que yo conocí en mi adolescencia en Berlín era un vejete informal y divertido, incluso un cachondo en su acepción lasciva, y también en la otra. Pero no era ninguna sabandija. Renau se complacía contando historietas estupendas de la guerra civil española, mientras se servía *Schnaps* de botellas de coñac francés que Marta, o yo le traíamos de la *Intershop* de *Alexanderplatz*.

La caja blanca de piedra

Aunque estaba subrayado con lápiz rojo en mi agenda, no pude acudir el mes pasado a la inauguración del Instituto Valenciano de Arte Moderno, el explosivo IVAM, donde se exhibe la

selección canónica de los sesenta y nueve fotomontajes del *American Way of Life* de Renau, que en mi país se llama “Fata Morgana USA”, no sé por qué.

La redacción de la agencia me hizo un encargo urgente. El instituto *Goddard* de Investigaciones Espaciales de la NASA determinó que 1988 había sido el año más caluroso de la historia registrada por la meteorología. Acaban de acuñar el nombre de un fenómeno recién descubierto: “Calentamiento Global”. Los consejeros medioambientales de los *Politburos* socialistas, abrumados por la todavía candente catástrofe de la central nuclear de Chernóbil, sospechan una nueva ofensiva de sus colegas imperialistas contra la industria de las democracias populares, ajena hasta ahora a las advertencias ecológicas. Así pues, la sección de *Wissenschaft und Technologie*, ciencia y tecnología, de la *Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst* necesitaba un reportaje que desmintiera la alarma. Me enviaron al desierto de Almería para que recogiera datos y entrevistas con el pueblo llano y con algún científico local. “Donde siempre ha hecho calor, sigue haciendo calor”. Ese era el lema del reportaje.

Un mes después, entrado marzo, me hallo por fin en Valencia. Arribo a la caída de la noche, en un tren *Intercity*. No teniendo nada mejor que hacer, y siendo hombre sociable por naturaleza, me doy un

largo paseo por la ciudad, en la que advierto una efervescencia inexplicable.

Mi intención es levantarme tarde, porque no abren el museo hasta las diez de la mañana. Me despiertan muy temprano una serie de disparos. Por unos instantes estoy flotando en el territorio del ensueño. De alguna sucesión de sinapsis neuronales surge la evocación de una experiencia semejante en Nicaragua, que visité convidado por organizaciones fraternales, mientras estudiaba español en Cuba.

Me explican que Valencia está “en Fallas”. Escuché a Renau hablar de ellas en su exilio berlinés, pero sospeché que el exiliado estaba aprovechando nuestra escasa experiencia mundana para contarnos una de sus fábulas.

Comprendo ahora la efervescencia de anoche, que estuve a punto de atribuir a una exaltación morbosa de mi propia conciencia, alterada por el aluvión de novedades que estoy experimentando desde que llegué a Occidente.

Me visto de cachondo, o sea, de informal, y me dirijo callejeando hasta el IVAM, parándome en las esquinas y comprobando la corrección de mi itinerario en un mapa turístico de la ciudad. En el camino observo muñecos gigantescos tirados en medio de las plazas, junto a extraños andamios de madera basta y

montones de arena. Les llaman “ninots”. Mañana por la noche se convertirán en monumentos que el día de San José serán quemados. Renau no bromeaba, al menos en lo que tocaba a las Fallas.

Cruzo un barrio destartalado. Pero la naturaleza y el aspecto de su decadencia no tienen nada que ver con las ciudades de mi patria. Esta decadencia es natural, un abandono auténtico, ajeno a la guerra fría, al conflicto ideológico, al *Imperialismus* y al *Sozialismus*.

En una de las calles, al pasar por delante de una iglesia con falsas arquivoltas góticas de estuco y un pobre desaseado ejerciendo de portero, tengo la sensación inequívoca de que me están observando. Pero no hago el menor gesto por buscar a mi seguidor.

¿Quién puede ser? ¿Por qué me vigila?

Según el mapa, al llegar a la esquina de un caserón decimonónico, en una plaza rectangular plantada de magnolios, debo doblar a la derecha, y seguir la pared del edificio. Al acabar éste, espera el IVAM, aunque en el plano turístico no veo ninguna señal del nuevo museo, porque debe ser anterior a su construcción.

El interior de aquella caja blanca de piedra es el primer *cementerio del arte* en el que reposan las obras de Renau, una exposición titulada *American Way of*

Life. Aquel término, “cementerio”, es del paradójico *Herr Professor*. Quizá entre los fotomontajes expuestos se encuentre alguno en el que yo participé recortando o echando una mano en el laboratorio fotográfico. Mis tripas se retuercen al evocar los días de mi adolescencia.

Papá enviándome a *Kastanienallee*, para que el artista exiliado valore si yo tengo facultades creativas. “Es un hombre de genio”, me dijo. “Yo no puedo ir a su casa. Soy policía. No puedo tener amigos extranjeros.” “¿No es comunista el profesor Renau?”, preguntó mamá. “Un comunista extranjero”, contestó papá subrayando el adjetivo.” Pero Florian sí puede visitarlo, formarse, aprender.” “No sé si me gusta el arte”, anticipé yo, temiendo defraudar a papá. “En aquella casa lo descubrirás.” Y empecé a ir. Todo cuanto veía, escuchaba y palpaba era tan extraordinario, tan fuera de la rutina y de la norma del estado socialista, que tardé tiempo en centrarme en aquella primera misión que me había fijado papá, discernir si tenía vocación artística.

Era obvio que me faltaba, porque durante meses me limité a hacer recados y a ayudar al viejo artista y a su discípula Marta Hofmann a mover trastos, a recortar revistas, a pegar cartoncitos de colores en los bocetos de murales que en aquel momento le habían encargado. Los otros muchachos y muchachas pasaban horas y horas dibujando al carboncillo en

papel de embalar. “No hay que tener miedo a equivocarse”, decía Renau. “Haced lo que os indique la mano. Pero no tejáis el dibujo. Construid pensando en el todo, como construían los cubistas. Si os equivocáis, lo único que habréis hecho es ensuciar un papel de estraza barato.” Renau hablaba en un alemán despellejado y tartaja. Los chicos y las chicas le entendíamos muy bien, sin duda porque el lenguaje del exiliado era nuestro propio lenguaje, no el de nuestros profesores y dignos *Genossen*, los camaradas del Aparato, que trufaban su retórica de grandes conceptos indescifrables. Otras veces, cuando Renau necesitaba ser más preciso y no quería enredarse en lo que él llamaba una *lengua ferroviaria*, por el encadenamiento de términos, recurría a Marta. Ella traducía del español, con una habilidad endemoniada, a un alemán nítido, partido en trocitos, que atravesaba sin romperlo el celofán de la doctrina socialista en la que estaban envueltas nuestras conciencias.

En *Kastanienellee*, descubrí que no tenía inclinaciones artísticas, aunque aprendí a dibujar según la técnica eficaz y geométrica de Renau. Pero empecé a amar las lenguas románicas, en especial el argentino cantarín de Marta Hofmann, que yo tomé por el español normativo, no conociendo la variedad inmensa de ese idioma. En la Universidad de Rostock me formé como romanista. Pero ya no pude servir a Renau, que murió en 1982.

Al acercarme al inacabado edificio llamado IVAM, en mi cabeza empiezan a bailar unas letras brillantes, como anuncio de neones, y al quedarse quietas forman cuatro palabras: *Das Wunder der Wende*, la maravilla del cambio. ¿Es el título de una canción? ¿De una película? No puedo recordar, y esto aumenta mi desasosiego. Mi estómago vuelve a contraerse.

Yo tenía un camarada

La caja blanca de piedra y cristal está situada en una explanada todavía sin rematar. Una caja gigante donde la cultura puede resonar a capricho de los modernos campaneros que la religión del arte llama comisarios, y que el profesor Renau llamaba sacristanes. Me recuerda el *Palast der Republik* de mi Berlín, *Hauptstadt der DDR*, la capital de la RDA.

La dirección de mis pasos me lleva a una rampa estrecha pegada a un murete, que asciende al nivel en el que se encuentra la entrada principal del edificio. No puedo pasar por ella porque están acabando el piso. Me desvío hacia la escalera, tan ancha como la explanada, y de pocos peldaños. Una trampa para descalabrar turistas despistados. Un templo sin Dios Redentor de esa *New Age* en la que confían los

amigos de mi hermano Peter.

No me doy cuenta de la presencia del mendigo hasta que paso a su lado. He dejado de tener en cuenta a los mendigos, una escena hiriente para un ciudadano del *Sozialismus*. Tanto, que allí están considerados como responsables de su fracaso social, y deben refugiarse en la espesura de los parques o en los laberintos ruinosos que salpican los barrios de Berlín, con sus botellas de cerveza o de alcohol barato.

Este pobre del IVAM tiene algo de peculiar, una diferencia en relación con el pedigüeño que encontré un par de calles atrás. El de la iglesia tenía todo el aspecto de un mediterráneo arruinado, y poseía cierto orgullo, un aura de amor propio, del que carece el de la puerta del IVAM.

Me detengo a unos pasos de él, a escuchar los gemidos de una armónica que toca, balanceándose como un lunático en trance, al ritmo de la salmodia. Y descubro que la melodía es *Ich hatt' einen Kameraden*, *Yo tenía un camarada*, compuesta en 1809, durante las guerras napoleónicas, de la que se apropiaron los nazis un siglo después.

Ni un solo momento levanta la vista el mendigo, inmerso en su melopea. De pronto se quita la armónica de la boca, alza la cabeza unos milímetros sin enseñarme los ojos, sólo sus cejas peludas y un

escorzo de cara ancha sin rasurar, y murmura algo parecido a *Hätte man es wissen können...*, si se hubiera sabido... Doy un paso hacia delante, me inclino hacia él y le pregunto, *Wie, bitte?*, ¿cómo dice? Entonces gira su cabezota despeinada, que por un instante me parece una máscara, y me dirige una mirada perdida, de loco: “Deme para un bocadillo, caballero. Llevo dos días sin comer”, dice en español. Sobrecogido, le entrego las monedas que encuentro en mi bolsillo. “Muchas gracias, señor. Ojala encuentre ahí dentro lo que viene a buscar.”

Al pisar el interior de la gran caja de piedra y cristal, hallo sentido a las palabras del vagabundo. Me siento perdido, abandonado. ¿Por qué? Haciendo acopio de valor, me dirijo al mostrador de recepción y me identifico como periodista extranjero. Mi intención es obtener un catálogo o documentación sobre las exposiciones inaugurales del nuevo museo. Ignoro si a la agencia le interesa el reportaje, pero estoy seguro de que tío Horst me agradecerá el regalo.

Me dicen que espere. Una persona del departamento de Prensa me atenderá de inmediato. Y así es. Aparece una mujer de unos treinta y cinco años, de piel clara y pelo moreno lacio, ojos oscuros enormes, velada su belleza por una bizquera apreciable a distancia. Su sonrisa es radiante y poco auténtica. Pronto modifico mi juicio, porque percibo que de la mujer emana una simpatía espontánea,

aunque también distingo que le está costando algún esfuerzo ser atenta, que su mente se halla distraída por algún tipo de pesar. Se presenta como Ángela. Y se ofrece a hacer la visita conmigo, al cabo de la cual me llevará a la oficina y me regalará un catálogo.

Al principio la española me toma por un periodista de Berlín Occidental. Al aclarar que trabajo para la agencia oficial de noticias de la Alemania Democrática, la colega exclama:

—*¡Collons, tío! ¿Y cómo hacéis para resistir?*

Lo canta, lo declama, acompañándose de una risita que suena a contrapunto, como si su habla fuera una interpretación musical. No es el español duro al que mi oído está acostumbrado. Luego se detiene y me mira de un modo desconcertante, agachando la cabeza y levantando sus ojazos bizcos hacia mí, en un gesto de seducción demasiado teatral para ser auténtico.

—No. No resistimos. Sabemos lo que queremos. Hacemos nuestra vida y chimpún. No tenemos nada pendiente con nadie. Sólo aspiramos a que nos dejen en paz.

El “chimpún” me sale de la memoria profunda. La impronta española de Renau está incrustada en mi español caribeño.

De pronto sé cuales van a ser las siguientes palabras de mi colega española.

—Conozco Alemania Oriental. Me he acostado con ella un montón de veces.

No adivino las palabras exactas, sino la idea o la emoción que quiere expresar con ellas. Al escucharlas, distinguiéndolas de la provocación que encierran, percibo un dolor en el alma de la mujer. Echamos a andar en dirección a las escaleras que conducen a la exposición de los fotomontajes de Renau.

Siento ganas de decir: “Me temo que usted no se ha acostado con la verdadera RDA”, pero prefiero callarme e ignorar la angustia que ensombrece la mirada bizca de la española.

—¿Conoces la obra de Renau? —me pregunta.

—Sí —contesto.

—Entonces, mis explicaciones sobran.

—No. ¿Por qué van a sobrar?

—No te hagas el listo, ¿vale?

Aunque yo he hecho grandes esfuerzos en estar preparado para entender las imprevisibles reacciones de un español, cada día hay cosas que me sorprenden.

La periodista institucional se dirige a mí con una familiaridad impostada. ¿Está fingiendo por alguna razón sospechosa o es una manera de sobreponerse a una timidez natural, de combatir una inseguridad?

—¿Es Renau un artista conocido en la RDA? —
canta la española.

Estamos entrando en la sala. En su interior cuelgan los fotomontajes originales de la serie *American Way of Life*.

—Yo diría que no, fuera de los ámbitos artísticos. La gente sabe quiénes son Willi Sitte o Wolfgang Mattheuer o Werner Tübke. Pero tiene poca idea de quién fue el profesor Renau.

—¿Fue profesor?

Estamos parados delante del primer fotomontaje.

—¿No era usted la experta?

Se echa a reír.

—Tío, tú sabes más de lo que aparentas. Te conozco.

Hay una profunda simpatía en la entonación de la mujer, pero yo obedezco a mi impulso de distanciarme de ella. Cierro los ojos.

En mi retina queda impresa la imagen surrealista de “El Hombre Ártico”, un fotomontaje colgado como aperitivo de la exposición en sus dos versiones, la de 1929 y la de 1971. Una carpa de circo por encima de la banasta de un globo aerostático que planea sobre un iceberg plantado en un mar oscuro, con recortes de hielo como trozos de coco, y una pelota de golf en la esquina inferior derecha.

“Ese soy yo, ahora”, me dijo Renau en Berlín un día que me vio observando el fotomontaje. Y añadió, más para sí mismo que para mí: “Es una versión del primer fotomontaje que hice en mi juventud, antes de ser comunista. No he cambiado casi nada. Soy un tipo duro y *cabut*... para mi desgracia.”

Percibí entonces la inconmensurable desgracia del achacoso Renau, cuya hija mayor se acababa de suicidar. Reprimí la tentación de asomarme a los recovecos de su desventura. La desdicha de Renau era tan negra y tan gélida como el cielo y el mar de “El Hombre Ártico”. Yo no estaba preparado para zambullirme en ella, era todavía un privilegiado estudiante de Lenguas Románicas a salvo de las amenazas de la vida adulta, y sin ninguna nube en su horizonte.

—Me gustaría conocer lo que usted sabe de Renau —digo después de un lapso—. Me ayudaría a

entenderlo. Un tío mío trató a Renau, y me ha pedido que le lleve un catálogo de esta exposición.

—De acuerdo, macho, pero sólo si me llamas de tú... ¡No soporto los tratamientos!

Mi perplejidad es tan grande que necesito abrir una válvula de escape.

—Me han dicho que ese desapego universal entre los españoles hacia la cortesía procede de la guerra civil, que destrozó usos y costumbres en los dos lados, e hizo creer a izquierdas y a derechas que todo era nuevo y diferente. ¿Es verdad?

La colega exagera su sonrisa.

—Todo procede de la guerra civil... ¿Cómo has dicho que te llamas?...

—Florian Kapellu.

—Todo procede de la guerra civil, Florian.

—Estoy seguro, Ángela.

—Ahora ya somos amigos. ¡Joder, qué potra estoy teniendo hoy!

Empieza a agitarme un conflicto de fuerzas gravitacionales. Algo me expulsa de aquella sala. Y algo me retiene. Cual es el origen de cada una de las

fuerzas es un misterio que necesito resolver antes de caer en la trampa de la melancolía.

Recorremos la sala en la que cuelgan los fotomontajes, situada en una entreplanta del museo. Cada vez me siento más incómodo. Quizá he hecho un esfuerzo excesivo en distanciar mi cordialidad teutónica del torrente emotivo de aquella colega. Me empieza a doler la cabeza. Entonces me doy cuenta de que es el *American Way of Life* lo que me está causando el malestar.

—¿Qué te parece? —pregunta Ángela tras unos minutos de paseo y observación silenciosa de los fotomontajes.

“Necesito ser sincero. Voy a ser sincero”, cometo la insensatez de pensar.

—No me gusta.

—¿Cómo dices?

—El *American Way of Life* de Renau no me gustó nunca.

—¿Por qué?, tío.

—Jamás he intentado responder a esa pregunta. Habría ofendido al profesor Renau.

—¿Le conociste?

—En cierta forma fui alumno suyo...

—¡Alumno suyo! ¡Sabía que me estabas ocultando algo! ¡Necesito que me lo cuentes todo, macho!

—Yo quería que fuera al revés.

—Pero si yo no vi nunca a Renau, bueno, de lejos, en la plaza de toros, en un homenaje a Fuster... Y tú fuiste su alumno... ¡Joder!

—Alumno sólo en parte. En realidad, yo iba a su casa porque vivía muy cerca y porque mi padre creyó que iba a ser bueno para mí que me relacionara con él.

—¿Y fue bueno?

—¡Desde luego!

—¡Así que fuiste alumno de Renau! —repite la periodista bizca casi a gritos—. ¿Cómo era?

Siento ganas de echar a correr, de salir de allí, atravesar una cortina de humo de trescientos cincuenta kilómetros de espesor y encontrarme de nuevo en mi oficina de la calle del Príncipe de Madrid. ¿Qué está pasando?

—¿Quién es Fuster? —digo para distraer mi angustia. Ángela me lo cuenta, pero yo no le hago caso.

Hombres hercúleos con cabeza de perforadora

petrolífera, o de ave rapaz. Mujeres esbeltas sin rostro, con un huevo por cabeza. Piernas de coristas emergiendo de un *Pontiac* aerodinámico. Financieros horteras intimidando con gánsteres. Políticos ávidos de guerra. *Miss América* de sonrisa diabólica. Chicas de calendario suspendidas en un cielo desesperante. Negros guisados en ollas de blancos caníbales. Jóvenes bailarines frenéticos. Rascacielos siniestros. Mugre. Hongos atómicos. Vietnamitas calcinados. Burócratas con cara de Pentágono. Tiburones brechtianos con enormes dientes. Prensas de acuñar moneda aplastando ciudadanos alelados. Libertad cadavérica. Serpientes y misiles. Dólares ensangrentados. Melancolía Fotogénica. Apagón.

—Era un cachondo.

¿Por qué lo he dicho?

—¿Joan Fuster?

—No, el profesor Renau.

—Sí —replica Ángela—. Eso dicen todos los que le conocieron. Metía mano a la primera mujer que se ponía a su alcance. Era un viejo verde, pero simpático.

—Era un hombre desgraciado. Pero luchaba con todas sus fuerzas contra la adversidad. Contra los elementos. No estaba a gusto con la sociedad que le

había acogido. Pero era la única que valía la pena.

¿Qué estoy diciendo? ¿Quién habla por mi boca?

—¿Te refieres a la RDA?

—Creo que sí... —admito en un suspiro.

—Con la que yo me he acostado tantas veces.

—No entiendo por qué insistes en eso —me arrepiento de inmediato de haber hablado.

—¿Cuándo te vas de Valencia?

—Esta tarde —miento.

Tengo previsto quedarse un día más, visitar alguna agencia de viajes y preguntar por precios, acaso acercarme a Gandía o a Benidorm y echar una ojeada. Pero sobre todo quiero acercarme a Burjassot, y averiguar si en su cementerio se halla todavía la tumba de mi tío, el brigadista fusilado por (falso) traidor, Amadeus Pluschke.

—¿Puedes comer hoy conmigo? —se precipita la periodista—. Te invito. Conozco un puñado de casas de comida decentes en el barrio del Carmen. Necesito saber por qué no te gustan los fotomontajes de Renau.

—Es muy difícil servir a una causa política a través del arte. Sobre todo cuando se sufre.

—¿Renau sufría?

—Mucho... Te diré una cosa. No tiene nada que ver con Renau, ni con mi país, ni con la filosofía del arte... Es algo personal, casi íntimo. Me gusta la pintura de la felicidad. ¡Me encanta! Es la única que merece estar en los museos —abro los brazos y abarco con ellos la sala—. Estos fotomontajes no fueron concebidos para estar colgados aquí. Son propaganda. Dinamita. Pueden explotar en el momento menos pensado.

—Pero Renau los llevó a Venecia. Fueron el plato fuerte de la Bienal de 1976. Me lo ha contado el comisario de esta exposición, trabaja aquí.

—Venecia fue la maldición de Renau. Le explotó la dinamita y ni siquiera se enteró.

—¿Cómo? —dice Ángela desconcertada.

—Si quieres, comemos juntos. Pero sin invitar a Renau. Me gustaría que me hablaras de Valencia... y de esa promiscuidad tuya con mi país.

—Tuve un amante que salió del frío.

—¿Un espía? —digo con una media sonrisa. De

pronto me relajo, sospechando que aquella mujer no es un peligro, sino una fabricante de fantasías.

—¡No es un espía! Es un tipo sin personalidad.

—¿Alemán?

—Un poco. Sólo un poco... Bueno, no. Un montón. Más que tú, Florian.

La periodista me da la espalda, volviéndose hacia el último fotomontaje de la exposición, y observándolo atentamente. Una etiqueta clavada en un podio de piedra reza “Summa Melancholiae”. Sobre el podio, un círculo formado por esqueletos. El de la izquierda, con piernas de corista virada a maniquí. Encima brilla una explosión nuclear, y un sujetador femenino se sale del marco como un condenado que acaba de escaparse del Infierno. Sin apartar los ojos del fotomontaje, la mujer añade:

—Se llama Oliver, pero sólo en su mundo congelado y burocrático.

Palidezco de golpe. Oliver, el individuo en el que tío Horst está interesado. Me cuesta unos segundos recobrar la entereza y el color. De modo que cuando Ángela regresa de su exploración del último fotomontaje canónico de Renau, yo ya he rehecho mi compostura.

—¿Es un alias, un nombre de guerra?

—Imagino que sí. Pero no sé de qué guerra. Aquí todo el mundo le conoce por Julián Micó.

—Menos tú.

—Yo formo parte de un mundo congelado desde que me acosté con su falta de personalidad.

Oliver

La resurrección de los muertos

“Las sociedades protosocialistas de la Europa del Este, y entre ellas la RDA, han situado el trabajo en el mismo centro de la vida social”, me dijo un día un sindicalista español apasionado de la RDA y de su modelo socialista. Luego me leyó un texto de Bertold Brecht que pretendía ser poético: “Esta actividad natural, el trabajo, gracias al cual el ser humano se convierte en una fuerza de la naturaleza. Ese como nadar en el agua, como comer carne, como la cópula, como el canto, cayó en descrédito durante largos siglos y en nuestro tiempo.”

Bertold Brecht fue un caradura, con una habilidad diabólica para explotar el trabajo ajeno, sobre todo de sus seis mujeres. Eso sí, tenía las ideas claras, y ningún escrúpulo para realizarlas.

Con frecuencia he lamentado no pertenecer a ese tipo de personas liberadas de la moral, ser una víctima de mis miedos, de los dictados éticos y de la ideología. Ahora empiezo a ser un hombre libre y dejo de ser un Hombre Osmótico. Pero no es el momento de hablar del que soy, sino de pasearme por el que fui.

El trabajo, centro de la vida social.

La Navidad de 1986 la pasé con mi madre, Agustina García, en su casa del barrio del Carmen de Madrid, la primera Navidad en muchos años. Entonces había abandonado temporalmente mi trabajo para y por el socialismo y vivía de mis ahorros.

El piso de Agustina estaba situado en un viejo edificio de tres pisos, con fachada de ladrillo cárdeno, en la esquina de la calle de Alcalá con la del Buen Gobernador, encima de una castiza tienda de ultramarinos con productos del Bierzo, y de un horno de pan, cuyo olor subía e impregnaba la casa.

Yo había vivido allí durante quince años, desde mi nacimiento en 1949 hasta nuestra mudanza a Berlín Oriental en 1965, para reunirnos con mi padre, Olegario Micó.

Nunca nos había faltado de nada. Mi madre era una persona con mucho amor propio y una gran habilidad para la costura. Sus clientas eran mujeres de la nueva clase media tirando a alta que tejía una dilatada red en España gracias a la prosperidad del franquismo. En el Parque de las Avenidas de Madrid, próximo a nuestra casa, había muchas familias de esta categoría. Era el barrio con más clientas de Agustina. Pero el radio de acción profesional de la modista se extendió al barrio de Salamanca, y todavía más allá, hasta un conjunto de chalecitos que se derrama hacia

la Castellana, entonces avenida del Generalísimo. Agustina era ahorradora, acumulaba sus pequeños ingresos, y los invertía con perspicacia en la Bolsa de Valores, sin otro auxilio y consejo que el de su intuición financiera. ¿Cómo era posible?

Al cabo del tiempo, constituyeron los cimientos de la saneada herencia bursátil que me permitió holgazanear un par de años mientras decidía qué curso darle a mi vida, después de abandonar mi trabajo por y para el socialismo. Ese pequeño tesoro lo fue fraguando Agustina García a lo largo de mi infancia y adolescencia, hasta que nos mudamos al Berlín comunista.

El viaje a Berlín en el verano de 1965 fue el más asombroso que yo haya realizado en la vida. Tan asombroso, como decepcionante fue su conclusión.

Hasta pocos meses antes, yo era un chico huérfano de padre, y mi madre, una viuda. Había crecido con esa convicción, aunque nunca supe cuándo ni cómo había muerto mi progenitor, ni intenté averiguarlo, porque a todas luces se veía que era un terreno vedado a las preguntas. Además, yo llevaba el apellido de mi madre, lo que significaba, en el mejor de los casos, que ella y mi padre no estuvieron casados, que habían sido rojos. El peor de los casos es que hubiera sido prostituta o chica engañada y abandonada.

El centro de la vida social de mi madre era el

trabajo. Era brechtiana sin saberlo. Gracias a sus ingresos como modista y a los envíos de Olegario pudo inscribirme en un colegio de curas, el Obispo Perelló, donde terminé con matrícula de honor la Reválida del Bachillerato Elemental.

Acababa de empezar el Sexto Curso, ya en el Bachillerato Superior, cuando Agustina me dijo de sopetón que mi padre no había muerto, y que vivía en el Berlín comunista.

No sé cual de las dos noticias me abrumó más.

El verano anterior había pasado una semanas en un campamento de la Organización Juvenil Española, la OJE, en los bosques de Covaleda, provincia de Soria, donde obtuve el grado de jefe de escuadra. Yo estaba inscrito en un Hogar Juvenil situado en la plaza de la Lealtad, donde se alza el obelisco en memoria de los caídos en la revuelta del Dos de Mayo de 1808 contra los franceses. El director del Hogar era un *camisa vieja* falangista, de los primeros, de los auténticos, el camarada Albalat, un hombre cabal, que se entendía muy bien con los muchachos. Tipo de baja estatura, atlético, nervudo, moreno por las caminatas que se daba todos los fines de semana y por la práctica del esquí en las pistas de Navacerrada.

Era acérrimo de José Antonio Primo de Rivera. Hablaba de él como si se tratara de un santo, algo

chocante, porque no manifestaba la menor inclinación hacia la Iglesia y su jerarquía. Para él las ideas sociales de la Falange eran la garantía de la justicia del Régimen de Franco, de quien solía hablar poco, apenas nada. Hacia los curas no ocultaba su aversión.

No era persona inclinada a dictar doctrina política. Decía que las palabras se disuelven en el aire una vez pronunciadas, que sólo los actos definen a los hombres. Había estado en Rusia con la División Azul. Participó en batallas terribles de las que nos daba brumosos detalles nada heroicos, incluso rematadamente cómicos. Me desconcertaba que hablara bien de los rusos y mal de los nazis.

A los quince años yo tenía la categoría de arquero y la dignidad de jefe de escuadra, una pequeña autoridad en la OJE, sin más horizonte político que el estereotipado panorama que proyectaban las charlas del camarada Albalat. España era un ejemplo de paz y desarrollo gracias a la influencia de José Antonio y de los viejos falangistas. Franco era un militar astuto que había sabido librar a España de la Guerra Mundial. El comunismo era una fuerza perversa que sometía a media Europa, en especial a los pobres campesinos y obreros rusos. Con eso me bastaba. Al año siguiente me matricularía en Preuniversitario, y luego entraría en la Universidad para estudiar una carrera que todavía era una incógnita para mí.

Todas estas serenas previsiones se vinieron abajo el día que Agustina me anunció la existencia de mi padre al otro lado del Muro construido hacía un lustro por los comunistas. Al parecer, vivía allí desde el final de la Guerra Civil española. Con los ojos empañados en lágrimas, todavía tuve fuerzas de espetar a mi madre:

“¡Cómo es posible! ¿Y, yo?”

“Tu padre, Olegario Micó”, era la primera vez que yo escuchaba este nombre, “vino a España en el invierno de 1949. Traía el encargo de disolver el Ejército Guerrillero del Centro, por orden del Partido Comunista. Y nos vimos a escondidas.”

“¡Noooo! Mi padre no puede ser un comunista.”

Yo estaba rígido, cogido con las manos al ruedo de la mesa camilla que me separaba de mi madre, sentada al otro lado.

“En realidad no lo es, si esto te sirve de consuelo.”

Me puse a reír. Mi madre también. El tono de su afirmación estuvo cargado de ironía, tan sincera, que me contagió, como si el hecho de que mi padre hubiera sido anarquista de la FAI, la Federación Anarquista Ibérica, según fue explicándome mi madre a continuación, fuera un argumento exculpatorio

Se habían conocido en Barcelona, donde mi madre pasó la guerra en una residencia, como cuidadora de una colonia de niños madrileños refugiados en Cataluña. En realidad ella era una de las niñas refugiadas, la mayor. Un mal día informaron a Agustina de que un bombardeo la había dejado huérfana.

Agustina y Olegario llegaron a casarse civilmente, aunque al acabar la guerra sólo se convalidaron los matrimonios religiosos, que fueron escasos en la zona roja. Por eso, el primer hijo que tuvieron, Pepito, nacido en 1939, no pudo llevar el apellido de Olegario en la España de Franco.

Pepito había muerto de una tos ferina en 1948. A mi padre le trasladaron a la fuerza a Alemania desde Francia, donde se había refugiado tras la derrota republicana. Se las había apañado bien para sobrevivir. Y al entrar los rusos, se quedó con ellos en la parte de Berlín que les correspondió.

Esto, y el episodio de su visita clandestina a Madrid en 1949, fueron todos los detalles que Agustina me dio de mi repentino padre. Yo los escuché como quien oye un cuento de aventuras fantásticas, seducido por ellas, pero consciente de que son una invención. Sin embargo el hecho de que en este caso me afectaran de lleno, me producía un desasosiego creciente. Me habría aliviado que mi

madre se quedara muda de súbito, o que al finalizar su historia me hubiera dicho sonriente: “todo es mentira, me lo acabo de inventar, bobo.” Yo estaba acostumbrado a cierta broma suya, alguna vez que había salido el tema de mi desconocido padre. Agustina decía, “yo a ti te encontré debajo de un olivo, en un patio de la Guindalera. Eras de guapo...” Al principio, me ponía a llorar, y mi madre me abrazaba asegurándome que era mentira. Luego, yo le seguía la corriente, y entre los dos inventábamos una película diferente en cada ocasión. Esta vez, sin embargo, aunque lloré en su presencia, no hubo desmentido y alivio final.

Durante una semana estuve sumido en una angustia que me privó del sueño, una sensación desconocida hasta entonces por mí, acostumbrado al orden y a la rutina. Tan desmejorado debí de aparecer por el Hogar Juvenil de la plaza de la Lealtad, que el camarada Albalat me preguntó si había perdido la cabeza por una chica. “Algún día te tenía que pasar.” No pude hacer otra cosa que contarle la verdad, aunque mi madre me había advertido que mantuviera el secreto. Concluí mi confesión con un “no quiero tener un padre comunista.” Y me eché a llorar.

El camarada Albalat dejó que me desahogara. Luego me dijo eso de que los hombres no lloran, y después: “Tu padre es tu padre. Y sus razones tendrá para ser lo que él haya decidido ser.” Yo estaba

perplejo, aquellas palabras me parecían inconcebibles en un falangista.

“Berlín es una hermosa ciudad. Yo la conocí”, evocó el camarada Albalat. “Puede que incluso conociera a tu padre. Me encontré con algunos españoles republicanos que los nazis habían llevado a Alemania para reemplazar la fuerza de trabajo que había tenido que abandonar las fábricas. No eran mala gente.”

“Pero aquello debe de ser un infierno. Todo el mundo lo dice. Lo he visto en las películas y en el Nodo.”

“El infierno no existe”, dijo con firmeza. “Y nunca debes hacer caso a *todo el mundo*. Comprueba las cosas en persona. Y ten una cosa clara, tu padre es tan español como tú. Un español jamás deja de serlo, en Moscú, en el Infierno o en el Paraíso. No te decepcionará.”

Nunca pude decirle al camarada Albalat que mi padre me decepcionó.

Al acabar el curso escolar viajamos a Cartagena cargados como burros. No íbamos de veraneo, aunque yo quise creer que era así. Nos alojamos en casa de mi tía María Manuela, la única hermana de mi madre, casada con un trabajador de los astilleros.

María Manuela estaba enferma de un cáncer terminal, que intentaron ocultarme piadosamente. Yo asistí a su deterioro, consciente de que había en ello algo fatal, pero sin la congoja que consumió a mi madre y a su cuñado. No tenían hijos, así que me aburría como una ostra. Por la mañana, me echaba a caminar por el barrio del Peral, y siempre acababa en el puerto, frente al submarino de don Isaac. Otras veces, cogía un autobús y me acercaba a alguna playa. Pero casi todas las mañanas me iba a la biblioteca municipal y me ponía a leer todo lo que podía sobre Alemania, que era muy poco, sólo algunos libros de Historia de Europa y un folleto de propaganda del gobierno de Bonn. De Berlín Oriental, nada, salvo las fotos sobrecogedoras del Muro.

María Manuela murió en plena canícula de agosto, en el hospital. Las circunstancias de su entierro fueron sórdidas y humillantes. No me enteré de ellas hasta poco después. Sólo me di cuenta de que no la enterraban en el cementerio general, sino fuera de él, en un rincón desolado.

La razón fue que mi tía era protestante, algo excepcional y escandaloso en aquella ciudad y en aquella época, y por más que rogaron mi madre y su cuñado, no hubo manera de que la aceptaran en tierra llamada sagrada.

Luego supe que un par de monjas que la habían

atendido en sus últimas horas, cogieron el cadáver, lo llevaron al depósito del hospital, le quitaron la ropa, y lo dejaron sobre una mesa de mármol en una postura grotesca. Evidentemente un castigo a su contumacia de morir fuera de la Iglesia Católica.

Aunque nunca me lo dijo, tuve claro que aquella indignidad había sido la razón que decidió a mi madre a marchar a Berlín, huyendo de una España atroz, cualidad que yo había ignorado hasta ese momento, y que seguí sin comprender, porque el acontecimiento se produjo de súbito y sin explicaciones. Recuerdo el viaje en tren por media Europa, de Madrid a Berlín, como una sórdida aventura ferroviaria, un adolescente ávido de información en compañía de una mujer abatida.

Florian Kapellu

Der Unsinn (Lo absurdo)

Salgo a la calle con un portafolios blanco lleno de información sobre el IVAM, y con los catálogos de las tres exposiciones inaugurales: *Picasso. Dibujos 1899-1917. Equipo Crónica, Antología. Y Fata Morgana USA. The American Way of Life, Josep Renau*. Siento un deseo incontrolable de abrir el portafolios y mirar los catálogos, allí mismo, a la puerta del gran cubo blanco de piedra y cristal. Debe de ser un deseo controlable, porque continúo andando hacia el punto en el que se encuentra el mendigo de la armónica. Se encontraba, ha desaparecido.

La cita con la desenvuelta Ángela es a las tres y cuarto en una plaza de aquel barrio destartalado y sucio. Hay varias cafeterías, dice. Puedo esperar en cualquiera de ellas. Ángela llegará enseguida, porque sale de su trabajo a las tres. Me encontrará. Fijo.

En la pupila bizca de la periodista he visto que las tres y cuarto es una cifra y no una hora. Me preparo a una espera indefinida. La indefinición es una constante variable en España. Son casi las dos. Recorro, mapa en mano, el itinerario que me lleva a mi destino. Dejo atrás un mercadito pintoresco en una

plazuela. Los puestos están hechos de madera alabeada, pero de sorprendente consistencia. Más allá de sus pasillos llenos de hojas de verduras, papeles y plásticos, creo ver al espíritu de Renau joven haciéndome guiños desde una vieja taberna.

En la Plaza del Tossal hay, efectivamente, varias. No me decido por ninguna. Me desconcierta el aspecto de estos establecimientos, provisional, endeble; dan una impresión ruinoso, como muchos *Gaststätte* de mi país, con la diferencia de que los nuestros se desmenuzan por falta de capital para su mantenimiento, y estos españoles están abandonados por desidia o porque nadie cree que necesiten un remozamiento.

Las calles de Valencia parecen un campo de batalla. No muy lejos de donde me encuentro, se ha iniciado un formidable bombardeo. A cada paso se escuchan estampidos de petardos arrojados por francotiradores de todas las edades y condiciones. Por ejemplo, una muchacha con una indumentaria que se me antoja dieciochesca, barroca, con peineta y moños en la cabeza, falda de ancho vuelo de tejido de damasco o algo así. Me parece que aquella damisela surge del pasado, brilla a lo largo de una calle descargando un reguero de petardos, y se eclipsa tras una esquina. Me recuerda la película *Lotte in Weimar*, protagonizada por Lilli Palmer. Es una evocación disparatada, porque no imagino al veterano Goethe

jugando con esta clase de fuego tan escandaloso.

Grupos de operarios trabajan en los monumentos callejeros de cartón piedra de un modo que parece torpe, desorganizado. En la plaza del Tossal hay un guirigay de todos los demonios, entre estampidos, música de charanga proveniente de altavoces misteriosos, ciudadanos chillones, motocicletas con el tubo de escape perforado y ladridos de perros, no todos vagabundos.

No quiero gastar dinero en una bebida innecesaria, y tomo asiento en un banco, al lado de un tipo con chaqueta multicolor, trenzas llenas de mugre, calzas de rayas blanquirrojas y sombrero emplumado. Le acompaña un perro pastor alemán de actitud mansa y resignada. De vez en cuando, el tipo golpea con los dedos un tamboril africano, aleatoria, caprichosamente, como si estuviera soñoliento. Veo la acción de sus manos, pero no escucho su efecto, absorbido por la escandalera urbana.

Abro el portafolios y saco el catálogo de la exposición de Renau. La portada muestra un dólar de plata encajado en un soporte de globo terráqueo de aula escolar; debajo, a la izquierda, una corista sin rostro; por detrás, el humo candente de una explosión nuclear. Símbolos. Estereotipos.

Nunca me sentí cómodo con los fotomontajes

de Renau. Colaboré con Marta Hofmann en el trabajo de recortar revistas y libros, y clasificar las imágenes de acuerdo con el índice colosal e indescriptible de Renau. Tan colosal, que los recortadores nos perdíamos en su inmensidad jeroglífica. Marta solía preguntar al artista en su español argentino: “¿Y dónde coloco esto, Renau?” El pintor, que acaso leía un periódico o tomaba unas notas o estaba concentrado en solucionar un problema de perspectiva o estaba absorbido por uno de los murales en ejecución, le dirigía una mirada iracunda, y replicaba tartamudeando: “Donde t-toca, hija, donde t-toca. *Collons*. P-parece mentira q-q-que me haya pasado media vida org-g-ganizando una c-clasificación racional, entrenándote en ella, y que sigas siendo una b-burra.” Yo miraba de refilón, mientras seguía con mis recortes, hasta que Marta regresaba junto a mí y me traducía al alemán la iracundia renaudiana.

Vuelvo a hojear el libro, hasta que queda abierto en los textos introductorios. Leo la panoplia de honorables políticos patrocinadores de la exposición. Igual que en la *Demokratische Republik*. Igual que en la *Bundesrepublik*. Igual que en todos los Estados y todas las Administraciones del mundo. Los honorables políticos no pueden apartarse de la pista circense de la cultura, iluminada por cañones de luz, sacudidos por las modas, los intereses, las censuras, los berridos.

Y entonces caigo en la cuenta de algo sorprendente.

Los textos de este catálogo están en catalán y en inglés. Me parece increíble que los honorables personajes que firman lo que sin duda no han escrito, ignoren el idioma común en España. Es algo tan *absurd*, tan *stupid*, que me cuesta dar crédito a mis ojos. Lo absurdo. *Der Unsinn*.

Cierro el catálogo y lo guardo en el portafolio blanco. Miro mi reloj de pulsera. Marca las tres. La calefacción solar de marzo ha empezado a hacer efectos en mi metabolismo. Poco a poco me dejo llevar por una modorra que los aborígenes de España llaman *la siesta del borrego*, una metáfora sarcástica, porque no hay nada más patético que un borrego durmiendo sobre sus cuatro patas a la sombra de un olivo un mediodía de agosto.

Me quedo transpuesto, y se me va la cabeza hacia atrás. Al reaccionar para recuperar instintivamente el equilibrio, cae el portafolios al suelo. Tardo unos segundos en volver a la plaza del Tossal desde la lejanía indefinible de los sueños. Acababa de preguntar a Giselle si le gustaban a ella los fotomontajes del *AWL*. Antes de que pudiera formular la contestación, situada la escena en el jardín de *Kastanienallee* donde el *Herr Professor* impartía sus clases en el *Zeichnenkreiss* o círculo de dibujo de

los fines de semana, he vuelto a la realidad de golpe.

Alguien ha recogido el portafolios del suelo y lo deposita con suavidad en mi regazo. Me vuelvo para dar las gracias y encuentro que el juglar se ha transformado en un hombre algo mayor que él, alto y muy delgado, de pelo rubio largo y encrespado, con grandes mostachos sucios de nicotina y ojos hundidos por el dolor y la falta de sueño. Su rostro es un campo de surcos en todas las direcciones. Viste una gabardina de tono claro, sin abrochar.

—Le buscaba para decirle algo —escucho al mostachudo, hablando en francés—. ¿Es usted periodista de la Alemania Democrática?

—Bien seguro.

—Tengo que anunciarle que Oliver, como usted temía, está muerto.

Noto un escalofrío. Llego incluso a dar un respingo. El mostachudo toma el portafolios, lo abre, lo pone boca abajo y lo sacude hasta que todo su contenido se desparrama por el suelo.

Me precipito para recogerlo y volverlo a introducir en la cartera. Al terminar de hacerlo me vuelvo hacia el tipo.

Ya no está. En su lugar, el sujeto medieval con

perro manso se levanta, se cuelga el tamboril de un hombro y se aleja hacia un edificio en ruinas.

Mi reloj de pulsera soviético marca las tres y media. En la plaza se ha instalado un silencio engañoso, porque de poco en poco se escucha una explosión lejana. Me levanto para marcharme, y en ese instante aparece de la nada Ángela, con la cabeza gacha, la cortina negra de su pelo lacio balanceándose, pidiéndome perdón por el retraso con un guiño extraviado de su ojo bizco y una sonrisa equívoca.

Peter Kapellu

Strausbergerstrasse

Telefoneé a Giselle antes de pasar por su casa. Quería saber algo de Florian, mi hermano. Cómo le iba por el *Kapitalismus*. Qué impresión había sacado de él. Si el *Kapitalismus* español era muy diferente del que conocíamos gracias a las televisiones de la RFA, o si la realidad divergía mucho de su representación audiovisual.

Iba cargado de un amargo desconcierto. Acababa de visitar a mi madre en Röpersdorf, y allí, en la terraza de la residencia, envuelta en mantas y en abrigos, frente a una llanura blanca por la nieve, manchada por los pequeños bosques de pinos y abedules, dijo algo que me dejó perplejo.

Yo era hijo suyo, pero no de mi padre, el teniente de la *Volkspolizei* Rudi Kapellu.

Intenté tomármelo con sentido del humor. Seguí la corriente a la enferma de Alzheimer. Mas ella se percató, y me amonestó.

—Te conviene no burlarte de este asunto, Peter. Por tu bien.

—¿Por mi bien? ¿Qué quieres decir, mamá?

—El futuro del *Sozialismus* no depende del destino de una persona, ni siquiera del destino de un grupo de agitadores, de luchadores de vanguardia o de una fracción de revisionistas...” Mi madre estaba hablando como un camarada del *Politburo*. “Una revolución fracasada, por muchas víctimas que cueste, está preñada también de una esperanza incalculable.” Se calló, y miró la pared, como si estuviera leyendo algún discurso proyectado en ella. “La República Democrática Alemana es decisiva porque todas las líneas divisorias del mundo atraviesan este país.” Y luego de otra pausa: “El narcótico del bienestar, coexistente con la explotación y la lenta agonía del proletariado, el hedonismo mercantil como sucedáneo de la emancipación es nefasto para el *Sozialismus*.”

—Mamá, ¿qué tiene que ver toda esa doctrina con que yo sea o no sea hijo de mi padre? —me inmiscuí antes de que siguiera leyendo lo que veía escrito en la pared.

Retiró la mirada del muro y la volvió hacia mí.

—No tengo ni idea. Pero quería que lo supieras antes de que me vuelva completamente loca.

—¿Y quién es mi padre, entonces?

—Pregúntaselo a tío Horst.

Le conté la revelación a Giselle. No pareció hacerme mucho caso. Estaba abstraída. Le pregunté si echaba de menos a mi hermano.

—Sí. Le necesito más que nunca.

Me contó que se encontraba abatida. Una compañera de trabajo había sido deportada a Londres con su hijo de catorce años. El marido no había podido marcharse. Trabajaba en un departamento de la STASI.

La historia había empezado el 17 de enero de 1988, durante la manifestación anual y oficial en memoria de Rosa Luxemburgo, una de las fundadoras del *Kommunistische Partei Deutschlands*, asesinada en Berlín en 1919. Los dirigentes de la RDA la veneran en virtud de un retorcido patriotismo, pues Rosa Luxemburgo nació en Polonia en una familia judía; además, Lenin escribió un opúsculo demoledor contra los espartakistas, de los que ella formaba parte. La RDA se siente propietaria del legado fecundo y variado que dejaron Marx y sus epígonos. Nuestros historiadores están tan acostumbrados a maquillar la realidad, o directamente a cambiarla, que han buscado cientos de razones para venerar a los mártires del *Sozialismus*, aunque fueran considerados estúpidos e incompetentes por los bolcheviques. Todos los años se fija un domingo para que los ciudadanos se manifiesten en Berlín para honrar la memoria de la Luxemburgo.

El de 1988 acabó en una pequeña revuelta. Los estudiantes de un instituto de enseñanza media llevaban pancartas con consignas extraídas de textos escritos por Rosa Luxemburgo: “Libertad es respetar el pensamiento de los que no opinan como nosotros”, “Quien no se mueve no siente las cadenas”, y “La única manera de renacer es ampliando la democracia todo lo posible”. Fueron atrevidos y acaso también inconscientes de que se estaban saltando las consignas del *Politburo*, para quien esos lemas eran poco menos que una blasfemia. Las consignas habían sido seleccionadas con todo propósito por un grupo de disidentes. Al desplegar la pancarta, agentes de paisano surgidos de esa nada que debe esperarnos en el infierno, la recogieron y arrestaron a sus portadores, entre ellos al estudiante aludido. Gracias a que su padre era de la STASI, sólo estuvo detenido unas semanas. Los demás, acusados de alta traición, lo pasaron peor. Se organizó un buen revuelo, porque la madre defendió el derecho de su hijo a expresar su propio concepto de la libertad.

Entonces pusieron a la familia en una grave disyuntiva. Si no les gustaba la RDA, podían marcharse. El padre, no, por supuesto. No les dieron ninguna otra posibilidad, quizá porque vieron que la mujer no estaba dispuesta a realizar un acto de contrición.

—Hace dos semanas les metieron en un avión a

la fuerza y ahora están en Londres, donde mi amiga tiene familiares. ¡Es injusto! ¡Es cruel! ¿Qué está pasando, Peter? La patria del *Sozialismus* no debe incurrir en esos errores.

Giselle estaba apesadumbrada y agitada. ¿Flaqueaba su indestructible confianza? No hablaba de barbaridades, sino de errores. Mi cuñada no es una excepción. Millones de ciudadanos de la RDA están hartos de la escasez de bienes de consumo, de las consignas políticas vacías. Y a la vez sufren el bombardeo de los medios de comunicación del otro lado. Berlín es la ciudad mejor informada de la RDA. Está saturada de noticias, de rumores, de fantasías elaboradas por los servicios de propaganda de los dos lados.

—Se va a producir un cambio, Giselle. Es inevitable.

—¿Un cambio, Peter? ¿Vamos a volver al *Kapitalismus*, a la reunificación? ¡No quiero volver allí! No lo resistiría.

—¿Quién habla de reunificación? Nosotros hemos luchado por construir un país igualitario, todo lo opuesto a la RFA. Honecker está muy enfermo. Puede morir en cualquier momento. Igual que ocurrió en la URSS con Chernenko, aparecerá un Gorbachov alemán. Ten la seguridad.

—Lo único que es necesario cambiar en este país es el *Politburo* .

—¡Exacto!

—Pero, ¿qué fuerza tenemos tú y yo para convencerlos de que deben irse?

—No se irán de ese modo, Giselle. De momento los que se están yendo son nuestros compatriotas. A veces con la ayuda de la STASI.

—No lo entiendo.

—Echan a los que consideran peligrosos. Aprovechan el letargo de la población que no quiere saber nada de cambios, porque no cree en ellos. Pero cada vez son más los que toman la decisión de huir.

—No se marchan por razones altruistas, Peter. Conozco a unos cuantos. Lo único que les interesa es el dinero. Sólo quieren consumir. Consumir. Ser dueños de coches de lujo, de chalets en medio del bosque, de... Y eso es una fantasía. Lo sé, lo conozco. La fuerza más poderosa en Occidente es la fantasía de la codicia.

—Allí se llama ambición. Giselle, la gente tiene derecho a decidir su vida. Nosotros no nos medimos por la codicia. Pero este *Sozialismus dederon* ha dibujado una plantilla para el comportamiento social,

de la que no podemos salirnos. Somos adultos, somos capaces de reformar el *Sozialismus*, de dirigirlo hacia el hombre, no contra el hombre.

Los niños llevaban un buen rato durmiendo. Me levanté y me dirigí a la ventana del salón de estar. Retiré los visillos e imaginé, al otro lado de un sinuoso edificio de viviendas con aspecto de muralla china, la estatua de Lenin en su plaza, gigantesco, inamovible, muy serio, cogiéndose la solapa con un brazo, y con el otro extendido a lo largo de su cuerpo granítico, mirando hacia el comunismo lejano e infinito.

—Te voy a preparar las sábanas. Puedes dormir en el sofá.

—No hace falta, Giselle. Gracias. He quedado con Christa.

Christa era mi novia. Pero pronto dejaría de serlo.

—Está en casa de unos amigos, aquí cerca, en *Prenzlauerberg*. Me está esperando. Vamos a despedirnos.

La desolación en los ojos de Giselle se pronunció, algo que parecía difícil.

—Se va a la RFA. Quiere que la acompañe.

Pero yo no puedo abandonar mi patria... Asegura que no piensa quedarse allí. Conoce a un grupo de alemanes que viven en España, en una especie de colonia alternativa, junto a la costa mediterránea. Dice que es una vida austera, como aquí, alejada del consumo, pero libre, sin consignas, sin propaganda...

Giselle me sonrió.

—Me gusta este Peter. Capaz de sacrificar su felicidad personal por la de su país.—Se acercó a mí, y me besó en la mejilla—. ¡Eso está bien! Eres un buen comunista.

—No soy un comunista, sólo un ciudadano con ganas de sacar a su país del cementerio en el que se está convirtiendo. Y no soy el único, te lo aseguro. En Leipzig hay personas extraordinarias. Protestantes, pacifistas, ecologistas. Estamos organizándonos. Queremos inscribirnos como asociación política. Tenemos incluso un nombre, *Neues Forum*. Cambiaremos el *Sozialismus*.

—Que la fuerza os acompañe...

—¿Qué fuerza?

—“La Guerra de las Galaxias” —dijo con una sonrisa cómplice.

—No sabía que vieras películas occidentales.

—De vez en cuando. ¿Conoces el último chiste del *Politburo*? ¿Cuál es el primer punto del orden del día en sus reuniones?

Lo conocía, pero no quise privar a Giselle del placer de sentirse disidente por un instante.

—¡Camaradas, pongan en marcha sus marcapasos!

Florian Kapellu

Café del tiempo castigado

Ángela me obliga a hablarle de Renau durante la comida en una fonda ruidosa. Le cuento que lo mejor que me pasó relacionado con él fue conocer a Giselle, mi esposa y madre de mis dos hijos. Esta confesión es un movimiento táctico. Tengo la impresión de que a esta periodista institucional le ha dejado insatisfecha su coyunda con media Alemania Democrática, y acaso esté pensando en sobrepasar el cincuenta por ciento conmigo.

Le pregunto por Oliver, Julián Micó. Me da vagas explicaciones. Advierto que rehuye el tema. Pero yo vuelvo una y otra vez a él, para acumular datos que transmitir a tío Horst.

Regateándonos con las pelotas de Renau y Oliver llegamos a los postres. Sé que esto, dicho en español, es “cachondo” o anfibológico, según un profesor de lengua, pero la metáfora del fútbol a dos balones define con precisión el juego que mantenemos Ángela y yo durante la comida en la fonda. Hago un signo al camarero para pedir un café, cuando Ángela me dice que el mejor “café del tiempo castigado” lo encontraré en otro sitio. De nuevo me siento un

muñeco en manos de esta mujer, maestra del desconcierto.

No dejo que me invite. Pagamos cada uno lo nuestro, que es justo lo mismo, y echamos a andar. Voy “con la mosca detrás de la oreja”, estupenda expresión que acabo de aprender. Me pregunto qué tipo de castigo se le puede dar a un café, que además es “del tiempo”, un enigma meteorológico. En mi cabeza revolotean todas las frases hechas del idioma español que he aprendido en la península Ibérica, de un tenor diferente a los modismos del español de Cuba. Soy más lingüista que periodista.

El trayecto se me hace largo. Ángela debe de notarlo, porque me pregunta a qué hora sale mi tren para Madrid. Improviso que es un nocturno, sin saber si existe ese servicio.

Llegamos al cauce del río Turia, ajardinado y con fragancias de primavera. Por todos lados se escuchan disparos y explosiones. Al otro lado del cauce se ve una arboleda bastante grande. Ángela la señala.

—¡Sorpresa! Vamos a casa de Oliver. Te lo quiero presentar. Le he telefoneado y me ha dicho que nos invita a un café del tiempo, que él castiga magistralmente con coñac o con anís. Un carajillo frío.

—¿Un cara... qué?

Me he preparado para cualquier *Überraschung*, sorpresa, de Ángela, menos para esta de conocer al mismísimo Oliver.

—Carajillo: café con hielo y licor. ¿Te gusta?

No soy muy amigo de los *schnaps*, pero estoy dispuesto a probar los que el Hombre Osmótico prepara.

—¿Me estás diciendo que Oliver vive en aquel parque? Parece un jardín público, no una residencia privada.

—Allí, no, tío. Aunque, cualquiera sabe, Oliver encajaría muy bien en una Casa de Fieras. Allí — señala la arboleda— está también el zoológico. Oliver vive en la Pagoda, en ese rascacielos.

Es un edificio de rasgos vagamente orientales, con remates curvos de hormigón en la fachada. Un edificio de lujo.

Es la primera vez que entro en la vivienda de un hombre rico. Me pregunto si Ángela me ha tomado el pelo al contarme que se ha acostado con él. Tengo que empujar fuera de mi conciencia mi ingenuidad, y aceptar que las costumbres íntimas de la gente se atienen poco a los convencionalismos, en especial a la

pacatería del *Sozialismus* real. Me consuelo pensando que, al salir de la Pagoda, sabré un poco más sobre los hábitos ocultos de los privilegiados del *Kapitalismus*. ¿Ocultos? Si esta periodista institucional los va proclamando a viva voz...

Oliver está casado con la hija de un bodeguero valenciano que posee extensos viñedos en el interior de la provincia. El caldo lo exporta, en especial, a Alemania Federal.

Me sorprende que nos abra él mismo la puerta. Yo esperaba ser recibido por una sirvienta con cofia, como en las novelas de Thomas Mann.

Oliver es un tipo alto, de expresión franca, aunque en sus ojos se distingue cierta reticencia. Es moreno, pero su cabellera empieza a blanquear. Tiene una gran nariz semítica, y su barba necesita un rasurado, aunque quizá se la está dejando crecer. Viste un chándal de marca y zapatillas de deporte, también de marca. A la media luz del recibidor, da la impresión de ser un jeque árabe de vacaciones en España. Debe de tener unos cuarenta años.

Nos conduce a un salón de estar gigantesco, con ventanales a dos de las fachadas. Los muebles son de un “clasicismo sólido y hortera” (esta calificación es de Ángela, dicha en un aparte). De las paredes cuelgan grabados de caza ingleses y lienzos de pintura

sorollista valenciana. La precisión estética también es de Ángela, avalada por Oliver. Donde no hay cuadros, el espacio lo ocupan jarrones de diversas procedencias colocados sobre aparadores lacados, lámparas de pie con pantalla de cuero traslúcido, o esculturas de fieras de mármol negro. En este salón de estar podían vivir dos o tres familias de mi país.

Nos sentamos en cómodos sofás de piel auténtica, y pronto aparece una doncella sin cofia, pero uniformada, con un juego de café para tres y una cubitera repleta de hielo. Oliver arrima de un mueble bar un carrito lleno de licores y me pide que elija uno. Al parecer, conoce la preferencia de Ángela, a quien no pregunta nada.

—Así que usted, señor Kapellu, es periodista de la *Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst*...

Se lo confirmo. Pronuncia las palabras alemanas con perfección.

—Y usted es *Herr* Oliver —digo, dejando en el aire su profesión, para mí desconocida.

—Sólo en cierto modo. Mi nombre real es Julián Micó García. Oliver es un alias que me puso un oficial ruso del KGB en Berlín. Estaban empeñados en que trabajara para ellos.

Esta confesión, hecha como una broma y en

presencia de una persona extranjera, me produce gran violencia. En la RDA no se le habría ocurrido a nadie, *ni por asomo*, hablar con semejante ligereza. Pero aquí, el único extranjero soy yo, he de reconocerlo.

—Mi mujer, Giselle Etwen, dice que conoció a un español llamado Oliver en el estudio del *Professor Renau*. Me pregunto si es usted.

—¡Giselle! Claro que sí. La hija de la heroína de *Leverkusen*... Años gloriosos. Para mí, para nosotros, naturalmente, en la cima de la juventud. No para las carcomidas superpotencias. Así que usted está casado con Giselle.

Puede que Oliver sea un humorista excéntrico. Pero es obvio que conoce a Giselle.

—¿Qué pasa con las superpotencias? —interviene Ángela, que se ha limitado a presentarnos y a observarnos con interés de entomólogo.

—Quizá no te hayas dado cuenta, cariño, pero la Guerra Fría ha terminado. Sólo queda echar el telón.

—¿Qué telón? ¿El de Acero? Ya está echado. ¿O te refieres a la guerra caliente, a la nuclear? ¿Quieres decir que los camaradas del Este y los del Oeste empezarán a lanzarse misiles como si se echaran flores?

Oliver da un sorbo a su “café del tiempo castigado”, mirando de soslayo a la periodista.

—Quiero decir lo contrario, reina. ¿No cree usted, Kapellu?

—Queréis dejar de llamaros de usted. Me estáis poniendo nerviosa. Estamos en España, che. — Desliza su mirada de Oliver a mí.

—La Guerra Fría, cancelada... —Me interesa la teoría de Oliver. Seguro que a tío Horst también—. ¿En qué se basa para afirmarlo?

—En mi propia experiencia, y en las reuniones que los rusos y los americanos están haciendo. En privado y en público.

—Pero si la Guerra Fría se desvanece, ¿qué pasará con los bloques? —pregunto.

Es una idea lógica, aunque heterodoxa. Emerge en mi conciencia socialista debilitada tras unos meses de inmersión en el *Kapitalismus*.

—Estamos a punto de entrar en un nuevo periodo de la Humanidad, amigo Kapellu. Yo lo he presentado con claridad. Supongo que cualquiera que me vea en mi casa deducirá que soy un burgués, la quintaesencia del burgués. ¡Pues no lo soy! Soy un perfecto oportunista, como Lenin. Me estoy

aprovechando de las circunstancias... Porque este mundo se ha acabado. La Guerra Fría se ha acabado. Y quien no quiera verlo así, está jodido.

Certifica sus afirmaciones con un trago de coñac *Remy Martin*, que acababa de servirse. Calculo que no es posible que un hombre se intoxique con un carajillo y una copa de licor. A no ser que lleve un buen rato bebiendo, algo improbable, pues al recibirnos, próxima a mí su cara, no he advertido yo ningún aliento alcohólico.

Miro a Ángela. De pronto, la muchacha da media vuelta y sale del salón. Pasa más de un minuto, y no regresa.

—¿Está usted hablando en serio? —pregunto al fin en alemán.

—No tengo ninguna razón ni para bromear ni para mentirle. —El acento de Oliver es berlinés, y se nota en algunas expresiones que ha adquirido el dominio del idioma siendo ya persona crecida—. Trabajo como usted para la DDR. Exporto mercancías muy valiosas. Pensaba que usted lo sabía.

—¿Por qué tenía que saberlo?

—Usted tiene una elevada responsabilidad profesional, según me ha dicho Ángela. Pensé que le habrían puesto al corriente de las personas

significativas de la DDR en España. Incluso tengo la sospecha de que ha venido a Valencia en mi busca, de que me necesita.

Ahora soy yo quien me sirvo una copa de este coñac de barrica centenaria, que arde a fuego lento en la garganta.

—No sé quién es usted ni a qué se dedica, aunque es evidente que no le falta de nada...

—Todo pertenece a mi mujer...

—... Pero quiero que quede esto claro: soy ciudadano de la DDR, soy filólogo, y en estos momentos la agencia de noticias de mi país me ha asignado un trabajo de corresponsal volante en el Sur de Europa y Norte de África. Eso es todo.

—Yo también le voy a decir algo con auténtica honestidad. Y le ruego que me crea, Kapellu. Durante años he sido un Hombre Osmótico.

Reconoce en mi mirada el escepticismo.

—Un Hombre Osmótico no es un agente de ninguna institución secreta. Es un hombre con una capacidad excepcional no buscada por él, la de poder moverse...

—Lo sé. Me lo explicó Giselle. Pero no parece

que entonces le tomaran muy en serio.

—Yo me podía mover en el espacio. Con mi mente. Entrar en otras mentes. Leer el pensamiento. Era un don del que no fui consciente hasta los dieciséis años. Los servicios especiales soviéticos intentaron explotar mi facultad, este don. Querían educarme para que yo lo hiciera en su provecho. Pero no funcionó. Algo no funcionó. Me hicieron pasar por un agente del servicio de información checoslovaco en una reunión con miembros de la *Rote Armée Fraktion*. Pero mi mente se quedó en blanco. Luego lo intentaron con unos españoles que decían haber reconstituido el Partido Comunista y que se dedicaban al terrorismo, los GRAPO, se hacían llamar. Les dijeron que yo era un agente cubano, para lo cual tuve que afectar el acento de aquella isla. Me sentí del todo ridículo. Y mi mente también permaneció en blanco, como la de cualquier persona corriente a la que introducen de un empujón en una reunión secreta y se pone nervioso. Me puse nervioso. Te lo aseguro.

Pero soy yo el que está a punto de perder los nervios. El tuteo de Oliver me saca de quicio, absurdamente. Deposito con violencia en la mesa la copa vacía.

—¿Y por qué me estás contando todas estas cosas? Yo tampoco soy agente de nadie. ¡Cómo he de decirlo!

—Lo sé. Soy un Hombre Osmótico. Te digo la verdad porque tú estás buscando la verdad. Porque crees que soy el Oliver que tu tío Horst te mencionó. Aunque no sé quién es tu tío Horst, aparte de pariente tuyo. Y porque estás lleno de dudas y de incertidumbres. Y no me extraña porque así es como están en estos momentos millones de ciudadanos de Alemania Democrática y de otros países del Pacto de Varsovia. No entienden el mensaje de Gorbachov: se acabó la Guerra Fría.

Oliver se acerca a la ancha ventana y mira hacia la calle, como si el camarada Gorbachov estuviera allí abajo, predicando el fin de la historia. Se vuelve hacia mí, y continúa con su discurso.

—El mundo entero, los grandes dirigentes del mundo están esperando el momento de hacerlo público y firmarlo en un tratado mucho más explícito que “la solución doble cero” o los acuerdos para el desmantelamiento de misiles de alcance medio. Mitterrand lo ha percibido con claridad, teme que los rusos y los americanos vuelvan a dejar fuera de juego a Francia, y se ha lanzado a visitar países del Este; además tiene miedo de que la Alemania Federal se aproveche de sus intensas relaciones con la DDR y gane los mercados orientales. Los franceses temen que el Pacto de Varsovia se desintegre, que Alemania se reunifique y que se convierta en la gran potencia europea, en el lugar que hoy ocupa Rusia.

—¿Tú puedes ver el futuro, además de leer el pensamiento de la gente?

Hay cierto desafío en mis palabras.

—Sí. Las dos partes de Alemania se van a unir.

—Pero eso es absurdo. Somos dos países distintos, completamente distintos.

Ahora me enfado de verdad.

—Dentro de un año. De dos, como mucho.

—¿Triunfará el *Imperialismus*?

Me recorre un escalofrío al formular esta pregunta. Hacerla es ya una humillación.

—En absoluto. Triunfará el *Sozialismus*. El *Imperialismus*, como dijo el presidente Mao, es un Tigre de Papel. El mundo entero está a punto de transformarse en la antesala del Paraíso. El mercantilismo y el consumismo occidental se derrumbarán como una muralla de sal bañada por un océano. El *Sozialismus* pluralista, al estilo de Hungría, se impondrá en todas las democracias populares, y de ellas saltará como un virus sin antídotos al mundo capitalista. Por fin podremos saludar al Hombre Nuevo.

—¿De qué estáis hablando? Si se me permite preguntar.

Es Ángela, que ha vuelto al salón sin que nos demos cuenta.

Oliver le traduce, resumida, la declaración que acaba de hacerme en alemán.

—No sé cómo esperas que alguien te haga caso. No se pueden lanzar discursos así desde una casa como ésta —replica Ángela sin el menor timbre de ironía.

—Además de Hombre Osmótico, soy Hombre Oportuno. No te hagas la tonta, Ángela.

Entonces Oliver empieza a contar, en español, sus últimos tres años de vida.

Aterrorizado por una serie de sueños que él interpretaba como premonitorios, abandonó su trabajo en Alemania Democrática y se instaló en Madrid, con su madre. Sobre todo procuró no subir a ningún tren, y menos en compañía de la anciana, en razón de una de aquellas pesadillas. De pronto, su madre murió una noche mientras dormía.

Oliver había suspendido su trabajo para la *Kommerzielle Koordinierung* de la RDA. Tras la muerte de su madre pasó unos meses de vagancia, según él mismo los denomina, al cabo de los cuales reanudó su servicio en KoKo.

Uno de sus clientes, un español exportador de vinos a la RFA, y también re-exportador clandestino de productos sofisticados a la RDA, le presentó a su hija y heredera. Le preguntó si se casaría con ella. Oliver pensó que estaba bromeando. Pero la mujer le confirmó la propuesta. Le explicó que la única razón que la inclinaba al matrimonio era tener un hijo, algo que su padre deseaba también ardientemente. Argumentó que en Oliver habían encontrado al candidato ideal, un hombre joven, dinámico, sensato, autosuficiente, sin ataduras personales y con un compromiso de alto riesgo con una potencia extranjera. En definitiva, una persona de confianza, porque no podía permitirse pasos en falso. El matrimonio, convinieron ambos, no es otra cosa que un contrato, y el que podrían firmar él y Rosa, la hija del exportador, contemplaría en sus cláusulas todas las posibilidades. Oliver dice que estuvo pensando unas semanas, utilizando su capacidad osmótica, y al final aceptó. Según él, no le ha ido mal. Su mujer, Rosa, todavía no se ha quedado embarazada. De vez en cuando a él le asalta una especie de angustia vital, pero ha aprendido a someterla. Dice estar preparándose para el cambio que se avecina, que conocer a fondo los dos sistemas le convierte en un privilegiado y en un instrumento útil para el futuro de la Humanidad.

No me gusta ni su discurso ni la desenvoltura con la que lo pronuncia. Pero me resulta simpático. En

e l *Kapitalismus* abundan personajes estrambóticos, forma parte de su naturaleza, el caos, la suerte, la ambición amoral. Quizá Oliver sea uno de ellos.

Se ha hecho de noche hace largo rato. Yo estoy agotado. Entonces me disculpo. Tengo que recoger el equipaje del hotel, y telefonar a mi mujer.

—Pero, hazlo desde aquí —dice Oliver.

Me toma del brazo y me lleva a una salita contigua donde hay un teléfono sobre una mesita de caoba con diosecillos africanos torneados en sus patas.

Peter Kapellu

La guarida del lobo

Al salir del apartamento de Giselle y caminar casi en la oscuridad por la orilla del parque de *Prenzlauerberg*, mi pensamiento derivaba de Christa, la mujer que me iba a abandonar, a tío Horst, el hombre que sabía quién era mi verdadero padre. Me detuve y observé con descreimiento la mole del monumento a Lenin. Nunca me había sentido tan distante de aquella figura por la que en mi niñez sentí veneración. Mi padre no nos daba instrucción política, pero la foto del responsable de la mayor revolución en la historia de la humanidad colgaba en la pared del salón junto a la del camarada Walter Ulbricht, dirigente entonces de la nueva patria del *Sozialismus*.

Cuesta arriba por la *Prenzlauerallee*, me desvié hacia el depósito de agua erguido como otro monumento en la plaza donde vivía mi amante. Los bordes del pavimento de adoquines estaban repletos de cochecitos *Traband*, como si en el barrio estuviera la fábrica. Entre nosotros, los ciudadanos del *Sozialismus*, ese coche era una muestra de prosperidad y una prueba de constancia, porque costaba diez años conseguirlo.

Christa poseía un *Traband*, aunque ella apenas tuvo que esperar, fue el regalo del Estado Popular a la atleta medallista. Christa fue medalla de oro en no sé qué juegos. Luego se dedicó al entrenamiento de saltadores de pértiga, su especialidad.

Mi encuentro con Christa aquella tarde no era sentimental. Yo abolí los sentimientos el día que entregué mi hijo muerto al nacer a los enterradores. Ella, al aceptar las condiciones de su trabajo, basado en el empleo de anabolizantes y otras sustancias que robustecen artificialmente el cuerpo del atleta joven y le condenan a una vejez anticipada, si es que llega a ella.

Pero todo eso se acabó. Para mí y para ella. El otoño anterior, Christa me lo dijo así, “Lo nuestro se ha acabado”. Sus palabras fueron una amputación. De súbito anticipé el hueco de Christa en mi cama, el hueco definitivo, no ese que quedaba cada vez que nos separábamos tras uno de nuestros periódicos encuentros, calculados anticipadamente, previstos y fijados como los informes del departamento económico del *Kombinat* que fabrica frigoríficos o televisores. Ya no cabía hacer más previsiones. Supuse por un instante que Christa había encontrado hueco en otra cama, quizá un hueco mejor, más calentito, más cómodo. Pero Christa no se refería a mí con ese *nuestro* que se había deteriorado hasta romperse. Lo *nuestro* era el *Sozialismus*, nuestra

sociedad, nuestro país. Christa se marchaba a Occidente. Lo arriesgaba todo. Lo dejaba todo, sus pertenencias mobiliarias, su apartamento de atleta laureada, sus amigos, yo. A mí me dejaba el *Traband*. A eso iba yo aquella tarde a *Kollwitzplatz*, a recoger las llaves del vehículo de *duroplast*, un compuesto de cierto material plástico, desarrollado en las industrias de *Zwickau*, para suplir las carencias de acero de los años cincuenta.

Me paré en el portal del piso de Christa, indeciso. La revelación o invención demente de mi madre me alejaban de allí, tiraban de mí hacia *Pankow*.

Al lado del portal se encontraba un ruinoso *Gaststätte, Am Wasserturm*, con la puerta abierta y una cortina de cretona cubriendo el escaparate. Aquel escenario no habría cambiado mucho desde 1945, se percibía en él una sensación de indiferencia, de vieja derrota. Sentí la tentación de entrar y encontrarme con un grupo de comunistas acérrimos, de los que no han medrado como gusanos por el interior del monstruo creado por la fe inerte de millones de obreros como ellos, y atreverme a preguntarles por qué han dejado que los camaradas más ambiciosos lo hubieran hecho tan mal. Cada vez con más frecuencia se forjan en mi cabeza estas ideas insensatas, impracticables. Imagino que entro en un sótano que apesta a moqueta sucia y a cerveza, me identifico con un gesto con los

parroquianos de barrigas gordas, cabezotas desgreñadas, indumentaria descolorida, descosida, oscurecida por las barreras de hormigón que han impuesto ellos mismos a sus pensamientos, y paso un rato reflexionando en silencio sobre el destino de mi vida frente a un vaso de cerveza berlinesa que será sustituido por otro y por otro y por otro, hasta que me venza el sueño.

Rompí el ensalmo y eché a andar. Me alejé de Christa y del *Traband*, y seguí mi camino en busca de mi padre. Más allá de *Dimitrovstrasse*, pasé ante otro café, un *Kneipe* sombrío, a pesar de que las barras de neón atornilladas al techo derramaban una luz blanca capaz de iluminar los secretos más inconfesables. El interior de la taberna, habitada por tres o cuatro parroquianos de mediana edad, de tosca indumentaria, cigarrillos en las manos y cara de aburrimiento, me provocó la misma reflexión que ante el *Gaststätte Am Wasserturm*. Esta vez, entré. Me saludaron sin demostrar interés, aunque se percibía la inquietud bajo su aparente indiferencia, ¿quién coño era el intruso?, ¿por qué había decidido entrar en la tasca más fea del barrio? Devolví su saludo, pedí una cerveza y les pregunté si sabían dónde estaba la *Trelleborgerallee*. Dije que vivía en Leipzig, y que iba a visitar a un viejo tío mío. Sólo deseaba calmar su ansiedad y la mía. Me dieron explicaciones innecesarias, porque yo sabía bien dónde estaba el apartamento de mi tío Horst.

Entonces me pregunté si no estaba haciendo una vana visita, porque quizá tío Horst no estuviera en casa. En el *Kneipe* no había teléfono, así que decidí arriesgarme. Salí arrastrando un halo de tristeza, que fue prendiéndose de los árboles y de los setos que decoraban aquellas calles plomizas.

Al escuchar la voz de mi tío a través del interfono, sentí el escalofrío que debió invadir a Caperucita cuando llamó a la puerta de su abuela en mitad del bosque y escuchó la voz de un desconocido.

Tío Horst me recibió con muestras de cariño auténtico. No, aquello no era la guarida del lobo.

Después de quitarme el abrigo y acomodarme en el sofá de su cuarto de estar atiborrado de libros, de fotografías y de recuerdos de varias guerras y revoluciones, acepté una cerveza fría, que tío Horst sacó con un plato de arenque en salsa de mostaza y unos bollos de pan de centeno.

—Me pregunto si estás preocupado por algo, Peter.

—Sí que lo estoy, tío Horst.

—Imagino lo que es. Todos estamos preocupados, hijo. Sé que te relacionas con personas de buena fe, pero de objetivos equivocados. —Hizo una pausa, y de pronto se ensancharon sus pupilas—.

¡Por todos los demonios bolcheviques! ¡Estoy hablando como un obispo! Sé quiénes son tus amigos, Peter. Y también sé que no puedo disuadirte para que te alejes de ellos. Y sufro porque soy tu tío, y además, un responsable de la seguridad de este país. — Entonces alzó la voz—: ¡Estáis jugando con fuego! ¿Lo sabes? ¿Sabes que recibís dinero del Oeste a través de las iglesias protestantes? ¿Sabes que sin ese dinero no seríais nada? ¿Sabes que os seguimos todos los pasos? ¡Claro que lo sabes! Tú mismo nos informas, aunque no de mucho, por lo que he podido saber.

Tío Horst se bebió la cerveza de un trago, engulló un trozo de arenque, se limpió nerviosamente los labios con una servilleta de tela bordada con unos colores llamativos, y al ver que me quedaba mirándola, empleó un tono sosegado y afectuoso.

—La bordó una novia española que tuve. Es la bandera de la República Española... — Después de una pausa, siguió en el mismo tono tranquilo—. ¿Crees que hemos luchado tanto en vano? ¿Crees que el *Imperialismus* acabará con el *Sozialismus*? No les dejaremos, Peter. Aunque el *Imperialismus* cuente con muchos cómplices involuntarios como tú. ¿Qué tienes que decir?

Fue a la cocina y sacó otra botella de cerveza del frigorífico. La destapó y bebió con cierta ansiedad.

—Tío Horst, acabo de ver a mi madre. Y asegura que no soy hijo de mi padre, de Rudi Kapellu.

De pronto, su entrecejo se distendió, y se convirtió en un viejo descubierto en una mala acción. Yo dejé de ser el pariente temerario e irresponsable que juega con algo sagrado.

—Tu madre... - Inspiró profundamente. Luego, apuró la nueva cerveza. —¿Te ha dicho tu madre quién es entonces tu verdadero padre?

—No. Sólo que te lo preguntara a ti. Por eso he venido. Mi visita no tiene nada que ver con mis amigos, ni con mis servicios voluntarios a la STASI, ni con mis servicios involuntarios al *Imperialismus*, ni con el futuro de este país.

—La segunda patria del socialismo científico. Aunque, ahora, la primera, por todo lo que está haciendo ese asno imprudente de Gorbatchov... —El estereotipo sonaba tan hueco y postizo, que advertí que él mismo lamentaba haberse agarrado a él, imagino que para no perder el equilibrio emocional—. ¿También te ha dicho tu madre que tu padre fue un traidor?

—¿Mi supuesto padre? No. Eso se lo dijo a Florian. ¿Es verdad?

—Te voy a contar lo que yo sé. ¿De acuerdo?

No me gustaría que Florian se enterase ahora, pero tampoco quiero exigirte que no se lo comentes. Sois hermanos.

Volvió a la cocina y regresó de ella con otra cerveza. En la mesa había cinco botellas de medio litro, contando con la mía.

Tío Horst empleó su mejor retórica protocolaria, practicada a lo largo de sus años de profesional del espionaje, para resumirme en unos minutos los días anteriores y posteriores a la muerte del que yo hasta entonces creía mi padre. No fue un traidor. Investigaba una de las tramas de evasiones hacia el Oeste, conectada a unos criminales comunes, por eso la STASI le permitió profundizar en el asunto, y porque era un sabueso. Se infiltró él mismo, haciéndose pasar por un policía corrupto. Y al preparar la redada, tío Horst fue a hablar con él, un viejo amigo. Me dio a conocer esta amarga información: tío Horst y mi padre habían rivalizado por mi madre, la bella y morena Lotte Pluschke. Ella prefirió a tío Horst, pero él entonces no quería casarse, porque estaba en lo mejor de su vida, y ante él se desplegaban unas posibilidades inmensas de aventura, al servicio del espionaje este alemán. Lotte se casó con Rudi, el policía de la brigada criminal, un hombre fiel y nada proclive a las aventuras. Rudi era el marido seguro. Horst, el amante azaroso. Lotte se resignó a ser esposa y madre de los futuros hombres nuevos que

implantarían el *Kommunismus* en el mundo, una vez superada la fase de *Sozialismus*. Hacer otra cosa habría sido una irresponsabilidad.

Pero Lotte llevaba diluidos en su sangre los bacilos de la irresponsabilidad pequeñoburguesa. Se empeñó en mantener relaciones con tío Horst, y él fue tan débil y pequeñoburgués como ella, y las aceptó. A espaldas de su amigo Rudi. Sin embargo, subrayó con énfasis mi tío, tanto yo como Florian éramos hijos de Rudi.

Rudi descubrió el lío entre su mujer y su amigo justo en mitad de la investigación de la trama de evasión. Fue a ver a Horst y tuvo una terrible bronca con él. Horst le dio la razón. Rudi le dijo que aquello no podía continuar. Entre otras cosas, porque Lotte se había entregado al alcohol, y se había convertido en una madre irresponsable. Se habían metido todos en un callejón sin salida.

Oportuna y profesionalmente, tío Horst tuvo una idea. En realidad, dijo, la forjaron entre mi padre y él. “Matarían” a mi padre ante la sociedad y le enviarían a la otra Alemania como agente, manteniendo el juego del policía corrupto que se pasa al enemigo cuando están a punto de descubrirle. La muerte falsa de mi padre era necesaria para quitarlo de en medio en la RDA. No era la primera vez que efectuaban una jugada semejante, para ahorrarse el

supuesto escándalo de un agente traidor. Según tío Horst, funcionó. Aprovecharon una borrachera de mi madre, en la que ella perdió los nervios y acusó a su marido de traidor al *Sozialismus*, para urdir una mentira que incluía la huida de mi padre al Oeste, instantes antes de que fuera a apresarle la *Volkspolizei* de la que él mismo formaba parte. Tío Horst se comprometió con Rudi a cuidar de mí y de Florian como si fuéramos sus propios hijos.

Cuando le pregunté qué había sido de mi padre, tío Horst me contestó con un “no puedo darte esa información”, que encendió mi cólera.

—¡Cómo puedes decirme que no puedes darme esa información! ¡Cómo pueden justificarse décadas de falsedades, de manipulaciones, de encubrimientos, en beneficio de la seguridad de un Estado tambaleante! Me importa un rábano que mi padre sea un agente encubierto. Me importan un rábano sus negocios profesionales, sus componendas, sus lealtades, sus mentiras. Pero si vive, tengo derecho a hablar con él. ¿O es que él no quiere saber nada de sus hijos?

—Peter, no puedo darte esa información porque la desconozco. Hemos perdido a Rudi. No sabemos nada de él desde hace cuatro años, exactamente desde que Hans Joachim Tiedge, director de contrainteligencia de la RFA, se pasó a nuestro lado,

en agosto de 1985. Tiedge aseguró que ignoraba que tu padre fuera un doble agente. Y estamos muy preocupados. Estamos tan preocupados, que hemos organizado un dispositivo muy complejo, muy azaroso, para entrar en contacto con él. Hemos enviado a su hijo en su búsqueda.

Otra vez emprendió su marcha hacia la cocina para coger una nueva botella de cerveza. Le hablé mientras se alejaba.

—¿A Florian? ¿Se ha prestado Florian a eso?

Aplazó la respuesta hasta volver a mi lado con su botín y sentarse. Su voz era ahora vacilante. Me pregunté si aquella acumulación etílica era una reacción a mi visita inoportuna o más bien una costumbre. No sería el primer viejo comunista alcoholizado que conocía.

—Florian no sabe nada. Cree que realiza un trabajo de corresponsal. Y te aseguro que lo está haciendo bien. Es el cebo perfecto, y disculpa el término, pero no encuentro ningún otro que no violente más esta operación tan dolorosa para mí como para ti. No es el primer trabajo sucio que he hecho en mi vida. He calculado todos los riesgos. Soy consciente de que estoy jugando en cierto modo con Florian, aunque estoy seguro de que si se lo hubiera pedido con conocimiento de los hechos, lo habría aceptado. Consideré que si él no sabía nada, actuaría

con mucha más libertad, con más limpieza y energía. Publicamos todo lo que nos envía en las primeras páginas de nuestros periódicos, incluso en el *Neues Deutschland*. Y distribuimos fuera de la RDA algunos de sus reportajes, que son bastante buenos. Creemos que si tu padre lee alguno de ellos, irá a buscarlo. Te aseguro que, cuando aparezca, serás de los primeros en saberlo.

Con un gesto de borracho, apuró la cerveza que quedaba en la botella, dejó ésta sobre la mesa con un golpe seco, incontrolado, lanzó un eructo, y se quedó mirando el mantel, como si estuviera escrita en él la solución a todos los problemas del *Sozialismus*, incluidos los suyos personales.

Una inercia sórdida llevó mi pensamiento a la *Kneipe* donde había saludado al grupo de viejos comunistas que se intoxicaban con alcohol.

Tío Horst se levantó y se dirigió con paso vacilante al baño. No se preocupó de cerrar la puerta, y pude escuchar su meada al principio enérgica y luego vacilante.

Cogí mi chambergo y recorrí el corto pasillo hasta la puerta del apartamento. En el mismo momento en que salía, escuché el sonido de la cisterna al vaciarse. Di un tirón al pomo y cerré con energía. Yo no podía permitirme ninguna vacilación.

Florian Kapellu

Ecos incomprensibles

Mientras espero que la Inspección de Llamadas Telefónicas de Berlín *Hauptstadt der DDR* resuelva concederme la conferencia solicitada con mi mujer, Giselle empieza a materializarse en mi brumosa visión interior.

Es posible que sus treinta y cinco años sean el cenit de su belleza femenina.

Los dos partos han modificado poco su perfil, porque siempre ha sido ancha de caderas. La primera vez que nos desnudamos, en nuestro noviazgo, se me escapó una confesión que le hizo poca gracia. Le dije que me recordaba a una campesina holandesa.

Los antepasados de Giselle eran de Frisia, algo que la familia había llevado con gran orgullo, conservando expresiones dialectales muy relacionadas con el alemán. Frisia perteneció al Imperio Alemán en el siglo XIX. Probablemente fue en ese siglo, al independizarse, cuando la familia de Giselle se trasladó a Renania.

Giselle me preguntó si conocía a muchas campesinas holandesas, o eran las mujeres de Rubens

de la *Alte National Galerie* quienes evocaban sus carnes generosas.

Puedo imaginarla ahora, con mi ojo interior, en su espléndida belleza, metida en unos vaqueros que yo le he enviado, confiando en que fueran de su talla, y una camisa de lona gruesa, a cuadros anaranjados y verdes, que suele ponerse cuando vamos de excursión en verano a Sellin, en la isla de Rügen, en el Báltico.

Allí concibió al mayor de nuestros hijos, al que bautizamos Joseph, en homenaje al profesor Renau, el responsable de nuestro encuentro. Fue en una habitación pequeña, ocupada al completo por una cama doble, con una enorme y cúbica estufa de cerámica a un lado, coronada por pequeño aparato de televisión en lo más alto, y una vieja cómoda al otro lado. La recuerdo bien porque hicimos una fotografía de aquel espacio que a ambos nos pareció mágico y extraño, aunque visto por unos ojos occidentales sería lo que aquí en España dicen “cutre y casposo”, que debe de ser el colmo de la fealdad física y moral, porque también lo aplican a las personas de derechas. Algo curioso, me parece a mí, que la intimidad doméstica en la RDA se asemeje tanto a la para mí poco evidente fealdad de las gentes reaccionarias. Lo más “cutre” de la habitación era, estoy de acuerdo, un cuadro alargado que mostraba un paisaje dieciochesco con dos cisnes flotando en un estanque rodeado de floresta, con personajes en ocupaciones absurdas; y

luego, una lámpara de pie sin tulipa, con brazo curvo del que colgaba una bombilla desnuda.

Los ojos de Giselle, de un azul turquesa casi transparente, me miran dulcemente, situados en alguna extraña perspectiva del recuerdo, desde mi interior. Acaricio su pelo de trigo tostado, en amplias ondas. Y recorro con la punta de mis dedos sus pechos venosos, sus caderas, sus muslos escultóricos, sus brazos y sus manos, que los poetas clásicos españoles llamarían “de alabastro”.

Así, desnuda, como la miraba con temor reverencial algunas veces en la escuela sabatina del profesor Renau, haciendo de modelo en posturas inverosímiles para agudizar el ingenio de los dibujantes, la sitúo, esperando la conferencia, en la galería exterior de una de aquellas casas de madera de la isla de *Rügen*, a punto de quebrarse, pero sólidas como el dogma socialista, con sus gabletes y sus adornos de marquetería perforados, carcomidos, alabeados. Giselle, mi esposa, la madre de mis hijos, la víctima inocente del *Deutsche Imperialismus*.

El mismo día que teníamos que regresar de nuestras vacaciones nos hicimos una foto delante del Hotel Cliff, exclusivo para altos cargos del SED. Fue una trampa, un guiño atrevido, porque en varios carteles se advertía que estaba prohibido fotografiar el moderno edificio, el colmo del lujo y el confort. No sé

si por seguridad o para que los turistas *dederones* no pudieran hacer burla en casa de sus preeminentes *Genossen*, mostrando la prueba de sus privilegios inaceptables y ocultos.

Por fin suena el teléfono. Lo tomo de un manotazo. Una voz átona me comunica que me pasa con *Frau* Kapellu. Durante unos instantes intercambiamos palabras sin significado para alguien que las esté escuchando. Luego, informo a Giselle de que pienso viajar a Gandía al día siguiente, a la búsqueda de un hotel adecuado para nuestras vacaciones.

No escucho nada, ni siquiera la respiración de Giselle, pero percibo rechazo.

—¿No te apetece venir?

—No es eso.

—¿No es el mejor momento?

—Eso. No es el mejor momento.

Siento una rabia inmensa, provocada por la impotencia. ¿Por qué no podemos hablar dos ciudadanos honrados sin sentirnos vigilados? ¿Por qué no nos atrevemos a decirnos abiertamente lo que

pensamos y sentimos, algo que no tiene nada que ver con la seguridad de nuestro Estado, sino con lo más íntimo de nuestros sentimientos? ¿Qué gana el *Sozialismus* con nuestro silencio precavido? Desconfianza. Distancia. Huida. Porque algunos de los que se están escapando de la RDA en aquellos difíciles momentos, lo he leído en la prensa internacional, confiesan que “no hay razón para quedarse allí, no hay ninguna perspectiva de mejora ni de vida; aquello es una tumba.”

Cómo me he resistido yo a aceptar estos argumentos. Cuan razonables me parecen de repente, aunque no esté de acuerdo con ellos.

—¿Y los niños?

—Muy bien. Están durmiendo. Acaba de irse tu hermano.

Esta última información la suelta de golpe, forzada. Me pongo en alerta.

—Estuvo viendo a tu madre, ya sabes, ella le contó esas historias que recrea en su mente trastornada. Luego ha ido ver a tío Horst... Y después ha regresado a casa para hablar conmigo. Está muy bien, muy contento.

Comprendo que debo entender lo contrario. Me angustia la imposibilidad de saber por qué.

—¡Me gustaría tanto estar contigo, a tu lado!

—A mí, también. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones en Berlín? ¿Por qué no vuelves?

Giselle acompaña estas propuestas de una risita nerviosa llena de ecos ocultos e indescifrables, ecos ominosos.

—Lo intentaré —le digo con toda la convicción que encuentro disponible en mi tensa alerta de seguras escuchas—. Hablaré con mi jefe en Madrid.

Salgo del cuartito casi de un salto, y le pido permiso a Oliver para hacer otra llamada. Si me lo hubiera negado, no le habría hecho caso.

Marco el teléfono directo de tío Horst. Le transmito mis preocupaciones sin cuidarme de velarlas, y le digo que necesito volver a casa para estar junto a Giselle. Tío Horst me dice que entiende mi alarma, pero que la RDA se mantiene fuerte y que los sucesos aireados en el exterior son menos graves de lo que pretenden los medios occidentales. Me promete ir a visitar a Giselle, y me pide que aguante un par de semanas más. Me echará una mano en la petición de regreso.

Por cierto, ¿sé algo de Oliver? Le digo que le

estoy llamando desde su propia casa. Esto parece complacer mucho a mi tío que, para sorpresa mía, no me pide ninguna explicación suplementaria.

Comunicaciones cifradas entre Valencia y Berlín

*Los tiempos del pasado, amigo mío,
son un libro de siete sellos. Y eso
que el espíritu de los tiempos llamas,
es nuestro propio espíritu, en el fondo,
en que van reflejándose los tiempos.
¡Y es verdad que a menudo es una lástima!
Para echar a correr, sólo de verlo:
un cubo de basura o un desván;
¡si acaso, una función solemne y noble,
con excelentes máximas pragmáticas,
tal como cuadra en boca de muñecos.
(Fausto, Primera Parte.)*

Contenido descodificado del mensaje:

Imprescindible que Florian Kapellu se vea involucrado en un escándalo público. Necesario que su nombre aparezca en los periódicos. Su sacrificio redundará a favor de la causa del Sozialismus. Ofrezca de inmediato un plan de acción.

Firmado, Herr Teufel.

Contenido de la respuesta de Valencia, cifrada también mediante otra cita de Fausto

Plan: Sacar a Florian Kapellu de su hotel en Valencia. Conducirle al almacén donde se encuentra el archivo del profesor José Renau en la calle

Alboraya. Instarle a entrar forzando la cerradura. Asegurar que es necesario hacerlo por la urgencia de recuperar unos fotomontajes clandestinos perjudiciales para la RDA. Nada más entrar Kapellu en el recinto, llamar a la policía y denunciar un robo con fractura. Cuando le hayan apresado, enviar un comunicado anónimo a un diario nacional denunciando que un agente de la Alemania del Este ha asaltado el archivo Renau en Valencia y ha sido apresado por la policía española.

Respuesta inmediata

Plan y presupuesto aprobados por Herr Teufel. Ejecútelos sin dilación.

Horst Riedel

Una vida aventurera

Ser espía no es un trabajo complicado. El mejor espía es el que mejor miente.

Así me lo dijo un novelista norteamericano en Santa Mónica, California, en 1939. Él no era espía, aunque sí militante del Partido Comunista de los Estados Unidos de Norteamérica. Se ganaba la vida escribiendo novelas de intriga y acción, que entonces se llamaban *pulp fiction*, porque se publicaban en revistas de papel de baja calidad.

Me pregunto si yo he sido un buen espía, y por tanto un mentiroso con éxito, o simplemente he tenido una suerte bárbara.

A veces, la suerte de uno se basa en el infortunio de los demás.

Me pregunto si el hecho de que mi madre muriera de peritonitis en Berlín en 1930, cuando yo contaba doce años, favoreció mi carrera. De haber vivido Paulette (su padre fue un clarinetista francés que tocaba en el cabaret *Schall und Rauch* de Max Reinhardt a principios de siglo), seguro que la irrupción del diabólico Adolf en la Cancillería, habría

conducido a mi familia a la tierra de mis abuelos galos, Dijon, huyendo de la barbarie. Mi padre fue el antiguo espartakista Cornelius Riedel. Su pasión por su mujer Paulette era superior a su pasión por la misión política revolucionaria, algo que puede concebirse legítimamente como un adulterio ideológico. Pero la muerte de mi madre convirtió a mi padre en un militante feroz e intransigente. Si Paulette no hubiera muerto, Cornelius Riedel se habría dedicado en Francia no a la agitación, sino a la carpintería, oficio en el que se encontraba muy a gusto y del que era maestro. Se habría hecho pronto con una clientela de ricos burgueses. Yo habría crecido como Jesús de Nazaret entre serruchos, cepillos, tornos y berbiquís, me habría dejado embriagar por el aroma de la madera cortada, y habría sido, hijo de carpintero, un excelente carpintero.

Pero no fue así. Como Jesús de Nazaret, me hice revolucionario profesional. El antiguo espartakista Cornelius Riedel formaba parte del aparato del K P D, *Kommunistische Partei Deutschlands*, cuando el diabólico Adolf irrumpió en la Cancillería. Instruido por los camaradas, Cornelius se marchó a Moscú, llevándome consigo. Entonces yo tenía quince años, y pude estudiar en las mejores escuelas del partido bolchevique, después de unos apresurados y eficaces cursos de lengua rusa. A los diecisiete años dominaba el alemán, el francés y el ruso.

Cumplía con los requisitos básicos del buen agitador y del buen espía. Sólo tenía que ponerme a prueba y, si resultaba ser un gran mentiroso, ante mí se abría un amplio futuro en el seno del Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos, NKVD, *Narodni Komissaryat Vnutrennikh Del*. Acababa de reorganizarse y convertirse en todopoderoso aparato de represión cuando yo, Horst, y mi padre, Cornelius, llegamos a Moscú en el verano de 1934. Otra casualidad.

Un escenario ideal para esta reválida mía vino a presentarse en España, donde se libraba una guerra feroz entre el fascismo y el pueblo. Fui enviado allí. No tardé en aprender español, que a mí me salía con acento *gabacho* (según caricatura de algunos camaradas españoles). Debí de ejecutar un buen trabajo, aunque no se basaba en la abierta mentira, sino en fantasías, en medias verdades edulcoradas, y en un temple literalmente a prueba de balas, que era visto como arrogancia e impiedad, visión no desprovista de razón.

Un día, en Barcelona, en medio de una batalla interna para erradicar a anarquistas y *poumistas*, me enteré de que habían arrestado a mi padre en Moscú bajo la acusación de trotskista. Supe que, lo fuera o no, estaba condenado a muerte y que no volvería a verlo. Esta circunstancia infamante y terrible podía volverse también contra mí, en especial en esos

momentos de persecución de enemigos del pueblo. Pero sucedió a la inversa. Los camaradas responsables míos, me protegieron como si yo fuera un pichón recién salido de un nidoapestado, en lugar de un joven comisario forzado a la imperturbabilidad del bolchevique adulto. Cuando leí *La Condición Humana*, de Malraux, me vi pintado en ella, así como a algunos de mis conocidos, y también de Malraux, a lo que parece.

Cornelius Riedel fue ejecutado por traidor; de ello se me informó protocolariamente, más como camarada que como pariente. No tuve tiempo de encerrarme en mí mismo y cumplir con el duelo, porque los frentes republicanos se estaban derrumbando por la falta de una dirección política y militar única. Nosotros, los enviados de Moscú, hicimos lo que pudimos. Yo, suprimiendo a mi padre de mi memoria. Hoy, de vez en cuando, se me presenta y me pregunta si pensé en él durante aquel tiempo terrible en el que fue juzgado sumariamente y fusilado.

No pensé en él, no pude hacerlo porque, entre otras cosas, me tocó participar en la represión de los trotskistas españoles. Visto con la perspectiva del tiempo, admito que se cometieron tropelías sólo justificables por la urgencia de las circunstancias. Había que erradicar el derrotismo. Eran muchos los que sostenían que la guerra estaba perdida y que se

estaba derramando sangre inútilmente. Incluso entre los brigadistas se escuchaban estas voces. Una de ellas fue la de un compatriota mío, un franconio llamado Amadeus Pluschke más joven que yo, casi un niño. Se le acusó de difundir ideas derrotistas. Era una exageración, simplemente se había lamentado en voz alta de la mala suerte de su batallón y de la incompetencia de uno de los jefes. En ambas cosas llevaba razón. Estaba de permiso en Valencia cuando le sometieron a juicio sumarísimo del que él ni siquiera se enteró. Me encargaron buscarle y le encontré en Burjassot, un pueblo próximo a la capital. Era la primera vez en mi vida que me daba cuenta del espanto de la injusticia. El día anterior a su ejecución, se me pasó por la cabeza facilitar su evasión. Pero eso me habría condenado a mí también a huir. Ser un fugitivo era entonces, como ahora, la peor imagen de mí mismo que podía poner ante mis ojos. Mi vida sólo tiene sentido dentro de una causa, el eslabón de una cadena que tira hacia el futuro, el engranaje de una máquina que no puede parar porque su detención produciría una catástrofe social.

Otro escenario posibilista: si no se hubiera abatido la desgracia sobre Cornelius, mi padre, quizá mi experiencia en España habría pasado sin pena ni gloria, yo habría regresado a Moscú en 1939, y me habría convertido en un soldado de la URSS contra mis compatriotas nazis; acaso habría muerto en algún frente o en algún bombardeo. La vida de Amadeus

Pluschke, de Rudi Kapellu, de Lotte Pluschke, de Peter, de Florian y de tantos otros habría sido diferente. ¿Mejor o peor? Uno, en la última vuelta de la existencia, observando los meandros distantes que constituyen su pasado, tiende a pensar que pudo haber hecho las cosas de otra manera, mejor. Pero ese instrumento inexorable que es el materialismo dialéctico corrige mi sentimentalismo y me dice, casi me dicta, que de no haber intervenido Horst Riedel en la vida de tantas personas, habría sido otro individuo el que se habría cruzado en su camino. ¿Quién? Es una buena pregunta, digna de Fausto.

Es el caso que, al salir de España humillado por el fascismo y derrotado por el ego anarquista de aquel pueblo irresponsable, me propusieron “emigrar a México”. Digo “emigrar” porque me dieron un pasaporte español, para que una vez allí no despertara las sospechas de los mexicanos (entre los españoles habría sido imposible, se conocían todos, se odiaban cordialmente unos a otros, aquello era una colmena al revés, sin reina ni corte de zánganos).

Llegué a Nueva York en un carguero noruego poco antes de que estallara la guerra en Europa. Me esperaba Nahum Eitingon, un experimentado agente del NKVD que había infiltrado espías e informadores en un montón de instituciones norteamericanas, sobre todo políticas y científicas (por ejemplo, Álamo Gordo, donde se investigaba y se experimentaba algo

monstruoso, la construcción de la bomba atómica). Nahum me presentó a una extraña mujer a la que muchos consideraban perturbada, y a la que otros tenían por una gran mentirosa o una estúpida sin remedio. Tenía un nombre interminable, Eustaquia María Caridad del Río Fernández, aunque quería que la llamaran sólo Caridad, que no era precisamente una de sus virtudes. Era la madre de Ramón Mercader, conocido hoy en todo el mundo como el asesino de Trotsky, pero entonces un agente en la sombra llamado Jacques Mornard.

Me dijo Nahum que la observara durante un tiempo y que después le comunicara mis impresiones. Me sorprendió aquella orden dada a un joven como yo, al que ni siquiera las atrocidades de una guerra habían privado de un poso de ingenuidad. Caridad del Río podía ser mi madre y, fuera cual fuera su formación y su capacidad intelectual, no sólo me doblaba en edad, sino en experiencia de la vida. ¿Cómo era posible que la palabra de un muchacho pudiera ser decisiva?

Realmente era una histérica. Pero bien dirigida, podría ser útil a la causa bolchevique, de la que ella se mostraba una ciega servidora. Esa fue mi valoración, un vulgar estereotipo. Pero sirvió. Yo no estaba mintiendo, sino aplicando al pie de la letra las enseñanzas del marxismo leninismo recibidas en la Patria de la Revolución Proletaria.

De este modo fui a parar a México City. En aquella época, la ciudad tenía cuatro millones de habitantes y, en palabras de Siqueiros, daba “una aterradora impresión de miseria y de casas como los colchones meados de los niños, por rompimiento de las cañerías.”

Mi misión era vigilar a David Alfaro Siqueiros, el muralista, un tipo exaltado aunque previsible, porque anunciaba a gritos sus propósitos. Por ejemplo, secuestrar a Trotsky.

Trotsky se había convertido en una obsesión para Siqueiros y un grupo de comunistas mejicanos que habían combatido en la guerra de España. Desde que el ruso llegó a México en 1938, invitado por Lázaro Cárdenas, el presidente de la nación, los voluntarios mexicanos en los frentes españoles habían sido ignorados y hasta humillados. A Siqueiros le supo fatal que en algunos mítines en los que se ensalzaba la ayuda de soldados extranjeros, se ignorara expresamente a México, por el hecho de haber acogido al gran enemigo de Stalin. Los mexicanos tuvieron que reprimir su incontenible amor propio. Para ayudarse a ello se confabularon: una vez de vuelta en su país, acabarían con el traidor, causa de su insoportable desmerecimiento.

Era absurdo, irracional, que unos comunistas mexicanos quisieran acabar con Trotsky no por ser un

enemigo del pueblo, sino para castigar en él una humillación personal o nacional. Aprendí a admitir que el comportamiento de algunos revolucionarios tiene que ver mucho más con la impronta psicológica que deja en ellos su procedencia social y nacional que con la razón política. Lo había observado en la guerra de España. México, al fin y al cabo, fue el primer imperio americano que conquistó esa vanguardia de soldados fieramente católicos, de una baja nobleza agrícola arruinada, españoles de pura cepa, en los albores del siglo XVI.

Mi cobertura era un negocio de carpintería, del que me hicieron representante. Fui a ver a Siqueiros, que entonces se disponía a pintar un mural en la escalera del Sindicato Mexicano de la Electricidad. Le llamaba “Autorretrato de la Burguesía”. Luego, al título se le cayó el *auto*, y se quedó en “Retrato de la Burguesía”. Pero yo creo que el título de Siqueiros era el adecuado, porque tanto él como sus ayudantes eran productos ejemplares de la pequeña burguesía, que entonces empezó a llamarse clase media.

Suministré a Siqueiros los andamios necesarios. Le ayudaban en su trabajo dos mexicanos y tres españoles. Demasiados artistas para un hueco de escalera. Al cabo de unos meses, desaparecieron de los andamios dos de los españoles. El único que se quedó fue José Renau, un comunista que parecía haber nacido en Bielorrusia, por su aspecto, sus

convicciones y su forma de comportarse, bolchevique hasta los tuétanos, como si hubiera participado en el asalto al Palacio de Invierno de Petrogrado en octubre de 1917.

Hacerme amigo suyo no fue un problema, era un tipo confiado, casi ingenuo, sobre todo con aquellos que se decían admiradores de la URSS. Algún domingo me invitó a su casa, donde vivía con una cantidad increíble de familiares, hijos, sobrinos, cuñados, hermanos, suegra, y su esposa Manolita Ballester que, a mi juicio, era mejor pintora que él, aunque carecía de su genio, de su energía y de su visión panorámica del arte. Allí comí una de las más sabrosas paellas de mi vida, preparada por la *yaya* Rosa, la suegra, que sólo hablaba valenciano.

Renau me llamaba Michel, aunque en mi pasaporte rezaba Miguel Sempere. Desde luego, no se creyó la especie de que yo era hijo de españoles emigrados a Francia a principios de siglo.

Un día me llevó a un pequeño hotelito que tenía en el jardín de su enorme casa de la avenida de Coyoacán, y me enseñó un montón de revistas ilustradas norteamericanas. Yo todavía no dominaba el español, pero me empeñaba en hablar en ese idioma. Fue algo milagroso entender a Renau, que tenía un endiablado acento valenciano y encima era tartamudo.

“M...m...me las ha r...r...regalado un gachupín. Tengo una id...dea c...c...cojonuda. Utilizar toda la ic...c...onografía que los yanq...quis emplean p...p...para hacerse p...publicidad, y volverla c...c...contra ellos. Le llamaré A...*American Way of Life*, igual que el lema de la Exposición Universal de Nueva York. La vi el año pasado, cuando venía de Francia y d...desembarqué allí. ¿Sabes que un tío de la R... RCA me o...ofreció miles de d...dólares para que hiciera portadas de discos? Me negué. Los c...compañeros me decían que estaba loco. Yo quería trabajar c...con S...Siqueiros. Y ahora que lo he c...conseguido, no sé si arr...rrepentirme. Es como trabajar para mi p...padre, pero con cara de indio.”

Imaginé que el padre de Renau fue un tipo duro, como el mío, Cornelius Riedel.

Renau me habló de Rodchenko y de los constructivistas rusos como los inventores del fotomontaje. Lo hacía de un modo que me hacía sospechar que estaba convencido de que yo era ruso. Un día le hice una broma. “Me pregunto, Renau, si crees que soy ruso. Quizá sea húngaro como Moholy-Nagy, o alemán, como John Heartfield ¿no?” “¡Coño! M...mejor. John Heartfield es m...mi maestro.”

A Siqueiros le vigilaba de lejos, pero un día Renau me cogió del brazo a la salida del Sindicato de

Trabajadores de la Electricidad, todavía con las manos sucias de pintura, y me llevó hacia el grupo de muralistas, que se dirigía a una pulquería. Me obligaron a beber un *sincronizao*, el combinado alcohólico más fuerte que he probado en mi vida. Si hubiera bebido otro más, no me habría importado contarles que no era el agente de una empresa carpintera que ellos creían, sino del NKVD. Más aún, dejándome llevar por el sentimentalismo juvenil liberado por el alcohol, les habría intentado advertir que fueran más discretos en su preparación del ataque a la fortaleza donde vivía Trotsky en Coyoacán.

Gracias a una india que yo sabía fiel a Siqueiros y que no me costó trabajo seducir por el hecho de ser *güero*, rubio, me enteré de que ella y otras camaradas comunistas estaban a su vez seduciendo a los policías mexicanos que protegían el recinto exterior de la fortaleza, para tener acceso a ésta. De un momento a otro se realizaría el ataque, si es que una gestión emprendida por un dirigente comunista, Vicente Lombardo Toledano, ante el presidente Cárdenas no daba resultado.

El objetivo del ataque no estaba claro. Lo que Siqueiros y sus secuaces pretendían era acabar con el cuartel general del trotskismo en México. En eso coincidían con el NKVD, aunque he de subrayar que actuaban por su cuenta, que nosotros no intervinimos en absoluto en lo que considerábamos una aventura

escandalosa, sobre todo porque estaba enterada de ella la mitad de los políticos de izquierdas de la capital. Ese objetivo podía implicar la muerte de Trotsky, su secuestro o el robo de los papeles secretos que demostraran la relación entre el trotskismo y el capitalismo internacional. Esto último se habría demostrado inútil, como fue toda la operación, porque Trotski había enviado su archivo casi al completo a una universidad norteamericana. Era la prueba cuidadosamente ocultada de su connivencia con el Imperialismo.

Con varios días de antelación supimos del ataque. Sin embargo, ocurrió veinticuatro horas después de lo previsto. La puntualidad es una afrenta en México. Así fue cómo el 24 de mayo de 1940 se organizó en Coyoacán la *balacera* más estruendosa desde la revolución, treinta años atrás. Un fracaso literalmente estrepitoso.

Poco después me enteré de que una segunda operación contra Trotsky, esta vez contra su vida, estaba en marcha. La operación “Pato”. Supuse, aunque no tuve la certidumbre hasta después del atentado, que alguien se había infiltrado en la fortaleza por vía erótica. Es uno de los instrumentos que nunca fallan, tanto en el espionaje como en la vida cotidiana. Resulta sorprendente lo sencillo del asunto.

Jacques Mornard, Ramón Mercader, el hijo de Caridad del Río, había conquistado a Silvia Ageloff en París, una de las secretarias del traidor, según un plan cuidadosamente trazado por Nahum Eitingon. Funcionó al cien por cien. Sólo tuvo un fallo. Se esperaba que Mornard eliminara a Trotsky limpia y silenciosamente. Pero sin duda se puso nervioso y le asestó un golpe fallido, aunque mortal. El pobre León Davidovich Bronstein se puso a chillar como un cerdo camino del matadero, y Mornard no pudo huir. En la calle le esperaban Caridad y Eitingon en un coche. Yo estaba en otro, cien metros más atrás.

En México me convertí en observador de la guerra que se luchaba en Europa. También observaba la pasión que provocaba en los mexicanos y en los emigrados españoles. Para mí, la guerra era un gran escenario donde se desarrollaba una tragedia histórica cuya dramaturgia se estaba escribiendo en múltiples cuarteles generales y cancillerías. Yo la veía como el espectador de una obra de mi compatriota Bertold Brecht, a quien conocí en Santa Mónica. Al contrario que muchos de los comunistas mexicanos o norteamericanos, Bertold veía en la Guerra Mundial un fenómeno cruel, un espectáculo repugnante, pero sometido al dictado de un guión en el que se oponían dos fuerzas antagónicas, el nazismo y el socialismo. El capitalismo, norteamericano y europeo, era un

mero instrumento ambivalente, que habría apoyado a Hitler si éste no hubiera sido tan agresivo e impaciente.

Aunque mi mayor orgullo es haber colaborado en echar los cimientos de la República Democrática Alemana, la segunda Patria del Socialismo, que cuando escribo esto se tambalea, los mejores años de mi vida son los de la Guerra contra los nazis. Mientras el mundo entero explotaba, yo gozaba del estallido de la juventud. En escenarios y circunstancias tan novelescas, que si las describiera minuciosamente se convertirían en éxito de ventas, algo que me parece detestable.

Con pasaporte mexicano me enviaron a Brasil como corresponsal de un periódico conservador. No debía preocuparme en ocultar mi acento alemán, perdido por completo hacía tiempo. Se trataba de aparecer ante los agentes nazis en Brasil como un tipo susceptible de ser captado.

Getulio Vargas, el dictador de Brasil y fundador del *Estado Novo*, mezcla tropical de salazarismo portugués y fascismo italiano, se había abstenido de tomar partido en la conflagración. Los norteamericanos, con grandes intereses en el país, se mantenían alertas, sin intervenir, entre otras cosas porque ellos también se quedaron al margen de la guerra hasta diciembre de 1941. Pero una adiestrada

vanguardia de agentes nazis, algunos residentes en Suramérica desde hacía años o incluso nacidos allí, procuraba por los intereses del *Reich*, muy grandes en el país americano. Mi misión era infiltrarme entre ellos.

Confieso que fue uno de mis fracasos. Es obvio que no estuve a la altura de las mentiras que era necesario fabricar, algo nada raro, porque mi educación había sido estrictamente marxista leninista, y nunca había llegado a vivir en la Alemania Nazi, de la que huimos mi padre y yo. Mi trabajo, no obstante, sirvió para infiltrar otros agentes.

Declarada la guerra al Eje por parte de Brasil en agosto de 1942, tras el hundimiento de varios mercantes brasileños por submarinos alemanes, mi siguiente misión estuvo en Natal. La capital del estado de Rio Grande do Norte se convirtió en una base norteamericana, que preparaba el desembarco aliado en el Norte de África. Brasil hace una joroba hacia el Este que se aproxima grandemente a la chepa de África hacia Occidente. Natal y la isla de Fernando de Noronha tuvieron un gran valor estratégico en aquellos años.

Años maravillosos, fantásticos. Y harto peligrosos para un revolucionario profesional sin apoyo táctico. Porque esa misión tuve que hacerla solo, cuando hasta ese momento había actuado en

compañía de camaradas experimentados.

Mi objetivo era doble, enviar información de las bases norteamericanas e intentar corregir la trayectoria de un agente húngaro que llevaba en Brasil algunos años y había empezado a flaquear. Su nombre era Kálmán Tisza y el tema recurrente de su conversación era el Imperio Austrohúngaro, que él había conocido y al parecer disfrutado en su juventud. Mis directores temían que o bien acabara convirtiéndose en doble agente o lo fuera ya. Enseguida me di cuenta de que las flaquezas de mi camarada húngaro no tenían nada que ver con la traición. Trabajaba en la policía del estado, y llevaba una vida social intensa y desordenada, impropia de un bolchevique, pero muy adecuada para un informador. El problema es que se había acostumbrado a ella, y me dijo claramente que deseaba desengancharse de sus obligaciones políticas. Le dije que eso estaba fuera de mis responsabilidades.

Entablé con él un diálogo en términos rigurosamente marxistas. Era lo único que se me ocurrió, lo más razonable y lo más práctico, porque a Kálmán, que había nacido en el otro siglo, no le podía hablar desde el rasero de la experiencia, pues me sobrepasaba con creces, al igual que me aconteció pocos años atrás con la terrible Caridad del Río, la personalidad más diametralmente opuesta al carácter del húngaro.

Pensaba yo que los instrumentos dialécticos del marxismo, del materialismo, del leninismo e incluso del estalinismo, ya el nuevo dogma, nos situarían a Kálmán y a mí en el mismo plano.

Sin embargo, Kálmán no era una persona ni inteligente ni instruida. De haberlo sido, podría haber vuelto del revés cada uno de mis rígidos y verdes argumentos; es algo que he visto hacer a algunos camaradas a lo largo de mi vida, y no siempre con resultado favorable a los de mejor retórica. En el socialismo científico (los ideólogos occidentales le llaman *socialismo real*), la mejor retórica no es la resuelta académicamente por los rectores del *Diamat* (materialismo dialéctico), sino la que coincide con la del *Politburo*. Admitirlo no es un acto de cinismo por mi parte, sino la confirmación de un fenómeno.

El caso es que Kálmán, frente a mi doctrina, empleaba una variedad de razones saltarinas y pequeño burguesas, esquivando como un espadachín los mandoblazos de un método que nos separaba más que nos unía. Yo me aferraba a la polémica casi con desesperación, porque Kálmán era una buena persona y yo no quería que su habilidad le ocasionara perjuicios. Hasta que un día me llevó al límite de mi resistencia. Me soltó que yo le parecía un cura en un confesionario, un cura joven, recién ordenado. La comparación me indignó, porque, no habiendo sido educado en la fe cristiana, sino en su combate, tenía

una idea de ella difusa, negativa, repugnante. No comprendí que el cotejo que hacía Kálmán era sólo humorístico, ni siquiera irónico, y me disgusté. Esto determinó que interrumpiera mis afanes redentores y me alejara de él.

Y sin embargo, yo empezaba a aproximarme a su conducta espontánea.

De pronto me di cuenta de que si permanecía unos cuantos meses más en Natal, terminaría argumentando y actuando de un modo tan pequeño burgués como Kálmán. La inercia del bienestar y las comodidades se habían infiltrado como un agente del revisionismo en mi voluntad. Una parte de mí empezaba a enfrentarse a mi disciplina bolchevique. Mi vida empezaba a tener más de aventura que de compromiso revolucionario.

Natal era una ciudad muy provinciana, insignificante, con aspecto de pueblo tropical. La versión hollywoodiense del Brasil carioca, desenfadado y festivo, era una realidad en aquella costa atlántica. Abierta al océano, situada entre playas portentosas con dunas gigantes, Natal, como la Casablanca o el Tánger coloniales, era un paraíso para mentirosos internacionales y compulsivos. Pero yo no lo era.

Salir de allí se convirtió en algo preciso y urgente. Mi relación con una brasileña llamada Griselda Pinto amenazaba con demoler mis sólidas e

ideologizadas defensas sentimentales. Lo más excitante es que no era sólo Griselda Pinto, sino también Eugénia Morais, Luísa Coelho y finalmente Gloria Lozano, una española casada con un mecánico de aviones norteamericano. Cada una de ellas me proporcionaba una satisfacción peligrosa y egoísta. Afecto y cuidados maternos (Griselda), contento erótico (Luísa), alimento físico de excepcional calidad y variedad (Gloria cocinaba como los ángeles), y vestido a la medida y a la moda (Eugénia era sastra de alta costura). Cuestión nada desdeñable es que todas conocían mi relación múltiple, es decir, yo no la ocultaba (no les mentía, entre otras cosas porque se habrían acabado enterando). Habría sido una lesión fatal a mis principios de respeto a la mujer. Ellas la sobrellevaban muy mal, incluso la casada.

Kálmán Tisza había desaparecido de Natal en circunstancias que procuré ignorar, pero que me sirvieron de aviso y escarmiento.

Abandoné aquel harén nordestino sin despedirme, algo necesario, pero que me costó un largo periodo de melancolía.

Me recuperé en Méjico, donde la izquierda había sido apartada del gobierno. Era un escenario importante de la nueva guerra, la Fría, que empezaba a cuajarse, aun sin haberse resuelto la caliente en el Pacífico.

Comprendí que ya no podría trabajar más en

aquel escenario tropical y enervante. Pasé unos años de aburrido trabajo burocrático en Estados Unidos, sirviendo de enlace entre los soviéticos y los comunistas norteamericanos y otros que no se tenían por tales, aunque servían al proletariado internacional.

En 1949 se me ordenó regresar a Europa.

En ese año, las tres zonas alemanas de ocupación norteamericana, británica y francesa se habían fundido en una, habían instituido una moneda nueva, un banco central y una geografía política de rango confederal, a espaldas de los intereses soviéticos. Estos ocupaban la parte más oriental de Alemania. Allí volvía yo, a la *Sowjetische Besatzungszone*.

A causa de la alevosía de los aliados contra los intereses soviéticos, se había decidido la institución de una Alemania socialista. La República Democrática Alemana. Después de dieciseis años, yo volvía al país que me vio nacer y que a partir de ese momento sería mi Patria. La mitad de mi vida la había pasado fuera de una patria sentimental, y me había acostumbrado a carecer de ella, puesto que la original se había convertido en un monstruo.

Media vida. Se dice pronto.

Las resonancias emotivas de esta expresión manifiestan con una precisión dolorosa el modo en el

que contemplo ahora mismo mi pasado, el pasado de toda una generación entregada a la construcción del *Sozialismus*, a costa de todo, de la supuesta libertad y de la división (impuesta por las maniobras del *Imperialismus*) de una sociedad en dos. El hecho de que hoy nuestros mayores esfuerzos parezcan a punto de disolverse, me permite ver las cosas con una lucidez dolorosa y temible. En aquellos años fundacionales, los comunistas estábamos seguros de que éramos la vanguardia de un pueblo por fin dispuesto a romper el círculo vicioso de su tragedia nacional, para colocarse en el lugar correcto de la Historia. No teníamos miedo a la palabra “nacional”, como los meapilas cristianodemócratas de la República Federal, porque sabíamos que nosotros constituíamos la fuerza motriz del proletariado alemán, finalmente en condiciones de acabar con la maldición germánica.

A pesar de mis cautelas, de mi entrenamiento, y del auxilio moral de algunos camaradas y las suspicacias de otros, mi sensibilidad se vio afectada por lo que contemplé en Alemania. Lo había visto en los documentales, pero el cine ha calado tanto en la conciencia de nuestro mundo, que todo lo que vemos en una pantalla nos sugiere la posibilidad de que sea una fabricación, un decorado. Sólo la realidad nos impregna hasta la desolación o el júbilo.

La ruina de Alemania, la ruina física de sus

ciudades, el miedo y la depresión moral de sus habitantes, me conmovieron, porque yo era uno de ellos, aunque había tenido la fortuna de librarme del holocausto.

Pero yo no había llegado a Berlín a reparar las culpas de aquel pueblo insensato y ciego, sino a imponer la penitencia. Fue necesario el recurso de mis camaradas para fijar mis emociones en los cimientos del materialismo científico. Lo más difícil fue superar la mirada de aquellos que habían vivido la ordalía en el propio Infierno. Una fracción de los alemanes que nos reunimos en el Berlín ocupado por los soviéticos procedíamos de Sur o Norte América, y éramos observados con reticencia.

Los años que sucedieron a la guerra fueron de extrema miseria, sobrevivir era la única obligación. Los parques berlineses, que fueron el orgullo de los prusianos, eran solares yermos, entre otras razones debido a que los árboles que quedaban después de los bombardeos fueron arrancados para suministrar combustible en los inviernos. Casi todas las calles habían recuperado su apariencia de vías de tránsito, pero estaban escoltadas en sus dos flancos por escenarios de ruinas, sobre todo en el Berlín soviético. La ciudad era un hormiguero en términos literales, montones de ladrillos, agujeros, túneles, hileras de seres moviéndose de acá para allá, como los vagones despintados del *S-Bahn*, renqueando entre los

despojos de una ciudad diseñada en el siglo XVIII para lucir más que París. La austeridad había dejado de ser una virtud, ahora era un medio ambiente.

La primera tarea fue desnazificar la sociedad. Nuestro trabajo no se limitó al castigo y la depuración de los miembros del partido nazi, sino que se dirigió a toda la elite burguesa. El cáncer se había extendido tanto que fue preciso distinguir entre grandes y pequeños nazis, para que la administración y la economía no se quedaran sin manos ni cerebros. Dos años antes de mi llegada, en 1947, los rusos habían encarcelado a sesenta mil nazis, y detectado a quince mil criminales de guerra. Cuando aterricé en Berlín, las personas separadas por los soviéticos de sus trabajos llegaban a seiscientos mil, uno de cada treinta y cinco alemanes.

Básicamente fue este empeño de mis camaradas lo que facilitó la edificación desde los cimientos de un sistema nuevo, el socialismo. La constitución de la flamante República Democrática Alemana podía proclamar con razón que había extirpado de su territorio el militarismo y el nazismo.

En Berlín me encontré no sólo con un escenario desolador, sino frente a una tarea mucho más difícil que buscar información o distraerla o infiltrarme o detectar infiltrados. Allí no había la más mínima posibilidad de mentir, y sobre todo, no era preciso,

porque estábamos obligados a lo contrario. Estábamos frente a la verdad desnuda, titánica, de transformar una sociedad enferma. Y lo peor era que a mi lado se alineaban personas que desconfiaban de mí.

Luchaba en varios frentes. Me agotaba. Pero me fortalecía. Luchaba contra la inercia de una sociedad acostumbrada a obedecer a criminales; ahora que los criminales estaban en la cárcel, aquellos hombres y mujeres obedientes estaban desconcertados, escarmentados. Éste era el primer frente. El segundo era el de la propaganda imperialista, que fomentaba las deserciones de nuestros mejores valores, sabotaba nuestros esfuerzos, y lanzaba una campaña de desprestigio sin precedentes contra el *Sozialismus*. Si dimos la impresión de ser despiadados, si a veces lo fuimos, se debió a la necesidad. Por fin, el tercer frente era el de la suspicacia de mis camaradas.

Me hizo sufrir tanto, que en algún momento evoqué mis años en el Paraíso americano, y pensé que acaso aquel Kámán Tisza tuviera una pizca de razón. Pero conseguí imponer mi voluntad a mi psicología.

De nuevo reflexiono sobre mi fortuna. Recuerdo las controversias, los conflictos, las tentativas izquierdistas y las derechistas de aquellos años, y no encuentro en mi memoria rastro de ninguna fórmula, ninguna varita mágica que me ayudara a atravesar las tempestades ideológicas y políticas.

Nunca he utilizado la mentira en los momentos claves de mi vida, aquellos. Mi sobrevivencia se debe a que me coloqué siempre en el camino correcto, y a la suerte. Como mucho, una facilidad innata para navegar en mares agitados. Sólo eso.

La fortuna a veces te sacude como un pelele. El azar, no el destino. El destino no existe. Los seres humanos sólo tienen un destino marcado a fuego en su corazón, y es el de la clase social en la que nacen y a la que pertenecen.

Lotte Pluschke no era comunista. Y se cruzó en mi camino en un momento de confusión y miedo. Apareció detrás de un carro soviético en *Leipzigerstrasse*, cuando una multitud se disponía a asaltar el antiguo cuartel general del Aire del nazi Goering, y en ese momento sede de los ministerios de la nueva República Democrática Alemana. Era el 17 de junio de 1953.

Lotte Pluschke había nacido en Franconia, al norte de Baviera. Huérfana y sin familiares, la guerra la convirtió en una enfermera civil que se desplazaba por la geografía del Reich para cubrir las necesidades apremiantes de la población.

El armisticio le pilló en la ciudad de Cottbus, en zona soviética. Amorosas circunstancias la llevaron a

acabar en Berlín. El nombre de las circunstancias amorosas era Rudi Kapellu, muchacho también huérfano que había encontrado albergue y protección en una institución soviética para chicos como él, que se contaban por millares después de la guerra. Esa institución se hallaba en Cottbus. Nunca me preocupé de averiguar cómo se conocieron Lotte y Rudi. Sólo sé que decidieron unir sus vidas, ellos creían que por amor. La necesidad se viste con frecuencia de hermosos atuendos para ocultar su desnudez denigrante. Rudi había seguido el consejo de uno de los monitores de la institución para huérfanos, y estudiaba en una academia de policía. Su sueño era hacerse detective de novela, quizá un residuo de alguna idea adquirida por medio del cine. Tampoco quise nunca averiguarlo. Y sin embargo mi trabajo consistía en averiguar cosas.

El caso es que Lotte acababa de llegar a Berlín, con un *Ausweis*, un pasaporte cuya tinta todavía estaba fresca.

El segundo día de los disturbios de los albañiles de Berlín se me echó encima, apareciendo tras un carro blindado soviético. Mi misión no era represora aquel día, sino de mero observador, entre otras cosas porque el Ministerio del Interior, recién creado, se vio completamente desbordado por los hechos. Ni la STASI ni la *Volkspolizei* estuvieron a la altura de las circunstancias y no hubo casi coordinación, hasta que

intervinieron las tropas rusas e impusieron el orden.

Así que, cuando tras Lotte surgió un hombre que me la arrebató de modo amenazante, deduje que la mujer podía ser una de las dirigentes de los disturbios. El tipo no era policía, sino miembro de un *Kampfgruppen der Arbeitklasse*, tropa de asalto de los trabajadores, y pretendía entregarla a la seguridad. Me identifiqué, me saludó como un autómeta y se dio la vuelta. Por un instante imaginé lo que habrían sido los alemanes en los años de mi ausencia, unas personas que se saludaban como autómetas, pegando taconazos, algo que yo jamás había hecho, pero que había visto ridiculizado en películas y obras de teatro.

La muchacha me enseñó su documentación, que encontré inobjetable, y me contó con ingenuidad que llevaba un par de días en la capital, que su novio era un aspirante a policía, y que un remolino de gente la había arrastrado por las calles hasta que llegaron varios carros soviéticos y pudo desasirse de la multitud. Según los datos de su *Reisspass*, Lotte era más joven que yo. Según las apariencias, era al contrario.

Anoté la dirección que me dio, le devolví sus papeles y la dejé marchar.

Durante un rato la seguí, sin que ella lo advirtiera. Pronto deduje que no tenía nada que ver

con los disturbios, y que lo que me había contado podría contener un setenta o un ochenta por ciento de verdad.

Me había olvidado por completo de ella, cuando una mañana de julio me reclamaron de Recepción en mi oficina de la STASI. Un joven aspirante a la policía criminal deseaba hablar conmigo. Se trataba de Rudi Kapellu, y venía a agradecerme la confianza que había depositado en su novia.

Lo que más me llamó la atención de Rudi fue su juventud. Según los datos que había dejado en el control de recepción, era casi diez años más joven que Lotte.

Pertenecía a la *Freie Deutsche Jugend*, la Juventud Libre de Alemania, y aspiraba a ser en breve miembro del SED, el *Sozialistische Einheitspartei Deutschland*. Esto me lo dijo sin la menor intención de seducirme o ablandarme, no había necesidad.

De un modo natural, tan natural como la doctrina que compartíamos, nuestra conversación fluyó hacia el curso de los acontecimientos, y me di cuenta de que Rudi había asimilado a la perfección la educación política que había recibido en el orfanato y en la academia de policía.

Argumentó con impecable retórica cómo los soviéticos se habían visto obligados a reaccionar ante

las diversas provocaciones de los imperialistas norteamericanos y británicos. Primero, ante el incumplimiento de los yanquis de enviar a Rusia desde su zona las industrias que se consideraban objeto de compensación alemana por los desastres de la guerra. Luego, ante el acuerdo de los anglosajones de unificar sus zonas. Después, el rechazo de los occidentales a que la URSS participara en el control internacional del Ruhr. Y por último, la formación de un gobierno provisional alemán en su zona, unida a la francesa, el texto constitucional de la RFA y la reforma monetaria. La Unión Soviética no había podido hacer otra cosa que frenar aquellos asaltos con la creación de un dique político, económico y moral: la República Democrática Alemana.

—No hemos sido los alemanes ni los comunistas los que hemos dado el primer paso para la creación de la RDA. Ha sido una necesidad, la reacción de un pueblo engañado —concluyó Rudi.

Había conocido yo a muchos mentirosos a lo largo de mi vida como para confundirme. Rudi estaba con el *Sozialismus*. Rudi no sólo recitaba textos leídos en el *Neues Deutschland*, el diario del SED, hablaba con el corazón.

Ese fue mi error. No fui capaz de entender que alguien que habla con el corazón es una marioneta de sus sentimientos. Y los sentimientos de Rudi estaban

mediatizados por Lotte Pluschke. Rudi estaba enamorado de ella hasta los tuétanos.

En el mismo instante en que percibí esta realidad, surcó mi memoria un torpedo lanzado desde un submarino quince años atrás en tierras de Valencia. Sorprendiéndome a mí mismo, pregunté abruptamente al aspirante a policía si su novia tenía familia en alguna parte.

—No. Nadie. Su padre murió en Stanlingrado. Su madre, en un ataque aéreo. Sólo tenía un hermano, Amadeus. Pero le mataron en España durante la guerra civil en aquel país. En cuanto a sus tíos y tías, ha perdido el contacto; cree que todos viven al otro lado... En la Alemania imperialista.

Esta innecesaria corrección final quitó un punto de dramatismo a la dolorosa noticia que me acababa de dar: Lotte Pluschke era la hermana de aquel infeliz Amadeus Pluschke. Toda mi preparación ideológica y psicológica quedó en suspenso ante una determinación que tomé en aquel momento y que marcaría el resto de mi vida. Una de mis misiones en la construcción del *Sozialismus* sería reparar en Lotte el daño cometido con Amadeus.

Me pregunto por qué permití que el sentimentalismo se infiltrara en mi trabajo, en mi vida.

Florian Kapellu

En la trampa

Camino de la pensión donde tengo el equipaje, salta a la vista un cartel pegado en todos los escaparates y kioskos de periódicos, y colgado de las farolas. Reza “Falles València”, y está ilustrado por el perfil de un rostro de muchacha en tonos rosas sobre un fondo negro, roto por la explosión multicolor de un par de cohetes. ¡Cuánto deben a Renau sus herederos valencianos! Este cartel es una condensación del estilo juvenil del profesor. Los cartelistas de hoy se han zambullido en el pasado de su oficio y han recuperado las esencias. O eso parece.

Estos pensamientos livianos, tratar de introducirme en el gusto y en las fantasías de los valencianos de hoy, me permiten evadir el pesar que me ha dejado la conversación con Giselle. Confío en que la intervención de tío Horst me ayude a adelantar mi regreso.

Entro en la pensión resignado a pasar allí una noche más. Mañana me acercaré al cementerio de Burjassot en busca de la tumba de mi tío Amadeus.

En el mostrador de recepción me dan una

sorpresa. Ya no hay habitaciones libres, y yo he perdido la mía al no haberla reservado, me informan con cara de pesar y una compasión que no me sirve para nada. Me entregan mi maleta *ancien régime*, según la bautizó mi hermano Peter, porque es de cartón duro, prusiano, con codos metálicos en las esquinas y etiquetas de hoteles del mundo pegadas en su falsa piel de cocodrilo. Se la compré a un colega de la agencia en Berlín, parecía el equipaje más adecuado de un corresponsal.

Pregunto si hay tren nocturno a Madrid, y me contestan que sí. Tomo mi maleta por el asa de metal y me dirijo a la calle. Afortunadamente la estación se encuentra cerca.

Una columna de turistas japoneses serpentea por la acera. Observo sus rostros impenetrables, sus movimientos uniformes. Es imposible decir si están tristes como yo, alegres como un danzón o indiferentes a la fiesta. Parece una procesión de marionetas. La avenida bulle de público. Los vehículos son balsas de naufragos en medio del torrente de seres humanos. Suenan los petardos y a la nariz me llegan rachas de olor a pólvora. La fiesta me invita, y me uniría a ella si mis circunstancias fueran otras.

Unos golpecitos en el hombro me invitan a detenerme. Giro el rostro atrás. Allí está Oliver, con

una sonrisa amigable.

—¡Por un pelín te me escapas! —dice en español. Y enseguida continúa en alemán—. Me han dicho que te has quedado en la calle, sin habitación.

—Sí. Pero tenía previsto volver a Madrid.

—¡Te vas a perder las Fallas, camarada! Te ruego que seas mi invitado y vengas a mi casa. Podrás escoger la habitación donde dormir... Aunque estos días no son para perder el tiempo en la cama.

Se me queda mirando, a la espera de mi reacción. Debe de notar que me siento aliviado, porque continúa con sus ofrecimientos. Su mujer nos espera para cenar en un restaurante popular. Luego recorreremos la ciudad a pie, disfrutando de la edificación de las fallas en todas las esquinas.

—¿Y qué hacemos con esto? —digo refiriéndome a la maleta.

—Déjala otra vez en el hotel. La recogeremos luego.

—No es un hotel, es una pensión.

Me mira de un modo ambiguo.

Rosa, aquella mujer con quien Oliver dice haberse casado por pura conveniencia, nos espera en la única mesa vacía de un salón atiborrado de personas vociferantes. Desde la puerta, antes de entrar, da la impresión de que ha estallado una bronca. No es un lugar lujoso, me advierten, aunque a mí me lo parece.

Rosa me recuerda a la muchacha del cartel de Fallas. Su perfil es casi vertical, un ángulo recto en la barbilla, del que sobresale una nariz proporcionada y también recta. Su pelo lacio es negro. Sus ojos, castaños y de escaso brillo, como si unas gotas de tristeza se hubieran disuelto en sus pupilas. Unas pequeñas bolsas, de poco dormir o de cualquier otro origen, afean sus mejillas blancas. En el mentón tiene un asomo de hoyuelo. Su boca en reposo descubre preocupación o un raro despecho.

Renau no habría tenido ninguna dificultad en representar aquella cara, a la que se asoman emociones veladas. Sin embargo, en su conjunto, a mí me parece el rostro de una mujer sin atributos.

Me acoge con la misma simpatía que Oliver. La cordialidad de los que han sido siempre ricos, me figuro. Es, además, una persona educada. Me hace algunas preguntas deferentes sobre mi trabajo. También se disculpa por lo que ella llama “invitado impar”. Habían pedido a Ángela que nos acompañara,

para formar dos parejas, pero tiene un compromiso fallero. Por mi parte, después de informar a Rosa de mi propia familia, pregunto si llevan mucho tiempo casados, y si han previsto tener hijos. La mujer contesta con un “claro que sí” contundente, y me parece que no se dirige sólo a mí. Cuando vuelvo la mirada a Oliver, encuentro una expresión mirífica.

Tras los postres, Rosa se adelanta y paga la consumición, sin darme opción a contribuir con mi parte, algo que agradezco, porque mi sueldo no da “para muchas alegrías”, otra bella expresión española. La mujer dice que ha quedado con unas amigas y se despide, recordando a Oliver dónde están las toallas limpias y recomendándole determinada habitación, donde podré descansar mejor.

Esta mujer suscita en mí una sensación de desconfianza. No puedo imaginar qué tipo de relación afectiva existe entre ella y Oliver. Atraviesa mi cabeza un vago pensamiento: en una sociedad comunista perfecta, todos los matrimonios serían de conveniencia y a la vez producto del enamoramiento, porque el amor y la necesidad se habrían juntado en la consumación de la utopía. Pero también en una sociedad no comunista, los revolucionarios profesionales no pueden aspirar a un matrimonio convencional debido a sus altas y trascendentales obligaciones. Esto último no lo he leído en ningún sitio, sino que se lo he oído decir en Rostock a un

compañero de estudios que soñaba con ser el sucesor de Lenin y que luego fue devorado por el SED.

Quizá Rosa y Oliver han alcanzado un compromiso de naturaleza materialista y dialéctica. Giselle, ¿qué tipo de afectos nos unen a ti y a mí?

—Vamos a zambullirnos en la fiesta, camarada —dice Oliver al salir a un paseo atiborrado.

Al parecer, la multitud espera un espectáculo pirotécnico que llaman “castillo de fuegos artificiales”. El fuego artificial se diferencia del natural en que lo provocan los seres humanos, dándole forma, color y sonido. La pirotécnica me parece el colmo del ingenio. Y también del despilfarro. Este despliegue de fuegos de artificio falleros sería inconcebible en mi país, acostumbrado a tirar muy pocos cohetes, y soy consciente de la ambigüedad de la expresión dicha en español. El único cohete tripulado por un alemán, el camarada Sigmund Jaehn, lo lanzaron los soviéticos en 1978.

Tras el espectáculo, ya de madrugada, Oliver me pasea por el centro de la ciudad, a través de calles iluminadas por un derroche de bombillas colgadas sobre la calle, atornilladas a fachadas y balcones. En las encrucijadas, brigadas de obreros construyen los monumentos falleros, un inestable revoltijo de grandes monigotes caricaturescos, que se mantienen

en equilibrio sobre la punta de un pie apoyado en una barraca, o espléndidos cuerpos de mujeres desnudas, o gordas y gordos también sin atuendo, o disfrazados con trajes estrambóticos, animales en actitudes procaces, edificios desproporcionados que me hacen pensar en los pintores expresionistas alemanes. Esta exhibición de ingenio es un exceso de decoración y de tamaños, una maravilla que será entregada al fuego al cabo de unos días. ¿No es eso la quintaesencia del *Kapitalismus*, quemar la superproducción?

Oliver se detiene aquí y allá, atraído por personas conocidas, junto a las que ingerimos variadas mezclas alcohólicas. Conversan entre ellos de un modo que me es imposible seguir, combinando el valenciano con el español, graznando, atropellando las palabras, dejando las frases a medias, interrumpiéndose unos a otros, sin que a ninguno de ellos les altere semejante caos retórico. Escucho expresiones indescifrables: “búnker barraqueta”, “falla King Kong”, que para ellos tienen un valor muy humorístico, porque sueltan ruidosas carcajadas.

En algunos momentos tengo la impresión de que Oliver intenta emborracharme. Si es así, ignora que mi resistencia al alcohol está por encima de la que soportan la mayoría de los mortales. La suya no debe de ser grande, porque al cabo de una hora, y a pesar de que no paramos de andar por una ciudad cada vez menos habitada, aunque igual de ruidosa, da la

impresión de estar completamente borracho. Sobre todo, cuando me hace esta propuesta ridícula:

—¿Quieres que vayamos al almacén donde se guarda el legado del profesor Renau? —Se calla y me mira, buscando el impacto de su propuesta—. ¡No es una pregunta retórica! Está en la calle Alboraya. Pertenece al Ayuntamiento, y se lo ha cedido a la Fundación Josep Renau... ¡Mira! Vamos a entrar, y así podremos ver lo que hay.

—No estarás hablando en serio.

—Completamente, Florian. Te lo digo como amigo y como antiguo alumno de Renau —pronuncia con voz estropajosa—. Es más... Es más, vamos a ejecutar un robo necesario. Vamos a extraer del archivo la colección *Dederon Way of Life*, que se guarda allí. Es una vergüenza para nuestra causa, para el *Sozialismus* y para la memoria de Renau. No entiendo cómo no lo destruyó el viejo. ¡Anem!

Esto último, que significa *vamos*, lo entiendo cuando levanta el brazo y para un taxi que pasa milagrosamente por el lugar donde nos encontramos, un bulevar con árboles gigantescos, magnolios o ficus, nunca he sabido distinguirlos.

Salimos del vehículo en una calle sin iluminación de bombillas artísticas. Al fondo se ve una pequeña falla. Caminamos en dirección contraria

a ella, deshaciendo el recorrido hecho por el taxi. En una esquina hay una cabina de teléfonos. Oliver hace algo absurdo. Se mete en ella, descuelga el auricular y lo mantiene pegado a su oreja sin decir ni hacer nada, y enseguida cuelga. Luego, nos metemos por un callejón, y de pronto, se pone a orinar en un rincón sombrío. Deduzco que me ha llevado por aquel vericuetos con objeto de aliviarse discretamente. Pero tras el ritual de sacudida y cierre de cremallera, se dirige a una puertecita. La empuja, y cede.

—¡*Anem!* —Vuelve a decir con voz ebria.

—¡Pero qué estás haciendo, Oliver! Esto es impropio, es ilegal.

—Camarada! El *Kapitalismus* no merece nuestro respeto. Aquí dentro hay un tesoro, y tenemos que rescatarlo.

—¿Un tesoro? —digo, entrando tras él en la oscuridad.

Me siento poseído yo también de una alevosía irrefrenable.

Extrae una linterna del bolsillo de la chaqueta, la conecta y la usa para abrirse paso con su haz por un pequeño cuarto lleno de trastos, hacia otra puerta entreabierta al fondo. Al llegar allí, me dice:

—¿Has visto alguna vez el *Dederon Way of Life*?

—No. Jamás. No tenía ni idea de que existiera. Giselle tampoco ha oído hablar nunca de eso.

—Fue un trabajo clandestino. Ni siquiera el profesor Renau supo de su existencia... Tiene que estar en alguno de esos cajones, —dice, enfocando la linterna a una pila acumulada a la derecha, en el interior de aquella nueva habitación, bastante más amplia que la anterior, según puede intuirse en la penumbra.

De súbito, Oliver se encoge. Me doy cuenta de que está a punto de vomitar. Me entrega la linterna y corre dando tumbos hacia la salida.

Espero unos minutos, dirigiendo la linterna a uno y a otro lado, sin ningún propósito claro en mi mente. Todo son cajones de madera y de cartón. Sobre unos tablones apoyados en borriquetas se extienden una serie de carteles de cine que el profesor Renau debió de hacer en México. Me acerco a ellos. Me viene a la cabeza una palabra española, “exuberancia”. Los carteles no políticos de Renau son exuberantes. Lo mismo que sus murales, en los que plasmaba sus fantasías cósmicas, su aproximación a la utopía en la que el Hombre y la Naturaleza sellarían un pacto perdurable de amistad, de no agresión.

Siempre me han gustado mucho más que sus fotomontajes, teñidos de tensión ideológica, potentes, demoledores, pero impregnados de malestar, de frustración, de odio y quizá hasta de envidia. Una envidia que nada tiene que ver con la política, sino con la intimidad del profesor, con lo que en lengua española se llama con gran precisión “su fuero interno”, inasequible, impermeable a todo tipo de interferencias de clase oprimida u opresora, de doctrinas científicas, de violencia revolucionaria. La envidia de la impotencia frente a Dios. La del hombre que ha descubierto la naturaleza profunda y complejísima del Bien y del Mal, intenta desentrañarlos, no acierta, y sufre sometido a la lucha eterna, al conflicto cotidiano, a sus pesadillas y a sus insomnios. La envidia del que sabe que sólo a través del arte alcanzará la utopía.

Se ha apoderado de mí un absurdo deseo de husmear en aquellos cajones. Me olvido por completo de Oliver. Me parece estar en el estudio desordenado del profesor en *Kastanienallee*. Aunque este espacio de Valencia es mucho más amplio. Para comprobar eso, su amplitud, y acaso con el deseo de volver a la realidad, trazo con la linterna varios movimientos. La techumbre parece de uralita, y está sostenida por vigas triangulares de hierro roñoso. El almacén no tiene ventanas a la calle, y sólo en parte está ocupado por lo que debe ser el archivo empaquetado de Renau. Me sorprende que algunos objetos, los carteles de cine por

ejemplo, estén desplegados. Enseguida veo otras cosas, carpetas llenas de fotografías, recortes, fotomontajes, papeles ordenados en montoncitos. Sin duda alguien está haciendo un inventario de este caos. ¡Alguien que está presente!

Me recorre de pies a cabeza un escalofrío. Se apodera de mí una sensación absurda, producto del miedo a encontrarme en un lugar cuya entrada me está vedada. Una fantasía propia de película norteamericana: la persona o personas que están realizando la clasificación del legado de Renau se encuentran allí, ocultos, observándome. Se apodera de mí el pánico. Si me cogen en el almacén, a un extranjero, a un periodista, a un alemán de la parte equivocada, se organizará un tremendo escándalo.

Doy un mandoble al aire con la linterna, volviendo el cuerpo sobre los talones, y en ese instante lo descubro.

Colgado de una cuerda atada a una viga hay un hombre, la cabeza mirando al techo, quizá con el cuello roto, y los ojos abiertos en expresión de espanto. Unas guedejas rubias y lacias caen sobre su espalda. El cráneo es liso, y refleja la luz de mi linterna temblorosa como un semáforo intermitente.

Echo a correr hacia la salida. Mi instinto me guía por un camino libre de obstáculos. Con el

corazón más atropellado que mis pasos, salgo al callejón. Salto hacia la esquina donde Oliver ha estado orinando, y luego me meto por la otra, hacia la cabina telefónica.

Encogido dentro de ella como un guiñapo encuentro a Oliver, temblando. Me calmo de golpe, porque el peligro de ser sorprendido dentro de un lugar en el que no debía estar ha pasado. Necesito ordenar la realidad, encontrarle un sentido. Pienso si Oliver no será un alcohólico, presa ahora de un *delirium tremens*.

Me asomo a la cabina y el guiñapo alza la cabeza. Su expresión es demudada. Al verme, se le iluminan las pupilas. De un salto se levanta, me coge del brazo, tira de mi y echamos a correr.

Es como si de súbito se le hubiera pasado la borrachera. Correteamos por una serie de callejas, siguiendo un itinerario que me parece caprichoso, hasta salir a una avenida muy ancha, mal iluminada y descuidada, con vías de tranvía, que me recuerda a Berlín. A lo lejos se oyen algunas sirenas de ambulancia o de policía. Acudirán a alguna gresca vecinal, me figuro, en aquella ciudad ruidosa y levantisca.

—Había un tipo colgado de una viga —
murmuro al recuperar el aliento.

—¿Cómo dices? —grita sobresaltado.

—Que había un hombre ahorcado, colgado de una viga. Muerto. Por eso he salido corriendo.

—¡De la que te has *librao*, Florian! —dice en español.

—¿Por qué? —continúo yo en la misma lengua.

—Nada, es que todavía estoy un poco curda.

—¿Curda?

—Borracho, beodo, *mamao*. Trompa, merluza, cogorza, tajada, mona... *Bassofen*. Fantástica riqueza de los idiomas para nombrar los efectos del alcohol y del amor. Vamos a por la maleta, y luego, a casa a descansar. Menos yo, que tengo que enviar un cable urgente a Berlín con una buena noticia.

—¿Buena para Berlín?

—No, para mí... Y en cierto modo..., para ti también.

Comunicación cifrada desde Valencia a Berlín

Cita de Herbert Marcuse, utilizada como base de un mensaje encriptado y dirigido a Herr Teufel.

Pero al patrón absoluto incumbe, en última instancia, la meta hacia la cual ha de moverse la sociedad, y no a los medios morales (y técnicos) necesarios para el logro de esa meta. Independientemente del grado de identificación existente entre los medios a aplicar y la meta a alcanzar, las normas morales no constituyen fines en sí mismos; apuntan hacia el futuro y obtienen su sanción solamente de las normas sociales que el Estado y sus órganos formulen para ese futuro. Así, lo que constituye un valor no es el trabajo como tal, sino el trabajo a favor del socialismo y el comunismo, no cualquier tipo de conducta competitiva, sino la competencia socialista, no la propiedad en sí, sino la propiedad socialista.

Contenido del mensaje enviado

Operación fallida. Sobrevenidos imponderables. Imposible repetir operación. Espero nuevas instrucciones.

Florian Kapellu

La falla Lenin

Duermo como un leño. Sin embargo, me levanto con dolor de cabeza y una desagradable sensación de agotamiento. Me quedaría en la cama hasta mediodía. De hecho, lo intento, pero la algarabía y los truenos que llegan desde el asfalto, me incitan a levantarme.

Encuentro el desayuno preparado en un pequeño comedor anexo a la cocina. La sirvienta me informa de que el “señor” le ha instruido acerca de que si me levantaba antes de las doce (son poco más de las diez) le telefonee a la oficina. El “señor”. Me suena más a retórica antigua que a indignidad contrarrevolucionaria. En mi patria, los altos cargos del *Politburo* también tienen quien les haga el desayuno y les planche la ropa, y constituyen la avanzadilla del *Sozialismus*. Lenin no se lavaba las camisas, ¿verdad? ¿Por qué escandalizarse?

Pero sentirme dentro de una casa donde hay un “señor,” me produce un vago disgusto y a la vez el turbio placer de dejarme arrastrar por una desenfrenada negligencia.

Antes de telefonar a Oliver, hablo con mi jefe en Madrid. Tengo que ponerle al corriente de mis actividades en los próximos días. Aunque me he tomado una semana libre, las obligaciones de un militante del *Sozialismus* en el extranjero le obligan a estar siempre a disposición del aparato, aunque esto es un mero formulismo, sobre todo con mi jefe, el camarada Dieter Rasym, un tipo con la manga muy ancha en asuntos disciplinarios, quizá porque su hermano es Peter Rasym, componente de la banda de Rock *Puhdys*, el orgullo de la juventud de la RDA, y orgullo también del *Politburo*, porque su éxito en Occidente es una fuente de divisas.

Me sorprende con una demanda: tengo que quedarme en Valencia y hacer un reportaje sobre las Fallas.

—¿Desde qué punto de vista?

Necesito saberlo.

—El que tú quieras. Cultural, antropológico...

—¿Político? —le interrumpo, pensando en un artículo que me enseñó el profesor Renau sobre las Fallas escrito por él en su juventud.

—Que yo sepa, no.

Siento cierto alivio, porque jamás entendí lo

que quería decir aquel artista agitador de conciencias. Supongo que si yo fuera español, le sacaría más partido a su locuacidad tartamudeante.

—¿El que me dé la gana?

—Por qué no... *Hoppe, hoppe, Reiter!*

Es el primer verso de una canción infantil que los *Puhdys* han transformado en canción para animar a las multitudes ante las que tocan, y que Dieter emplea cada vez que se quita un compromiso de encima.

—Sí, pero sin accidentes —afirmo.

*Hoppe hoppe Reiter,
wenn er fällt, dann schreit er,
fällt er in den Graben,
fressen ihn die Raben.*

“Salta, salta jinete./ Si se cae, grita./ Si cae en la fosa,/le comerá el cuervo.”

Nunca me ha gustado oírse la cantar a mis hijos.

Oliver, con quien hablo a continuación, comunicándole el encargo que me han hecho, se ofrece a ser mi cicerone. Me pide que vaya a buscarle a su oficina desde donde iniciaremos un recorrido turístico.

Junto a Oliver me espera Ángela, la periodista estrábica.

Recorremos primero los monumentos más grandes. Las fallas, centenares de ellas en la ciudad de Valencia y alrededores, están clasificadas por categorías económicas, es decir, por lo que han costado, según baremo determinado por una institución corporativa.

Me choca encontrar al pie de algunas fallas monumentales el mismo grupo de personas, todos hombres, algunos disfrazados con una indumentaria anacrónica, un camisón negro y un pañuelo de cuadros al cuello, con el que los agricultores se secan el sudor en el campo, me dicen, pero que en la ciudad no es necesario. Resulta ser el jurado que tiene que determinar el premio de las categorías más importantes. Con gran seriedad toman notas en unos cuadernos y hacen discretos comentarios entre ellos. Los responsables de cada monumento les observan con prevención y ansiedad, y yo diría que con unas ganas casi evidentes de clavarles un puñal entre los omoplatos.

Ángela nos conduce por lo que a mí me parece un dédalo de callejas, que forman un barrio canalla, con prostitutas en algunas esquinas, mirando con descaro a su posible clientela. Observo con atención este fenómeno nuevo para mí. No porque en mi país no se comercie con el sexo, sino porque jamás he sido

testigo del negocio. En este barrio de Valencia llamado “de la Seda” por alguna razón gremial, el de las prostitutas callejeras es un espectáculo entre grotesco y sórdido. La indumentaria y los afeites de profesionales y clientela me recuerdan a una de las películas estrambóticas de Fellini, en la que exhibe gordas *mamelludas* (el adjetivo me lo brinda Oliver y significa tetudas) y carcamales sin dientes. Es un espectáculo antierótico, comento. Ángela sale al quite con una afirmación arriesgada.

—El sexo tiene poco que ver con el erotismo.

—¿*Vols dir?* —tercia Oliver en un tono burlón.

—Nada. No tiene que ver nada —sostiene Ángela, en un tono desafiante.

En ese punto escucho un graznido a mi espalda.

—¡Eso es una falacia! Y no me vengas con citas de Baudrillard ni de Lacan ni de Levy Strauss. Que el único que ha leído a esa gente en Valencia soy yo.

Es *Cap-de-Canoa*, plantado a un metro de nosotros. Debe de haber estado escuchando la conversación, a la espera del momento de intervenir. Nos volvemos hacia él. Exhibe una sonrisa demasiado estirada para ser franca.

Los tres españoles se enredan en una disputa vacía sobre la sexualidad del erotismo o el erotismo de la sexualidad, que acaba en unos términos nada académicos. *Cap-de-Canoa* concluye de este modo:

—Lo que pasa, Ángela, es que eres una estrecha, aunque te hayas follado a la mitad de la progresía valenciana y a parte de la extranjera.

Cap-de-Canoa vuelve a estirar su sonrisa, se da media vuelta en un movimiento entre marcial y taurino, y se aleja a grandes pasos, dejándonos a los tres boquiabiertos, en especial a Ángela, que le dirige una mirada asesina, por un momento sin bizquera, y murmura.

—Tú sí que estás *frustra*o, *pichabrava*, porque te he *dao* calabazas millones de veces.

Oliver levanta la vista al cielo. Está oscureciéndose por momentos.

—¡Hay que buscar refugio! —exclama como si fuera un marino experto en tempestades.

Y efectivamente, a los pocos minutos rompe a llover.

Apresuramos el paso. Al pasar delante de un monumento, observo el franco, chabacano erotismo con que está compuesto, porque casi todas las

historias representan escenas salaces tomadas al margen del tema de la falla: la política central o local, las subvenciones a los agrios, la carestía de la vida o las negociaciones para el desarme nuclear.

La lluvia adquiere una intensidad que provoca maldiciones a los falleros. Nos refugiamos en un bar atiborrado de turistas. La atmósfera es húmeda y sucia de humo. Pienso en los modernos cafés recién abiertos en Berlín *Hauptstadt der DDR*, amplios, luminosos, con mobiliario de plástico que apasionan a la gente de mi generación. Los días de concentraciones populares con motivo de alguna celebración, al acabar la demostración, esos cafés se llenan de una humanidad expansiva. Si el día es lluvioso, el agua que empapa los abrigos y las chaquetas se evapora, incrementando el nivel de humedad de la recargada atmósfera del café. Pero el olor que desprenden los cuerpos allí es distinto del de aquí. Todos los hombres somos iguales, dicta la razón. Pero no huelen igual, enseña la experiencia.

—Necesitamos una falla Lenin —grita Oliver fingiendo fatalismo.

—*¿Què vols dir?* —le pregunta Ángela.

Oliver, que está pegado a mí, aprisionados todos en la multitud que ocupa al bar, busca mi complicidad con su mirada.

—El cartón de falla no resiste mucho al agua. Al empaparse, cede, se troncha, y la falla, se derrumba. El fuego y el agua hacen el mismo efecto, ¿verdad?

Asiento, porque imagino que es esa la complicidad que necesita Oliver. Pero no tengo la menor idea de hacia dónde pretende llevar su estrepitoso discurso.

—La falla Lenin es la estatua de Lenin que hay en la *Leninplatz* de Berlín, cerca de tu casa, Florian. ¿No?

Me obliga a asentir de nuevo.

—Está hecha de piedra. Grandes cachos de granito tallado. La cabezota calva del mayor revolucionario profesional de todos los tiempos, los hombros, el torso y la mano izquierda sujetándose la solapa... ¿o es la derecha?... hablo de memoria. Y detrás del maestro, un lienzo de piedra que pretende envolverle como un manto. ¿Os imagináis fallas de piedra? Inasequibles al desaliento. ¿Sabes lo que eso significa, Florian?

Ahora, niego, sin emitir sonido alguno, inútil por el berreo de la masa apelonada en el bar, fatigado por la atención que debo poner al discurso sardónico de Oliver, que grita casi con desesperación por imponer su voz, escuchada sólo gracias a que

estamos pegados unos a otros, yo, a los pechos de Ángela o sus pechos a mí, depende cómo se mire.

—Inasequible al desaliento e indestructible, ignífuga, impermeable. Un año tras otro, los maestros falleros esculpiendo fallas de granito, inundando las calles y plazas de Valencia de monumentos de piedra, hasta saturar la ciudad.

Ignoro cómo, Oliver ha conseguido tres vasos de cerveza. En un instante los apuramos. Al cabo de un rato, aprovechamos que ha escampado y nos escurrimos por las rendijas de la pared de cuerpos hacia la calle.

Desde ese día al de la *cremà* o quema de las fallas no para de caer agua, a manta o lánguidamente. Me sale un reportaje húmedo e indigesto.

Regreso a Madrid sin haber visitado el cementerio de Burjassot, donde supuestamente reposa mi tío Amadeus, y apurado por una angustia sorda. ¿Cómo se encuentra mi mujer, qué será de mis hijos? Soy consciente de lo absurdo de mi preocupación. En un sistema socialista estas preguntas están de más, a no ser que se las haga un agente del *Imperialismus*. Siento de nuevo la urgente necesidad de regresar a casa.

Olegario Micó

Abstracción sexual

La época de trabajo más intenso en la *Nationalgalerie* empezó en 1958, nueve años después de haber entrado yo a formar parte de su plantilla. Los soviéticos devolvieron al gobierno socialista alemán los cuadros y otras obras de arte que requisaron al entrar en Berlín, en los días del gran expolio.

En 1945 salieron de Alemania camino de la URSS no sólo lienzos, esculturas y arte decorativo, sino fábricas enteras con sus obreros especializados, científicos, material ferroviario y cantidades ingentes de infraestructuras, como reparación de los destrozos ocasionados, sobre todo en Rusia, durante la guerra.

En 1958, de pronto, se me acumuló la faena.

Las pinturas alemanas del periodo romántico y del realismo decimonónico me parecían espléndidas. Mi contacto con ellas fue tan intenso que olvidé por completo que el arte había seguido evolucionando a lo largo del siglo XX, y que en el momento en el que yo restauraba grandes y pequeñas telas de Caspar David Friedrich, de Karl Friedrich Schinkel y de Adolph Menzel, la pintura se había vuelto inaccesible,

abstrusa. Ese calificativo que me enseñó Pepe Quevedo, pintura abstrusa, me gusta más que pintura abstracta.

Mi contacto con el arte fue salutífero. Me fui recuperando de mi depresión. Empecé, incluso, a tener relaciones con mujeres. Hasta ese punto de mi vida, yo había sido un hombre monógamo. De pronto, me convertí en un tipo promiscuo. Hubo un instante en el que tuve la tentación de detenerme a pensar sobre el nuevo curso de mis costumbres amoratorias. Pero algo en mi interior puso un veto a la reflexión, y me empujó a la acción; quizá mi hábito anarquista.

En cierta ocasión, un joven fotógrafo al que conocí en Leipzig me dio una extravagante explicación. “En lo que toca a la sexualidad, la RDA es completamente inmoral. En el Oeste hay toda una industria dirigida a la satisfacción de las fantasías sexuales de la gente. Pero en el Este, la gente realiza directamente esas fantasías. Es una anarquía sexual, un modo de liberarse de todas las restricciones en la vida diaria, que son muchas. Si no tuviéramos esta forma de aliviar nuestras frustraciones, nos volveríamos locos.” Le pregunté si no temía que yo fuera un informador de la STASI. Me contestó con una risita embarazosa.

Lo más curioso es que yo trabajaba como agente, pero no de la STASI, sino de los soviéticos.

Debo decir que trabajaba “a tiempo parcial”, a *part time*, porque mi ocupación básica era la restauración de cuadros.

A veces he discutido cierta manía de algunos camaradas españoles. Sostienen que la RDA se construyó sobre cimientos soviéticos, y que sólo gracias a ello sobrevivió. “Sin la URSS, la RDA no habría existido. El socialismo alemán no evoluciona hacia el comunismo según su propio modelo, sino según un calco del soviético. Esto es bueno y malo al mismo tiempo, porque la iniciativa de los hombres es diversa, y se puede llegar a la misma meta por diferentes caminos.”

Yo me oponía a estos puntos de vista. El mío es que la RDA la han hecho los comunistas alemanes apoyándose en los tanques soviéticos, pero no calcando modelos. Los defectos de la RDA son defectos alemanes, así como sus virtudes. Sin los tanques soviéticos, el socialismo habría fracasado en la RDA. Cabe decir lo mismo de la RFA: fueron los tanques norteamericanos, ingleses y franceses quienes respaldaron el capitalismo.

Una de las novias que tuve, precisamente una rusa especializada en historia del arte alemán, me daba la razón sólo en parte. Ella sustentaba sus razonamientos en el materialismo científico. Yo, no, yo nunca he renunciado a la visión ácrata de la vida.

“El arte y la cultura alemana existieron mucho antes que la nación alemana”, decía Ana. Era una pelirroja de piel blanca llena de pecas, carne mantecosa y ojos centelleantes, como si tuvieran celos del cabello rizado color cinabrio. “Por eso la nación alemana como superestructura ha tenido en tanto aprecio el arte y la cultura. Las necesitaba.”

Apoyaba este argumento en hechos históricos. La *Nationalgalerie* de Berlín tuvo su origen en el legado artístico del banquero y cónsul Joachim Wagener, que entregó su colección de cuadros al estado prusiano en 1861 para que se expusieran al público. La *Deutsche Nationalgalerie für zeitgenössische Kunst*, construida al efecto, se abrió en 1876, un edificio neoclásico, cual Partenón de Atenas, elevado sobre un inmenso plinto en la Isla de los Museos.

Ana, mi novia rusa, aseguraba que el legado del banquero Wagener estaba impregnado del sentimiento burgués de los que realizaron o inspiraron la revolución de 1848. La ciudad franca de Nuremberga había recogido antes tal espíritu, al fundar en 1851 el *Germanisches Nationalmuseum*, que se adelantó dos décadas a la unidad alemana. Pero la burguesía prusiana se había propuesto dirigir el impulso nacionalista, y se alió con los emperadores para llevar a efecto la unidad nacional.

A mí estas declaraciones me parecían coherentes con la visión marxista de la historia, pero me daban igual. Sólo eran motivo de charla en una relación inequívocamente erótica, una especie de tregua entre dos batallas del deseo. Recuerdo que en uno de estos armisticios, Ana me leyó un texto de Karl Friedrich Schinkel, el arquitecto y pintor del Imperio Prusiano en los inicios del siglo XIX, cuando Alemania se encontró a sí misma al ver invadido su territorio, entonces una multitud de estados, por Napoleón. Schinkel escribió: “La libertad humana y la perfección moral sólo pueden alcanzarse por medio del arte y en el Reino de la Belleza. En la vida real, los seres humanos no pueden alcanzar estas cumbres porque las injusticias y las obligaciones sociales se lo impiden.”

“Esta afirmación”, dijo Ana, “es el colmo del idealismo reaccionario.” Yo le dije que no estaba de acuerdo. Me salió del alma anarquista, intacta en mi interior. “¿Cómo puedes sostener semejante idea, si no eres un reaccionario?”, me preguntó desconcertada. “No soy un reaccionario, pero tengo criterio propio. Si en lugar de vivir en 1960 estuviéramos en 1937, yo estaría corriendo un grave peligro”, le contesté. “¿Por qué?”, quiso saber la inocente sectaria. “Porque con el camarada Stalin la ortodoxia era sagrada, y ponerla en cuestión, un sacrilegio penado con la muerte o el exilio en el *Gulag*.” Y Ana saltó, “pero eso no significa que tu

postura sea correcta, sólo que puedes expresarla sin miedo a que te encarcelen.” “Eso espero”, dije yo. Y me arrojé sobre ella, desnudándola a manotazos. De ese combate salí yo herido en mis hombros por los dientes de Ana, afectados de caries, pero todavía fuertes. En realidad eran escaramuzas que libraba hoy con Ana la bolchevique y mañana con Waltraud, una chica muy modosita de cabello castaño y ondulado, empeñada en ser conductora de autobuses, hasta que lo consiguió.

Lo que me diferencia a mí de Schinkel es algo que no me dio la gana plantear a la rusa doctrinaria. Yo creo que la obligación de todo revolucionario es procurar que la libertad humana y la perfección moral se realicen en la tierra. El arte y la belleza serán los resultados más evidentes; pero desde luego, no llegaremos a ese estado por medio de la burocracia y las malas prácticas en beneficio de un supuesto socialismo.

Yo fui utensilio de esas malas prácticas. La razón era la necesidad de divisas. El cerco capitalista a la RDA era tan eficaz y tan férreo, que algunos de sus dirigentes descubrieron un método infalible para romperlo: utilizar la codicia y la concupiscencia material de los capitalistas en su contra. Así fue como empecé a falsificar cuadros.

No fue una orden, fue un trabajo. Algunas de

las telas que llegaban de Rusia estaban en condiciones lamentables. Puse todo mi empeño, actualicé mis conocimientos gracias a compañeros alemanes, profesionales durante toda su vida en este oficio, y a libros técnicos que me proporcionaron, algunos editados en Occidente. Llegué a ser uno de los restauradores más eficaces, tanto que descubrí que la acumulación de experiencia me permitía hacer falsificaciones casi perfectas, puesto que se basaban en la restauración. Así fue como me convertí en el falsificador preferido del Ministerio de Comercio Exterior.

Fue en esos días cuando me enteré de que José Renau se acababa de instalar en Berlín, procedente de México. Entre los comunistas españoles se organizó un buen barullo. Yo formaba parte de la organización, como he dicho antes, obligado por las circunstancias, aunque apenas participaba en las reuniones, y siempre encontraba excusas para saltármelas. Pero las noticias escapaban a la impermeabilidad del aparato. Enseguida supe que Renau había vuelto a Europa. Pronto se notó su presencia, pues la inercia del Partido Comunista Español en Berlín sufrió una sacudida.

El propósito de Renau era contribuir a la construcción del socialismo. Un propósito que teóricamente compartíamos todos. Pero él se lo tomaba en serio. Uno de los escenarios de este trabajo eran las reuniones de célula. Pocos aplaudieron la

llegada de Renau y también sus intervenciones, en las que su tartamudeo parecían burbujas sulfurosas en una olla hirviente. La mayoría lamentó volverse a encontrar con él, porque el artista argumentaba con la energía de un muchacho y la razón de un manual enciclopédico.

En general, los discursos políticos de Renau eran deslavazados y aburridos. En esto no se distinguía de los demás. Lo que le hacía diferente era su coherencia. Puede que dijera cosas incomprensibles, pero lo que tenía claro lo defendía con contundencia y dando ejemplo. Esto le hacía parecer altanero, cosa que nunca fue.

Al reconocirme en una de las reuniones de célula, Renau me abrazó emocionado. Creía que me habían capturado en Barcelona, donde él daba los últimos retoques a los “Trece Puntos de Negrín”, la serie de fotomontajes que estaba preparando (infructuosamente) para la Exposición Universal de Nueva York de 1939 y cuyas planchas se perdieron.

“C...coño, Olegari. *Eres el gat de F...fontanars dels A..alforins. Quàntes vides has gastat, xe?*”

Le conté cómo había escapado de Barcelona, haciéndome pasar por herido en combate, y cómo llegué a la raya de Francia, disfrazado de *masovera* o campesina. En ambas ocasiones logré caracterizarme

a la perfección, siendo artista y practicante de teatro aficionado. Él me contó su aventura en Francia. Aplazamos el relato de nuestras peripecias en el exilio para otro día. Prometí visitarle en su casa, pero me disuadió. Era pleno invierno, y le habían instalado en un caserón inmenso y sin calefacción, a la espera de su familia, que llegaría en verano, en el barrio de *Karlshost*, la zona donde vivían más rusos, soldados y comisarios. Fijamos una cita en la cantina del *Berliner Ensemble*, que hacía poco se había quedado huérfano de Bertold Brecht, y pasaba por un periodo convulso, con peleas entre los herederos legales y políticos del dramaturgo.

Yo había trabajado para Renau entre 1936 y 1939. Le había conocido en mi pueblo, Fontanars dels Alforins, en el secano pobre de la provincia de Valencia. Renau veraneaba allí desde niño y, siendo ya adulto, de vez en cuando pasaba unos días de vacaciones con su mujer y su primer hijo, Ruy. Sabía que Renau era un artista reconocido, y un día me atreví a llevarle unas acuarelas mías. Entonces tendría yo quince años, antes del alzamiento fascista. Me hizo sentar a su lado junto a la mesa de la cocina. Tomó un lápiz de un plumier y empezó a rectificar los trazados de mis acuarelas, de tema paisajístico. Me quedé maravillado y avergonzado a la vez, porque enseguida me di cuenta de mi osadía, enseñarle a un maestro mis balbuceos gráficos. Me preguntó si tenía figuras humanas. Primero le dije que no, luego confesé que

alguna había hecho, comprendí que si se las enseñaba e intervenía con su lápiz prodigioso, me serviría de gran ayuda. Me pidió que se las llevara, y al día siguiente me presenté en la casita de veraneo a primera hora de la mañana. Tan temprano, que le desperté. Se asomó al balconcillo con cara de perro dogo, los ojos pegados todavía por las legañas, pero me dijo que entrara en la cocina y le esperara. Manolita, su mujer, y su hijo Ruy no estaban en casa, habían ido a la plaza a comprar el pan y otras viandas que traía un carretero desde Onteniente. Al cabo del rato apareció el maestro, perfumado y con una elegante camisa a cuadros muy bien planchada. Se bebió un café que su mujer le había dejado listo, y mientras miraba mis acuarelas, mordisqueó una tostada con abundante mantequilla. Dejó la tostada a un lado, volvió a echar mano del lápiz, y se puso a rectificar de un modo que a mí me pareció salvaje. En realidad lo que hacía era reducir a un esquema básico las formas que yo había dibujado torpemente. Al acabar su mano de dibujar, me llevé un tremendo sobresalto. Lo que se veía en el papel era ni más ni menos que un dibujo cubista. Renau se dio cuenta de inmediato de mi sorpresa. “*A q...que par...eix un P...pi...casso?*” Di un par de *cabotadas*, que en valenciano son golpes de cabeza hacia delante. “*És q...que el cubism....me és la simplificació absoluta de la f...forma. És el gran descobriment de P...picasso.*”

Al atardecer, Renau apareció en mi casa. Me

encontró dibujando. Por la cara que puso, me di cuenta de que mi trabajo no le satisfacía. Para sentarse junto a mí, tuvo que apartar un pequeño cuadro que había cerca de la mesa, vuelto del revés. Lo tomó y lo miró. Sus ojos se pusieron como platos. Era una copia de “El Caballero de la mano en el Pecho”, de El Greco, una obra que me fascinó desde que la vi reproducida en una revista. “*P...però això és c..collonut. ¿Ho has fet tu, Olegari?*” Volví a dar unas cabotadas. “*Home, tú tens un talent fabulós per la còpia! Jo de t...tú em dedicaria a això..., a f..fer c...còpies. Guanyaries diners.*”

Cuando en noviembre de 1936 Renau sacó un montón de obras maestras del Museo del Prado para salvar el patrimonio artístico de los bombardeos fascistas, guardó algunas en Fontanar dels Alforins. Entre ellas, el cuadro original de El Greco, el verdadero “Caballero de la mano en el pecho”. Me dijo que le hiciera una copia lo más exacta posible. Me esforcé en ello, incluyendo en la esquina inferior izquierda del lienzo el número 1.136, quizá una clave inventarial. Pero al acabarla, Renau se había ido a Barcelona. Yo acababa de cumplir dieciocho años y tenía que incorporarme a la milicia. La fortuna quiso que me enviaran a Cataluña. Preparé un envoltorio especial para mi Greco, y me fui a Barcelona en un convoy militar por vía marítima, porque los fascistas habían ocupado Burriana y Castellón. De nuevo tuve suerte, y fui a buscar a Renau un día de permiso. Me

felicitó por la copia de El Greco. *“Si embrutes una miqueta el llenç, pot pasar per l’original.”*

Estas palabras de Renau me produjeron más inquietud que halago. Siguiendo sus consejos, la estropeé y ensució, es decir, envejecí el lienzo. Al enseñárselo, Renau me miró de un modo extraño, acaso con desconfianza, y me dijo. *“Xiquet, això és una p...putada. Ara mateix si posem els dos q...quadres junts, els tornem d'esquena i els barallem, no sabrem q...quin és l'original i quina és la c...còpia”*. Yo le alivié, diciéndole que la mía no estaba firmada. De pronto, me dirigió una mirada burlona y me dijo: *“Fírma-la, xe!” “Amb el meu nom?” “¡No, c...collons! Com si fores Domenik...kos Theotocopouli.” “¿El Greco?”*, grité yo alarmado. *“Tú no eres anarq...quista, Olegari?”* Afirmé con la cabeza. *“Pues, fes un atemptat artístic. C...convertix-te en El Greco!”* Ignoro si Reanu tenía algo en la cabeza cuando me empujó a aquel acto subversivo. Me dio la impresión de que no tenía ningún propósito, ni político ni ideológico ni económico *ni res*, sino que era una explosión de su alma, profundamente ácrata, como la mía, una broma soberbia dedicada al final de una guerra, a una derrota.

De este modo, ni siquiera yo mismo supe, al coger la tela de “El Caballero de la mano en el Pecho” y guardarla para llevármela, si había escogido al Greco o mi copia.

Le dije que probablemente nos estaban preparando para una gran ofensiva, según todos los indicios en el frente de Tarragona. A los dos días llegó al cuartel donde me encontraba una orden del Estado Mayor, firmada por Renau, en la que se solicitaba mi traslado a su oficina en el Comisariado de Propaganda, para ejercer como cartelista e impresor.

Posiblemente Renau me salvó la vida, porque más de la mitad de mis camaradas murieron en la batalla del Ebro.

En la Navidad de 1938, los fascistas lanzaron una ofensiva sobre Barcelona desde Lérida y Tarragona. Renau estaba seguro de que la República resistiría. “Si Madrid lleva tres años aguantando, por qué coño no va a hacer lo mismo Barcelona”. Lo dijo en español y sin tartamudear ni una sola vez. García Lacalle, el comandante de las tropas republicanas, era de la opinión de Renau. Pero en unas semanas la resistencia se vino abajo como un castillo de naipes. “*Els fills de puta de la Generalitat estan neogociant la pau amb Franco, amagant-se del govern de la República. Tot el món ho sap. Això desmoralitza a la població. Cabrons!*” Esta vez Renau habló en valenciano, pero también sin tartamudear.

Mientras llegaba yo a la raya de Francia, por el Valle de Arán, disfrazado de *masovera*, pensaba en todo lo que habría podido aprender con Renau si la

República hubiera derrotado finalmente a los fascistas. Cuidadosamente envuelta en telas impermeables llevaba yo mi copia maestra de El Greco.

Veinte años después, en Berlín, creí que Renau me preguntaría sobre aquel episodio. Me equivoqué. O bien lo había olvidado, lo más probable, arrastrado por el torrente de aventuras que debió de pasar en Francia y en México, o bien le había quitado la inmensa importancia que tenía, porque yo jamás me preocupé de verificar si mi Greco era el verdadero o el falso. Un acto deliberado, consciente, una afirmación de anarquismo ibérico.

Le conté, sin embargo, a Renau la propuesta que me habían hecho en la *Nationalgalerie* de falsificar cuadros alemanes del siglo XIX para dejarlos en el depósito del museo, ocultos, y vender los originales en el mercado occidental, a escondidas, naturalmente. Le expliqué que los vendedores serían agentes del ministerio de Comercio Exterior. Estábamos en la cantina del *Berliner Ensemble*, llena de tipos pintorescos y gritones. Sin embargo, yo había bajado la voz para contarle estas cosas. Renau me cogió la mano y me hizo un gesto con los ojos. Seguimos hablando de otras cosas. Al salir a la calle, nos dirigimos al cercano *Dorotheenstädtischer Friedhof*, el cementerio donde está enterrado Bertold Brecht, y delante de su tumba me pidió que le diera

más detalles de la historia. “*Això que parlem ara mateix no tornarem a repetir-ho mai. Jo m'oblidaré de l'assumpte. I tu no ho contaràs a ningú. D'acord?*” De nuevo Renau habló sin tartamudear. Estábamos quietos, en pie, como reverenciando la tumba del hombre que creyó en el comunismo, pero desconfió de sus compatriotas, porque conservó hasta su muerte un pasaporte suizo, según dicen. Mirábamos la tosca pirámide de granito en la que estaba escrito su nombre. De este modo irreal puse a Renau al corriente de los trabajos que me habían pedido que hiciera.

Así fue como falsifiqué con mano maestra (no me embaraza confesarlo) a Caspar David Friedrich (*Frau mit Leuchter*, Mujer con palmatoria, *Klosterfriedhof mit Schnee*, Cementerio nevado, *Hochgebirge*, Paisaje montañoso), a Karl Friedrich Schinkel (*Griechlands Blüte*, Grecia en la Edad de Oro, *Blick auf Stettin*, Vista de la ciudad de Stettin, *Abend*, La Tarde) y a otros artistas de menor peso en el mercado de arte clásico. En algunos casos las pinturas se dieron por desaparecidas en los combates, y es cierto que estuvieron a punto de desaparecer, porque llegaron de Moscú en muy mal estado. Tras mi restauración, las copias, convenientemente envejecidas, se guardaron en cajas fuertes especiales para obras de arte, y los originales se vendieron en diversos mercados. Imagino que algunas de ellas

fueron a parar a la colección privadísima de grandes industriales de la nueva Alemania Federal.

Como me dijo Renau, “con estos bueyes hemos de uncir la carreta del socialismo”, y en ocasiones hay que cerrar los ojos a las irregularidades o a las injusticias, porque son en beneficio del hombre nuevo.

Una vez me atreví a decirle al maestro que ese hombre nuevo estaba costando mucho de parir, y que yo no veía tan claras sus nuevas virtudes en aquella sociedad burocratizada. *“Això é...es el virus àcrata que p...portes. A mi tamp...poc me fa molt de g...goig allò que veig. Però crec en la c...ciència. I el marxisme és p...pura ciència.”* “A mi me costa creure en la ciència, Renau. Si estic viu és per casualitat.” Me dijo que yo confundía el azar personal con las leyes de los acontecimientos históricos. No quise disputar con él.

Mi trabajo lo desarrollaba en una sala apartada, dentro del museo. Nadie que no estuviera autorizado tenía acceso a ella, siempre guardada por dos bedeles, en realidad agentes de la STASI de paisano, de día y de noche. Allí pasé varios años.

De los pintores clásicos alemanes salté a los modernos. Llegué incluso a falsificar a Picasso, a Matisse y al Aduanero. Se trataba de cuadros que los

nazis habían robado a coleccionistas franceses judíos. Los rusos se hicieron con ellos, pero no comunicaron a nadie ni su hallazgo ni su desaparición. Pero el KGB tenía buenas relaciones con la STASI, y organizaron el negocio, que yo, y supongo que algún otro falsificador más, llevábamos a cabo.

Cuando construyeron el Muro de Berlín, yo estaba falsificando en mi reducto. Por los ventanales del estudio se divisaba la plaza de Bertold Brecht. Toda aquella área próxima a la divisoria de Berlín estaba llena de camiones militares y hormigoneras. Uno de los agentes de la STASI que guardaba la puerta de mi lugar de trabajo entró y se asomó a mi lado. Dijo, “Dios mío, ahora sí que estamos solos.” Me miró y yo le hice creer que no había entendido su lamento.

Un día, un tipo del Comité Central del SED vino a visitarme al estudio. Me dijo que quería proponerme algo especial, pero que teníamos que tratarlo en Berlín Occidental, y me dio cita para la semana siguiente en la cafetería del palacio de *Charlottenburg*. Hacía años que no pasaba al otro lado. Me sorprendió la prosperidad en la que parecían vivir los imperialistas. El hombre del Comité Central del SED me aseguró que aquello era una exhibición de riqueza que no correspondía con la realidad, que habían convertido Berlín Oeste en un escaparate del capitalismo para amargar la vida a los alemanes del

Este. Hablaba un español con acento mexicano y erres guturales, como francesas. Me dijo que le llamara Genossen Hummel.

Me preguntó si sentía nostalgia de España y de mi familia. Luego me habló de ellos, de Agustina y de Julián. Parecía conocerlos. Mi mujer se ganaba la vida con holgura debido a su talento para la costura. Sus clientas eran señoras de la alta burguesía madrileña y esposas e hijas de altos funcionarios del franquismo. Luego aseguró que mi hijo estaba siendo formado en la ideología fascista. Esto yo lo ignoraba por completo, pues Agustina jamás me había hablado de ello. El camarada Hummel me preguntó si no había pensado yo alguna vez en la unificación familiar. Lo dijo de este modo abstracto, ambiguo. Por un momento pensé que se refería a mi vuelta a España, con un pasaporte falso o algo así, como agente al servicio de la RDA. Me precipité a decirle que yo no servía para ese tipo de trabajos clandestinos. Pero él me interrumpió.

—Te estoy proponiendo lo contrario, camarada. Que tu mujer y tu hijo vengan a vivir a Berlín, contigo. Incluso a Berlín Oeste, aquí. Tenemos casas en las que pueden residir.

—Pero, ¿y la educación de mi hijo? Aquí se distanciaría del fascismo de Franco, pero se convertiría en un señorito burgués.

Por la cara que puso el camarada Hummel comprendí que ahí es donde él quería llegar —Pues, en el Berlín socialista. Si quieres, te daremos una vivienda con jardín.

Y entonces entró en la materia que nos había reunido de verdad allí. Mis falsificaciones habían causado furor en el mercado internacional. Los ávidos y estúpidos coleccionistas de arte estaban encantados con mi trabajo “como restaurador”. Esto había provocado una idea revolucionaria en los círculos íntimos donde se cocía la estrategia secreta de la RDA. Podría falsificar determinados cuadros expuestos en museos. Una vez la pieza acabada, los cuadros originales serían retirados y vendidos a las grandes fortunas del capitalismo más ruin. Luego intentarían colar otra copia, y si funcionaba, establecerían una nueva línea de negocio. Por realizar la trapacería, el camarada Hummel me ofrecía un porcentaje razonable de la transacción.

Durante un rato permanecí en silencio y boquiabierto, mirando los jardines del palacio de *Charlottenburg* como si estuvieran poblados de fantasmas.

Cuando reaccioné, el camarada Hummel estaba encendiendo un pitillo ruso, muy corto y aromático (según algunos,apestoso).

—Tengo que pensármelo, camarada... —le dije — Y preparar el traslado de mi mujer y de mi hijo. No sé si ella querrá cambiar su vida libre y próspera por el socialismo.

—Agustina no es una mujer caprichosa y egoísta —me volvió a sorprender Hummel—. Y tampoco está contenta con las perspectivas que tiene vuestro hijo en España.

—¿Por qué no me lo ha dicho nunca? —salté como un resorte—.

—Todos los matrimonios tienen secretos —contestó.

Le pedí una semana, y le informé de que iba a aprovechar que estábamos en el oeste para telefonar a Agustina. Al camarada Hummel se le llenó de alarma el rostro. Le dije que no se preocupara, que ni siquiera le iba a comentar en clave la información que él me había dado, pero que necesitaba sondearla para ver su predisposición hacia un cambio de vida.

Hummel se levantó, llamando la atención de la camarera, una chica uniformada y con cofia. Pagó la cuenta y al despedirse de mí, dijo:

—Y esta vez, por favor, no comentes nada con el profesor Renau.

Oliver

Ante el Muro

Mis relaciones con las mujeres siempre han sido difíciles. Esto es algo que sólo admito forzado por las circunstancias.

Lo dije una vez de grado y en público, en un escenario teatral de Berlín Oriental. Amparaba mi verdad en la ambigüedad del escenario. Podía ser todo lo sincero que quisiera. Nadie me tomaría en serio. A pocos se les podía ocurrir que estaba contando una historia real. Además, dudo que alguien me entendiera. Hablaba en español, eso sí, con estilo y convicción.

No era el escenario del *Deutsche Theater* o del *Berliner Ensembler*. Era un sótano habitado por ratas, que un grupo de jóvenes antisistema utilizaba para estos fines.

En los últimos años yo había asistido a algunos conciertos rock, improvisados en suburbios donde la policía se perdía durante un rato antes de dar con la madriguera. A veces, al llegar, no intervenía, porque lo que se estaba haciendo allí no estaba autorizado, pero era una válvula de escape para unos chicos que el

Sozialismus consideraba irrecuperables, ajenos a las impermeables organizaciones del Aparato. El juego del ratón y el gato parecía divertir a las dos partes en conflicto. El camarada Honecker no lo habría aprobado, pero al camarada Mielke, ministro de la policía, le bastaba con tener al día el inventario de los revoltosos.

Un día que la policía obligó a los chicos a desmantelar el tinglado en un solar abandonado desde la guerra, unos cuantos nos marchamos detrás de alguien que propuso un *happening* en las inmediaciones de un bosque próximo. Resultó una imitación bastante bien hecha de las propuestas antisistema de los artistas “Fluxus” del otro lado del Muro, pero con un toque de ingenuidad imposible en Occidente: metros y metros de tela de color verde obtenida en una fábrica textil a precio de saldo, palos de donde colgar el tejido, cajas de cartón de lavadoras que no habían pasado la inspección técnica para la exportación y se habían quedado embaladas en el almacén, y saquitos de colorante. Una mujer que vestía como el fantasma del padre de Hamlet (eso decía ella) grababa el *happening* en una cámara de videoaficionado importada del *Kapitalismus*. Lo pasamos muy bien. Y yo ligué con una polaca morena de pechos que desbordaban su escote. El epílogo de aquel prometedor encuentro fue decepcionante. De pronto me invadió la torpeza, la timidez, la angustia, y no supe qué hacer con la chica. En realidad lo sabía,

igual que ella, pero me quedé paralizado, rígido, anulado. A ella le contrarió mucho.

La siguiente sesión de aquel improvisado grupo de artistas se desarrolló en el sótano de ratas que he mencionado antes. Se asomaban por las madrigueras como si formaran parte de un público urbano que mira un espectáculo callejero desde las ventanas de su casa.

Varios chicos representaron algo incomprensible que llevaban meses ensayando. Lanzaban cortas peroratas en forma de graznidos de cuervo, y se arrastraban sobre una alfombra vieja que trajeron con ellos. Otro grupo se puso a dar saltos temerarios por encima y entorno a una mesa coja, aullando como lobos. Acabaron medio desnudos cantando himnos de la venerable *Freie Deutsche Jugend*, que levantaron aplausos, pero a la vez alarma y pusieron muchos pelos de punta, porque se estaban pasando de la raya.

Luego le tocó a la polaca, que formaba parte de otra *troupe*. De improviso, me cogió de la mano y me plantó delante de todo el mundo. Lo primero que me vino a la mente, después de vencer el pánico escénico, fue un fragmento de *Bildbeschreibung*, un ladrillo de Heiner Müller, entonces director del *Deutsche Theater*, que aprendí de memoria de tanto intentar (en vano) traducirlo al español, a solicitud de un sesudo dramaturgo aragonés. Mientras yo recitaba el ladrillo

en un tono monótono e inexpresivo, la polaca desarrolló una tanda de ejercicios gimnásticos que provocaron el tumulto de sus pechos, observados con atención por casi todos los varones.

Fue al acabar esta primera escena en alemán cuando dije eso de que mis relaciones con las mujeres siempre han sido difíciles. En español, evidentemente. Y les conté lo mal que lo había pasado en Berlín Este, *Hauptstadt der DDR*, el primer año de mi estancia en la patria del *Sozialismus*. Estuve cerca de un cuarto de hora hablando en español. Cuando acabé (en realidad podía haber hablado una hora más, pero temí que aquellos ojos que me miraban con interés se volvieran a otra parte y me quedara sólo con las ratas), me bañó un torrente de aplausos.

Les dije que semanas después de conocer a mi padre, Olegario Micó, un día me preguntó muy serio si me había acostado con alguna mujer. Yo no había cumplido todavía los dieciséis años. “Aquí las chicas no son como en España. Aquí no hay curas que amenacen con el Infierno. Aquí hay educación sexual, y cada cual se inicia cuando quiere y se le presenta la oportunidad. Así que no te asustes si una chica te lo propone. ¿Estamos de acuerdo?” La abrupta sinceridad de mi padre me disgustó. Y aunque pronto me acostumbré a ella, nunca entré en su juego, si es que era eso lo que él pretendía. Mi padre me había caído antipático desde el primer momento.

Mi iniciación sexual tuvo rasgos teatrales. Se produjo en el interior de una casa de peones camineros abandonada, en un pueblecito de la insípida llanura de Brandenburgo. Tenía diecisiete años. Me encontraba de excursión con un grupo de la venerable FJD. La tarde anterior nos habían llevado a la ópera en la recién inaugurada Casa de la Cultura de la comarca. Se trataba de *Hansel und Grettel*, de Engelbert Humperdinck. La representaba un grupo de aficionados locales, una ejecución impecable, como la de la banda que ponía la música, ejemplo de los logros culturales del *Sozialismus*. La escena en la que los niños consiguen empujar a la bruja dentro del horno nos puso a todos los pelos de punta.

La casa abandonada de los peones camineros, o *Strassenwärter*, era una copia de la de la bruja, aunque lo más probable es que fuera a la inversa. Gris, con un portalón de aire barroco, tejado rojo de altísima pendiente, rodeada de un bosquecillo de jóvenes castaños, era el único refugio en las inmediaciones para mí y la chica que se había ofrecido a acompañarme en mi tránsito de abandono y ruptura de la virginidad. Se llamaba Ilona y era maciza cual yunque. Como me había advertido Olegario, el acontecimiento fue una gesta pedagógica.

A medida que nos acercábamos a la *Strassenwärter Haus*, en un atardecer otoñal repleto de presentimientos, iba yo percibiendo el deterioro de

sus muros. Un deterioro nada inerte, sino producto de la metralla. Es posible que allí se hubiera protegido una patrulla de la desperdigada *Wehrmacht* en la primavera de 1945, con el ilusorio propósito de frenar el avance soviético. Lo inexplicable es que se mantuviera en pie.

Hacer el amor en aquel escenario me pareció lo mismo que defenderme con un fusil ante un carro T-34 metamorfoseado en bruja comeniños. Si aquel grupo que me escuchaba en el sótano de las ratas hubiera entendido el español, se habría podido recrear en esta semejanza sórdida tan socorrida en el teatro moderno: el combate erótico y el combate de un tipo desarmado contra un tanque-bruja.

Fue poco después de aquel acontecimiento iniciático cuando empezaron a manifestarse en mí los síntomas de lo que poco a poco me condujo a convertirme en un Hombre Osmótico.

La antipatía hacia mi padre, que emergió como una roca basáltica en mi conciencia nada más conocerle, se debía a que él había sido el responsable de mi amargo desarraigo. Me sentía igual que una planta a la que arrancan de cuajo de una maceta, donde crece en medio de un jardín ameno y en una tierra regada y abonada con sabiduría y regularidad, y la trasladan a un agujero en un erial. Mientras viví en España, en mi niñez y mi pubertad, fui feliz. Mi

madre y mi tierra me parecían las mejores del planeta.

Las primeras impresiones de la RDA, sin embargo, no fueron negativas. Las gentes eran amables conmigo, en todas partes me acogían con muestras de afecto y de generosidad. Habían puesto a mi disposición a un estudiante de español algo mayor que yo para hacerme entender, aunque aparecía sólo en las visitas “oficiales”, en las que yo era el invitado o el protagonista. Pero estos eventos terminaron por aburrirme, porque el afecto, la generosidad y los discursos se repetían como cromos. En cuanto a los paisajes urbanos y rurales que iba descubriendo, más allá de las diferencias climáticas y antropológicas, me parecían equivalentes a los españoles. Fue años después, en una visita al Berlín Occidental, cuando empecé a ser consciente del abismo que separaba la vida cotidiana de los alemanes orientales de la de sus paisanos los occidentales.

Al no haber salido nunca de España hasta mi viaje a Berlín Este, carecía yo de términos de comparación entre España y la Europa rica. Por eso, el nivel de vida en la RDA no me produjo ninguna sorpresa. Había muchas semejanzas entre aquella austeridad y la española, aunque yo había alcanzado a conocer antes de salir de mi patria los brotes de una prosperidad que a la RDA llega con un retraso cada vez más insoportable para sus ciudadanos.

Durante mi supuesta orfandad en Madrid, mi madre puso un cuidado especial en no mimarme. Se limitó a permanecer siempre a mi lado, amparando mis tribulaciones de huérfano. En mi infancia y mi adolescencia, Agustina permitió que yo mismo buscara mis instrumentos de defensa ante la vida. Ahora veo que me alentaba a ello. Lo hacía con tanta sutileza que nunca fui consciente de su estrategia. Su propósito de no ser el Gran Refugio Emotivo de la “Criatura sin Padre” lo percibí como un desapego suyo hacia mí. En los momentos de extravío y miedo, echaba de menos esa protección maternal que la mujer mediterránea lleva en la sangre. Los demás chicos tenían padre, aunque estuviera casi siempre ausente, pero sobre todo, tenían una madre en la que refugiarse cuando se sentían abrumados.

Así fue como la hipersensibilidad, en lugar de ser un lastre, se convirtió en un recurso eficaz. Cuando me invadía el dolor o la tristeza, les dejaba pasearse por mi interior, y los convertía en alas. Imitaba a Teresa de Jesús, quería volar muy alto, muy alto, y dar alcance a la presa inmaterial del placer que proporciona la conciencia de la soledad absoluta. Me sentía tan ligero que era capaz de sobrevolar los sentimientos del resto de los mortales y, como un Diablo Cojuelo del espíritu, llegaba a ver el interior de las conciencias, como si las personas anduvieran por la calle con el cerebro destapado. Un día descubrí que este estado de ánimo era una especie de ósmosis

mental. Y urdí en mi interior una fantasía que no tardó en convertirse en sólida verdad: el Hombre Osmótico.

El mecanismo operó automáticamente en Berlín. ¿Qué otro recurso podía haber empleado para sobrevivir aquel desafío al que me empujaron sin siquiera avisarme?

Yo había emprendido aquel viaje convencido de que se trataba de una visita sentimental y con billete de vuelta. Lo hice tan a disgusto que no puedo recordar nada de él. Fue como si el tren hubiera entrado en un túnel en Hendaya y hubiera salido en Berlín Zoo, donde sólo cambiamos de andén para tomar un metro elevado que nos llevó a *Friedrichstrasse*, ya al otro lado del Muro, al desconcertante ámbito del *Trämerpalast*, el Palacio de las Lágrimas, donde se producían las despedidas y bienvenidas entre Este y Oeste. Es curioso, al final del túnel había un muro, y tras él, un Palacio de Lágrimas.

La actitud sombría de mi madre despertó mi recelo. Durante todo el viaje estuve reteniendo las ganas de llorar. Y sólo lo hice en Berlín Este, al abrazar a mi padre, algo que conmovió a los dos cónyuges, porque lo interpretaron de manera errónea. Rompí a llorar porque en ese instante comprendí que había llegado a Berlín para quedarme.

Fue el único abrazo que nos dispensamos

Olegario y yo. A partir de entonces nuestros saludos fueron los de aquella sociedad extraña, en la que los padres dan la mano a los hijos, y besan fugazmente en los labios a las hijas y demás parientes femeninos.

Enseguida me pusieron a estudiar alemán. Durante unos meses, Olegario me tuvo siempre a su alcance. Había pedido un permiso especial para trabajar pocas horas en el museo. Fue un periodo de aislamiento, casi de encarcelamiento. Al menos yo lo sentía así. El comunismo me tenía prisionero. Mis actitudes eran las propias de un joven reaccionario. Esa era la razón del aislamiento. Mi padre no quería que yo me desahogara en público y creara situaciones embarazosas. Hasta que entendió que mis viejas convicciones habían perdido fuerza o que yo me había rendido a la nueva evidencia, no me dejó relacionarme más allá de las visitas oficiales y amistosas mencionadas.

En realidad yo no me rendí ni me fatigué. Eché mano del Hombre Osmótico que tanto efecto me había hecho en España. Ese Hombre Osmótico estaba por encima de todo, planeaba sobre el irregular paisaje ideológico, y adaptaba su vuelo a su orografía.

En aquella época, la Guerra de Vietnam entraba en su apogeo, y en los territorios del *Sozialismus* se sucedían manifestaciones y actos en apoyo a los agredidos vietnamitas. En uno de esos actos descubrí

que mi Hombre Osmótico no estaba solo. En realidad yo estaba rodeado de Hombres y Mujeres Osmóticas. El discurso final del camarada presentador recordó a los asistentes que podían solidarizarse materialmente con los agredidos, que necesitaban todo tipo de ayuda económica. Le respondió un fuerte aplauso. Pero muy pocos fueron los que echaron la mano al bolsillo, yo uno de ellos, conmovido por las cosas atroces que habían contado. De pronto me di cuenta de que a la mayoría aplastante de aquella asamblea le importaban un pimiento Vietnam y sus despavoridos habitantes, y que su asistencia a la reunión había sido una pantomima.

A este descubrimiento siguió de inmediato otro. Que la doctrina que yo había aprendido en España acerca del estado presente de la Humanidad era casi un calco inverso de la que predicaban en la RDA. Quizá había volado muy lejos con mi Hombre Osmótico, tanto que había perdido de vista el presente, y al echar la vista atrás, me pareció que aquella humanidad fragmentada en ideologías, en razas, en religiones, era víctima de sus propias fantasías.

Viajaba yo cierta tarde en un autobús por la *Dimitrofstrasse* de Berlín, y esta idea tan poco marxista me golpeó con la contundencia de un martillazo: la gente vive en sus fantasías. Empecé a mirar a mis conciudadanos pasajeros, algunos de ellos

camaradas, supuse, y me maravilló que todos tuvieran rostros y complejiones distintas. Era una sorpresa absurda. No había ninguna maravilla en que cada hombre, cada mujer, tuviera su propia fisonomía, una mirada diferente, la cara ancha o alargada, la nariz bulbosa o fina, las cejas arqueadas o casi rectas, los pómulos salientes o invisibles, las orejas de distintos tamaños y apariencias. ¿A qué se debía esta variedad? ¿Por qué no éramos réplicas sacadas de un molde? Comprendí la patraña de las ideologías uniformadoras, la que me habían inculcado en España y la nueva. Los hombres, los seres humanos, no somos iguales, del mismo modo que las hormigas o las abejas o las lagartijas son diferentes unas de otras, aunque a nosotros nos parezcan idénticas porque somos ajenos a ellas. Sólo iguala la doctrina, la ignorancia, la mentira.

Fue la primera sensación que tuve de que la RDA era el país de la mentira, de los falsos supuestos, de la corrección política más despiadada. Y decidí plegarme a ella, porque lo contrario era un desafío al sol. Empecé a conocer casos de ciudadanos que querían vivir al otro lado del Muro. Poco a poco se volvían locos si no lo conseguían. Lo razonable, aquello que constituía el camino trazado sobre una plancha larguísima de acero, el secreto del recorrido de las vidas humanas en la RDA, consistía en aceptar las circunstancias, el destino.

Según la propaganda oficial, los que huían del *Sozialismus* o se enfrentaban a él eran seres asociales o enfermos, y había que proteger a la sociedad de su deletéreo influjo. Sin embargo, no era propaganda, por mucho que costara aceptarlo, era verdad. Había una categoría más, la de los traidores, aquellos que aprovechaban los beneficios del estado socialista para adquirir una formación, y luego se las ingeniaban para escapar. Comprendí que yo podría pertenecer a este grupo, aunque disfrutaba del privilegio de mi pasaporte, un privilegio relativo, porque salir y entrar de Berlín Este era un laberinto burocrático, debido a las cautelas del aparato socialista y al desconocimiento diplomático que el gobierno español, como tantos otros, tenía de la RDA.

Había intuido, por fin, lo que para una mayoría tremenda de ciudadanos era un axioma adquirido en la infancia: la mentira protege.

En ese viaje en autobús por *Dimitrofstrasse* tuve una segunda revelación. En una de las paradas subió un joven que se parecía a mí. Era un parecido sólo fisionómico, pero algo en él me llevaba a identificarle como el alter ego de mi Hombre Osmótico. Ni siquiera me miró. Pero por un instante tuve la sensación de que me había encontrado a mí mismo, siendo otro. Aquel muchacho probablemente había nacido y crecido en la RDA. Su vida había sido completamente distinta a la mía, sus experiencias muy

otras... Pero era yo mismo. Empecé a sentir un desfallecimiento progresivo, y me cogí con fuerza a una barra. Cerré los ojos. Al abrirlos, el chico ya no estaba. Lo más curioso es que en aquel corto periodo de tiempo el autobús no se había detenido.

Dos miedos me tuvieron trastornado durante el primer año en la RDA. El sexo y el marxismo leninismo. Todo lo que había alimentado mi espíritu hasta el gran viaje al *Sozialismus* era una antítesis compendiada del *Sozialismus*. Mis nuevos educadores eran conscientes del sufrimiento por el que yo estaba pasando, y se comportaban con tacto e inteligencia. Pero Olegario quería que yo cambiara de ideas como de camisa. Entonces no sabía que Olegario era un superviviente: nunca había cambiado de ideas, pero había fingido con éxito sus metamorfosis. Más adelante, cuando yo estaba por completo integrado en la sociedad alemana democrática, me atreví a preguntarle cómo había podido sobrevivir al nazismo, a la guerra y a la ocupación soviética. Su respuesta fue taxativa. “Cuando llegue el momento, lo sabrás. No tengas prisa. El *Sozialismus* es más pausado que el *Kapitalismus*. Además, ahora no te serviría de nada. Y dentro de unos años, quizá te saque de algún apuro. ¿Estamos de acuerdo?”

Lo que sí supe de Olegario desde casi el primer

momento fue que para él el sexo no fue jamás un problema. En dos citas preparadas sin la menor ceremonia, me fueron presentados un hermanastro y una hermanastra algo menores que yo, cada uno hijo de diferente madre. El mayor alivio para mí fue que pude refugiarme en el silencio, aprovechando que mi dominio del alemán era aún defectuoso.

Yo observaba a mi madre sufrir en silencio. ¿Acaso Olegario, con quien convivíamos en una casa en el barrio de *Karlshorst*, mantenía su libre relación con aquellas mujeres? El asunto se habría convertido en un tormento para mí también, de no haber descubierto que estas angustias no eran exclusivas de mi padre y de mi madre. En las reuniones amistosas de los exiliados españoles emergían conflictos que iban de lo pintoresco a lo melodramático. La atmósfera emotiva era tan tóxica como el humo del tabaco soviético que se fumaba en aquellas fiestas. Los hombres se disculpaban con sus mujeres utilizando argumentos científicos, como las circunstancias del exilio o los mecanismos fisiológicos que urdían la psicología de las personas. Las mujeres pocas veces se metían por estos vericuetos para llevarles la contraria; esgrimían una idea escueta y eficaz: “aquí los únicos que habéis sacado los pies del tiesto sois los hombres, si lo hubiéramos hecho nosotras, nos habríais puesto de putas para arriba”. No es que yo me enterara de esto de un modo indirecto, podía escucharlo a través de

mis propios oídos. Y eso que los exiliados extranjeros que vivían en Berlín eran de los más discretos y responsables, a los levantiscos se los llevaban a Dresde.

Aquel fue un aprendizaje rotundo. Pero en lugar de revelarme los secretos del sexo, los volvió todavía más arcanos. Yo no quería ser como Olegario.

Karlheinz Schulze

Carta al Sr Juez

In a world of iron rules, morality is the first casualty

Señor Juez de guardia:

Me llamo Karlheinz Schulze y he trabajado durante más de diez años como agente inmobiliario en Alcocebre, con competencia en Peñíscola, Benicarló y Vinaroz. He ejercido mi labor con rectitud y eficacia, algo que me ha creado una reputación poco común en este oficio, donde abundan los embaucadores.

Pero, en realidad, señor Juez, he sido un espía durmiente.

El concepto de espía durmiente procede de la terminología masónica, y la literatura de género lo tomó prestado con audacia y éxito. Tanto que los aparatos de inteligencia de las grandes y pequeñas potencias se apresuraron a adoptarlo, porque encajaba a la perfección con el uso que habían dado a las personas infiltradas en un territorio o en un ámbito social ajeno u hostil.

Ignoro si las confesiones que voy a hacer, señor Juez, competen a usted, como persona autorizada a

levantar un cadáver, o serán más útiles a la guardia civil. Actúo menos para limpiar mi conciencia que para auxiliar a un compatriota mío que está ahora mismo en un aprieto. El lío en el que se ha metido no lo ha provocado él. Así pues, debe descargársele de toda responsabilidad. Tiene otra, no obstante, de la que nadie puede eximirle, la de vivir. Por mi parte, cuando usted lea esto, señor Juez, habré dejado de ser responsable absolutamente de todo.

Vayamos a los hechos.

“Sobrios como cartujos, contemplamos aterrados la última ensoñación de nuestro pensamiento que todavía llamamos razón, pero que se ha escapado del comienzo ilustrado de nuestra emancipación, y ha entrado en la Era Industrial como un loco utilitarismo.”

No es una creación mía, señor Juez, lo escribió Christa Wolf para recitarlo con motivo de la concesión de un premio literario.

Como acaso usted no sepa, la señora Wolf actuó durante unos años como informadora de la STASI. Fue antes de 1960, cuando todavía no había publicado nada. Luego dejó de ser agente nuestra. Podría decirse que prescindieron de ella porque sus informes carecían de interés. Un día pregunté a Christa por qué era IM, *Inofizielle Mitarbeiterin*. Yo

actuaba de enlace suyo con la STASI. Me contestó que por amor a la Utopía, porque la construcción del *Sozialismus* requería el conocimiento de las debilidades de la sociedad. Nunca volví a hablar con ella desde entonces. Sólo sé que dejó de ser IM. Supuse que su amor a la Utopía la había distanciado de la construcción de un *Sozialismus* tan obsesionado con las debilidades sociales, que dedicó ingentes cantidades de dinero y de energía humana para extirparlas.

Me di cuenta de esto como tantos otros ciudadanos de la RDA. Y como ellos, permanecí en el Limbo de la incertidumbre durante algunos años. Quizá se produjera un milagro y la burocracia gobernante, incluido yo mismo, se disolviera en la Utopía.

Un buen día, me escapé. Fue en el invierno de 1976.

Así es como se presentó en público mi huida. Era un disfraz, yo había pasado a ser agente del *Hauptverwaltung Aufklärung*, el servicio de inteligencia en el exterior. Un agente durmiente.

Mi primer cometido fue establecer contacto con el agente Rudi Kapellu. Rudi Kapellu había pertenecido desde su juventud a la *Deutsche Volkspolizei*, la famosa DVP o VoPo, según la

denominación de los servicios de desinformación Occidentales. Siempre estuvo encuadrado en la rama de la policía criminal, y había alcanzado el grado de teniente. Era un oficial apreciado por el aparato. Recibió entrenamiento en Moscú, algo reservado a un grupo de selectos comunistas. Pero su vida personal no era afortunada. Esto lo sé porque fui durante algún tiempo un *Verbandungsoffizier*, un oficial de enlace entre la STASI y la DVP, y tenía asignado a Rudi.

Su esposa, mayor que él, era alcohólica, y al parecer sufría también una enfermedad maniaco-depresiva. Tenían dos hijos, uno de ellos con tendencias disidentes; el otro era un ser cándido, timorato y poco expresivo, que luego se reveló un experto intérprete. Esa persona es a la que deseo que su excelencia proteja y saque del laberinto en el que anda metido, es Florian Kapellu.

Pero volvamos a Rudi, el padre. Con frecuencia se le asignaban misiones fuera de Berlín, donde vivía con su familia. A veces eran casos complicados, en los que Rudi empleaba varias semanas, ausente de casa. Pronto descubrí que éste era el truco, Rudi se procuraba obligaciones fuera de Berlín para pasar el menor tiempo posible con su mujer.

En cierto momento, y debido a sus funciones profesionales, trabajó de consuno con la policía de la Alemania Federal. Este contacto tuvo unas

consecuencias inesperadas para él, pero que no sorprendieron en absoluto a sus jefes. Rudi fue abordado por un agente de la *Bundesnachrichtendienst*, BND, el servicio de Inteligencia de la RFA, que le propuso colaborar con el *Imperialismus*. Rudi informó de inmediato a sus superiores. Mejor dicho, fue a casa del coronel Horst Riedel, entonces una persona importante en el aparato de la STASI, y le confió la propuesta recibida. Rudi y el coronel Riedel se conocían de antaño, al parecer de la época de la revuelta de los albañiles de Berlín de 1953, cuando Rudi estudiaba todavía en la academia de la DVP.

Entre los dos urdieron un plan. Rudi mantendría el contacto con el agente de la *Bundesnachrichtendienst*, pero propondría un trato nuevo, pasarse al otro lado y allí contar todo lo que sabía. Pero no antes, no quería colaborar con ningún servicio extranjero estando en su país. “Y si es su país, ¿por qué quiere usted escapar de él?”, le preguntó Horst Riedel, mientras preparaban la estrategia. “Me quiero ir de la RDA porque el *Sozialismus* se ha burocratizado, porque el aire aquí es irrespirable, porque no encuentro ninguna razón para quedarme, ninguna perspectiva de mejora en mi vida. Y porque mi vida con mi mujer es un infierno.”

Horst Riedel quedó impresionado por el argumento. “Es perfecto”, dijo. “Tanto, que pareces

estar convencido de él.”

El paso de Rudi Kapellu al otro lado se organizó en Leipzig. No sé, señor Juez, si es usted aficionado a las novelas de espionaje. Esta aventura constituye una de ellas, pero no puedo detenerme en detallarla porque lo que me importa es la vida de Florian Kapellu, no la de su padre.

Es el caso que Rudi llegó a la RFA y fue sometido a un cuidadoso *debriefing* o escrutinio policial para averiguar si actuaba de buena fe o era un infiltrado.

Durante varios meses sufrió persistentes interrogatorios dirigidos por agentes norteamericanos, en los que participaban británicos y alemanes federales. Al cabo fue puesto en libertad, si es así como debe de llamarse.

En ese preciso instante, desapareció. Al menos para nosotros, sus coordinadores desde la RDA.

El propio Horst Riedel me convocó a su despacho para proponerme la misión de “huir a Occidente” como un refugiado más, y buscar el rastro de Rudi Kapellu. Una vez hallado, debía convertirme en agente durmiente, a la espera de nuevas instrucciones.

Después de pasar un pequeño calvario con

agentes norteamericanos, británicos y alemanes en Berlín, que intentaban averiguar si mi huida había sido preparada o voluntaria, encontré trabajo como taxista en Hamburgo. Allí fue donde descubrí a Rudi. Informé a la *Normannenstrasse* de su paradero y me dijeron que me trasladara a Múnich.

Me tuvo extrañado durante un tiempo esta orden. Procedía de alguien que dijo no conocer al coronel Riedel, a quien yo consideraba mi referente en Berlín *Hauptstadt der DDR*. Supe entonces que me había convertido en un hombre de Markus Wolf, el director del HVA. Me encontraron trabajo en una oficina de importación de frutas y verduras de España. Allí conocí a una española, con la que me casé, según aviso de mis jefes. La chica era de Alcalá de Chivert, y a la primera oportunidad, nos mudamos a Alcocebre, donde me he ganado la vida desde entonces en el negocio inmobiliario.

No sólo en el negocio inmobiliario. Aunque dormido, he sido un agente con periodos de actividad. Mi cometido era observar y seguir de cerca las actividades de la organización ETA, con quien la *Normannenstrasse* mantenía discretos contactos. Siento dejarle con la miel en los labios, señor Juez, en este asunto tan relevante para España. No quiero dedicar un tiempo cuya prolongación se me hace insufrible, a detalles que carecen del menor interés en relación con lo que más me interesa a mí ahora, la

salvaguada de Florian Kapellu. Para compensarle a usted, que quizá, quién sabe, llegue a desempeñar algún día un puesto importante en la Audiencia Nacional española, y a los servicios de información de la guardia civil, le diré que si preguntan ustedes a mi mujer sobre este extremo, obtendrán preciosa información. Su nombre no es Virginia Gironés, como ella pretende, sino Manuela García, nacida en Durango. No sé si la encontrarán inclinada a colaborar con ustedes, pero vale la pena que lo intenten. Y al decir esto sé que parezco un marido desnaturalizado. Pero deben comprender que no soy marido, tampoco padre y no siento el menor afecto por lo que tenga que ver con la infraestructura familiar. Fui educado en la obediencia a un aparato cuyo propósito final y superior es la construcción del *Kommunismus*, y para mí no significa apenas nada la parentela, que nunca he tenido, ni siquiera el sexo, que es un epifenómeno con el que los seres humanos suelen engañarse, como el torero engaña al morlaco con su capote. Pero siento un desfallecimiento moral ante la trampa que se ha tendido al bueno de Florian Kapellu, y me propongo evitar que se cierre sobre él, en especial ahora, cuando parece que el *Sozialismus* peligra como una paella con exceso de caldo o de arroz.

Es el caso que un buen día de marzo de este año de 1989 se presentó en mi oficina de la Playa de la

Romana el mismísimo Horst Riedel. Vestía un atuendo a mi juicio demasiado impecable, que revelaba la poca costumbre de pasearse por Occidente. Riedel siempre ha destacado en *Normannenstrasse* por su atildamiento, pero me dio la impresión de que llevaba mucho tiempo sin salir de su madriguera, y estaba desorientado en cuestiones de moda. Pronto me di cuenta de que eso le importaba un pimiento.

—Necesito hablar con usted, camarada, hoy mismo. Fije una cita en un lugar discreto y seguro. Le volveré a visitar dentro de una hora.

El coronel, o lo que demonios fuera a esas alturas el camarada Riedel, salió de la oficina como si huyera de ella. Cruzó la calle en dirección a la playa, y echó a andar hacia Alcocebre a ritmo de marcha. Me pregunté si aquel hombre estaba en sus cabales. Vestido con un terno azul de alpaca y un panamá blanco, llamaba la atención hasta el extremo de que los escasos viandantes se volvían para verlo circular tan campante como un muchacho. En toda la costa mediterránea no había un sólo lugar lo suficientemente estrafalario como para que no destacara el aparecido. ¡Y me había pedido una cita discreta y segura!

Todavía no me había parado a pensar en este extremo cuando entró en el despacho un anciano

turista en *shorts* y guayabera, con todo el aspecto de ser alemán, holandés o danés, acompañado de un perro de aguas. Tras un primer vistazo y un *Guten Tag* instintivo y protocolario por mi parte, descubrí al zorro del coronel Riedel.

—¿Ya tiene el sitio? —preguntó.

Fui incapaz de reaccionar. Permanecí mudo durante unos segundos.

—Imaginé que le desconcertaría —dijo con una sonrisa afectuosa que me heló las venas—. ¿Conoce usted Vinaroz?

Le dije que como la palma de mi mano. Sin embargo, extrajo un plano turístico de uno de los bolsillos de su guayabera, lo abrió, buscó en él e hizo una cruz en él con un bolígrafo de plata.

—A las seis y media. Le invito a cenar. El lugar se llama “Batiste”. Preparan un *suquet de peix* bárbaro. Pero si no le gusta, podemos tomar unos langostinos de Vinaroz a la plancha.

Fui puntual. Busqué a Riedel y no le encontré. Me sentí decepcionado. Durante unos segundos me distraje con el absurdo pensamiento de que quizá había sufrido una doble alucinación en la oficina. En ese momento alguien me dio unos golpecitos en el hombro derecho. Era el camarero. Me señaló una de

las mesas, donde se hallaba sentado un rubio hombrecillo de piel tostada, con aspecto de marino jubilado. El camarada coronel Horst Riedel me ofrecía su diabólica sonrisa.

—¿Sabe que en este mismo pueblo, en otro edificio, por supuesto, el camarada Wilhem Zaisser y yo nos dimos un atracón de marisco en 1937? Su nombre en aquella época era camarada Gómez. Llegó a dirigir las Brigadas Internacionales en su conjunto. A su lado, me sentía un aprendiz, que por lo demás es lo que yo era entonces. El camarada Zaisser me sacaba veinte años. Había empezado como maestro de escuela en el Ruhr, y en 1930 estaba en China, como experto militar en el ejército de Chiang Kai Chek que combatía a los japoneses. Entonces Mao Tse Tung era un desconocido. Zaiasser... Zaisser... Vinaroz... Cuantos recuerdos inmejorables me trae este pueblo... Zaisser fue el primer ministro que tuvo la Seguridad del Estado de la RDA. Fundó la temida STASI...

Riedel levantó la vista al techo del restaurante, del que colgaba una red de pescador, y algo debió ver en ella que le sacó de sus evocaciones.

—¿Sabe usted lo que hace la STASI en estos días? —Extrajo del bolsillo de su chaqueta de marino jubilado unos papeles, se caló unas gafas y empezó a leerlos en voz alta, a mi entender demasiado alta—. “La principal actividad subversiva de la oposición

contra el *Sozialismus* es una ofensiva para intentar crear y legalizar una llamada oposición interna, así como inspirar y organizar actividades políticas subterráneas en los estados socialistas, creando una presión interna para suavizar, subvertir, desestabilizar y finalmente eliminar el *Sozialismus*... Corresponsales acreditados en la República Democrática Alemana y empleados del cuerpo diplomático de países no socialistas (incluyendo miembros de los servicios secretos camuflados como diplomáticos), especialmente de Alemania Occidental, Estados Unidos y Gran Bretaña, juegan un papel decisivo en este proceso...”

Riedel dejó los papeles sobre la mesa, se retiró las gafas y me preguntó.

—¿A usted le parece que esto es un informe reservadísimo y crucial, redactado a base de las observaciones de miles de agentes de nuestra policía política?

Obviamente, me abstuve de contestar la pregunta.

—¡Esto es una mierda! Y no le digo nada de las conclusiones sobre la estrategia política de estas fuerzas opositoras. Exigir la renovación del socialismo, denunciar la polución medioambiental, reclamar la desmilitarización de la sociedad alemana,

pedir la retirada de la educación cívica basada en el marxismo leninismo... ¿Usted cree que entre las decenas de miles de personas que trabajan en el Ministerio para la Seguridad Nacional no hay ni una que aporte algo que no sean obviedades? ¡Para qué coño sirve la STASI!

—¿Están las cosas tan mal como aseguran los medios Occidentales? —consideré oportuno preguntar por no quedar, como diría un español, como un convidado de piedra.

—Tan mal o peor. Falta poco más de un mes para las elecciones municipales, que tendrán lugar en Mayo, y el camarada Egon Krenz lo tiene todo preparado para el pucherazo. ¿Usted cree que hace falta un pucherazo?

Aunque hablábamos en alemán, Riedel utilizó la expresión española “pucherazo”.

—Le voy a contar un chiste muy popular en nuestro país. Aunque hay pleno empleo, trabajamos sólo medio día. Aunque trabajamos sólo medio día, el plan económico está super sobrepasado. Aunque está super sobrepasado, en las tiendas no hay nada. Aunque no hay nada en las tiendas, la gente tiene de todo. Aunque la gente tiene de todo, todos se quejan. Y aunque todos se quejan, el noventa y nueve por ciento vota a los candidatos oficiales.

Riedel se rió. Yoforcé una sonrisa cautelosa.

—¡Están locos! Completamente locos. Empezaron a volverse locos en 1983. Honecker tuvo el descaro de plantar cara al embajador soviético. Pyotr Abrasimov fue cambiado por Vyacheslav Kochemasov. Honecker decía que Abrasimov le trataba como un procónsul. Luego, al camarada Honecker no se le ocurre otra cosa que enmendar la plana a los camaradas soviéticos por retirarse de las conversaciones de Ginebra sobre desarme nuclear. Los americanos estaban plantando cohetes *Pershing* de crucero en la RFA, retando al *Sozialismus*, y al bueno de Erich se le ocurre decirle al ministro de Asuntos Exteriores de Bonn, Hans Dietrich Genscher, que no se preocupe, que sabe de buena tinta que los rusos volverán a la mesa.

—He oído en algunos medios que Gorbachov está llegando demasiado lejos —dije reuniendo valor de donde pude, cada instante más perplejo por el tono y el contenido del discurso de Riedel.

—¿Dónde ha oído usted esa superchería?

Riedel no tenía intención de averiguar nada. Siguió hablando como si yo fuera el asistente a una conferencia.

—¿Le parece ir demasiado lejos que el camarada Gorbachov y el presidente Reagan hayan

firmado un acuerdo para dismantelar los misiles de crucero? Pronto hará dos años, ¡eh! ¿Le parece ir demasiado lejos retirar las tropas soviéticas del avispero de Afganistán, donde no hacían más que acumular bajas?

Hizo una pausa, quizá para tomar aliento. Sobre nosotros se precipitó un camarero que había estado inmóvil a varios metros de nosotros, a la espera de su oportunidad. En perfecto alemán nos dijo que el *suc de peix* estaba preparado, y nos pidió permiso para servirlo. En realidad se lo pidió a mi camarada superior, llamándole *Herr Sempere*.

—Entre 1936 y 1938 fui Miquel Sempere, español emigrado a Francia en la niñez con sus padres. En las Brigadas Internacionales muchos adoptamos nombres españoles. No por razones de inteligencia militar, sino porque los españoles eran incapaces de pronunciar nuestros verdaderos nombres.

Riedel, o Sempere, habló ahora en un tono de voz calmado y amable, y lo mantuvo al preguntarme, esta vez sin retóricas de ningún tipo, al menos en apariencia:

—Me interesan las observaciones que usted tenga que hacerme entorno a estos temas. Disculpe mi vehemencia. Sospecho que el camarero, que es agente nuestro, también lo sea del *Imperialismus*. Quería confundirle.

—Pues lo ha debido de conseguir.

—De todos modos, confirmo todo lo dicho, aunque sin agresividad. Dígame qué piensa usted de todo esto, o al menos lo que aquí se piensa.

—Le aseguro, camarada Riedel que aquí no se piensa en absoluto en la guerra fría, sino en tomar el sol y beber vino y cerveza.

—¿Se refiere usted al pueblo español?

—Preferentemente a los turistas. Pero el modo de vida de los españoles no es muy diferente. Trabajar y luego pasarlo bien. Carecen de veleidades políticas.

—Es lo que me gustaría a mí que ocurriera en nuestro país, camarada Schulze... —Y emitió un suspiro.

—Ignoro cual será la posición del gobierno español a este respecto. Le imagino más próximo a la política de la RFA que a la de los Estados Unidos. Les preocupa la inestabilidad en los países socialistas. En algún periódico he leído que un diplomático francés decía que si continúa esta situación en el Este durante unos años, el orden político establecido en Yalta en 1945 se derrumbará, y la paz mantenida desde entonces en Europa podría desmoronarse. Piensan en nosotros más que en ellos, creen que los soviéticos podrían invadir Polonia y Hungría, por haberse salido

de la norma.

—Están mal informados o lo disimulan. Moscú prepara un cambio de estrategia mundial desde que se retiró de Afganistán a primeros de año —dijo Riedel—. La doctrina Brezhnev desaparecerá. La Unión Soviética quiere devolver la independencia política a sus aliados del Pacto de Varsovia. Cada uno a su manera, *On his way*, como la canción de Sinatra. Una especie de doctrina Sinatra.

—¡Admirable! —dije con ingenua sinceridad—. Está usted muy bien informado, camarada.

—Los que parecen no haberse enterado son nuestros camaradas dirigentes. Viven una fantasía. El camarada Reinhold, ¿se acuerda usted?, el director de la Academia de Ciencias Sociales del Comité Central, afirma que nuestra economía es un ejemplo, sólida y vibrante porque se atiene a la dirección política, mientras que los soviéticos, los polacos y los húngaros hacen experimentos con el mercado que están conduciéndoles a la bancarrota.

Llegó el camarada camarero con el *suquet de peix* humeante, hirviendo todavía en la olla de barro. Le recomiendo, señor Juez, que lo pruebe si no lo ha hecho ya. Acercó luego una cesta de pan, y se despidió con una sonrisa. El camarada Riedel aprovechó para rellenar las copas de un vino blanco

de Alicante que sabía a gloria (desgraciadamente, no de l *Sozialismus*). Paladeamos el caldo, y al cabo, siguió él hablando.

—El camarada Reinhold es un asno o un mentiroso. Nuestra economía sobrevive gracias a las inyecciones económicas de los banqueros de la RFA. Kohl y Honecker se entienden de maravilla. Les vendemos refugiados a cambio de millones de *Deutschemark*. ¿Sabe cuánto hemos recibido en los últimos quince años? Casi treinta mil millones. Ese es el secreto de nuestra “vibrante solidez”. Pero detrás de todo esto hay mucha oscuridad, mucho chalaneo.

—¿El camarada Reinhold no sostiene que la esencia de nuestro país es el *Sozialismus*, que no se concibe una República Democrática Alemana sin un sistema social y económico basado en el *Sozialismus*, que esa es nuestra seña de identidad?

—El carada Reinhold es un asno, se lo repito. Si no fuera algo absurdo, diría que ignora por completo las negociaciones secretas entre el Comité Central del Partido y el gobierno de Kohl...

Riedel mojó un trozo de pan en el caldero de barro. Pero todavía estaba ardiendo. Me miró, invitándome a hablar. Así que le hice la pregunta inevitable, horrible, fatal.

—¿Están negociando la reunificación?

Riedel se puso a soplar el trozo mojado de pan, se lo zampó y al acabar de masticar, me sonrió como un niño que ha conseguido engañar a su padre.

—No. Eso es imposible. La razón política es inamovible. Como muy bien temen los franceses, una Alemania unida sería un peligro para Europa. No creo que interese ni a los yanquis, y tampoco a la OTAN... Sinceramente no sé lo que están negociando. Algo que acabará explotando en sus manos, porque lo están haciendo de espaldas a Moscú.

Se detuvo unos instantes para servirse vino y paladearlo.

—Camarada Schulze, sea sincero, ¿le gustaría a usted regresar a la patria?

Sinceramente, no me gustaría. Pero me cuidé mucho de ser tan franco.

—Estoy a disposición del partido, camarada.

—En *Normannenstrasse* quieren que vuelva usted a Berlín. Pero yo les he convencido de que su papel ahora mismo está en España... Tengo una misión para usted. ¿Recuerda al camarada Kapellu, Rudi Kapellu?

—Perfectamente. Aunque debe estar algo cambiado. Han pasado más de diez años. ¿Está en España?

—Lo ignoramos. Pero su hijo Florian sí está aquí.

—¿El filólogo?

—Ahora trabaja como periodista, corresponsal de la *Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst*, nuestra agencia de Prensa. Es nuestro anzuelo, aunque él no lo sabe.

—¿Y cual es mi misión, camarada Riedel?

—Vamos a disfrutar de este *suquet de peix*, y luego hablamos de negocios...

Durante un rato nos dedicamos a la gastronomía. Entonces, no sé por qué, me vino a la cabeza mi hijo Nicolaus.

Mi hijo me envía extravagantes noticias desde Berlín. Sin embargo, lo que más me ha sorprendido siempre es que se acuerde de mí, de su padre.

Yo nunca estuve casado. Mi hijo Nikolaus es el producto derivado de una relación que duró poco con una oficinista de la cooperativa agrícola de *Neustrelitz*, en la región de los lagos y los bosques de *Mekleburg*, al norte de Berlín. Una mujer escrupulosa en sus cuentas, pero descuidada en las medidas anticonceptivas. Supe de la existencia de Nikolaus cuando había cumplido los cuatro años. Visité

desconcertado a su madre, que seguía siendo oficinista de la cooperativa y llevaba con precisión la contabilidad de las coles recolectadas y vendidas cada año, y al verme, el chiquillo me llamó papá. Si yo hubiera sido un tipo violento le habría respondido con una bofetada.

Digo todo esto para que se haga usted cargo, señor Juez, de mi postura ante la familia. En el *Kommunismus* la familia desaparecerá. Esto es algo científico. Y los alemanes, que somos los más científicos de los marxistas, hemos decidido poner en práctica la predicción antes de que el *Kommunismus* la haga inevitable. En la RDA la familia es una infraestructura en vías de extinción. Allí se practica lo más parecido al sexo libre que concibieron los hippies de los años sesenta. Las guarderías son el sustituto de la familia. Otras voces enemigas del *Sozialismus* aseguran que en la RDA la gente folla sin darse pábulo, porque es la única actividad social no perseguida o constreñida. Discúlpeme la expresión, pero es la que la gente usa. Nadie dice copular. Y desde luego, muy pocos hacen el amor.

Bien. Nikolaus me envía cartas con irregular frecuencia desde Berlín, donde llegó hace un año, cuando tenía diecisiete. Él me tiene por un fugitivo de la RDA, y me lo cuenta casi todo. Por ejemplo, que se trasladó a la capital sin permiso, y sigue sin tenerlo hoy en día. Esto da a su vida el aliciente añadido de

sentirse en peligro, de jugar a esconderse de la *Volkspolizei*. Una de las primeras cosas que me escribió fue esta: *In Berlin schien vieles ungewiss. Offen. Möglich. Abenteuer in der beängstigend grossen, faszinierend lebendigen Stadt*. Que viene a ser esto: “En Berlín hay tantas cosas inciertas. Abiertas. Posibles. La aventura en la ciudad temible y fascinantemente viva.” Escribe endiabladamente bien, mi chico.

Me llegó al corazón. Me vi yo mismo en mi infancia, cuando mis padres me llevaron por primera vez a Berlín y me dejaban por la noche en el hotel Moskau, mientras ellos se iban al *Kabaret Distel*. Me quedaba mirando la *Karl Marx Allee* desde la ventana de la habitación hasta que me vencía el sueño.

Nikolaus sobrevive de manera incierta en la ciudad de Berlín. Forma parte del movimiento contracultural que en Occidente es menospreciado y en mi país es perseguido sólo cuando amenaza con salirse de madre.

Hace poco me contaba sus *Abenteuern*, sus aventuras, con un grupo de teatro que ensaya y actúa en una iglesia alquilada del barrio de Friedrichhein. Decía que las iglesias son lugares donde nadie se inmiscuye en su trabajo, no les hacen pasar por el filtro de ninguna ideología. Sin embargo, actuar en una iglesia no está bien visto por aquellos que

financian el arte y la cultura, el denostado Aparato del Estado, así que no pueden hacerse publicidad. Una profesión que se basa en darse a conocer, se realiza por obligación en silencio. Es desmoralizador, dice. Por otro lado, las autoridades niegan la existencia de listas negras. Así que la vida de los artistas está llena de sorpresas y de contradicciones. Nikolaus dice que cada vez son más los que se niegan a entrar en los circuitos oficiales, que se condenan a la marginalidad. Imagino que confían en sacarle partido a su resistencia. “Una red de fiestas”, escribe Nikolaus, “se extiende por la ciudad. Puedes pasar cada tarde en una fiesta. Todo el mundo conoce a los demás en todos los rincones. Se ha puesto de moda preguntar por los que no están. Así que uno está siempre en la película de lo que va pasando, incluso con gente que uno no conoce.”

Quizá mi hijo acabe siendo un actor de renombre, sobre todo en la televisión. Los actores y las actrices son los profesionales mejor pagados en la RDA. Son ricos. Y además, son célebres.

Lo único que echo en falta de Berlín es este ambiente de relaciones humanas intensas. En todos los sentidos posibles, los insidiosos y los enriquecedores. Mi país se mantiene al margen de esta carrera disparatada hacia el consumo que se ha adueñado del *Kapitalismus*. Las personas no son consumidores, son seres humanos que no tienen más

remedio que visitarse, organizar excursiones, montar actividades culturales (la mayoría lícitas y oficiales, los tipos como mi hijo son excepcionales) y deportivas. La RDA es un bálsamo. Y mucho me temo que los opositores que tanto inquietan a nuestras autoridades no son conscientes de que pretenden un desvío imposible. La Utopía socialista es un engaño. El *Sozialismus* con rostro humano es el nuestro, el que hoy funciona a pesar de todos los fallos y limitaciones. ¡Qué disgusto se llevarían muchos opositores si desapareciera el SED, la STASI y la economía mal planificada! No hay vía intermedia. *Sozialismus* o *Kapitalismus*. Cada uno tiene su misión. Discúlpeme. Vuelvo a mi relato, señor Juez.

—Su misión, camarada Schulz, es organizar un escándalo para que Florian salga en los periódicos. Es la única manera de llamar la atención de su padre, Rudi, que acudirá en ayuda de su hijo en apuros.

Bebíamos un café negro y amargo y fumábamos unos caliqueños de producción local. Estábamos solos en el restaurante “Batiste”. El camarada camarero entraba y salía por una puerta que daba a un corral, observándonos con un interés abandonado y profesional.

—¿Es muy urgente? —quise saber.

—Inaplazable. ¡Ya!

—Tendré que urdir algo.

—Le doy una semana.

—¿Me esperará usted aquí?

—¿Dónde? —preguntó Riedel con un absurdo aire de sorpresa.

—En España, a la espera de mi contestación.

—Vendré a buscarle el jueves.

Era lunes.

—Me ha dicho una semana.

—Rectifico, camarada. Nos estamos jugando mucho.

—¿Tan importante es Rudi Kapellu?

—Rudi Kapellu es un agente soviético. Yo soy un agente soviético. Y usted, camarada Schulz, a partir de ahora mismo es un agente soviético. *Von der Sowjetunion lernen heisst siegen lernen.*

Aprender de la Unión Soviética es aprender a vencer

—¿Y el *Hauptverwaltung Aufklärung*?

—El propio camarada Wolf ha accedido a que

usted trabaje para nosotros.

De pronto tuve una visión. Explosiva, realizable.

—Está bien. Creo que puedo recurrir a la banda...

Riedel me interrumpió alarmado.

—¿Una banda? ¿Se refiere usted a la ETA o a delincuentes comunes?

—A la banda de música de Alcalá de Chivert. Les haremos trabajar gratis para la Unión Soviética. El director creo que es del *Partit Comunista del País Valencià*.

—Muy poco de fiar entonces. Pero, haga usted lo que quiera. Sólo le pido que sea eficaz.

Cuando el jueves siguiente, señor Juez, Riedel volvió a encontrarse conmigo, yo había diseñado minuciosamente una operación absurda e imposible, exactamente lo que necesitaba mi superior en la STASI, el HVA, el servicio de inteligencia soviético, o todos a la vez. A veces no sirve para nada distinguir una nube de otra, todas navegan por el cielo y algunas, no siempre las más negras, descargan lluvia.

El director de la sucursal del banco donde tengo

mis ahorros y mis inversiones bursátiles es pariente de un alto cargo de ese mismo banco en Madrid. En virtud de ello, había conseguido ser invitado protocolariamente a la inauguración de una exposición de arte moderno en la sala creada al efecto en la nueva oficina principal del banco, un edificio estratosférico en la Castellana. La exposición se titulaba “Arte y República”, y la iba a inaugurar el propio Rey, el 14 de abril, como prueba de que la monarquía no era rencorosa, imagino yo.

Mi plan era aprovechar las circunstancias, organizar un escandalazo ese día e involucrar en él a Florian Kapellu. A medida que desmenuzaba los detalles, Horst Riedel abría más los ojos. Al terminar mi exposición, me tomó de las manos y me felicitó efusivamente. Me dijo que era la mejor idea que se le había podido ocurrir a un agente, y lamentó no haber contado conmigo más en los últimos años. Su apretón me transmitió una corriente helada desde las manos a la cabeza.

—Camarada Riedel —dije apartando mis manos de las suyas —mi única condición es que Berlín y Moscú se olviden de mí para siempre. Yo desapareceré de este paraíso, encontraré otro y ustedes no me buscarán jamás. ¿Lo acepta?

—*Doch! Doch!* —ladró con convicción Riedel, comprometiéndose conmigo.

Florian Kapellu

Noticias de Berlín *Hauptstadt der DDR*

Se ha instalado la primavera en Madrid poquito a poco, un comportamiento meteorológico raro en la Meseta, donde los cambios sobrevienen de golpe, según me han dicho. Estoy acostumbrado a los tópicos y me tomo con cautela determinadas informaciones, sobre todo si proceden de colegas míos, corresponsales internacionales o periodistas locales. A todos les encantan los estereotipos y hacen bromas con ellos, algo que a mí me desconcierta, deduzco que a causa de mi ingenuidad genética.

He restablecido contacto telefónico con Giselle, en la que advierto algo de sosiego. Me ha convencido con razones afectivas, y he aplazado mi decisión de regresar a casa. Tío Horst ha contribuido a esta idea, haciéndome además un encargo a través del secretario de Prensa de la embajada: para él es vital que yo permanezca en Occidente, observe minuciosamente el tratamiento que se da en el *Kapitalismus* de las tempestades que se ciernen sobre el *Sozialismus*, y redacte informes para él. Me da permiso y dietas especiales para viajar donde yo crea necesario.

Hace unos días, a principios de abril, me llamó

por teléfono una mujer española que deseaba entrevistarse conmigo. Hablaba en alemán. Le dije que viniera al despacho de la agencia, pero insistió en que nos viéramos en la cafetería del Círculo de Bellas Artes.

He acudido puntual a la hora indicada por Lola, mi interlocutora, que se ha descrito a sí misma como morena, con el pelo rizado, de estatura media y de algo más de treinta años de edad. Ha indicado que estaría leyendo un ejemplar de *Der Spiegel*.

Efectivamente, en una mesa próxima a las ventanas a la Calle de Alcalá hay una mujer que responde a estas indicaciones. Me presento en español y ella me contesta en un alemán con acento hispano renano. Me advierte que tiene poco tiempo, porque su marido tiene que cenar fuera y ella debe hacerse cargo de la hija de ambos. Así que va directa al grano. Abre y revuelve en un bolso enorme lleno de cosas. Dice que es una sucursal del *Kaufhof*, porque en él hay de todo. Me cuesta entender la broma, hasta que recuerdo mi paso por el *Kaufhof* de Berlín Oeste para comprar un traje con los marcos capitalistas que me entregó tío Horst. Extrae un sobre cerrado con mi nombre, la dirección y el teléfono de la *Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst*, la agencia de noticias para la que trabajo, en Madrid. Me lo entrega y me dice que lo ha recibido en Berlín Oeste, donde ha estado la semana anterior por motivos de trabajo.

—¿Quién se lo ha dado? ¿En qué circunstancias? —pregunto desconfiado.

—Una amiga de Dresde a quien conocí hace quince años en la RDA. Ahora vive en Berlín Occidental, y asegura que este sobre se lo entregó alguien de confianza, y que contiene correspondencia para usted.

Sin pararme a pensarlo ni un instante, rasgo el sobre. Contiene dos cartas, también a mi nombre. En una, la letra es de Giselle, en la otra, de mi hermano Peter. Miro a Lola perplejo. Ella me devuelve una sonrisa afectuosa y me invita con la mano a que haga lo que a todas luces estoy deseando.

Primero abro el sobre de Giselle.

Querido Florian,

Tu hermano me ha pedido que te escriba estas líneas, que te llegarán sin haber pasado por el servicio de correos de nuestro país. Al principio me resistí a hacerlo. Me producía un gran desasosiego actuar como si fuera una disidente. Pero Peter dice que la disidencia no es algo voluntario aquí y ahora, sino un acto reflejo al que el Estado obliga a muchos ciudadanos de la RDA, que se comportan así no por razones políticas sino por supervivencia y por sentido práctico para salvar al país de la catástrofe.

Es una teoría más de Peter. Pero lo cierto es que desde que las colas volvieron a aparecer en las tiendas de suministros hace algunos años, cada vez son más largas, y empiezan a formarse antes de que abran los comercios. La gente se marcha del trabajo para hacer colas. Y lo que se oye en ellas es bastante desmoralizador. Casi todo el mundo tiene ahorros, pero no puede emplearlos en casi nada, salvo en viajar a países hermanos, y no a todos les está permitido. En las industrias ya no hay repuestos para las máquinas. Y los trabajadores no pueden cumplir con sus obligaciones laborales. Algunos se llevan herramientas de las fábricas para utilizarlas en sus casas y en trabajos en negro, e incluso para cambiarlas por objetos de consumo que no se pueden comprar con dinero. La policía ha encontrado en algunos sótanos privados vino, otras bebidas alcohólicas y alimentos no perecederos, almacenados para intercambiar o para vender a cambio de marcos occidentales. El padre de uno de mis alumnos, con quien departí un largo rato en una cola para comprar harina y azúcar, está empleado en una oficina de planes económicos. Me confesó, con un sentido del humor más bien sombrío, que los trabajadores se han vuelto indiferentes a las previsiones de incremento de la productividad, porque se les presiona para que alcancen objetivos imposibles con una tecnología obsoleta. Me dijo que se le rompió el parabrisas del Trabant, y que no encontró recambio en ningún sitio,

pero que en una Intershop los vendían a diecisiete marcos occidentales. Dice que es una perversión que en un sistema socialista haya oasis capitalistas en los que abastecerse, reservados para aquellos que tienen familia en la República Federal, que les envían “valuta”. Me pasó un malicioso “Hertzschrift” con unos versos satíricos titulados “¿Qué tal está usted?”

*El pavimento, lleno de baches
los estantes, vacíos.
Sin regalos en Pascua,
sin alcohol en Adviento.
No tengo calzoncillos limpios
y lo único que me podía hacer llorar,
la cebolla, no hay quien la encuentre.
Para ponerse malo.
En Navidad, no hay árbol,
en Año Nuevo, cortan la luz.
Me he quedado sin amigos
en las Oficinas de Comercio,
y no tengo parientes capitalistas
que me envíen paquetes.
¿Y me pregunta que cómo estoy?*

Supongo que esto te desmoralizará un poco. No te lo cuento con este propósito, sino para que te hagas una idea de cómo se vive aquí, sin que nos falte nada imprescindible, pero sin nada apetecible que

consumir. Te aseguro que en estas condiciones, el consumo ya no me parece tan enajenante y pernicioso. Sin embargo, tengo confianza en que esto cambie. Si no cambia, llegará una catástrofe, como teme Peter, y eso ni lo puedo imaginar ni lo deseo. Cuando se toca fondo, se empieza a ascender. Pronto llegarán los cambios necesarios. Estoy segura. Confío en ello.

Tu hermano te hablará, supongo, de las reuniones de todos los lunes en la Nikolaikirche de Leipzig, a las que él acude desde hace años. Asegura que no son disidentes, sino ciudadanos que quieren transformar una situación asfixiante, y se refiere a la alta contaminación de un distrito que está hundido en un valle lleno de fábricas donde se produce lignito, automóviles, maquinaria pesada, productos químicos y electrónicos. La emisión de dióxido de sulfuro es superior a las cuatrocientas toneladas al año. Esto es irracional, antisocialista, si es cierto.

Peter me ha contado con orgullo un pequeño escándalo que montaron los que se reúnen en la Nikolaikirche, este mes de marzo. Aprovechando la Feria de la Industria y el Comercio, donde acuden muchos occidentales, incluidos periodistas, al abandonar la iglesia el grupo empezó a insultar a los agentes de la STASI que les vigilaban desde la acera de enfrente. Enseguida les dispersaron, pero la prensa occidental se enteró de todo y al parecer lo

difundió. No sé si ahí habrá llegado esta información. Quizá no, porque fue un pequeño incidente sin trascendencia, un puñado de idealistas, y ya sabes que la prensa capitalista sólo se interesa por los escándalos masivos o donde hay muertos, como en el Muro.

No te cuento nada de los niños porque están perfectamente y son felices. Esta carta es sólo un desahogo. Disfruta de tu estancia ahí y prepárate a encontrar cambios maravillosos cuando vuelvas este verano de vacaciones.

Un beso y un mordisco muy fuertes,

Tu Giselle.

Cuando levanto la vista del papel no hay nadie a mi lado. Lola se ha marchado, quizá porque se le ha hecho tarde, quizá para dejarme sólo con mi correspondencia. Se lo agradezco.

La carta de Peter dice:

Querido Florian,

Nuestro padre, Rudi Kapellu, está vivo.

Al menos, si tío Horst no miente. Tío Horst fue amante de mamá, que le había pedido que se casara con ella antes de resignarse a hacerlo con Rudi. Mamá no pudo soportar esta doble vida y empezó a beber. Poco a poco fue labrando su ruina y la de su familia. Nuestro padre era ignorante de la relación entre mamá y tío Horst, hasta que en una borrachera de ella se enteró de todo. Para Rudi fue un golpe demoledor. Sin embargo, lo peor era su impotencia. Tío Horst era una persona invulnerable. A Rudi se le pasó por la cabeza matarle y luego suicidarse, pero no vio ninguna utilidad a esta acción, que además podría tener consecuencias fatales para sus hijos.

Esto último me lo ha contado Emmanuel Kapellu, un hermano de papá a quien he buscado durante semanas, hasta descubrir que vive en Giessen, al otro lado de la frontera de alambre de espino y campos de minas. Da clase en la universidad. Gracias a la Iglesia Luterana he establecido contacto con él. Dice que lo último que supo de Rudi es que murió en un tiroteo con unos delincuentes comunes en Leipzig.

Emmanuel sólo habla de las angustias de papá. Las relaciones de papá y mamá en aquellos momentos eran tempestuosas, si recuerdas. El hachazo final se lo dio ella al confesarle que yo no era hijo de él. Mi padre, deduzco, es tío Horst.

Creo que Emmanuel ignora el operativo que montó tío Horst para que papá (no me acostumbro a que mi padre sea otra persona) no se convirtiera en un problema para él y para la RDA. Su muerte fue una tapadera para sacarlo del país como si hubiera huido, querían utilizarlo como doble espía. Pero al cabo de pocos meses le perdieron el rastro. Ni siquiera saben si trabaja para los servicios de inteligencia de la RFA.

Por alguna razón que desconozco, ahora, más de diez años después de su desaparición, Rudi Kapellu se ha convertido en una persona valiosa para la seguridad del Sozialismus. Tío Horst le está buscando desesperadamente.

Y tú eres su cebo. Te ha enviado a Occidente como periodista para que tus artículos atraigan la atención de Rudi. Esperan que se ponga en contacto contigo. ¿Para qué? ¿Para atraparlo? ¿Para pedirle que vuelva a trabajar para ellos?

No tengo ni idea. Pero sí he creído mi deber ponerte al corriente de todo esto, por inverosímil y duro que te parezca. Me gustaría hablar contigo personalmente, pero sólo podría hacerlo huyendo de mi patria, que es también la tuya. Florian, yo creo en la RDA, yo creo en el Sozialismus. No voy a irme de aquí. Me quedo para cambiarlo, para limpiar nuestra sociedad de arbitrariedades, de insensateces. El

verdadero Sozialismus está todavía por venir. Cada vez somos más los que pensamos de esta manera, y nos estamos organizando. Pronto oirás hablar de “Neues Forum”, el foro nuevo de debate y democracia.

Si quieres ponerte en contacto conmigo, cosa que no te aconsejo, porque al final “Ellos” se acabarán enterando y podría perjudicarte, puedes hacerlo a través de la persona que te entregará estas cartas.

Un abrazo de tu hermano que te quiere, tanto si nuestro padre fue el mismo, como si no lo fue.

Peter

Al levantar los ojos de la carta me parece encontrarme con Lola, y sufro un sobresalto. Es la camarera, que recoge la vajilla usada. Miro a mi alrededor y veo a la gente sentada en torno a las mesas, el tráfico de personas entrando y saliendo de la cafetería al zaguán del Círculo. Los camareros pasan arrastrando los pies, como si llevaran cadenas sordas en los tobillos. Pero no escucho nada. Mis tímpanos no funcionan. Al cabo de unos segundos recobro la audición. Tengo la sensación de haberme desmayado, aunque no he perdido el conocimiento. Me quedo quieto como una estatua, durante un largo rato.

Salgo del Círculo con la determinación de telefonar a tío Horst. Lo haré desde la misma embajada. Caiga quien caiga, como dicen aquí. Aunque sea yo mismo, con todo el equipo. ¿Quién es todo el equipo? Giselle, mis hijos...

Cambio la trayectoria de mi itinerario. Voy andando a mi apartamento, que comparto con el agregado comercial de la embajada, supongo que hombre vinculado de una u otra forma a la STASI. También supongo que él pensará lo mismo de mí.

Me siento en una trampa. ¿Una trampa personal o una trampa política? ¡Qué más da!

Al meter la llave en la cerradura del portal, éste se abre de golpe. Frente a mí está Oliver.

—¡Por fin! —exclama—. Llevo horas esperándote.

Algo debe de ver en mi cara a la luz legañososa de las farolas, porque me pregunta si estoy bien. Me doy cuenta de que me está impidiendo el paso.

—Tengo que hablar contigo, pero no en tu casa.

—¿Por qué?

—No te hagas el ingenuo, Florian. Vamos.

Me coge del brazo y me mete en un taxi que

nos lleva a la cafetería Nebraska de la plaza de Colón.
Me invita a cenar.

—Te lo agradezco, pero no tengo apetito.

—¿Pasa algo?

—Noticias inesperadas de Berlín.

—¿Alguna desgracia familiar? —inquieta preocupado.

—Una que ocurrió hace quince años.

—Luego me lo cuentas. Primero tengo algo importante que decirte.

Saca del bolsillo de la chaqueta un folio muy bien plegado, lo abre y me lo tiende. Es una cita bíblica sobre el “Hijo Pródigo”.

—Oliver, no estoy ni para bromas ni para acertijos.

—No es un acertijo. Es una nota de *Normannenstrasse* que me ha llegado por error. Iba dirigida a un agente que parece vivir en Alcocebre. Es el visto bueno para una operación que no se describe. Pero lo que sí aparece con todas las letras es tu nombre: Florian Kapellu. Ignoro si trabajas para *Hauptverwaltung Aufklärung*, pero tanto en un caso como en otro, te has metido en un lío o te han metido en él.

—No te entiendo, Oliver. Esto escapa a mis

posibilidades de entendimiento. Además, estoy muy cansado, hecho polvo. Acabo de leer una carta de mi hermano en la que me cuenta que sólo es medio hermano mío...

—¿Te dice también que tu padre está vivo?

—¡Cómo lo sabes!

—Yo trabajo para Horst Riedel.

—¿Tío Horst?

—Exacto. Florian, creo que estás en peligro. Un peligro inminente.

—¿Y por qué quieres protegerme si tío Horst es tu jefe y el que manipula todo esto?

—Tengo mis razones. Y no son precisamente políticas. Algún día te las contaré. Dime una cosa, ¿qué previsiones fuera de lo común tienes en tu agenda para los próximos días?

No necesito pensarlo mucho. He recibido una invitación que jamás habría esperado.

—Me han convidado a la inauguración de una exposición de artistas republicanos en no sé qué banco. Asistirá el rey. Me he tenido que acreditar en la Casa Real y todo eso. Será el 14 de abril.

—¡Ese es el día! —exclama.

—¿Qué día?

—El día de autos —y se echa a reír—. Haremos una cosa. Mañana por la mañana vamos a ese banco y echamos una ojeada. A ver si descubrimos algo.

—No entiendo por qué haces todo esto.

—Voy a ser clarito, Florian. Tu tío Horst me pidió que te pusiera una trampa en Valencia. Quería que fueras el protagonista de un escándalo, que salieras en la prensa, que se divulgara tu nombre para que tu padre se enterara de que estabas en Occidente y acudiera a buscarte.

—¿Qué trampa me pusiste? —digo con la boca totalmente seca.

—La visita al almacén donde se guarda el archivo del profesor Renau. Llamé a la policía para denunciar que alguien había asaltado el lugar. ¿Te acuerdas? Yo estaba en la cabina de teléfonos. Pero te salvó aquel desgraciado que se había suicidado. Saliste antes de que llegara la policía. Cuando te vi aparecer sentí un alivio formidable. Me sentía un sapo, una rata, un ser despreciable. ¡Pero salió mal! Y esta vez tiene que pasar lo mismo. No sé lo que habrán preparado, pero tiene que salirles mal.

—¿Tanto valor tengo para ti?

—Eres una persona honrada, Florian. No mereces que te hagan daño. La RDA está llena de hombres y mujeres como tú. Pero la mayoría han perdido la fe y también la esperanza. Se quieren ir. No saben lo que encontrarán, pero están dispuestos a todo. Si las cosas no cambian, este verano saldrán de tu país miles de personas. Se evadirán. La RDA puede desangrarse, y no me gustaría que sucediera. Creo que estamos en un momento álgido. O se reforma el *Sozialismus* o se va todo al carajo. Todo. Yo también.

Oliver

Disolución osmótica

En mi clase del Colegio Obispo Perelló había cuatro individuos con razones para sentirse desgraciados: Santos, Moreno, Holgado y yo.

Santos era huérfano de padre, y su madre trabajaba como limpiadora en el colegio, algo que a él le producía un resentimiento feroz. Era un estudiante indisciplinado y sin interés. No pagaba matrícula, disfrutaba de una suerte de beca, porque el sueldo de la madre, a pesar de que también limpiaba escaleras y casas particulares, no le llegaba para costear las mensualidades del colegio.

Moreno era huérfano de madre. Su hogar era un piso desordenado y sórdido del barrio de la Concepción. Su padre apenas se ocupaba de él, porque le había dejado por imposible. Era el último de la clase, probablemente afectado por algún tipo leve de retraso mental, o acaso víctima de una quiebra emocional. Moreno no era becario, su padre, un empleado de banca, pagaba regularmente las mensualidades que costaba su educación.

Holgado tenía madre y padre, pero era uno de

los pocos alumnos que vivían internos en el colegio. Su familia se dedicaba al teatro o al circo, y siempre estaba de gira. Holgado era un tipo simpático e ingenioso y no era mal estudiante. Pero su frustración de huérfano con padres la compensaba realizando pequeños hurtos a los compañeros de clase. A mí me robó una estilográfica. Esto le ocasionó problemas, que es lo que sin duda buscaba, llamar la atención de sus padres.

No sé si la conciencia de estos tres casos de infortunio me hizo fuerte. Ninguno de ellos se dejó arrastrar por la desgracia. Pero a ellos la desgracia les castigó más que a mí. Cuando escribo “desgracia” debe entenderse “violencia”. Sobre ellos se abatió inmisericorde. A mí me dio asueto, hasta que me llegó la hora.

El caso es que en el Perelló no me dejé arrastrar por la desgracia. Ni siquiera cuando cambié Madrid por Berlín Oriental. Pude agarrarme a la tabla de salvación del Hombre Osmótico que yo mismo había fabricado. Brincar de un individuo a otro, desfilas por el bosque social como un gas inerte o un alma en pena sin pena, me hacía sentir seguro, casi superior.

La muerte de mi padre en 1985 destruyó las barreras de este reducto en el que yo me había refugiado. Después de las ensoñaciones diurnas que tomé por premonición de catástrofes, me sentí

vulnerable como un adulto metido en el cuerpo de un niño de doce meses que acaba de echarse a andar.

En busca de seguridad regresé a Madrid con Angustina, y me establecí con ella en su piso diminuto de la calle de Alcalá, esquina Buen Gobernador. Allí se disolvieron casi todos los Hombres Osmóticos que flotaban en mi interior consciente y subconsciente. No sé cómo pasó, pero fue así.

Sin duda contribuyó a ello el cuaderno de tapas azules con las memorias de Olegario Micó. Era el mismo texto que el que contenían las carpetas que me había entregado la supuesta oficial de inteligencia soviética. Lo comprobé situando unos papeles al lado de los otros. Había algunas diferencias, porque el cuaderno azul estaba manuscrito y los papeles, mecanografiados. Pero eran erratas o correcciones de estilo u ortográficas hechas por quien había pasado a máquina las memorias. ¿Mi padre acaso?

La mayor diferencia, y bien grande, era la narración de las falsificaciones de cuadros que Olegario realizó para la RDA. En el texto mecanografiado faltaban por completo. Las falsificaciones eran vendidas en el extranjero por la misma institución para la que yo trabajaba, KoKo, *Kommerzielle Koordinierung*. Evidentemente, no era una casualidad que ambos hubiéramos sido empleados de esta firma comercial y política al tiempo. A mí me

habían dirigido hacia ella según un plan diseñado. Mi padre lo vio así el día en que le comuniqué que me habían propuesto trabajar para KoKo. Comentó algo sobre el destino, pero yo no estaba dispuesto a escuchar ninguna monserga, me dominaba la ilusión de ser una persona con una gran responsabilidad en el Estado Socialista, que viajaría al extranjero y negociaría con empresarios de toda índole. Me estaban preparando para ello intensiva y concienzudamente.

A la vuelta de uno de mis primeros viajes a Alemania Federal como agente comercial, mi padre me dijo algo que olvidé al instante, pero que luego en Madrid me asaltó como un felino agazapado. Olegario me pidió que, si alguna vez encontraba por casualidad o por negocios a un tal Rudi Kapellu, le recordara que yo era hijo de Micó. Eso fue todo lo que habló sobre el asunto.

Trabajar para KoKo me alejó de los ambientes alternativos en los que me había movido en los últimos tiempos, los artistas, los fotógrafos, los modistos.

Estos últimos eran el grupo más divertido, y mantuve cierta relación con ellos. El Estado Socialista les aceptaba por razones crematísticas: suponían divisas. Estaban organizados en un colectivo llamado *Chic, Charmant und Dauerhaft*, “Estilo, Encanto y

Resistencia”. Hacían desfiles de moda donde podían, iglesias abandonadas, casas de baños y teatros sin actividad desde la guerra mundial. Los modelos vestían trajes elaborados con bolsas de plástico para vísceras o para cadáveres, requisadas en los hospitales. También usaban como materia prima cortinas de baño, y celofán para envolver frutas para la exportación, un material precioso que alguien se encargaba también de requisar en las cooperativas agrícolas de la fértil llanura de Meckleburgo. La estética era *punk* o gótica, salpimentada de una sexualidad mórbida y agresiva.

Algunos de estos modistos trabajaban para la revista oficial femenina *Sibylle*, una burda copia de *Burda*, con patrones para vestidos no siempre posibles.

Este difícil cabalgamiento entre la grisura oficial, llena de falsas expectativas y falsos estímulos, y la opacidad de lo contracultural, era la mayor aventura de una minoría de jóvenes capaces de flotar, aunque fuera a la deriva, en el océano sin horizontes del *Sozialismus*. La mayoría de los jóvenes que sólo habían conocido la RDA, y que del pasado alemán tenían nociones exclusivamente ideologizadas, naufragaban en ese océano y se agarraban a salvavidas variopintos, como el alcohol, los deportes y la búsqueda de algún pariente que les enviara *valuta*, marcos o dólares desde el otro lado del Muro.

Llevaban una existencia intensa y voluntariamente anodina, muy parecida a los jóvenes de la RFA, pero sin lujos ni objetos de consumo con los que consolar su desazón. En ambos casos eran víctimas del mismo dilema: al principio se tomaban en serio las grandes expectativas que proclamaban las consignas o la publicidad, pero pronto se desengañaban de un Estado que carecía de méritos, es decir, formado por gentes mediocres que habían renunciado a su imaginación y a sus ilusiones. La diferencia es que en el Oeste podían gastar su dinero en caprichos y cosas superfluas.

Uno de los modistos alternativos me contó cierta experiencia iniciática suya en la escuela primaria. La profesora dibujó en la pizarra un árbol frondoso, pero muy inclinado hacia un lado (quizá, el derecho). A continuación explicó que el objetivo de su trabajo y del de todos los colectivos socialistas era forzar al árbol a crecer recto hacia arriba. Imagino que más de un maestrillo de la RFA podía haber largado el mismo cuento a sus alumnos, cambiando la inclinación del árbol y la denominación de la fuerza rectificadora.

La verdad es que después de un periodo de tránsito por estos ambientes, me había saciado de discursos alternativos y de actos vacíos. Por eso la KoKo me devolvió algo de ilusión. Hasta que la muerte de Olegario me situó en un callejón sin salida.

Mejor dicho, con una sola salida, la que estaba a mi espalda. Tenía que regresar. Y es lo que hice.

Como digo, el cuaderno de tapas azules escrito por mi padre contenía información que faltaba en las hojas mecanografiadas. Sin embargo, no fue sino tras la muerte de Agustina cuando descubrí que también faltaba otra cosa en el cuaderno.

Durante una visita al cementerio de la Almudena me llevé el cuaderno con intención de romperlo a trocitos y diseminarlo en torno a la tumba de mi madre. También llevaba un viejo *Tonband* ruso, un indestructible pero feo reproductor de *cassetes*. Iba a colocarlo sobre la tumba de mi madre (durante toda la vida había estado pagando a una sociedad funeraria para que la enterraran en el suelo, en lugar de colocar su cadáver en un nicho, como si fuera un pavo al horno) y a ponerlo en marcha. Me había llevado una cinta de Juanito Valderrama, que ella escuchaba para disipar su tristeza.

A mi alrededor había un oleaje encrespado de lápidas, cruces y otros símbolos de la Eternidad. Y también representaciones realistas, con seres humanos y animales vigilando el descanso eterno de los yacientes. El cielo de Madrid era de un azul desafiante. Desde la posición de la tumba de Agustina, en una elevación del oleaje mortuario, junto a uno de los muros de la Amudena, se veía al fondo el

perfil de la sierra del Guadarrama. Allí acudía yo durante mi juventud, a hacer marchas con el camarada Albalat al frente, cantando himnos energéticos, utopistas, amenazadores. Pisábamos los escenarios donde se habían celebrado batallas. Eso era lo que decía el camarada Albalat, que se habían “celebrado batallas” en las que héroes anónimos de todas las ideologías y religiones habían sacrificado su existencia por el bien de España. “Pisad con fuerza esta tierra que hace veinticinco años estuvo empapada de sangre, y sentid en vuestros pies la energía de la vida derramada por el bien de España.” Juro por la memoria de mi madre que yo sentía esa energía penetrar a través de la suela de mis botas hasta mis pies y subir por mis pantorrillas, mis rodillas, mis muslos hasta lo más profundo de mi vientre, donde vagaba hasta consumirse, como el miedo o el placer que nos invade en algunas ocasiones y se va disolviendo poco a poco en nuestros intestinos, o se convierte en una úlcera o en una hernia de hiato.

La voz de Valderrama emergió del *Tonband* con timbre metálico, entonando “Madre Hermosa”, de Rafael León y Quiroga. De pronto me eché a llorar sin mover un músculo, en pie, firmes como cuando cantábamos el “Cara al Sol” en el campamento de Covalada, o el *Auferstanden aus Ruinen*, “Alzándonos sobre las Ruinas”, el himno de la RDA, en *Alexanderplatz* todos los 7 de octubre.

En ese instante noté que más fragmentos de mi deteriorado Hombre Osmótico se dispersaban en el aire, como un espíritu cautivo liberado por su dueño. ¿Había sido yo el amo de aquella multitud de Hombres Osmóticos o habían reinado ellos en mi interior a lo largo de los años, sin ponerse jamás de acuerdo, tomando el poder uno, destituyéndolo otro, criticándose entre sí, enviándose al destierro, encarcelándose, acusándose de acción fraccionaria, de subversión, de radicalismo, de espionaje al servicio de la reacción o del bolchevismo?

Tras unos instantes de confusión, en los que el cementerio se borró de mi vista y me encontré flotando en un mar de cúmulo nimbos, sobre la sierra del Guadarrama, regresé al suelo, me senté en la lápida, tomé el cuaderno azul de Olegari y arranqué, al azar, una de las páginas.

En ese momento, me pareció escuchar la voz de Agustina, procedente más de los cúmulo nimbos que del subsuelo, advirtiéndome: “No has leído ese cuaderno”.

Paralicé mi gesto, y observé la hoja que tenía entre las manos. ¡Efectivamente! No lo había leído... al completo. Recordé que había ido saltándome párrafos y páginas, aburrido de aquel cuento de nunca acabar, fatigado por una narración rebosante de angustia. Y en aquella misma página abierta ante mis ojos estaba la

prueba. Era par y terminaba en un punto y aparte. Pero la página siguiente, impar, empezaba con una frase sin inicio. Volví hacia atrás y comprendí que a aquel cuaderno le faltaban hojas. Alguien las había arrancado.

¿Mi madre?

Regresé a casa a toda prisa, y la registré de arriba a abajo. No encontré más novedades que una cartilla de ahorros cancelada, y algunos recortes de periódicos de 1938 con fotos de la estancia de Agustina con la colonia de niños en Barcelona, en las que se destacaba su carita adolescente y una gorra sucia y ajada de miliciano con el símbolo de la FAI, que probablemente habría pertenecido a Olegario, todo ello enmarcado por un óvalo rojo hecho a lápiz.

¿Dónde estaban aquellas páginas del cuaderno azul? ¿Qué había escrito en ellas?

Salí a la calle de Alcalá y empecé a recorrerla hacia arriba con la mente en blanco. Al llegar a la plaza de Quintana, torcí hacia la izquierda. Bajé por Virgen del Sagrario hasta Virgen de Lluch. En la esquina me di cuenta de que había realizado uno de los recorridos de mi niñez, cuando iba de casa al colegio. Por las mañanas, caminaba por la calle de Alcalá, para empaparme de su agitación, del chirrido de las ruedas del tranvía en los rieles, de la multitud

presurosa que subía y bajaba de él. Por las tardes, variaba de itinerario. Me desviaba hacia el parque del Calero, entonces una ladera polvorienta de pinos raquíuticos entre el barrio de la Concepción y el de Quintana.

Pensé en los cuatro chavales de mi clase que teníamos derecho a sentirnos desgraciados. Y me acordé poco a poco de todos los demás, del fornido Carrión, de Cid el niño bien, del carnal Decimavilla, del resentido Caunedo, del impenetrable Ponce, de los empollones Gómez Contreras y de la Portilla, del tímido Quintás, del musculoso Masdeu, del indescifrable Palenzuela, del ocurrente Campos Lozano. ¿Qué habría sido de ellos? A veces me había asomado a la vida doméstica de alguno, y había descubierto con sorpresa que la desgracia no se cebó sólo en cuatro.

Del único que llegué a saber algo fue de Santos, el hijo de la limpiadora viuda, a través del periódico. Había respondido con violencia a la violencia de su desgracia. Se había convertido en un delincuente, al parecer un criminal adicto a las drogas, y había muerto en el asalto de la policía a un piso de camellos, defendiendo su integridad de huérfano agredido por la existencia, pistola en mano.

Karlheinz Schulze

Carta al Sr Juez (II)

Señor Juez, yo mismo me maravillo de cómo un plan irrealizable puede llevarse a cabo sin el más mínimo tropiezo. ¿Se encadenan una serie de casualidades que el cálculo estadístico considera despreciables, como la posibilidad de que a uno le caiga un meteorito en la cabeza en el mismo instante en que compra un décimo de lotería que luego resultará premiado con el gordo? ¿Existe un destino ajeno al marcado por la lucha de clases y otras leyes del materialismo histórico? ¿Tienen razón los idealistas reaccionarios, y habitan en algún lugar los dioses de la fortuna?

Usted conocerá el extraño disparate en el que estuvo involucrado el rey el pasado 14 de abril, que no llegó a mencionarse en los informativos audiovisuales, y ocupó una columna recóndita en página par de algunos diarios. Las noticias que se dieron fueron deliberadamente confusas, y el asunto se ha convertido en uno de esos arcanos oficiales semejantes a los expedientes OVNI. Voy a sacar para usted del cajón de los Sucesos Históricos Inexplicables ese archivo extravagante.

Yo le había dicho a Riedel que la banda de Alcalá de Chivert, compuesta por músicos rabiosamente republicanos y músicas radicalmente antimonárquicas, había sido invitada al acto de inauguración de “Arte y República”. No era cierto. Pero una vez comprometida mi palabra estaba obligado a convertir la mentira en verdad. Y me puse a ello.

Al proponer el disparate al director de la sucursal del banco organizador, vi que se le abrían los ojos. Se le ponían exactamente como dos plillos con un huevo frito de codorniz, tapas que acostumbro a tomar acompañando un jarro de cerveza fría en determinado bar de Vinaroz.

Pensé que Soler, apellido del individuo, iba a soltar una carcajada. Pero se levantó de un salto y exclamó: “¡Es una idea cojonuda! Ahora mismo llamo a mi primo y se la cuento.”

Lo hizo, señor juez, en mi presencia. Y la reacción del primo banquero debió de ser tan fulminante como la de Soler.

Quedaron en consultar a la Casa Real.

A los tres días, Soler vino a buscarme a la agencia. Yo atendía a un cliente con quien estaba a

punto de cerrar un negocio extraordinario, y le hice disimuladas señas de que esperara. Mi cliente lo percibió, no obstante, y giró la cabeza. Soler se acercó con una sonrisa de oreja a oreja (literalmente, señor Juez, no es una sobada figura retórica) y con un gesto de súplica irrechazable. Mi cliente se retiró unos centímetros de la mesa, cediendo un espacio al invasor, que soltó como quien se deshace de un secreto explosivo: “¡El rey ha aceptado!”

—¿Tienen ustedes negocios con el rey Juan Carlos? —preguntó mi cliente con interés.

—No, exactamente —respondí. Y le resumí el acontecimiento.

—Pero eso es algo excepcional —dijo el cliente—. Deben de tener ustedes un crédito muy alto para que la Casa Real acepte la presencia de una banda de republicanos en un acto oficial. Como usted sabe —se dirigió a mí— soy militar, y durante un tiempo estuve destinado en la Casa Real. Si ustedes me lo permiten, me puedo informar con mis compañeros de servicio con el rey y hacer de valedor suyo.

Pensé en Horst Riedel. Era un superviviente, un tipo de genio y fortuna. Sobre todo fortuna. Popularmente, “un tío con chorra”, expresión vulgar pero gráfica. Parte de esa chorra se me había contagiado. Me ganó la euforia, pero conseguí que no

me desbordara, porque en un profundo rincón de mi alma o de mi conciencia, se agazapaba una negra premonición. Para un materialista es algo desconcertante esa topología de las emociones. ¿Dónde se halla ese profundo rincón del alma, es decir, la conciencia? ¿Cuáles son sus dominios? ¿De qué está compuesto el inconsciente? ¿Por qué se sufre o se está alegre? ¿Por qué le estoy contando todas estas cosas que constituyen un fragmento infinitesimal de la historia humana, pero que me dejan a mí tan expuesto como un topo cegato en medio de una plaza pública, por ejemplo, la Cibeles de Madrid o *Alexanderplatz* de Berlín *Hauptstadt der DDR*?... Quizá porque haya decidido suicidarme.

Pensé en la misión del *Hauptverwaltung Aufklärung*, ahora ceñida a los intereses soviéticos, según me había dicho Riedel. Si mi operación salía bien, no querían prescindir de mí, y yo no me libraría de ese fardo que arrastra todo agente durmiente y que le quita el sueño. Dudas. Temores.

El trece de abril nos trasladamos a Madrid en autobús, Soler, un servidor y la banda de Alcalá de Chivert al completo, treinta y una personas, hombres y mujeres, chicos y chicas, con una inmensa bandera republicana. En las negociaciones con la Casa Real no se había hablado de la bandera, sólo de la interpretación del himno de Riego y a continuación del himno nacional. Durante el viaje se ventilaron

todas las coplas tabernarias que suelen emitirse y berrearse en las verbenas. Entramos en Madrid a última hora de la tarde. La mitad de la banda dormía agotada, la otra mitad fumaba y contaba chistes. Yo estaba tan nervioso que no podía disfrutar ni de la risa ni del reposo.

Pensaba obsesivamente en la parte oculta de la operación. Había contratado a través de un intermediario de fiar a tres delincuentes habituales, que llevarían a cabo un asalto suicida en las oficinas del banco, a cambio de una enorme suma que, honestamente, señor Juez, fue un farol de mi parte. Los escenarios de la operación, la sala de exposiciones y la oficina del banco se encontraban próximos, a unos cincuenta metros. La idea era que yo mismo sacara a Florian Kapellu de la inauguración, le llevara al banco y le metiera en el fregado. Los asaltantes, que habrían apresado como rehenes a los empleados de la sucursal, debían utilizar a Kapellu de mensajero, debido a su oficio y a su neutralidad nacional, para que acudiera a la prensa, debidamente reunida en la calle, en demanda de una audiencia real en la que solicitarían a su majestad unas reivindicaciones. Ni a mí ni al intermediario se nos había ocurrido nada. Todo nos parecía estúpido o vulgar, dinero, drogas, liberación de algún preso amigo de los asaltantes, mayor atención a los toxicómanos encarcelados... El día anterior al asalto nos reunimos bien entrada la noche en la chocolatería

de San Ginés. “¿De dónde son los tipos que has contratado?” “Dos catalanes y un valenciano” “Pues que reclamen la autodeterminación de los Países Catalanes” “No se lo creerá ni Dios”. “No hace falta que nadie se crea nada. La publicidad vende fantasías, y la gente las compra. Espérate a que se difunda, y verás el impacto que causa.” “Vale”, replicó meditabundo.

A la mañana siguiente, cuando me dirigía por mi cuenta (estaba harto de los músicos) a la sala de exposiciones, me preguntaba qué haría Kapellu al escuchar los argumentos de los asaltantes. Un océano de dudas se extendía ante mí, aunque lo que mis ojos veían era un atasco monumental de tráfico en la Castellana. ¿Realizarían su misión los tres delincuentes contratados, o llegarían tan cargados de droga y alcohol al banco que serían reducidos por los guardias jurados? ¿Controlarían la situación y llevarían a cabo el plan concebido o se saldrían por alguna tangente imprevisible? Estaba claro que, en cualquiera de los casos, se organizaría un buen escándalo. Lo único que me preocupaba era qué hacer para colocar a Kapellu en medio del fregado. No tenía ni idea, señor Juez.

La inauguración estaba prevista para mediodía. El rey llegaría minutos antes, sería paseado por la exposición en compañía del comisario, y luego se daría entrada a los invitados para la inauguración

oficial. La banda de Alcalá de Chivert tocaría los dos himnos, y luego amenizaría la velada, quiero decir la matinal, con melodías de los años treinta de aire zarzuelero pero también culto. El rey tenía que salir de allí a las doce y media, para cumplir con sus obligaciones reales (me sulfuro al escribir esto, señor Juez, soy un republicano convencido, qué es eso de obligaciones, si la agenda real es un continuo cachondeo) en otra parte. La señal que esperaban mis tres asaltantes mercenarios para entrar en acción era la interpretación del Himno de Riego. En ese momento yo tenía que trasladar a Kapellu al banco a toda costa, aunque fuera a punta de pistola o con una navaja pinchando sus riñones.

Me gusta planificar bien mis operaciones, señor Juez. Pero la experiencia me ha demostrado que una pizca de improvisación en un plan milimétrico garantiza el éxito. Al menos a mí, alemán por los cuatro costados, pero con un ángulo muerto por donde se cuele el genio mediterráneo.

Parte de mi planificación era que se organizara un barullo en la propia inauguración. Mi instrumento era la banda de Alcalá de Chivert. Durante el viaje alimenté el republicanismo de los hombres y el antimonarquismo de las mujeres con patrañas, enredos y chismes que removieron sus más turbias emociones. Luego me ocupé de sustraer todas las partituras preparadas para el concierto postinaugural y las

substituí por otras con el cancionero republicano de la guerra civil. Las únicas que no toqué fueron las del director. El follón estaba asegurado cuando el director sacara su primera partitura con música de Falla, Turina o Alonso, y los intérpretes prendieran de sus pinzas ante sus narices la tonadilla del “Paso del Ebro” o “Puente de los Franceses”. Después del desayuno me preocupé de que la mayoría de los músicos se tomaran unos chupitos energéticos. No tuve que convencer a nadie de los beneficios espirituosos, porque todos vieron en ello la mejor forma de calmar sus nervios. Llegaron a la sala de exposiciones contentos y revoltosos como niños.

Horst Riedel quiso que contara con un refuerzo extra. No pude resistirme, aunque desconfiaba de las habilidades del individuo en cuestión, un intelectual español a sueldo del servicio de inteligencia exterior de mi país, el HVA, conocido por *Cap-de-Canoa*.

Debo reseñar por último una falta mía. Se me pasó por alto un hecho en apariencia intrascendente. En el cercano Palacio de Congresos había una convención de falangistas de diversas tendencias que pretendían unificar sus fuerzas para presentar un frente electoral, ante la inminencia de una disolución de las Cortes. Sinceramente, señor Juez, no tenía ni idea de la reunión. Estaba fuera de mis planes... hasta que se metió en ellos como un toro furioso en un recreo infantil.

Florian Kapellu

Optimismo ingenuo

Desde que recibí las cartas de Giselle y de Peter a través de aquella misteriosa Lola, un sordo estupor se ha apoderado de mí. Ignoro qué mecanismo de mi cuerpo lo crea y lo mantiene, pero me ayuda a sobrellevar la incertidumbre y la angustia que me han producido aquellas noticias.

Oliver y yo nos hemos acercado a la sala de exposiciones días antes de la inauguración. Se me ha invitado inexplicablemente a ella, y mi jefe dice que no debo faltar. El agregado de Prensa de la embajada me confirma que el propio Horst Riedel le ha telefoneado desde Berlín para advertirle de la importancia del evento. En ello ve Oliver indicios inequívocos de la trampa. ¿Qué trampa?

No nos han dejado entrar en la exposición, que están terminando de montar, y se halla vigilada por policías, ante la visita del Jefe del Estado.

El edificio que alberga la sala de arte y el banco es una mole geométrica acristalada en negro. A mí me parece muy bella y solemne, pero sobre todo imponente. Si no fuera demagógico diría que el

Kapitalismus pretende dejar atónitos a los ciudadanos con este tipo de edificios. Lo mismo puede afirmarse del *Sozialismus*. La avenida de Karl Marx de Berlín es un despropósito que desata el sentido del humor del pueblo. De hecho, en mi país es objeto de comentarios jocosos de los que se ríen hasta los guardias de la *Volkspolizei*. ¿Se parecen ambos sistemas en sus más notorias imperfecciones o la debilidad por lo imponente es un defecto básicamente humano?

A la entrada me exigen la invitación, y me tachan de una lista de nombres que ocupa varios folios. Oliver se ha agenciado un tarjetón con su nombre a través de un exportador e importador millonario, también convidado, a quien conoce gracias a su trabajo comercial en KoKo.

En el interior vuelvo a tener la impresión de que todo ha sido diseñado para impresionar. La sala de exposiciones, sin embargo, es un lugar extraño, lleno de recovecos, subidas y bajadas aparentemente caprichosas, pero, según los pedagogos del arte, hecha a la medida de la educación estética. Nos lo informa a los periodistas en el hall de recepción una anfitriona con cara de hada, cuerpo de amazona y voz armoniosa con fuerte acento catalán. Los ciudadanos que penetren en la exposición tendrán que seguir un único camino amurallado. En las paredes cuelgan obras ejemplares de la historia del arte, en este caso del arte republicano español. Me pregunto si habrá

fotomontajes del profesor Renau, pero no oso interrumpir al hada anfitriona, que ha embalado su discurso porque el rey está a punto de llegar. Reparte unas hojas fotocopiadas y nos da a cada uno una bolsa de papel muy sólida con un catálogo y algunas chucherías de escritorio con el logo del banco. Las guardaré para mis hijos. Les volverán locos.

He perdido de vista a Oliver. El rey no llega, era una falsa alarma. Son las doce menos cinco. Tomo el catálogo de la bolsa, arranco sirviéndome de los dientes el celofán que lo envuelve y busco a Renau en el índice. Me interrumpe el rey, que emerge súbitamente en la puerta, franco y sonriente, tan seguro de sí mismo que parece un invitado más.

Juan Carlos I pasa a mi lado y me tiende la mano. Se la estrecho, perplejo y con cierta emoción. Es la primera vez que un jefe de Estado me saluda. Dudo que el camarada Honecker sepa quién soy yo. He estado varias veces a su lado en el *Palast der Republik*, y creo que ni se ha dado cuenta de que yo me encontraba allí. Por supuesto, jamás me ha dado la mano. Quizá el rey me haya tomado por una persona importante.

Por fin surge Oliver de la multitud. Se inclina sobre mi oreja y me susurra:

—Tenemos que encontrar a alguien que hable

español con acento alemán. Ese es nuestro hombre.

—¿Y si hay varios?

—Tendremos que hacer una selección y afinar el disparo.

—Oliver... Aquí sólo llevan armas los guardespaldas del rey.

—Menos cachondeo, Florian. No entiendo por qué estás tan relajado. Nos estamos jugando mucho. Sobre todo tú.

—Tienes razón. No sé lo qué me pasa. Es como si me hubiera tomado dos orfidales, y lo único que he bebido ha sido un café con leche y una magdalena. Me siento como en las gradas de un circo. ¡Qué curioso es todo!

—¡Busca al alemán!

Oliver desaparece. Me quedo solo. Mis colegas se han dispersado. El rey está recorriendo la exposición. Veo una banda de músicos al otro lado de la puerta de acceso. Algo pasa allí fuera. Parece que algunos de ellos y ciertos individuos con aspecto de policías forcejean con un largo palo. No, es una bandera. ¡Demonios! Una bandera española republicana. Ahora intervienen dos personas con aparente autoridad en cada uno de los bandos. Retiran

la bandera. Los músicos empiezan a entrar con sus instrumentos. Se colocan juntos a un lado de la recepción, entre lienzos de Benjamín Palencia, Rodríguez Luna, Pérez Mateos, Vázquez Díaz, Francisco Bores, Genaro Lahuerta, Miró, Picasso, Torres García, Maruja Mallo, y pequeñas esculturas de Gargallo, Alberto y Julio González. Se ha concentrado una multitud, y es imposible ver los cuadros. Sé que están ahí por el catálogo, que hojeo para distraerme. Todavía no sé si el profesor Renau está representado.

—*Herr* Florian Kapellu? —oigo una voz a mi lado, que me da tratamiento de “señor” en alemán.

Me vuelvo y veo a un hombre de unos cincuenta años, enjuto y de rostro ajado. Quizá ha dormido mal. Es más menudo que yo, moreno. Su cuerpo evidencia tensión. Huele a colonia de marca, y su aliento, a alcohol. Es raro, porque todavía no ha empezado el convite, y los camareros esperan muy estirados frente a los músicos, delante de unas mesas llenas de botellas y viandas en perfecto orden de batalla.

—¿Me permite presentarme? Soy Karlheinz Schulze. Trabajo para el gobierno de la RDA, igual que usted. Informo, pero de otras materias.

El tal Schulze tiene acento nórdico de

Schleswig Holstein, en la Alemania rica. Intuitivamente desconfío de él. Pero no puede ser el alemán que buscamos Oliver y yo, porque se me ha presentado abiertamente.

—¿Y qué hace usted aquí, camarada? —se me ocurre preguntarle con despreocupación.

Me mira con seriedad unos segundos y declara:

—Lo mismo que usted. Observo en silencio el desarrollo de la Historia.

Me pregunto si este hombre está borracho. Yo diría que ha pronunciado la palabra Historia, *Gesichte*. ¿O ha dicho *Gedichte*, poesía? No, no, ha dicho HISTORIA.

Veo a Oliver al otro lado de la multitud. Me hace muecas, gestos. No le entiendo. Me pica el brazo izquierdo, pero no me puedo rascar, porque tengo la mano derecha ocupada con la bolsa del catálogo. Regresa el rey de su paseo artístico. Le colocan ante un podio, saca unos papeles del bolsillo exterior izquierdo de su chaqueta, y los despliega. Se dispone a leer.

De pronto siento un extraño mareo. Tengo que apoyarme en el extravagante Schultze para no caermé. ¿Qué demonios me pasa? Escucho las palabras del rey, pero me suenan como si las pronunciara una

persona con la boca llena de piedrecitas. Sacudo la cabeza.

—¿Se encuentra usted bien? —me pregunta el observador de la Historia—. ¿Quiere que le acompañe fuera?

—¡Por nada del mundo! —le digo, y me aparto de él.

Al moverme con torpeza, le empujo sin querer, el tipo recula unos pasos hasta la primera fila de músicos, y está a punto de derribar a un trombón de varas, que le monta un pollo. Me voy recuperando del mareo y me alejo como puedo de allí. Schulze no me gusta nada. De pronto me veo ante *Cap-de-Canoa*. ¡Es sorprendente! Me tiende la mano, pero se cruza entre nosotros una mujer gorda y enjoyada, que recibe una bofetada en el costado. La mujer se tambalea y cae al suelo al cabo de unos segundos. *Cap-de-Canoa* se vuelve y escapa, corriendo. Esa es la impresión que da: huye. ¡Esto es insólito! Se organiza un pequeño revuelo para atender a la mujer desmayada.

El rey ha terminado de hablar. Me entero porque escucho aplausos. A continuación suena el himno de Riego. Algunos invitados se ponen rígidos, otros, en posición de firmes. Karlheinz Schulze se aproxima a mí con una sonrisa cadavérica. Me abro paso y me alejo de él, no sé por qué. De pronto me

veo ante Oliver. Me rodea de una zancada y se encara con Schulze, que nos ha alcanzado.

—¡Schulze! ¡Váyase ahora mismo o le denuncio! —grita Oliver.

¡Conoce al tipo!

Ha terminado el himno de Riego. Ahora suena el himno nacional. El rey se pone en posición de firmes, así como algunos militares que le acompañan. O me he vuelto a marear o el himno suena desafinado.

Schulze intenta cogermelo del brazo. Oliver se lo impide. Forcejean.

Schulze dice casi a gritos, para elevar su voz sobre la música estridente:

—Florian Kapellu. Debe usted salir a la calle. Su padre le espera. Pero no tiene mucho tiempo. Si tarda, se acabará marchando.

Un impulso irracional me lanza en dirección a la salida. Las fuerzas siguen flaqueándome, pero me sobrepongo. Oliver me acompaña, se interpone entre Schulze y yo. Le dice en español:

—No se te ocurra intentar ningún truquito de 007 porque me lío a hostias y acabamos los dos en la comisaría.

En la calle hay un pelotón de curiosos que esperan la salida del rey para jalearle, me figuro. Se escucha un concierto dodecafónico de bocinazos. El tránsito en la Castellana es un naufragio.

Karlheinz Schulze

Carta al Sr Juez (III)

Todo al revés

Conseguí sacar de la exposición a Florian Kapellu, señor Juez. Pero con ese español al servicio del aparato comercial de la RDA pegado a nosotros como una carabina. Conocía a Oliver, ese es su nombre, de muy lejos. Quiero decir que sabía de su existencia y de su compromiso con mi propio bando. De una forma o de otra, los agentes en el extranjero acabamos detectándonos. Por eso me extrañó tanto que estuviera haciendo de escudo de Florian en una misión en la que su aliado era yo. ¿Había pasado algo que yo no supiera? En la inauguración vi a *Cap-de-Canoa* acercándose a mi presa, pero de súbito se había puesto en fuga. ¿Tenía instrucciones especiales de Riedel que yo no conocía? ¿Estaba jugando Riedel conmigo? ¿Por qué?

No tenía más remedio que ignorar mis suspicacias, mis paranoias, y seguir con la ejecución de mi plan.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó Kapellu.

—Nos espera en el banco —contesté señalando con el brazo.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Oliver.

—¿Por qué ha de serlo? —replicó Kapellu—. Bastante absurdo es que resucite después de quince años.

Nos pusimos en marcha hacia mi objetivo. El corazón saltaba en mi pecho como el de un adolescente en su primera aventura erótica. Media docena de personas parecían hacer guardia a la puerta. La empujamos, pero no se abrió. Temí que los asaltantes la hubieran cerrado. Se apoderó de mí una oleada de rabia. ¡Esos idiotas habían metido la pata! ¡Por qué había contratado a drogodependientes! Porque no tenía otro remedio, señor Juez. Hice un esfuerzo por relajarme y, aunque esto parezca contradictorio, lo conseguí. Pegué la cara al cristal, escudriñando el interior del banco. El vidrio era oscuro y casi opaco. No veía nada.

—Lo han cerrado hasta que se vaya el rey. No se puede entrar, señor.

Me volví como un resorte mecánico hacia la voz que había pronunciado esa terrible sentencia. Estaba seguro de que pertenecía a uno de mis secuestradores contratados. Emitía las vibraciones del colgado.

—¡Cómo dice!

—Que hemos intentado pasar hace un cuarto de hora, pero ya estaba cerrada. Dicen que abrirán

cuando se vaya el rey.

—¿Quién coño lo dice? —grité exasperado.

—Un segurata que se ha asomado.

Estaba tan rabioso por el fracaso de la operación, que me importaba todo un rábano. Mejor dicho, intuitivamente percibí que la evitación de mi ruina era crear un desafuero en la vía pública e implicar a Kapellu, aunque Oliver y yo mismo acabáramos también en la comisaría.

—¿Que se ha asomado un segurata? ¿Y qué pasa, que iba con la pistola en la mano? —desafié a mi interlocutor. Tenía que ser uno de los míos, porque había otros dos de su aspecto flanqueándole.

—Sí, señor —dijo uno de ellos.

—¡Pues tendremos que hacer algo! ¡Aquí mismo, digo! ¿No? ¡Muévanse, coño!

—Mire señor, puede que seamos unos *colgaos*, *tiraos* y *infectaos* de sida, pero no estamos locos. Esto está lleno de maderos. En cuanto vean un arma nos fríen a tiros.

—¿De qué estáis hablando? —intervino de muy mal genio Oliver.

Kapellu se mantenía al margen, sin duda

afectado por el pinchazo de narcótico que yo le había administrado y que, incomprensiblemente, había causado poco efecto.

—*De na* -, contestó uno de los *colgaos tiraos*.

Los tres se dieron media vuelta y echaron a andar en dirección a la plaza de Castilla.

Entonces fue cuando empezó el follón del que los diarios y la televisión dieron esa información absurda: “Un periodista de la Alemania Oriental (otros dijeron de la Alemania Comunista) protege al Rey Juan Carlos en medio de una batalla campal entre dos bandas de radicales políticos, a la salida de una inauguración de pintura en la avenida de la Castellana en Madrid.”

Le juro, señor Juez, que yo no tuve nada que ver en el asunto. ¡Pero me salió bien! ¡Conseguí lo que me había propuesto! Kapellu salió en los papeles. Su padre Rudi, donde quiera que estuviese, terminaría apareciendo.

Y eso es lo peor que puede pasarle a Florian, señor Juez. Tal es la razón de este testimonio, protegerle. Porque a la hora de mi muerte, quiero tener mi conciencia limpia. Ignoro si existe el Infierno. No sé si cuando uno se priva de la propia vida tiene derecho a un trozo de Cielo o no, según dicen los cristianos. Pero ahora ya puedo suicidarme en paz.

¡Viva el *Sozialismus*! Noviembre de 1989.
Karlheinz Schulze.

Florian Kapellu

Vestigios de piedras

No entiendo lo que está pasando a la puerta de este banco. ¿Está mi padre ahí dentro? ¿Se ha quedado encerrado involuntariamente, porque ignoraba que la presencia del rey le iba a inmovilizar? ¿Forma todo esto parte de una trama de espionaje con un objetivo desconocido para mí, en el que mi padre está involucrado, como agente internacional? ¿Estoy soñando una película de espías? Los escenarios de la guerra fría están en Berlín, en Moscú y en Washington, no en Madrid. Se me vienen a la cabeza escenas de la película de Hitchcock *Cortina Rasgada*, que he visto en la televisión el otro día. ¡Qué poca vergüenza la de Hollywood! La RDA mostrada es una caricatura. Si estuviera en mi mano, permitiría que la película se exhibiera en las salas de mi país para que todos pudieran ver las manipulaciones del *Imperialismus*. Pero los que toman las decisiones en la RDA deben de estar tan trastornados como los que producen cine en Hollywood.

El propio camarada Honecker tuvo que intervenir para que *Die Legende von Paul and Paula*, una historia de amor, sufrimiento y resignación, pudiera distribuirse en el país donde se había

producido. Según Oliver, era una réplica de *Love Story*, que yo no he podido ni me interesa ver. *Die Legende von Paul and Paula* es un melodrama del Este. ¿Qué resonancias políticas encontraron los censores en para intentar prohibirla? Lo curioso es que gracias a la película, los *Puhdys* se hicieron famosos. Habían compuesto cuatro de las melodías. Tres millones de personas vimos el melodrama. ¿Qué había de políticamente incorrecto en él? Sólo era un melodrama.

Igual que *Spur der Steine*, “Vestigios de piedras”. Un melodrama político, en este caso, con un título casi metafísico, muy alemán. Una banda de obreros corruptos que quieren estafar al Estado. Un trío amoroso de delincuentes. El fracaso de los corruptos y el fracaso del triángulo amoroso. El triunfo de “el partido”, sin definiciones ideológicas. ¡Pero los censores se empeñaron en que “el partido” tenía que ser explícitamente el *Sozialistische Partei Deutschlands!* ¡Estúpidos! La película sólo se proyectó tres días. No pude verla, aunque he oído hablar de ella a mucha gente. Es una leyenda. A lo mejor es un “pestiño”, como dicen aquí. Creo que Manfred Krug hace una interpretación buenísima del capataz corrupto, y Krystyna Stypulkowska está maravillosa en el papel de la aparejadora ambiciosa.

Me preocupa la estrechez mental de tantos camaradas con responsabilidad. ¿Qué temen?

¡Ah! Veo que sale el rey. Oliver, el tal Schulze y yo nos desplazamos hacia la puerta de la exposición. Está repleta de gente. Una verdadera multitud. Gritan y rodean al rey. Los guardaespaldas parecen protegerle, como si el público fuera a agredirle. Pero no veo esa intención. No pueden abrirse paso, porque la multitud es cada vez más compacta. Oigo algo de “traición” y vivas a Falange, el partido fascista español. Deben de ser lo que aquí llaman “fachas”. ¡Demonios, son muchos! El tránsito en la Castellana es una masa sólida. Nada se mueve. El coche del rey está inmovilizado en el lateral. Creo que los guardaespaldas intentan meter en él a Juan Carlos. No, ahora se han vuelto hacia la puerta de la exposición. Sin duda quieren protegerle en el interior.

¡Diablos! Es imposible entrar. Está saliendo en tromba un grupo de personas. ¡Los músicos! ¡Y salen tocando sus instrumentos! Esto parece una película de risa. ¡Qué ingenio el de la lengua española! Hay cosas que son “de risa”. Esto, por ejemplo. Tengo unas ganas tremendas de reír.

Me suena la tonadilla de los músicos. Es “El paso del Ebro”, una copla de la guerra civil.

El rey está emparedado entre los músicos y los falangistas. Los extremos de ambos semicírculos se tocan. Se tocan y se “endiñan”, se golpean, ¿no es eso lo que quiere decir “endiñarse”? Suenan gritos: ¡rojos

y fascistas! El rey sigue impertérrito, rodeado de sus guardaespaldas.

De pronto surge tras de mí un grupo de policías nacionales. Esgrimen porras. Avanzan a ciegas. Saben a dónde van, pero no parecen tener muy claro qué hacer. Me arrastran. Voy delante de ellos como un muñeco empujado por una máquina quitanieves. No puedo resistirme. La risa me desborda, empiezo a soltar carcajadas, con los brazos extendidos, apartando a la gente, empujado por la cuña de guardias de la porra.

A la gresca entre músicos rojos y falangistas sin instrumentos se suman los policías. De pronto me veo ante el rey. Los guardaespaldas no saben qué hacer. Les deben sorprender mis carcajadas. Me sujetan, pero las oleadas multitudinarias producidas por el alboroto, me lanzan hacia don Juan Carlos. Me veo abrazado a él. A nuestro alrededor vibran las porras. La risa se me va de golpe. No sé cuánto tiempo pasa. Voy recuperando la energía que se me había escapado misteriosamente, y la conciencia de dónde estoy. El círculo en torno al rey se abre. Nos separamos. Don Juan Carlos me da la mano y las gracias, ignoro por qué. Los guardaespaldas le empujan hacia el interior del edificio impresionante de cristales. Se me acerca Oliver. Un militar se une a nosotros.

—Su majestad le está muy agradecido por la

protección que usted le ha dado. Quiere saber su nombre e invitarle a una audiencia privada en la Zarzuela.

Vienen periodistas. Me preguntan también por mi nombre. Todo esto es absurdo.

—Kapellu, Florian Kapellu. Es corresponsal de la Agencia de Noticias de la Alemania Democrática —escucho al tal Schulze gritar a los cuatro vientos.

Los periodistas apuntan, mientras el tal Schulze deletrea mi apellido.

Oliver

Arrop i tallaetes

Después de veinticinco años, me encontré con Moreno, uno de los más desgraciados compañeros de clase del Obispo Perelló. Ése que suspendía todas las asignaturas y vivía con su padre, un viudo alcoholizado que le ignoraba. Moreno, un chaval en el que todos veíamos rasgos de subnormalidad.

En realidad él me encontró a mí. Fue después del alboroto en la Castellana, que convirtió a Florian Kapellu en un hombre célebre en los círculos mediáticos.

Se me aproximó un tipo en traje de chaqueta cortado a medida, alto, de abundante pelo rubio y ojos azules que me escrutaban con brusca intensidad. Yo estaba despidiendo a Florian, y al ver al hombre elegante que se dirigía a mí, penetrándome con la mirada, me puse en guardia.

—Perdóneme... ¿Usted no será... García, Julián García?

Me sorprendió esa fórmula de mi nombre, que fue así mientras viví en España. Al trasladarme a la RDA empecé a ser Julián Micó García. Me inscribí

así en el consulado español de Berlín.

—¿Y si lo fuera?

—Yo soy Eduardo Moreno... Y hemos sido compañeros de colegio, en el Obispo Perelló.

Mis suspicacias se evaporaron de golpe.

—¡Moreno! ¡Cómo es posible!

—Lo mismo me dijo un día Aguirrebengoa, ¿te acuerdas de él?, uno navarro, hijo de un guardia. Vino al banco a retirar un cheque, y salí a saludarle. Le parecía imposible que el tonto de la clase fuera director de banco.

—¿De este banco? —pregunté para ganar tiempo y consolidar la novedad en mi cabeza.

—De esta oficina. Efectivamente.

—Te felicito.

—Mucho me ha costado llegar aquí. Sobre todo un tratamiento terapéutico de años, hasta que superé mi sentimiento de nulidad. ¡Pero aquí me tienes!

Me daba cuenta de que el hombre estaba aprovechando el casual encuentro para redimirse, y me pareció un acto de generosidad colaborar. Estuvimos hablando unos minutos, contándonos

nuestras vidas, es decir, los episodios memorables y admirables del currículo. Y cuando parecía que la conversación había dado de sí y yo estaba a punto de tenderle la mano para despedirme, me cogió del brazo.

—Ven conmigo dentro, tengo algo para ti que quizá te sorprenda.

—¿Algo para mí?

—Lleva cinco años en una caja fuerte. Y el contrato dura diez años... A no ser que aparezca el propietario, un tal Julián García Fontán. Lo depositó Agustina García Fontán, que desde entonces no ha dado señales de vida. ¿Tu madre es Agustina García Fontán, verdad?

—Era. Murió hace tres años.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo empujándome al interior del banco—. La caja fuerte está a nombre de los dos, de tu madre y tuyo. Al contratarla, tu madre trajo una fotocopia de tu carnet de identidad y tu firma en el formulario. Ayer estuve repasando datos de las cajas de seguridad depositadas aquí y vi tu foto del DNI. Ha sido una casualidad extraordinaria que hoy aparecieras por aquí. ¡Menudo follón! No sé qué ha pasado. Me enteraré mañana en los periódicos.

¡Plaff!

En la misma puerta de cristal translúcido, fulminado por un rayo imperceptible, Moreno se derrumbó. Quedó despatarrado en el suelo reluciente de su soberbio banco, justo tras el umbral de entrada al patio de operaciones, lejos aún de las ventanillas de caja y de las mesas de atención al público, pero muy cerca de una gruesa estantería de propaganda financiera, con el brazo izquierdo extendido hacia ella, como señalándola en la hora de su fallecimiento.

Porque, según todas las apariencias, aquel individuo estaba muerto.

Sin embargo, por un instante me figuré que era una pantomima, el epílogo de una farsa que alguien había concebido para desconcertarme. La presencia de Hombres Osmóticos en mi cabeza fomenta una tendencia paranoica.

Después de unos segundos, me incliné sobre él, y observé un rictus de agonía en sus labios y contracciones espasmódicas en la mandíbula y el entrecejo. Con lenta cautela, llegaron hasta mí varios clientes y empleados. Repitieron mi gesto de observación al caído, y se agacharon luego a mi lado. Ninguno sabía qué hacer. Quise gritar, “¡Un médico!”, pero me pareció un acto teatral y me contuve. Con el tercer ojo, miraba al grupo de

personas en torno al fulminado, y me vi componiendo un cuadro vivo, de esos que se pusieron de moda en el siglo XVIII entre la nobleza, representaciones fidelísimas de lienzos famosos de Rembrandt, de Velázquez, de Poussin. La sospecha de una farsa se mantenía alerta en mi cabeza.

“Ha sufrido un síncope”. “Le ha dado un infarto”. “Es un aneurisma.” “Que venga una ambulancia”, murmuraban las bocas de los farsantes. “No hay nada que hacer ya, se ha muerto.”

Lo dijo uno que se atrevió a ponerle la mano en el cuello buscando el pulso.

Me levanté con mucha discreción y retrocedí unos pasos. Miré a mi alrededor. De pronto me entró pánico, empecé a sudar. Si seguía allí, parado y aturdido, acabaría derrumbándome junto al difunto. En dos zancadas gané la calle. Aspiré hondo, contuve al aire y lo expulsé poco a poco por la boca.

El eco machacón de la idea de una farsa resonaba en mí, mientras me acercaba a la parada del autobús con intención de subirme al primero que pasara y alejarme de allí.

Una farsa, no. Pero sí un complot. Había visto con toda claridad cómo Schultze inyectaba a Florian un narcótico, mediante uno de esos mecanismos diabólicos fabricados en los talleres de la STASI de

Berlín, un bolígrafo o una pluma, creo, aunque algo había fallado. Y luego, *Cap-de-Canoa* había hecho un intento parecido, que también le salió mal, y se lo endilgó a una gorda. ¿Estaba alguien buscando mi perdición? ¿Querían neutralizarme o matarme, y habían errado el blanco? ¿Por qué quería alguien eliminarme? No podían haberse enterado de mi decisión de ayudar a Florian. Yo no lo había comentado ni siquiera con Rosa, y los pasos que había dado con ese objetivo habían sido prudentes. Pero había saltado por encima de la línea de la traición, y ahora me encontraba del otro lado.

Podía dar por finiquitada mi colaboración con KoKo. Debía iniciar una nueva etapa profesional, lejos de la órbita del *Sozialismus*. Regresar a la órbita del *Kapitalismus*, o vivir de los dividendos de las certeras inversiones bursátiles de Agustina, algo cada día más complicado, porque la Bolsa atravesaba una mala racha, y yo había vendido algunos de los valores más saneados para comprar mi apartamento de la Ciudad Lineal de Madrid.

No esperaba ampararme en la empresa de mi suegro, con quien había firmado un acuerdo según el cual jamás intervendría en sus negocios, si no era con propuestas externas, es decir, como cliente o intermediario.

Mi suegro. Mi mujer. Rosa.

Conocí a Rosa en el momento apropiado. De haberme encontrado antes con ella, acaso tras un revolcón en un hotel con encanto, la habría olvidado en cosa de horas. Si hubiéramos tropezado uno con otro algo más tarde, quizá no habríamos intercambiado más que unas palabras de disculpa.

Fue en Madrid, en marzo de 1986, en no sé qué rara feria tecnológica sin difusión pública, para contados especialistas e inversores, en la que se vendían a precio altísimo ciertos programas informáticos, imprescindibles para la puesta al día de determinados procesos de producción en la renqueante industria socialista. Esta tecnología estaba vetada a la RDA, y la conseguíamos a través de intermediarios. En este caso era un exportador de agrios y de vino a los países del Este, un valenciano robusto, cargado de espaldas, de cabeza diminuta y cráneo calvo, que a mí me recordaba a un armadillo. Se llamaba Amorós. Era un hombre formal, casi ceremonioso, en el que se podía confiar. Con él habíamos realizado algunos buenos negocios, con pingües beneficios para él.

Yo le esperaba en una habitación del hotel Villamagna, oculto a la curiosidad de los feriantes, que podían reconocerme como un agente comercial del Este.

Estaba tendido en la cama, atento a un debate sobre el inminente referéndum acerca de la permanencia de España en la OTAN, cuando sonaron unos discretos golpes en la puerta.

Era Amorós. Me traía buenas noticias. Para rematar el negocio, había invitado al vendedor de *software* a una fiesta privada donde podría dar rienda suelta a sus fantasías eróticas. “El problema es que he quedado en acompañar a mi hija al teatro. Quiere ver a *Els Joglars*. Dice que ahora se meten con Francia, una obra sobre la Revolución Francesa o algo así. Si te parece bien, la llamo ahora mismo desde aquí y la acompaño. Es la mejor solución, ¿no?”

Soler era viudo. Me pareció una buena solución para ambos. La obra era “Los virtuosos de Fontainebleau”, y no trataba de la Revolución Francesa, sino de la incorporación de España a Europa, representada por la enemiga de siempre, Francia, en unos músicos pedantes, a quienes Europa envía para calmar a las fieras hispánicas. Bajé dos pisos del Villamagna para recoger a Rosa Amorós, a quien apenas conocía. Tenía algunos años menos que yo. Era viuda desde hacía poco, para alivio de su padre. Sin hijos. El marido, un motorista intrépido, se había precipitado con la máquina al mar Mediterráneo por un acantilado. Rosa había heredado la robustez del señor Amorós, aunque no era una mujer gorda. Lo que más llamaba la atención de ella era la inexpresividad

de su rostro, a pesar de la perfección de sus rasgos, como esculpidos en mármol, con un golpecito de gubia en el mentón, partido en dos por un hoyuelo. Pensé que la desgracia de su marido la había provisto de alguna armadura emocional que se manifestaba en la cara. A pesar de su juventud, dos livianas bolsas colgaban de sus ojos castaños.

Las pupilas de Rosa no solían tener brillo, al menos las veces que nos habíamos saludado. Sin embargo, al abrirme la puerta de su habitación me encontré con una muchacha sonriente y de mirada chispeante. Dijo que *Els Joglars* la apasionaban. Confesó que se alegraba de que su padre tuviera aquella reunión inexcusable, porque quería hablar de teatro con alguien sensible “al fenómeno dramático”. Algo debía haberle dicho yo sobre mi educación teatral en Berlín en las escasas ocasiones que nos habíamos visto. Intenté acordarme, pero el esfuerzo fue en vano. Pensé si le habría contado algún cuento sobre el *Deutsche Theater* o el *Berliner Ensemble*.

En el teatro ocurrió algo sorprendente. Antes de la representación, del público surgieron gritos aislados de “¡OTAN no! ¡Bases fuera!”, que poco a poco se contagiaron a una desafiante multitud. La causa era la entrada de Felipe González en el anfiteatro del Centro Cultural de la Villa. Hasta que se sentó en su butaca de la primera fila, acompañado del ministro de Cultura, Javier Solana, y de individuos que tanto

podían ser amigos de los dos personajes como guardaespaldas, no cesaron los abucheos. Desde nuestra posición podíamos ver la cara de circunstancias de González, que agachaba la cabeza para hablar con Solana, mientras éste estiraba el cuello como un avestruz. Entonces distinguí el perfil sarraceno, de barba leninista, de *Cap-de-Canoa*, uno de los asesores de Cultura. Se me ocurrió que podía impresionar a Rosa, bajando hasta la primera fila y presentándole a alguien cercano al ministro, que quizá nos permitiera saludar a Solana y, quien sabe, al mismo Felipe González, pero rechacé la idea porque no estaba el horno para esos bollos oportunistas.

Aquella noche pude haberme acostado con Rosa. Pero ni ella me invitó ni yo hice el menor asomo de proponérselo. Me encaminé a mi habitación con la satisfacción de que aquello podía haber ocurrido.

Dos veces más fuimos juntos al teatro aquella semana de Festival de Primavera en Madrid. Una, a ver al *Teatre Lliure* de Barcelona representando en el María Guerrero “Fulgur y muerte de Joaquín Murrieta”, de Pablo Neruda, en catalán, algo que me pareció delirante, pero que divirtió a Rosa, que entendía mejor que yo la lengua impostada e impuesta. Tampoco dormimos juntos. En ambas salidas, los ojos de Rosa siguieron brillando.

Luego ella volvió a Valencia y yo a mi casa. Mi intervención en aquel negocio del programa informático había sido excepcional. Desde la muerte de Agustina me había desvinculado casi por completo de KoKo, y vivía de la fortuna en valores acumulada por mi madre a lo largo de su existencia. Había invertido ella tan bien, que las sacudidas bursátiles no le habían afectado. Nunca quise preguntarle quién la aconsejaba, temí descubrir algo que no deseaba saber.

En mayo viajé a Valencia, convocado por Amorós, que quería proponerme un negocio sorprendente. Me llevó a comer a un restaurante escondido entre las montañas alicantinas más próximas a la costa, creo que un lugar llamado el *Coll de Rates*. Al salir de Valencia en su *Bentley Mulsane* rojo con tapicería de piel y salpicadero de madera, me advirtió que me contaría la propuesta durante la comida, y que disfrutara del paisaje, cuyos atractivos fue comentando a medida que entrábamos en los vallecitos de la Marina Alta, con sus aldeas morunas, sus bancales de almendros, olivos o cerezos.

—Rosa me pidió este coche para su boda, y se lo negué. Tuvo que alquilar un viejo *Rolls*. Lo pagué yo, naturalmente. Pero no quería ceder mi coche favorito para un acontecimiento al que me opuse, aunque no pude hacer nada por evitarlo. Aquel tipo descerebrado y sin otro oficio que el motociclismo y la fotografía de moda había sorbido el seso de mi hija.

Te aseguro que si el individuo hubiera sido un *cap de suro* sin un palmo de tierra donde caerse muerto, habría hecho lo imposible por impedir la boda, pero era hijo de una familia muy bien situada, y resistirme me habría creado un conflicto de intereses comerciales. La verdad es que su muerte ha dejado a mi hija en una excelente posición. Pero me alegra que Rosa siga acudiendo a la oficina a despachar las exportaciones y las importaciones...

El tono en el que dijo esto último no fue de satisfacción, estaba trufado de ecos sombríos.

Surgió la explicación aplazada en la terraza del restaurante del *Coll de Rates*, ante una vista postal del Mediterráneo, al fondo de una sucesión de montes y valles iluminados por un sol que habría cegado el genio de los pintores románticos alemanes, habituados a la penumbra nórdica.

—Rosa está pensando en marcharse al extranjero. Dice que Valencia la oprime. Es algo asombroso, porque la he educado en el afecto a esta bendita tierra. Desde que era niña la apunté a la Falla Exposición. En 1975 fue Fallera Mayor Infantil. Era una niña feliz... Y ahora odia las Fallas, odia Valencia... Supongo que la muerte del artista que se casó con ella la habrá afectado... No acostumbro a controlar a mi hija, pero sospecho que desde que se quedó viuda (por cierto, no le menciones jamás esa

palabra, porque le pone frenética) no ha tenido ninguna aventura.

Amorós hablaba echándome vistazos, dirigiéndose casi siempre al paisaje. Al detener su discurso, clavó los ojos en mí.

—Sé que habéis salido en Madrid. Me lo ha contado ella. Y al hablar de ti, le brillan las pupilas... Quería preguntarte, qué impresión te ha producido mi hija, Oliver.

—Haces que me sienta acorralado.

—¡No, por favor! Sólo soy un padre apurado por la felicidad de su única hija.

—Rosa es una mujer atractiva.

—Lo sé. Busco otra respuesta, Oliver...

—No puedo dártela... ¿Me estás vendiendo a Rosa?

Era consciente de la carga ofensiva de mi pregunta. Deseaba conocer la reacción de Amorós.

—¡No! Estúpido. ¡Cómo se te ocurre esa idea!

—Soy un Hombre Osmótico.

—¡Déjate de gilipolleces! Por favor... Me has

decepcionado. Estoy perdiendo el tiempo contigo.

—Soy un Hombre Osmótico, Amorós. Los rusos me entrenaron para serlo. Puedo asomarme a la conciencia de mis interlocutores. Antes lo hacía a diario. Pero acabó pareciéndome una temeridad. Me ha costado un gran esfuerzo abandonar ese hábito, te lo juro. Pero en ocasiones salta sobre mí como un tigre al acecho. Me coge descuidado. Como ahora mismo.

Pareció calmarse.

—¿Eso es telepatía?

—No exactamente.

—¿Un mentalista? ¿Me estás diciendo que eres un mentalista?

—Supongo que si me quedara sin trabajo, buscaría empleo en un circo. Sí.

—¿Has curioseado en la mente de mi hija? ¿Lo has hecho?

La pregunta de Amorós contenía más ansiedad que ira.

—No. Me resistiré siempre. Pero si quieres que me case con tu hija, te pido que me digas tus condiciones.

—¿Lo harías, Oliver? ¿Te casarías con Rosa... por conveniencia?

—¿Por qué si no me lo estás proponiendo?

—¡Yo no he propuesto nada!

—Está bien. Pasemos a otro tema. ¿Qué tal tu contrato de exportación de cítricos a la RDA? Se cumple pronto y necesitas renovarlo, ¿verdad?

—¡No quiero hablar de negocios!

—Pero yo, sí. Amorós.

—Está bien. Te daría una dote de cincuenta millones en efectivo, diez por ciento de participación en mis empresas, y el piso de la Pagoda, que vale una fortuna.

—Amorós... Voy a serte sincero. Tu hija me atrae. Pero no tengo ninguna intención de casarme. Con nadie.

Di un bocado a una substancia oscura que habían traído en un plato. Me supo a melaza, dulcísima hasta el empalago. Le llamaban *arrop i tallaes*, arrope y cortaditas.

—¿Por qué se casa la gente, Oliver? ¿Por qué me casé yo con Vicenta? Nos gustábamos. Pero no tanto como para crear un hogar, o una familia, o lo

que demonios se forma cuando uno se casa. Yo me había acostumbrado a una vida sin compromisos. Y Vicenta era una chica sin otra perspectiva que el matrimonio. Pero tampoco le gustaba. Sin embargo, ¿qué iba a hacer? ¿Opositar a una cátedra de literatura en un instituto, y ser una profesora “machucha”?... Soltera, “machucha” quiere decir solterona —explicó al ver la cara que yo ponía—. Enseñar le gustaba menos que ser ama de casa. Los dos estábamos en un callejón sin salida. Un día me pregunté, ¿valdrá la pena casarse, acostarse cada noche con la misma mujer y echar polvos regularmente con ella? ¿Y si es una pacata? El camino que yo me había vedado a mí mismo era el del adulterio, el de mantener una querida o dos o las que fueran. Odiaba ese comportamiento de mi padre. Pero yo no era un tipo sin instintos. ¿Qué iba a hacer si fallaba mi matrimonio o si Vicenta le tenía miedo al sexo?... ¿Sabes qué hice? Se lo pregunté. A ella, a Vicenta. Su respuesta fue la llave para nuestro matrimonio. Ni ella ni yo sabíamos qué iba a ser de nosotros una vez casados. Tampoco sabíamos si estábamos enamorados. Probablemente, no. Al menos según la idea del enamoramiento que se tiene por ahí. Nunca me he fiado de las primeras impresiones. Además, tuve experiencias muy didácticas, me encapriché con un par de chicas de muy buena familia, dos perfectas idiotas. Vicenta no era una idiota. Nos casamos por conveniencia, Oliver. Por pura conveniencia. Y funcionó.

—Tu caso es un ejemplo de doctrina marxista.

—Me consuela mucho saberlo.

—Amorós. Te propongo una cosa. Hablaré con Rosa, con la misma sinceridad y honestidad que tú lo hiciste con tu mujer. Pero si ella acepta casarse, el matrimonio será con separación de bienes, y sin dote. Y el piso de la Pagoda seguirá a nombre de tu hija.

Amorós se levantó y me abrazó. Confieso que yo también me emocioné. Y me alegré de poder enviar a mi Hombre Osmótico una vez más al infierno. Saboreé otro trozo de *arrop i tallaetes*.

Peter Kapellu

***Wir sind das Volk* (Nosotros somos el pueblo)**

A finales de abril, apareció en Leipzig tío Horst. Me preguntó si sabía algo de Florian. Por un instante temí que hubieran interceptado la carta que entregué a cierto español escogido por Giselle. Escribo “escogido” por utilizar algún verbo. Nunca quise saber cómo entró en contacto mi cuñada con aquella persona, aunque sospecho que era pariente o amigo de los Renau, con quienes Giselle mantenía la relación.

Mi humor era perruno, y tuve que contenerme. En circunstancias normales, contenerse con camaradas del estatus de tío Horst es una reacción automática. No por la autoridad que emanan, sino por la amenaza que se desprende de ellos, vistan uniforme o no.

En realidad la aparición de tío Horst me sumió en un estado de alarma y ansiedad. ¿Me visitaba mi pariente o el policía?

El día era soleado, y aquel hombre, el que hubiera bajo su apariencia de tipo que ha aprendido las lecciones del pasado, tuvo la humorada o el sarcasmo de llevarme desde mi casa, *Nikolaistrasse*

abajo, hasta la *Nikolaikirche*, e invitarme a una cerveza en un *Gaststätte* de la plaza estrecha y alargada, frente a la entrada lateral de la iglesia.

—El Ministerio de Defensa ha emitido la orden de no abrir fuego contra los que intenten saltar el Muro, sólo disparar al aire para disuadirlos. Ha entrado en efecto el 3 de abril.

Me impresionó más la última parte de la noticia, que el hecho de que hubiera “entrado en efecto”. Las palabras del viejo comunista adquirirían un peso abrumador y protocolario. A pesar del deliberado y evidente juego de “efectos” que mi tío (o mi padre o el viejo policía) buscaba, reaccioné como un ingenuo.

—¿Cuándo se ha hecho pública la noticia?

—No podemos hacerla pública. Correríamos el riesgo de tener que anularla. Avalanchas de gente invadiendo la zona prohibida...

—Qué poca confianza tienes en los ciudadanos de la República.

—La misma que tú. ¿Cuántos habéis logrado reunir hasta ahora en esta plaza los lunes?

—Si no fuera por tu policía, pronto seríamos miles... Tío Horst, ¿por qué me cuentas un secreto de Estado? ¿Me estás comprometiendo?

—No te autorizo a que lo difundas entre tus colegas, pero tampoco te lo prohíbo.

Tío Horst apartó su mirada de la mía y la dirigió a su izquierda. Hacia nosotros se dirigía con descuido un trompeta y saxo de la orquesta *Gewandhaus* de la ciudad, muy comprometido con la llamada (por la STASI) disidencia. La franqueza de su sonrisa me obligó reaccionar con aspereza, pero no tenía más remedio que poner en guardia a mi confiado amigo.

—Hola Martin. Te presento a mi tío, el camarada Horst Riedel, teniente general del Ministerio del Interior—. Me abstuve deliberadamente de informar a mi tío sobre la identidad del recién llegado.

El músico, que había tendido la mano hacia el anciano, se puso rígido. Su brazo quedó como el de un muñeco, con la mano tensa y los dedos abiertos y extendidos, al que se le hubiera estropeado el mecanismo. Horst Riedel se puso en pie con convincente deportividad, estrechó aquella mano desarticulada y volvió a sentarse, arrastrando al recién llegado al banco con una violencia invisible para el público del *Gaststätte*, pero que yo percibía en los ojos de mi amigo. Me pregunté (estaba empezando a imitar a mi tío-padre) qué estaría sintiendo en esos instantes aquel músico jovial, que había visitado en alguna ocasión, y no por su expreso deseo, las

dependencias de la STASI en Leipzig. Por el lívido color de su cara, quizá estuviera reviviendo algún mal rato.

—Estábamos hablando de la difícil situación por la que atraviesa nuestra república de trabajadores —dijo mi tío con desenvoltura, intentando ser amable o fingiéndolo. Ambas posibilidades me parecían igual de repugnantes.

—Sí. Mi tío, el camarada Riedel, sostiene que nuestro movimiento carece de base social. Yo le replico que el *Politburo* hunde sus raíces en un pantano sin fondo. Algo que puede ocasionar al país todavía peores consecuencias que nuestras contumaces propuestas de cambio.

—Les guste a ustedes o no, el SED representa al pueblo alemán.

Tío Horst intentó poner un tono convincente que causó poco efecto.

—¿A todo el pueblo alemán? —interrumpió Martin con una vocecita impropia de él, más de flautín que de saxo bajo. Estaba haciendo un gran esfuerzo de voluntad. Imaginé que en aquel instante lo que más deseaba mi amigo era que mi tío el teniente general de la STASI se volatilizara, y nos encontráramos los dos hablando del mismo asunto, pero sin testigos incómodos o amenazadores.

—Señor...

—Vogel —le informó el músico valiente.

—Señor Vogel, es usted una persona con sentido del humor. Algo muy apreciable. El SED representa al pueblo de la Alemania Democrática, pero no me ha dejado usted terminar. La segunda parte de mi razonamiento es que quien no representa a ese pueblo es el *Politburo* y, desde luego, el gobierno.

—¿Está usted en visita oficial a Leipzig, camarada teniente general?

—He buscado una excusa oficial. En realidad he venido sólo a ver a mi sobrino para comunicarle una mala noticia. Pero todavía no he tenido tiempo de hacerlo.

—En ese caso, les pido disculpas y a la vez permiso para retirarme.

El músico se levantó, y noté en su expresión un evidente alivio.

—Lo tiene, señor Vogel, ¿o es quizá usted camarada Vogel?

—Lo fui, hasta el mes pasado.

—Entiendo su desconfianza. Pero desde dentro se tiene la posibilidad de intervenir en los cambios, de

protagonizarlos. Desde fuera, las posibilidades son muy escasas... No tienen ustedes los instrumentos para llegar al pueblo.

—Camarada teniente general, nosotros somos el pueblo.

Era la primera vez que escuchaba yo esa frase que se hizo famosa meses después: *Wir sind das Volk*.

Tío Horst y yo esperamos a que Martin Vogel hubiera abandonado el recinto para volver a sentarnos en el banco. Mis posaderas se clavaron en la gomaespuma del cojín y fueron a toparse con la rigidez de la madera. Me revolví, me coloqué de cara al teniente general y le pregunté sobre la mala noticia que me traía.

—Christa está detenida en Magdeburg. No tuvo paciencia e intentó salir de la República de un modo improvisado.

Mis hombros se hundieron, agobiados por toneladas de plomo.

—Me pregunto si quieres ayudarla.

—¿A salir de la cárcel o a salir del país?

Mi voz carecía de sonoridad y de tono. Más que hablar, expiraba.

—Supongo que ambas cosas. Quizá quieras acompañarla.

—Mi casa está aquí. Ella lo sabía. Pero no podía soportar más ...

Me quedé sin palabras. ¿Qué es lo que no podían soportar los que se iban? ¿Abrumaba el mismo peso a los intelectuales, a los artistas, a los ingenieros y a los médicos que a los obreros de escasa cualificación? ¿Buscaban todos un lugar donde poder comprar neveras y llenarlas de *Delikatessen*? ¿Un lugar donde vivir en una casita rodeada de jardín, y un BMV en el garaje? ¿O era otro tipo de sueño el que les arrancaba de su hogar?

—¿Quieres ayudarla, Peter?

De pronto tuve una idea absurda.

—Sólo si me revelas un secreto... ¡Oh! No te preocupes. No se trata de un secreto de Estado. Quiero saber si eres mi padre o mi tío.

Los hombros de Horst Riedel también recibieron un peso abrumador. Tomó aire. Lo expiró.

—No lo sé, Peter. Pero te juro que me da igual. Para mí, tanto Florian como tú sois mis hijos. Así es como os siento.

Estuve a punto de creerle.

—Si poseyeras una fortuna material, ¿nos la dejarías en herencia?

Tío Horst se puso lívido por un instante. Me impresionó, pero no tuve tiempo para reflexionar sobre ello.

—Los dirigentes de un Estado Socialista no poseen fortunas materiales. Lo sabes perfectamente... Aunque parezca que disfrutan de ellas. Es un puro espejismo producido por el poder. ¿Cuánto dura la carrera de un alto cargo del *Politburo*? Como mucho, diez años. Luego pasa al olvido y a vivir como cualquier ciudadano. —Vio que yo iba a intervenir, y se adelantó—. Sí. Hay excepciones. Pero son sólo eso, excepciones.

—Bien. Pero si fueras inmensamente rico, ¿pondrías tus bienes a nombre de Florian y de mí mismo en tu testamento?

—El testamento de los hombres del *Sozialismus* es su vida y su ejemplo.

Me entró una risa sarcástica que ahogué al instante, avergonzado de un humor que la espantosa situación de Christa en una celda de la STASI hacía imperdonable.

—¿Qué quieres que haga? Algo vergonzoso, supongo.

—En absoluto. Quiero que me ayudes a encontrar a Rudi Kapellu. El marido de tu madre. Y acaso, también tu padre. Quiero que vayas a Berlín Occidental y hables con un marchante de arte que colaboró con nosotros hasta hace unos años. Si mandamos un agente o alguien que lo parezca, no se fiará. Pero al hijo de Rudi le atenderá. Al menos, eso creo.

—Estás calculando todas las posibilidades, camarada teniente general.

—Es mi trabajo.

—¿Por qué es tan importante mi padre?

—Porque la República Democrática Alemana depende de la financiación de la República Federal. Nos tienen cogidos literalmente de los huevos. Y a los polacos, y a los húngaros, y a los checos. Estamos en sus manos. El *Sozialismus* está en bancarrota. Un ejército de ejecutivos del *Kapitalismus* negocia en todas las capitales del Pacto de Varsovia. Tienen buen cuidado de no intervenir en los asuntos internos. Ese trabajo se lo dejan a las agencias de inteligencia. El *Bundesnachrichtendienst* está intentando infiltrarse en todas partes. Y lo peor es que no tenemos más remedio que dejarles, para conocer la deriva de sus planes... Aunque creo que no tienen ningún plan. No se atreven. Francia y el Reino Unido no están en

absoluto interesadas en la reunificación de Alemania. Lo sabemos por nuestras fuentes en los servicios de inteligencia exterior en esos países. El MI6 nos ha transmitido que Margaret Thatcher se opone rotundamente a la unificación. Pero el *Foreign Office* no tiene las ideas tan claras... El peso del amigo americano. De momento lo que abunda en el Este son marcos, no dólares. Pero...

—¿Y qué tiene que ver Rudi Kapellu con todo eso?

—No estoy autorizado a decírtelo. Imagina lo que quieras. Pero necesitamos encontrarle. Si el gobierno del canciller Kohl tiene alguna alianza oculta con los norteamericanos, sólo Kapellu nos lo puede contar. ¿Te basta esta información?

—¿Cuándo liberarías a Christa?

—Ahora mismo. Desde ese teléfono —señaló uno tan viejo y tan sucio como la República Democrática Alemana, que colgaba de una pared, a un lado de la barra—. Sólo necesito tu compromiso de que vendrás conmigo a Berlín. Esta noche puedes dormir en un hotel de la *Kuhfürstendam*, y mañana por la mañana visitar al marchante de arte.

—Quiero ver mañana a Christa en Berlín Occidental.

—Te estará esperando hoy en el hotel.

Oliver

Amor libre

En Valencia me esperaba un télex del Ministerio de Comercio de la RDA anunciándome la visita de una delegación que participaría en cierta feria industrial de Valencia a la búsqueda de clientes.

Me sorprendió el anuncio. ¿Seguían confiando en mí? ¿No habría enviado Karlheinz Schulze un informe sobre mi acción disuasoria frente a la trampa tendida a Kapellu?

A la primera perplejidad se sumó otra. ¿Qué buscaba el arruinado ministerio de Comercio de la RDA en una feria española de segunda fila? ¿Acaso estaban enviando una banda de espías con otro propósito?

Si era esto último, los agentes lo disimularon muy bien, porque se pasaron los tres días de la feria recorriendo los pasillos y charlando con los empresarios y con todo tipo de clientes. Me parecieron funcionarios avezados en los formulismos de su cargo, aunque observé en ellos cierto desasosiego. Me abstuve de hacerles preguntas personales, porque sabía que las respuestas iban a ser

oficiales, neutras, grises como el hormigón, y no quería ponerles en un brete.

Al despedirme de ellos en el aeropuerto, se me ocurrió decir sin ninguna malicia.

—¿Contentos de volver a casa después de este jaleo, no?

—¿Qué jaleo? —me contestó el jefe de la delegación—. Estos viajes nos oxigenan, camarada.

Me pregunté si había una segunda intención en esta respuesta. Rosa sostenía que sí. Lo cierto es que las noticias que venían del Este eran una ristra de desventuras, un desfile de fantasmas patéticos.

Rosa y yo nos casamos a finales de 1986, después de un noviazgo que ambos calificamos de atrocamente convencional. Nuestra primera experiencia carnal completa fue la noche de bodas. Hasta entonces, no nos “conocimos”. Como algunas otras cosas referentes al matrimonio, fue algo pactado. Mientras fuimos novios, nos regocijamos en comportarnos como si fuéramos dos jovencitos vírgenes que no han se han asomado más allá del círculo parroquial.

Rosa se había licenciado en Derecho por la

Universidad de Valencia, y había hecho algunos seminarios en la *London School of Economics*. Su tercera lengua era el inglés. En la época en que empezamos a tratarnos, se había empeñado en que el inglés fuera su primera lengua. Sólo leía en ese idioma. El español lo utilizaba al mínimo, y con la familia empleaba el valenciano, que ella llamaba catalán, para exasperación de Amorós. Si mi inglés hubiera dado para algo más que comunicaciones básicas, con Rosa no habría hablado más que en ese idioma. El español se convirtió, según ella decía, en nuestra *lingua franca*.

Rosa estaba convencida de que el Contrato Social era la mejor fórmula de entendimiento entre los seres humanos. No se refería al de Rousseau, aunque le parecía una utopía excelente.

Durante nuestro noviazgo se empeñó en llamarme *My Joseph Banks*, su Joseph Banks, el notable botánico inglés que acompañó al capitán Cook a su expedición por el océano Pacífico, un subproducto de la cual fue el “descubrimiento” de Australia. Rosa estaba leyendo una edición australiana de *The Endeavour Journal of Sir Joseph Banks*, “El Diario del Endeavour de Sir Joseph Banks”, y se complacía en comentarlo conmigo.

Banks se hizo famoso en Londres y en los círculos científicos europeos próximos al sueco

Linneo, gracias a los especímenes de flora y fauna recogidos, clasificados y documentados a lo largo del viaje, sobre todo en la isla de Tahití. Pero lo que le dio una celebridad mayor fueron sus tanteos etnográficos titulados “Pensamientos sobre las costumbres de los Otaheitos”. Banks había pasado en la isla de Tahití tres meses, y había confraternizado hasta la intimidad con los nativos, que los ingleses llamaban “indios”. Según Cook, aquellas buenas gentes eran “nobles salvajes”, y vivían en un paraíso sin contaminar. Las reflexiones de Banks, de un atrevimiento que rozaba la pornografía, sirvieron para fundamentar la idea de que el ser humano sin civilizar se comportaba de acuerdo con una bondad innata. Y también le fueron útiles al publicista Diderot, para redactar un “Suplemento al viaje de Bougainville” para la Enciclopedia. En este papel se proclamaba a Tahití como el modelo para la reforma de las relaciones sexuales en Europa que, según él y Rousseau, deberían relajar las convenciones del matrimonio, promulgar el amor libre entre los jóvenes y poner el debido énfasis en la importancia del placer físico en la pareja. Se adelantaban dos siglos a su tiempo.

Otra causa de la celebridad de Banks fue su ruptura con Harriet Blosset, la muchacha con la que se había prometido antes de iniciar la vuelta al mundo con Cook. “Su temperamento se ha convertido en demasiado volátil para la vida matrimonial”, dijo a un amigo. Los mentideros de la aristocracia londinense

aseguraban que las experiencias amorosas de Banks con las tahitianas le habían hecho perder la medida de la decencia. El escándalo atravesó el Canal de la Mancha.

Esta exhibición erudita llena de segundas intenciones la fue desgranando Rosa día tras día, y estuvo a punto de dar al traste con nuestro proyecto matrimonial. Rosa sabía que yo no era un hombre casto, aunque con ella me comportara como tal. Yo presumía lo equivalente. Nos comportábamos como distinguidos *sportmen*.

A través de ella conocí a una periodista institucional llamada Ángela, una muchacha de porte atlético y de senos abundantes, una de mis debilidades eróticas. Su único defecto era una bizquera, que no pasaba inadvertida porque tenía unos ojos negros enormes.

—Te puedes acostar con ella, si quieres —me dijo Rosa.

También se lo debió decir a ella, porque se me insinuó sin la menor vergüenza, aunque con estilo.

No me costó trabajo resistirme mientras estuve sobrio. Pero una vez que bebí más de la cuenta, Ángela me atrapó en su cepo, literalmente hablando.

Me sentí tan mal al acabar la faena,

probablemente desastrosa, que salí huyendo de su casa, un piso desaseado y minúsculo en el barrio de El Carmen.

Al día siguiente le dije a Rosa que si tardábamos en casarnos, no lo haríamos jamás.

—¿Qué cosa, casarnos o follar?

—*Both* —le contesté en la lengua que ella más amaba.

—Pues redactemos el contrato y casémonos.

El primer artículo de ese contrato social era que haríamos todo lo posible por tener descendencia. El segundo, jamás explicitado, pero nítido y contundente, era mantenernos fieles uno a otro. Por lo que pude saber, el motociclista guapo fue una calamidad en este sentido, aunque Rosa nunca dejó de adorarlo.

El contrato podía romperse a petición de una de las partes o de mutuo acuerdo.

Yo calculé que aguantaría como mucho un año. A ella le concedí menos plazo. Me equivoqué en ambas cuentas.

Florian Kapellu

La identidad alemana

Cap-de-Canoa me invita a comer. En realidad nos invita Franziskus Diskau, uno de los corresponsales de *Deutsche Presse Agentur*, la agencia de noticias de la Alemania Rica, un colega que no conozco. Caigo en la cuenta de que conozco a muy pocos colegas, salvo a los de la embajada de mi país, a Dieter Rasym, mi jefe, y a unos cuantos periodistas españoles de izquierda con los que me relaciono poco porque no entiendo su discurso, a veces pragmático, a veces sórdido, a veces incendiario, a veces étlico. De vez en cuando me tomo un café con Oscar Monedero, de Prensa Latina, un uruguayo nacionalizado cubano perteneciente, tengo la casi seguridad, a algún servicio de inteligencia del camarada Fidel Castro. Hablamos de literatura, y a veces él me cuenta alguna aventura amorosa con “*gochistas* de bragas flojas”, según su particular nomenclatura.

Franciskus Diskau me dobla en edad, es un tipo grande, huesudo y desvencijado, como un camión del ejército soviético retirado de Afganistán. Tiene voz de barítono, quizá sea pariente del otro Diskau. Mi “hombre de desconfianza”, *Cap-de-Canoa*, me ha

advertido previamente de las conexiones de Diskau con el servicio de inteligencia de la *Bundesrepublik*. ¿Por qué nos reunimos con él?, le requiero. Se encoge de hombros y me dice: *Botschaft*. Es curioso esto de que un español me sirva de intermediario con la *Botschaft*, la embajada de la RDA en Madrid, pero el mismísimo embajador me lo advirtió: “En caso de necesidad, el agente *Cap-de-Canoa*, te podrá sugerir contactos que, una vez establecidos, serán sancionados por esta embajada. Está bien que sea así, porque las relaciones de un periodista con la embajada de su país no deben parecer de dependencia”. Me inquieta sin embargo la duda de si la idea de almorzar con Diskau es de *Cap-de-Canoa* o de la representación de mi gobierno en España.

Diskau nos lleva después de comer a un local “exclusivo” de la calle Núñez de Balboa. El adjetivo “exclusivo” me evoca los dominios privados de los miembros del *Politburo* de mi país. Esta cafetería de Núñez de Balboa está abierta a todo el mundo, pero los varones que se encuentran en su interior llevan corbata de nudo y algunos de lazo, y las mujeres, traje de boutique, zapatos de tacón y medias oscuras. Si yo entrara con Giselle, muchos ojos se clavarían en ella, es decir, en su torpe aliño indumentario.

Diskau se pone a hablar en alemán conmigo. *Cap-de-Canoa* desconecta, porque su alemán es tan torpe como el aliño indumentario de mi esposa.

Al principio mi colega sugiere cosas irrelevantes, empleando un tono condescendiente. De súbito me deja una granada anticarro delante de las narices:

—¿No le parece, acaso, que la RDA está en un proceso de *Zersetzung*, de descomposición?

—No es una pregunta inteligente, querido colega. Diga lo que diga, usted no me creerá.

—¿Sabe usted cuántos alemanes trabajan para la *STASI*?” —me lanza de inmediato.

Yo guardo silencio, con la esperanza de que me lo diga él, que acaso lo sepa mejor que yo.

—No, no lo sé. —Prosigue— Indirectamente, varios millones. Pero lo que sí han evaluado bien los servicios de inteligencia de la República Federal —a los que usted pertenece, me reprimó de decir— es que se trata de un cuerpo el doble de grande que la antigua *Gestapo*, con la diferencia de que la población vigilada es la quinta parte de la que vivía en la Alemania Nazi.

—Permítame que le diga yo otra cosa, querido colega —contesto, sacando de mi archivo unas ideas que me proporcionó tío Horst en su última carta—. Aunque el número de solicitantes de permisos de salida de la RDA se ha multiplicado en los últimos

años, la mayoría aplastante de los que los obtienen, regresan a casa. Prefieren la vida apacible de la RDA. Allí no hay crímenes, la sanidad es gratis, igual que las guarderías, y la tranquilidad provinciana y anacrónica del Este es más deseable que la vida estresante del Oeste. Y otra cosa, la televisión de su país, que mucha gente ve en el mío, actúa como un opiáceo en lugar de un estimulante político en las conciencias de los ciudadanos de la Alemania Oriental.

—Es posible que tenga usted razón, camarada Kapellu. Como muy bien dijo el camarada Lenin, los alemanes no hacen revoluciones.

Recibir de Diskau el apelativo de camarada me desconcierta. ¿Será un agente doble? ¡Y a mí qué me importa!

Entonces descarga la cuestión que ha mantenido guardada durante todo el rato.

—¿Estaría dispuesto a dar una conferencia sobre la situación en la RDA en el Club Internacional de Prensa?

Vuelvo a sentir una sacudida de inseguridad. Me tomo mi tiempo. Remuevo superfluamente el café, que por cierto es de una “exclusiva calidad”. Me llevo la tacita a la boca. Paladeo el brebaje. Pienso. En un principio me parece una idea acertada, me encuentro

capacitado para aclarar algunas dudas y algunas desinformaciones sobre mi atribulado país, de hecho lo hago constantemente con mis colegas españoles y extranjeros. Pero me apura pensar si mis superiores coincidirán con mi apreciación. ¿Conocían *Cap-de-Canoa* o la *Botschaft*, la proposición que me acaba de soltar Diskau? Decido no enredarme en dudas y preguntas, y contesto a Diskau.

—Si a mi oficina de Berlín le parece bien, no tengo inconveniente.

—Intervendrá antes del 7 de mayo, jornada electoral en la RDA para designar representantes en instituciones locales y regionales.

Quedamos en telefonarnos antes del fin de semana.

Después de esta entrevista, *Cap-de-Canoa* para un taxi y me lleva al segundo destino del día, previsto en el programa que hemos fijado la tarde anterior en la agencia.

Se trata de la plaza de Santa Ana. En la Cervecería Alemana nos espera un funcionario del vecino Teatro Español. Al llegar, somos nosotros quienes acabamos esperándole a él. *Cap-de-Canoa*, que hoy ha comido opíparamente a costa del presupuesto de la *Bundesrepublik*, pide una tapa de no sé qué menudillo para acompañar la jarra de cerveza.

Temo a costa de quién pretende alimentarse ahora, porque el taxi me ha tocado pagarlo a mí. Pero al aparecer el funcionario teatral, un tipo con traje arrugado según la moda, que le da un aire de murciélago encogido, llego a la conclusión de que esta vez el pagano va a ser el Ayuntamiento de Madrid, a quien pertenece el Teatro Español.

El tipo se llama Catalán, aunque tiene acento sevillano, creo. Me propone mi participación en el montaje de una versión canónica de *Die heilige Johanna der Schlachthöfe*, “Santa Juana de los Mataderos”, escrita por Bertold Brecht en la Alemania de Weimar y que el autor jamás vio estrenada en un escenario.

Yo no soy experto en teatro, y menos aún en el de Brecht, pero parece que soy el único alemán de la Alemania Pobre al alcance de su presupuesto, porque piensan pagarme por este trabajo que no logro averiguar en qué consistirá, por mucho que le pido explicaciones al murciélago catalán-andaluz.

Al llegar a casa, mi compañero de vivienda me entrega una carta dirigida a mí, que ha llegado a la oficina. Siento un repentino vacío en el cuerpo. Me acuerdo de la mujer que me citó para entregarme las noticias de Giselle y de Peter. ¿No es una imprudencia dejar la carta en el *Bureau* de la Agencia antes de entregármela a mí en mano, como hizo la vez anterior?

No es de la misteriosa Lola. Es de tío Horst.

Me dice que le gustaría que interviniera más en la vida pública de los periodistas españoles y extranjeros, que me relacione a fondo, que no tema exponerme. Y adjunta la xerocopia de unos textos al parecer escritos por el camarada Robert Hager, para que me sirvan de referencia. Esto último me deja doblemente perplejo: el camarada Hager es uno de los huesos más duros de roer del *Sozialismus*, un hombre del que tío Horst echa pestes. Pero lo que más me turba es la tutela que todo el mundo ejerce sobre mí, Oliver, *Cap-de-Canoa*, la *Botschaft*, tío Horst. Y ahora, el camarada Robert Hager, cabeza pensante del *Politburo*.

Al terminar de leer su texto, busco la firma y el sello del *Politburo* en los papeles. No puedo creer que Hager haya cambiado su discurso de esa manera, aunque lo razona con una lógica implacable.

Dieter Rasym, el responsable de la Delegación de la ADN, me sirve de enlace con la embajada. No quieren que aparezca por allí de momento. Decidimos que el tema de mi conferencia sea más bien vago, metafísico, hegeliano, *Die deutsche Identität am Untergang eines wildbewegten Jahrhunderts*, “La identidad alemana en el ocaso de un siglo turbulento”. Escribo el texto en alemán y recibo la aprobación de Rasym. Lo traduzco al español con revisión de *Cap-*

de-Canoa, que me lo devuelve con pocas correcciones. Me siento seguro y reconfortado, puede que no sea un excelente periodista, pero mi formación de lingüista en la Universidad de Rostock me ha ayudado a ser un buen redactor de español; mi estancia en Cuba enriqueció mi español, y ahora en España lo estoy puliendo de adherencias caribeñas, aunque mi colega Óscar Monedero dice que lo estoy empobreciendo y *peninsulizándolo*.

Paso a limpio el discurso en mi máquina de escribir sólida, prusiana, pero de teclado español. ¿No le habría resultado más económico a la *Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst*, comprar una máquina de escribir en España en lugar de importarla de Berlín?

Culebrea mi pensamiento mientras tecleo, y se desliza hacia Oliver. ¿Debería telefonarle y leerle mi texto? Rechazo la posibilidad; sería un acto más de reconocimiento de un tutelaje que me pesa. Sin embargo, una especie de intuición me dice que su criterio me ayudaría en este compromiso. Le telefono, pero no le encuentro. No dejo recado. La persona que me ha contestado, quizá la criada de la cofia, no me pregunta quién soy y yo tampoco se lo digo.

El Club Internacional de Prensa está en la calle Monte Esquinza. La manzana de enfrente contiene, al

otro extremo, el *Goethe Institut*, el escaparate cultural de la Alemania Rica. En la manzana de más abajo, lindando con la avenida Castellana, está la *Botschaft*, la embajada de ese país, poblado de millones de alemanes como yo. ¿Somos todos alemanes? ¿Qué diferencia a un alemán pobre de un alemán rico, sólo su nivel y su ritmo de vida? Mi discurso trata sobre ese asunto. La boca se me ha secado ya antes de sentarme en la mesa con mi colega Francizkus Diskau y Oscar Monedero. Me acabo de enterar de que este colega mío acompañó al *Che* en Sierra Maestra. Todo el mundo parece saberlo, menos yo.

Me sorprende que en la sala no haya ni un sólo compatriota mío. Todos los alemanes del público son de la parte Occidental y Rica, corresponsales, *freelancers* y funcionarios de la *Botschaft* ajena. Pero de la mía, nadie. ¿Qué es lo ajeno y qué es lo mío en este ámbito superrealista en el que me encuentro ahora, en un cuarto lleno de gente, sin saliva en el paladar, con unos cuantos folios mecanografiados y llenos de apuntes que he ido escribiendo a mano en los márgenes, correcciones, precisiones, referencias? ¿Seré capaz de leer algo coherente? Echo mano al vaso de agua, y en ese instante aparece ante mí, como venido de la nada, Oliver. Me coge de la muñeca, y retira el vaso. En su lugar pone una botella de agua mineral cerrada.

—¡Hola, Florian! Creo que ese vaso está sucio.

¿Lo ves?

Yo no veo nada, pero Oliver mete su dedo pulgar en el agua, no sé si señalando algo. En la primera fila, *Cap-de-Canoa*, mira hacia otro lado, creo que de un modo ostensible.

Después de las presentaciones, inicio mi parlamento.

¿Existe una identidad alemana? ¿No es esto un poco prematuro, en un país que durante el siglo escaso de su existencia desde Bismarck, ha iniciado tres guerras, ha invadido territorios, ha sido expulsada de ellos y finalmente subsiste partida en dos? Es evidente que hay dos Alemanias, y la sustancia de su distinción es ideológica, política.

Retrocedo al Romanticismo alemán. Hablo del *Sonderweg*, el camino propio de los alemanes que tantos dolores de cabeza ocasiona a los franceses, que nos ven como pueblo inmaduro, en busca de una personalidad ajena a la “normalidad” occidental europea. Niego que la vinculación de la RDA con la Unión Soviética forme parte de esta inclinación al centroeuropéismo o a una irreprimible tendencia alemana hacia el Este.

Ahora salto al presente y digo que la existencia de las dos Alemanias no impide que la esencia alemana se siga consolidando. Por ejemplo, la RDA

forma parte tácitamente del Mercado Común, merced a la insistencia de la RFA ante los organismos de Bruselas de la unidad del pueblo alemán. Veo que Oliver me mira con ojos como platos.

Este 1989, digo, se cumplen los cuarenta años de la República Democrática y de la República Federal. Este doble aniversario nos permite valorar la coexistencia de dos concepciones de entender lo alemán.

Menciono el sueño de la unidad, que cada parte vive a su modo. Me pregunto sobre las visiones contrapuestas que los occidentales tienen de sus parientes orientales y viceversa. El año pasado más de un millón de compatriotas míos visitaron legalmente la RFA. (Me abstengo de decir que una fracción importante no regresaron a sus casas, aunque preveo que el tema surgirá en el coloquio.) Varios millones de la RFA pasaron por su parte unos días en la RDA en el mismo periodo. Y sin embargo, esta experiencia directa no sirve para disipar los prejuicios. Los occidentales regresan a sus cómodas y prósperas ciudades confirmando la idea de que los orientales son acomodaticios y poco ambiciosos. A la inversa, los orientales compadecen una vez más a esos ricos y nerviosos hombres y mujeres obsesionados con la posesión de bienes materiales. Es cierto, digo, que en mi país esos bienes que abundan en Occidente no están al alcance de la población en la cantidad que

sería conveniente, pero al menos no hay una razón económica que dicte su reparto sólo entre aquellos que acomodan su vida al estrés y la codicia. En la RDA “todos” tienen derecho a “todo” lo que hay en el mercado.

También es cierto, afirmo, que el brillo de Occidente es para muchos compatriotas míos la medida de sus privaciones. Pero no todo el mundo se deja engañar por este espejismo materialista. En cierta forma, gracias a la televisión occidental, que pueden ver casi todos los alemanes orientales libremente, ellos comparten su propia realidad con la vivencia de un mundo virtual y plano, el de la pantalla. Estas distorsiones están en proceso de modificación.

Estoy en condiciones de afirmar, digo con voz firme, descifrando uno de los apuntes manuscritos, que una parte importante del SPD, los socialdemócratas occidentales, están convencidos de la inalterabilidad de la división de Alemania en estos instantes de perturbaciones políticas en el Este y el Oeste. Para muchos, por ejemplo los británicos, dos Alemanias son más tranquilizadoras que una. Pero, como ha dicho hace unas semanas el presidente Gorbachov (estoy a punto de decir, el camarada Gorbachov), “nadie posee el monopolio de la verdad.” ¿Qué será de Alemania? La respuesta la tienen los propios alemanes, que buscan honestamente la verdad.

Termino y bebo un trago de agua de la botella que me ha traído Oliver, sin preocuparme de la poca elegancia del gesto. Escucho aplausos algo más que cordiales.

Intervengo poco en el coloquio, que se desarrolla en unos términos sorprendentemente amables hacia mí. Sólo en una ocasión tomo la palabra para recordar que la URSS ha iniciado un proceso de elecciones en enero de este año, que ha llevado a la *Duma* a ciertos opositores del régimen, y sostengo, con una imprudencia que a mí mismo me asombra, que las inminentes elecciones locales en mi país serán una prueba de los grandes augurios positivos que se ciernen sobre la RDA. Observo miradas de escepticismo. También descubro burla y cinismo en otras.

Me invitan a cenar. En ese instante me doy cuenta de la diferencia alemana. Mi traje es de un corte clásico, el comprado en el *Kaufhof* de Berlín según indicaciones de tío Horst. Es el que uso en ocasiones especiales. Pero al lado de la indumentaria de mis colegas europeos y españoles, debo de parecer casi un mendigo. Sé que exagero, pero de pronto me siento así. Quizá sea una depresión transitoria, después de haber mantenido los nervios de punta durante tanto rato.

Franciskus Diskau y Óscar Monedero son mis

anfitriones. *Cap-de-Canoa* ha desaparecido. Oliver se suma a la cena, advirtiéndole que él se paga su parte. Le acompaña Rosa, que viste con la elegancia despreocupada de los ricos de toda la vida.

—¿De dónde has sacado ese discurso, Florian?
—me pregunta Oliver cuchicheando, mientras nos sentamos en la mesa de otro exclusivo restaurante madrileño.

—Básicamente de un documento de Robert Hager que me envió mi tío Horst. Pero también he metido cosas de mi cosecha, avaladas por la máxima autoridad. Nadie tiene el monopolio de la verdad.

—¡Cielo Santo! —exclama Oliver, y se santigua como si estuviera presenciando un milagro o exorcizando un demonio.

Diskau y Monedero resultan ser los dos extremos de un arco ideológico. El primero, de un conservadurismo descarado, el modelo de periodista occidental al servicio del *Kapitalismus*, según describen en ocasiones los medios de mi país, con un exceso de estereotipos. En realidad, Diskau parece una caricatura. Monedero, que confirma su amistad con el *Che*, sostiene que Castro se deshizo de él enviándole a Bolivia, sabiendo lo que le esperaba. Escuchar esto de su boca (de otras, ya lo he oído) me deja perplejo. Por lo demás, Monedero exhibe un

antiyanquismo visceral, tan estereotipado como el atlantismo de su colega europeo. Me siento un juguete de la astucia de estos dos hombres, que no admiten ante mi sensibilidad acosada otro calificativo que el de taimados.

—Amigo Kapellu, permítame decirle que me parece usted un hombre ingenuo —desliza Monedero con un acento medio argentino medio cubano.

—Es posible —admito—. Pero un optimista ingenuo. ¿Debo de avergonzarme de ello?

—En absoluto —interviene Diskau—. Debe usted aprovechar al máximo esta oportunidad que le ofrece la vida. Después de los treinta años, la ingenuidad está proscrita.

—¡A tope! —exclama Monedero con una sonrisa.

—¿Quién la proscribiste? —interviene Rosa—. ¿La doctrina oficial? ¿El partido? ¿El sistema?

—Ese, creo yo. El Sistema. ¡A tope! —remacha Monedero.

—¿Y la libertad humana —dice Oliver, reprochando a alguien impreciso un olvido imperdonable—. ¿Qué queda de la libertad? ¿Dónde la dejamos? Porque la libertad, aunque escaso, es un

bien producido por el hombre.

Nadie parece dispuesto a responder a su desafío. Un silencio helado flota sobre los comensales.

En ese instante ocurre un absurdo incidente. Oliver se pone en pie de un salto, se quita un zapato, se echa sobre mí, enarbolándolo, y da con él varios golpes en la pared de mi espalda, casi rozándome la cara.

—*Eine Kakerlake* —me dice al oído.

—¿Una cucaracha? ¿En este restaurante? — exclama Diskau con su mejor voz de barítono. Me pregunto si para que se entere todo el mundo

Se me ocurre un pensamiento burlón y perverso: que Diskau haya traído el bicho en una cajita y lo haya soltado poco antes de que nos presenten la cuenta.

Se acerca un camarero con aire de desolación y barre los restos de la *Kakerlake*, ofrece una impoluta servilleta a Oliver para que limpie lo que queda del bicho en la suela de su zapato, y se despide con un *Gutten Abend!*, que a mí me suena natural, hasta que observo el desconcierto en la cara de Rosa, y comprendo que no estamos en Berlín, sino en Madrid.

Oliver

El milagro alemán

Mi suegro no me había comentado que profesara ideas fabianas. Lo supe gracias a Rosa. Su anglodependencia había sido fomentada por su papá, el abuelo Amorós. Mi suegro pasó los mejores años de su juventud en Londres, enviado por el disoluto pero lúcido abuelo de Rosa, para que se familiarizara con el mundo de los negocios entre los importadores y exportadores de naranja valenciana.

Los fabianos fueron los socialistas ingleses que, concedores de Marx y de sus ideas, repudiaron su discurso incendiario, y emprendieron un camino pausado hacia el socialismo, que se concretó luego en la fundación del Partido Laborista. Era un grupo de personas convencidas de que el socialismo debía ser profesado y predicado, nunca impuesto por la fuerza. Fueron acusados de socialistas de salón, y de hecho se reunían periódicamente en los *drawing room* de sus miembros fundadores, funcionarios y artistas de extracción pequeñoburguesa, por ejemplo, Bernard Shaw.

Para ellos, “el sistema competitivo asegura la felicidad y el confort de unos pocos a expensas del

sufrimiento de muchos, y... la Sociedad debe ser reconstruida de manera que asegure el bienestar y la felicidad general.”

Papá Amorós descubrió en Inglaterra que los cimientos del capitalismo se hundían en la explotación infantil y de los adultos, usados como máquinas hasta la extenuación. Estuvo a punto de dejar a su disoluto padre y al negocio de exportación de naranjas en la estacada. Pero después de una crisis personal, que se saldó con el prudente matrimonio con Vicenta, se dedicó con energía e inteligencia a su misión. En realidad se dedicó a buscar una misión, un sentido a su vida de empresario. No perdió el tiempo en encontrarla. Aplicó las nociones de dirección de empresa que había aprendido en la *London School of Economics* y las que fue adquiriendo con la experiencia, y edificó un pequeño pero sólido edificio que soñaba con legar a su hija. Esperaba que ella siguiera buscando una solución al problema que había desconcertado tanto a los fabianos cuando, en 1945, los Laboristas se hicieron por primera vez con el poder en Gran Bretaña: El ser humano no mejora con el mero bienestar material, la seguridad y una cierta felicidad. Sorprendentemente, el bienestar y la seguridad inducen a los asalariados a lo contrario de lo esperado, a los más ambiciosos, les vuelven egoístas, y a los más conformistas, les empujan al estupor emocional o ético.

Papá Amorós empezó a hacer negocios con los países del Este por cálculo económico, no impulsado por ningún idealismo. En la RDA encontró un cliente fiable en extremo, cosa que aseguraba sus beneficios. Se relacionó con dirigentes políticos y económicos, y llegó a simpatizar con la causa del *Sozialismus* sitiado.

Entonces aparecí yo, en el momento más oportuno.

Mi personalidad osmótica se encontraba más débil que nunca, pero nada dispuesta a dejarse eliminar. Mi matrimonio con Rosa fue lo más parecido a una puntilla a aquel morlaco que me había corneado durante mucho tiempo. Aunque su fantasma sobrevivió, a veces con una energía pasmosa que (más pasmoso aún) obtenía de mis propias debilidades. Así que no tuve más remedio que hacerme fuerte, aunque la Fuerza sonara en mi conciencia (y en mi inconsciencia) como una corneta militar que llama a una batalla perdida de antemano.

Rosa no era fabiana. Carecía de base ideológica. Era un grumo de energía transformada en acción. Sus ideas, encendidas e incluso sectarias, eran las llamas en las que se consumía su imperioso deseo de conocimiento. Pero su comportamiento y su moralidad eran intachables, aunque a veces se topara con algún fantasma más tozudo que ella.

Con perseverancia propiciamos un embarazo que no llegaba a producirse, a pesar de que nos comportábamos como dicen que hacen los conejos.

En la época en la que transcurren los acontecimientos aquí reseñados, hicimos una visita al Instituto Valenciano de Infertilidad. Precedió esta visita que Rosa y yo hicimos al IVI al escándalo de la conferencia de Florian en el Club Internacional de Prensa. Acudimos a Madrid expectantes, porque al cabo de unos días nos iban a dar el resultado de los análisis y pruebas a las que nos habían sometido.

Aquella noche, después de cenar, Florian suspiró, evocando a su amada Giselle. Le dije que por qué no la telefoneaba desde mi casa. Aceptó, agradecido. Camino de Ciudad Lineal, apretaditos los tres en el asiento trasero del taxi, con Rosa en medio, Florian dijo que nunca se había sentido tan feliz en su vida. De inmediato precisó que ese sentimiento de euforia y plenitud lo había disfrutado en otras, aunque pocas, ocasiones. “En realidad, lo que me hace feliz es comprobar que soy un hombre con suerte”, dijo. “Acabo de expresar mi pensamiento ante un público selecto y formado, he sido agasajado, tengo buenos amigos, una mujer maravillosa, unos hijos guapísimos y sanos, y sirvo a un país que trabaja heroicamente por el *Sozialismus*, a pesar de las contradicciones.”

Al escuchar esta hermosa declaración, sentí un

vacío en el vientre que me produjo pánico, pues antaño era el síntoma que precedía al apoderamiento de mi conciencia por el Hombre Osmótico. No sucedió así, pero lo que emergió en mi memoria fue una fecha aciaga, la primavera del año en el que mi madre y yo nos trasladamos a Alemania.

Acababa el curso, y yo me consideraba el más feliz y afortunado de los muchachos. El verano se levantaba ante mí como una pantalla de Cinerama, enorme, sugestiva, mágica, prometedora, una catarata de emociones, un derroche de fantasía. Un panorama de argumentos publicitarios flotaba ante el ojo de mi mente, y yo me zambullía en ellos desprovisto de recelos. Y de súbito, Agustina bajó un telón oscuro ante este escenario luminoso, y lo tapó para siempre.

Dejamos a Florian en el teléfono, explayándose con Giselle, mientras Rosa y yo preparábamos la cama en la habitación de invitados para que se quedara a dormir.

—¿Qué tal es esa Giselle? —preguntó Rosa estirando una de las sábanas y remetiéndola bajo el colchón.

—Todavía más ingenua que él.

—No me la puedo imaginar.

—Imagina una niña bien educada, obediente,

trabajadora, alegre y con una confianza ciega en sus papás, pero con treinta años.

—¿Es guapa? —dijo, volviéndose para coger la almohada.

Antes de contestar, tendí sobre la cama el edredón.

—Es una chica normal... Una ciudadana modelo del socialismo. Pero lo hace sin empeño. Le sale de algún lugar misterioso de su interior. Viste sin estridencias, no se maquilla, no va a la peluquería... Bueno, en realidad, las peluquerías son una rareza en la RDA, pertenecen al mundo de la marginalidad cultural que se ha creado allí, la única resistencia permitida al Sistema.

—¿Son subversivos los peluqueros en la RDA?

—¡Qué va!

Alisamos el edredón y observamos nuestro trabajo encantados de ser tan buenos anfitriones.

—¿Entonces?

—Giselle aborrece el esnobismo. Para ella el arte es una forma de religión. Por eso abandonó la pintura que empezó a practicar con el profesor Renau.

—¿Pero no es intérprete de música? ¿No toca el

chelo?

—Enseña música. Trabaja en un colegio. Da una utilidad a su talento artístico, lo pone al servicio de la única causa justa en la que cree, el *Sozialismus*.

—¿Por qué dices siempre *Sozialismus*, en lugar de socialismo?

—Cuando vayas a la RDA lo comprenderás. Allí sólo puede haber *Sozialismus*.

—¿Y aquí? ¿Los que gobiernan practican el socialismo? —dijo, con un eco de sorna.

—Aquí lo único que se practica en la política es el “caradurismo”, cariño. Lo sabes bien.

Salimos de la habitación, apagamos la luz, y nos dimos un besito.

Florian Kapellu

Alta Traición

Oliver y Rosa me convidan a quedarme a dormir en su apartamento madrileño.

Me gustaría aceptar, pero mi instinto me empuja a mi propia habitación. Es más austera que este cuarto de invitados de mis simpáticos anfitriones, un espacio pequeño, amueblado con funcionalidad, pero con un gusto propio evidente y manifiesto en la decoración.

El gusto doméstico es una cualidad muy valiosa. Se adquiere con la educación, y el mercado la fomenta. En mi país no se educa a los ciudadanos en el gusto doméstico ni hay mercado para fomentarlo. Y sin embargo, los apartamentos familiares son el refugio de la intimidad, el lugar al que nadie puede acceder sin la autorización de su propietario. El nuestro y los de nuestros amigos poseen gusto, nuestro gusto. Diferente al que proporcionan las tiendas de muebles modernos. En la *Spandauerstrasse*, frente a la Isla de los Museos, han abierto una a la que acuden en oleadas las parejas de novios. Tienen expuestos salones de estar con mesitas de patas cónicas de madera y tablero de formica, sofás

geométricos, aparadores a juego con las mesitas y las sillas, todo ligero, estilizado, huesudo, dice Giselle, de un aspecto occidental, que seduce a los compradores. Pero yo, al igual que mis amigos, prefiero el peso de la madera tradicional, el estilo brandenbúrgués. Solemos ir a los rastros y a los almacenes donde se guardan los muebles viejos, y los restauramos. Buscamos viejas alfombras, lámparas decadentes. Giselle se burla de nosotros, dice que ella es la única proletaria del grupo, que los demás somos unos pequeñoburgueses, más aficionados a la estética de Theodore Fontane que a la de Anna Seghers.

Así que dejo la casa de Oliver y tomo un taxi para volver a mi piso. La voz de Giselle suena en mi cabeza, mientras el taxista, que ha detectado mi condición de extranjero, me larga un discurso cuajado de disparates. No tengo ganas de mezclar a Alemania con este trayecto efímero. Le digo que soy cubano, y dejo claro que no he huido de la isla, sino que trabajo para el régimen cubano en el extranjero como periodista. El tipo me dice que simpatiza con Fidel Castro, y que los pueblos necesitan hombres fuertes que los gobiernen, como Fidel Castro, Hitler o Franco. Guardo silencio, y como veo que me mira por el retrovisor, produzco en mis labios una sonrisa y meneo la cabeza en señal de prudente asentimiento.

Duermo mal, acosado por extrañas pesadillas. Debo hacer un discurso sobre Alemania llamado

Untergang eines wildbewegten Jahrhunderts, “Ocaso de un siglo tempestuoso”, ante un pleno del *Politburo*. Lo hago confiado y seguro de mí mismo. Una y otra vez se reproduce este sueño. En un momento de él, veo el rostro de Giselle flotando sobre uno de los bancos, que me sonrío, y de pronto se torna hostil. Me entra un pánico demoledor. Y antes de que nadie pueda emitir un veredicto sobre mi discurso, me despierto.

Por la mañana, después de desayunar con mi compañero, que me pregunta sin demasiado interés cómo me fue la conferencia de la víspera, me pongo a hacer la cama antes de salir hacia la oficina. Me asalta una imagen inesperada de quince años atrás: mi padre y yo en la habitación de nuestro hogar de *Mahlsdorf*. Él me enseña a hacer el petate, según un procedimiento dividido en fases. Si se ejecuta con precisión, el resultado es un lecho perfecto, una caja de tela sin arrugas. Él lo aprendió en el orfanato de *Cottbus*, donde le educaron instructores soviéticos de semblante endurecido por una guerra atroz, y viejos comunistas alemanes con los rostros marcados por la persecución y el exilio.

Trabajo toda la mañana solo en la oficina. Ordeno papeles, preparo datos contables que he de presentar al camarada administrador de la embajada. Me pregunto si será conveniente que me acerque allí en persona o debo enviar el material por correo.

Aparece Rasym, me saluda con una frialdad inusual, y se concentra en su trabajo. De vez en cuando, levanta la cabeza y me mira. No se da cuenta de que le puedo ver reflejado en el cristal de la ventana. La expresión de su rostro es dolorosa, como si acabara de recibir una mala noticia de su familia.

Se levanta y sale del despacho. Posiblemente va al reservado. Al regresar, se planta un segundo en el umbral, y reemprende la marcha, no hacia su mesa, sino hacia la mía. Se queda en posición de firmes, y me dice con una voz descompuesta, que debo presentarme en la embajada por la tarde. Le contesto que me alegra que hayan decidido levantarme la absurda obligación de usar intermediarios. Por un instante Rasym se relaja y veo aparecer en su cara una profunda conmiseración. Le pregunto si le pasa algo. Me dice ásperamente que no. Entonces me pregunta si tengo amigos en Madrid, buenos amigos. Me confunde la cuestión. Le contesto que sí, claro. ¿Tengo buenos amigos en Madrid? Me dice que los necesitaré.

A las doce bajo a la calle y me compro un bocadillo en un bar nuevo de la calle Infantas, que todavía no ha adquirido la película de grasa y suciedad presente en casi todos los *Gaststätte* españoles. Al subir a la oficina de la ADN, Rasym se ha marchado. La cita es a las cuatro. Como no tengo nada que hacer, cojo el último ejemplar del *Neues*

Deutschland, el diario oficial del Partido de Unificación Socialista. No llego ni a hojearlo. Una fuerza irracional me lo arrebató de las manos. Tomo entonces el último número de *Der Spiegel*. Me sucede lo mismo. Si tuviera la costumbre de fumar, me pondría un cigarrillo en la boca. Veo un paquete de Fortuna sobre la mesa de Rasym y me asalta la tentación de tomar un pitillo y dejar a su lado una moneda de un duro.

Al aproximarme a la embajada, se apodera de mí una ominosa sensación. El portero me recibe sin embargo con una sonrisa, detrás de su mesa de probo funcionario de baja categoría. Me hacen esperar en el diminuto vestíbulo del chalet que alberga la legación. Me siento en una silla, debajo de un retrato del camarada Honecker y su expresión paternal. Frente a mí, la bandera de la RDA, enmarcada y acristalada. Estoy en territorio de mi país. Nunca me había angustiado como ahora sentirme en casa. Unos pasos más allá, y vuelvo a estar en el extranjero. ¿Debo admitir que me encuentro más tranquilo ahí fuera que aquí dentro?

Por fin, se asoma un funcionario que no conozco y me invita a entrar en el despacho del camarada Agregado de Prensa. No está él, sino el camarada embajador, sentado tras la mesa burocrática. Jamás había sentido el peso de la burocracia oprimiéndome de tal manera.

—Señor Kapellu —comienza el embajador, tocándose los lentes —le hemos convocado con el propósito de que nos entregue el pasaporte de la *Deutsche Demokratische Republik* y sus credenciales como corresponsal de la *Allgemeiner Deutscher Nachrichtendienst*.

—¿Cómo dice? No le entiendo, camarada embajador —musito aterrado.

—La otra opción es que regrese usted a Berlín, y se someta a un juicio por alta traición a su país —dice el camarada embajador

—¿Alta traición? —Al escuchar mi propia voz, me parece que soy víctima de una broma.

—¡Alta traición! —repite el camarada embajador.

—Pero, ¿a qué se refiere, camarada embajador? ¿De qué me está usted hablando?

—Señor Kapellu, no le hemos convocado para darle ningún tipo de explicaciones —vuelve a tocarse los lentes— sino para ofrecerle la posibilidad de que eluda usted un juicio que sin duda se resolverá en su contra. Le estamos facilitando la huida. ¿No lo entiende?

—¿Huida? —Ahora me invade una oleada de

ira—. ¡Yo no quiero huir de mi país! Yo estoy sirviendo a la *Deutsche Demokratische Republik*. Por favor, camarada embajador... esto es absurdo.

—Señor Kapellu —por primera vez descubro que no me llama *camarada*, sino *señor*, y que entona la palabra con un énfasis menospreciativo—, insisto en que no le hemos convocado para discutir nada. Tiene cinco minutos para elegir entre quedarse en este país como refugiado o regresar a Berlín y someterse a un juicio.

De pronto hallo en mi cabeza un salvavidas.

—¡Quiero telefonar a mi tío Horst Riedel!

—Si espera usted que el camarada Riedel interceda por usted, le comunico que las instrucciones de lo que en este despacho se está desarrollando proceden directamente de él.

—¿De mi tío?

—Del camarada Riedel.

—¡No lo entiendo!

El camarada embajador se quita los lentes y juega con ellos.

—Sus sentimientos son irrelevantes en estas circunstancias. La seguridad y el beneficio del estado

socialista están por encima de cualquier tipo de emociones. Señor, Kapellu, retírese al recibidor y dentro de cinco minutos vuelva a entrar con una respuesta.

—¿Qué sabe mi esposa de esto?

—Lo ignoro.

—Tampoco podré hablar con ella, me figuro.

—Correcto. Retírese, por favor. Cinco minutos.

Tomo la decisión. Reúno fuerzas para parecer un periodista impasible.

—No hace falta, camarada embajador. Me convierto en refugiado.

—Entréguenos su pasaporte y sus credenciales
—dice limpiándose los lentes.

Siento ganas de replicarle un *Wie, Bitte?*, “¿cómo, por favor?”. Pero me doy cuenta de que está adoptando una actitud deliberadamente ineducada. A los traidores no se les trata con guante blanco.

Saco de un bolsillo de mi chaqueta mis credenciales y las dejo encima de la mesa burocrática.

—El pasaporte lo tengo en la oficina de la Agencia.

—El camarada Wiegrefe le acompañará a la Agencia y a su domicilio. Recoja todos sus bienes estrictamente personales.

Al decir esto, deja un sobre de papel de estraza con el sello de la RDA en una esquina sobre el tablero. Luego, se coloca los lentes.

—Es el finiquito de su trabajo. Firme el recibí.

Al tomarlo, siento ganas de lanzárselo a la cara. Lo abro allí mismo, en su presencia, desconsideradamente. Son billetes de banco españoles. Los cuento con lentitud, con el propósito de ofenderle, aunque a la vez abrigo la sospecha de que al camarada embajador mi actitud le importa un pimiento. Suman cien mil pesetas justas. Las guardo en el bolsillo de mi chaqueta, le devuelvo el sobre de papel de estraza propiedad del gobierno de la RDA y firmo el recibo.

Aparece el camarada Wiegrefe, Agregado de Prensa, y me acompaña a la salida. Me dice que no es necesario que vayamos juntos; a las seis y media debo estar en la agencia, después de haber recogido de mi domicilio mis pertenencias estrictamente personales, que le deberé mostrar. Comprendo la jugada. El camarada Wiegrefe es el jefe de la STASI en la legación, y su autoridad es superior a la del camarada embajador, a quien ha obligado a pasar el mal trago de

darme la mala noticia. Ahora, se limita a cumplir con su trabajo administrativo.

Al pisar la acera me siento liberado. Hace una tarde maravillosa. La primavera se ha instalado en Madrid con plena soberanía. En la calle María de Molina el tráfico es fluido. Al fondo se ven las gradas del Estadio Santiago Bernabeu, donde esta noche hay partido de Copa de Europa.

¡Soy libre!, pienso con ironía. ¿Libre de qué? ¡Por todos los demonios! ¿Qué coño ha pasado? ¿Qué supercoño ha pasado? ¿Son cien mil pesetas el precio de mi liberación? ¿Por qué tío Horst me ha tendido esta sucia trampa? ¿Qué pensará de mí Giselle, qué le dirán? ¡Tremenda *rebambaramba!*

En ese instante cae sobre mi cabeza un macetón lleno de tierra contaminada, envuelto en una funda de papel estraza con el sello de la DDR y una inscripción en negro: HOCHVERRAT, alta traición.

Oliver

El hombre del pelo gris

Rosa me tendió el teléfono diciendo que un tal Eduardo Moreno preguntaba por mí.

La llamada interrumpió una conversación sobre la fertilidad o la infertilidad que ambos manteníamos, con los papeles del informe del IVI en la mano. Con una pulcritud inhumana, el informe decía que los análisis no habían podido discernir si el problema para que se produjera la fecundación del óvulo era de éste o del espermatozoide. Sugería que una fecundación *in vitro* podría ser o bien la solución o bien la prueba de que la concepción de un nuevo ser era imposible, y por tanto despejar la incógnita.

En hoja aparte, el IVI nos informaba de los procedimientos y precios de la fecundación *in vitro*. Es lo que estábamos comentando cuando sonó el teléfono, que Rosa cogió porque le pillaba más cerca. No me dio tiempo a indicarle con la mano que excusara mi ausencia.

Me levanté para responder, con el propósito de desprenderme en cosa de segundos de quien quiera que fuese Eduardo Moreno. Pero al escuchar la voz,

un relámpago de la memoria iluminó su imagen en la entrada de un vestíbulo bancario, un hombre caído en las pulidas baldosas, un grupito de clientes y empleados observando sus estertores.

—Hola, Julián. Soy Eduardo Moreno. ¿Te acuerdas de mí? El mal estudiante.

Bajo la simpatía de su tono se transparentaba un fondo de seriedad.

—Sí, sí. Pero... Disculpa...

En aquel instante me asaltó un terrible remordimiento. Si aquel hombre no había muerto, mi comportamiento cobarde y egoísta iba a ser objeto de un justo reproche. Me vino a la cabeza una catarata de explicaciones. Me había marchado compungido, pero aliviado por la presencia de tantas personas a su alrededor, y convencido de que el yaciente sería atendido. Mi presencia no servía de ayuda, y una obligación inexcusable me reclamaba. A la vez mi remordimiento me recordaba que no hay nada tan inexcusable como la muerte. Por un instante temí ser otra vez presa de los Hombres Osmóticos. Eduardo Moreno desató este nudo de sentimientos.

—El que te pide disculpas soy yo. Verás... padezco una enfermedad llamada narcolepsia. Es una enfermedad rara producida por una bajada repentina de hipocretina, una proteína cerebral. Bonito nombre,

verdad, hipocretina... Uno de los síntomas de la narcolepsia es la pérdida súbita del tono muscular, uno se derrumba como un muñeco de trapo. Dicen que puede estar causada por emociones fuertes. Y te aseguro que volver a encontrarme contigo después de aquella movida delante del banco, me conmocionó bastante. Mi narcolepsia es de carácter grave, y a veces me mantiene paralizado durante minutos. Quien no lo sabe, puede pensar que estoy muerto. En el banco están al corriente, y están acostumbrados a auxiliarme. Pero tú no tenías ni idea. Me imagino que te llevarías un gran susto. Cuando me repuse, pregunté por ti. Me dijeron que no se habían fijado en quien me acompañaba al entrar y caerme. Me figuro que al ver que no podías hacer nada, te marchaste. Es normal...

—Sí, claro... Lo lamento mucho, de todas formas, Eduardo —Recobré la compostura—. ¿En qué puedo ayudarte?

—A mí, relativamente poco. Pero eres tú quien debe preocuparse, y siento tener que ser tan directo. Se trata de la caja de tu madre. Ha aparecido alguien con el propósito de apropiarse de ella... ilegalmente, por supuesto.

Yo tenía los papeles del IVI en la mano y en aquel momento sentí que me estorbaban. Se los tendí a Rosa con cierta violencia, y ella los recogió.

—¿Ilegalmente? ¿Habéis tenido un robo?

—No. Un tipo con acento alemán preguntó el otro día por el cajero de la oficina y le ofreció dinero a cambio de la caja depositada en el banco a nombre de Julián García Micó o Julian Micó García. El cajero me advirtió de inmediato. Al regresar el alemán para ver el resultado de su gestión, le hice entrar en mi despacho. La verdad es que pedí al guardia jurado que esperara fuera por si acaso. No fue necesaria su intervención. Era un tipo acostumbrado a los negocios. También me ofreció dinero a mí. Le dije que no iba a coger ni una peseta. Me miró asombrado, y preguntó si actuaba igual cuando aceptaba una imposición de dinero negro, aseguró que si era necesario, abriría en la sucursal una cuenta con varios millones de marcos, de la que yo podía disponer como quisiera, que la caja fuerte contenía secretos de Estado que podían afectar la seguridad en Europa Central, y que él era un agente autorizado a ejecutar todo tipo de acciones. Me advirtió que no se trataba de una película de espías ni de James Bond, sino de algo muy serio. Se ofreció a ponerme en contacto con un agente de inteligencia español, y al objetar yo que quién garantizaba que ese supuesto agente lo fuera de verdad, me dijo que había cosas que se mantenían siempre en la sombra porque la verdad puede hacer daño. Entonces le planteé lo obvio, que hablara contigo, que ofreciera todos sus millones al propietario de la caja. Y me dijo con asombro, al

parecer verídico, “¡Ah! ¿Pero ese hombre existe?”... Ha quedado en volver dentro de una semana, para darme tiempo a mí a ponerte al corriente... No sé qué te parecerá todo esto. No he querido llamar a la policía hasta hablar contigo.

—Has hecho muy bien, Eduardo. Y no es necesario que involucremos a la policía en el asunto. ¿Cómo se llama el tipo?

—Günther Holm. Ha dejado su tarjeta. Figura como mánager de una fundación finlandesa con sede en Helsinki, *Kansallinen Kokoomus Säätiö* —tuvo la paciencia de deletrear incluso las diéresis.

—¿Y cuándo ha dicho que se pasará por el banco?

—El lunes, a las ocho y media en punto. ¿Podrás venir a Madrid?

—Allí estaré, Eduardo. Con puntualidad finlandesa. ¡Y muchas gracias! Por cierto, ¿qué aspecto tiene ese Günther Holm? ¿Qué edad aparenta?

—Quizá tenga sesenta años. De estatura normal... sin barba ni bigote... Con pelo gris... Viste... normal. Es un tipo normal... No creo que esto te ayude. No soy buen fisonomista.

Colgué y volví a tomar los papeles del IVI de la

mano de Rosa.

—¿Es la vida la que está llena de sorpresas o especialmente la nuestra?

—¿Qué? —contesté distraído.

—Temo que no sea este el mejor momento para decidir una fecundación in vitro.

—¿Por qué? —recuperé el dominio de la situación—. Intentémoslo. Quiero tener un hijo. Quiero que disfrute del mundo que vamos a legarle. Mejor. Justo. Generoso. Limpio. El que querían los fabianos.

—Me gusta verte soñar —dijo enroscándose a mí. Sentir su afecto espontáneo fortaleció mi decisión.

Pedí a Información de Telefónica el número de cierta agencia inmobiliaria de Alcalá de Chivert. A continuación, llamé.

La suerte estaba de mi parte. Respondió el propio Karlheinz Schulze. Le pregunté directamente si había visitado un banco en Madrid y había negociado la entrega de una caja de seguridad. Su negativa me sonó sincera. La acepté porque no quería recurrir a ningún Hombre Osmótico para certificarlo. Antes de despedirnos, me preguntó por Florian. Le dije que le había dejado exultante en Madrid, después de una

extravagante conferencia en el Club Internacional de Prensa. Me advirtió que eso había sido una trampa, y que me interesara por Florian. Ahora su voz tenía sordos tonos de alarma.

Pulsé con el dedo el interruptor para interrumpir la comunicación y, sin colgar el aparato, marqué el número de la ADN. Florian no se encontraba en la oficina. Al insistir, me dijeron que “ya no” trabajaba allí. El *nicht mehr*, “ya no”, me sonó muy oscuro. Pregunté si había regresado a Berlín. *Keine Ahnung!* ¿No sabían nada de él? *Doch!*

Volví a colgar con el dedo y marqué el número de la embajada. ¿Por quién iba a preguntar allí? El agregado comercial, mi supuesto jefe, no querría implicarse, y el agregado de prensa y delegado de la STASI en la legación, se haría el sueco. Deposité el teléfono sobre su horquilla. Era un aparato negro, antiguo, de baquelita. De un tiempo ya pasado e irrecuperable.

Me abracé a Rosa con angustia y desesperanza. Ella me besó con una pasión demasiado explícita. Mientras hacíamos el amor, ambos pensábamos en la misma idea. Estuve leyendo su mente sin la ayuda de ninguno de mis monstruos. Los dos rezábamos para que se produjera el milagro de la concepción.

Florian Kapellu

Lustgarten

Soy el hombre-que-tira-de-la-maleta, Giselle. Sólo pienso en ti y en los niños. No veo, no oigo, no tengo sensibilidad táctil ni olfativa ni gustativa, ando por la ciudad como un autómatas. A pleno rendimiento funcionan en mí lo que los griegos llamaban *sentidos internos*: sentido común, imaginación, intuición y memoria, todos ellos dedicados a ti y a los pequeños.

Os veo, os escucho, os huelo, os acaricio y os beso con la imaginación y la memoria. La intuición y el sentido común me permiten discurrir por las aceras de la ciudad sin tropezarme con nadie y sin que me atropellen los automóviles cuando cruzo en las esquinas. Me detengo lo justo, según me dicta la intuición; en cuanto el semáforo se pone verde para los peatones, sigo avanzando. No sé hacia dónde voy ni me importa un carajo. No puedo detenerme. Si intento hacer algo razonable, llevado por la voluntad, me entra un pánico estruendoso, tanto que debo de esforzarme por no ponerme a gritar.

Por ejemplo: me doy cuenta de que paso por delante del edificio de la Telefónica, en Gran Vía. Paro, entro y me acerco al mostrador de las

conferencias internacionales. Doy nuestro teléfono en Berlín, me envían a una cabina. Espero. Empiezo a asustarme. Espero. Te imagino en una celda y a nuestros hijos llorando en el despacho de un tío Horst impertérrito y necesariamente malvado. Se apodera de mí el terror. Vuelvo al mostrador y la telefonista me dice que no hay posibilidad de conectar con la Alemania Democrática. “¿Por qué? ¿Algún problema técnico?” “No, simplemente, allí no quieren saber nada de usted; es la impresión que da, en serio.”

Salgo horrorizado a la calle. Tiro de mi maleta rodante y lo único que escucho es su tras-tras en el enlosado, su susurro en el pavimento.

Estoy en la plaza de Cibeles. ¿Cómo he llegado aquí? El reloj de Correos marca una hora indiferente. La luz declina. Dentro de mí está tan oscuro que la tarde que avanza me parece la aurora.

Ahora me encuentro ante el museo del Prado. Tampoco sé qué camino he recorrido. Empieza a anochecer. Me siento en un poyete. Tengo una vaga conciencia de que existe un mundo fuera de mi desesperación. A mi lado hay un tipo que se parece a Durero, mayor que yo, sentado en una sillita de tijera frente a un caballete. Un austero cartón anuncia que hace retratos al minuto. Por la muestra, parecen bien elaborados. *Lustgarten*, dice en el cartón, y yo interpreto que es alemán. Necesito hablar.

—*Sind Sie Deutsch?*

—*Ne, aus Corral de Calatrava, Ciudad Real.*

Su pronunciación de las erres me hace pensar que sea francón, como mamá y como Durero. Pero enseguida me apercibo de que Corral de Calatrava y Ciudad Real están en España. Sin embargo, entiende alemán.

—*Verstehen Sie Deutsch?*

—Un poco. Muchos veranos en Ibiza. ¿Y tú, eres alemán?

—No lo sé.

Lustgarten menea la cabeza, pero no dice nada. Se levanta y empieza a recoger sus bártulos.

—¿Te tomas una cerveza? —me dice.

—Te invito en el Palace —me sale espontáneamente. Estoy dispuesto a hacerlo, locuras, desproporciones, disparates.

—¿Te alojas ahí?

—¡Ni de coña! —Y por primera vez desde que dejé de ser alemán me echo a reír, la risa del loco o del payaso.

Vamos a un bar de tapas en la calle de Jesús de Medinaceli. Lustgarten me dice que se llama Basilio Lozano Jardín, de donde el nombre en alemán, Lustgarten. Es pintor. Expone sólo donde él elige. Sus posibilidades de elección son mínimas, por eso expone poco. Se gana la vida vendiendo retratos al minuto y a la carta. Se conforma con lo necesario. Su padre le ayuda económicamente. Algunas tardes soleadas de primavera se acerca al Prado, donde siempre le contrata algún turista porque su calidad destaca sobre la de sus colegas, al mismo precio. Comparte un estudio en la calle del León, encima de una librería de viejo. Estos detalles salpican una fluida y jugosa conversación. Lozano Jardín parece un tipo desenfadado, atrevido, optimista, aunque su contacto con la prosperidad sea secante, casi tangente. No está dispuesto a arrastrarse por la mierda de las galerías y los marchantes para elevar su nivel de vida.

Esto me anima a confesarle que mi país era la RDA.

—¿Era?

Le doy cumplidas, exhaustivas explicaciones. Le hablo bien de mi país y mal de sus dirigentes. Le hablo de mí, de ti, Giselle, de nuestros hijos.

Al salir a la calle es noche cerrada. En la jamba de la puerta hay apoyado un tipo leyendo un

periódico. Un titular dice: “Hungria retira las alambradas de espino en su frontera con Austria.”

Peter Kapellu

Vagabundo en el Oeste

Crucé el Muro. Me sentí un cobarde. No un traidor ni un colaborador, sí un pusilánime. Toda la superioridad moral sobre mi padre o mi tío, que mi instinto defensivo había construido, se derrumbó. Yo era un personaje tan vulgar y despreciable como Horst Riedel.

Christa, sin embargo, estaba exultante. Me estrujaba y me comía a besos. Decía que por fin éramos libres. Cuando anuncié que yo me volvía al día siguiente a Berlín Este, empezó a tartamudear incoherencias que poco a poco adquirieron una forma agresiva, insultante. Intentó darme una bofetada, pero no la dejé. Me marché del hotel y me puse a pasear por las calles del Oeste, igual que semanas atrás lo había hecho por las del Este. No tenía marcos occidentales, no podía ir a ninguna pensión. Pensé que la estación de Jardín Zoológico era el mejor lugar para un vagabundo, me confundirían con otros vagabundos, y esto me creaba la ilusión de que iba a pasar inadvertido. Comprendí que me estaba engañando. El único que podía advertir mi existencia era yo mismo. Era dudoso que me vigilaran, y si lo hacían, el que tuviera esa misión iba a pasar la noche

en vela. Cuando me harté de la estación me marché al parque próximo. Me senté en un banco, cerca de otros *Penner* o mendigos sin hogar. Me pidieron una limosna y les di todo el dinero que llevaba encima. Cuando descubrieron que era inservible, al que lo había recogido le entró una risa floja, se lo enseñó a los otros y lo tiró al suelo. Me agaché, recogí las monedas y los billetes y me los volví a guardar. Mi humillación fue un acto de altanería, el pobre alemán oriental que se arrodilla ante la hez de la Alemania Occidental, ebria y asocial. Fue entonces cuando me ofrecieron vino, que rechacé, procurando no evidenciar que me repugnaba chupar aquel asqueroso envase de cartón.

Me dormí, ajustando mi abrigo al cuerpo todo lo que pude, con las manos en los bolsillos, atosigado por un frío molesto en los pies.

Antes de amanecer me marché de allí. Los vagabundos lanzaban unos ronquidos atroces. Enfilé una calle filosófica y serena, la *Kantstrasse*, en busca de l *Noumenos* incognoscible; los *Phenomenos* sensibles me importaban un pimiento. Luego me desvié hacia el norte, orientándome con el mapa que me habían dado en el hotel, y me paré a descansar otro rato en un banco de un ancho bulevar. Los castaños gigantes empezaban a cargarse de hojas, y entre ellas, en la luz de la aurora de largos dedos, se veía el palacio de *Charlottenburg* al fondo, la

residencia que el elector Federico I de Prusia le construyó a su esposa, Sophia Charlotte de Hannover a finales del siglo XVII. Las bombas de la guerra no le habían afectado mucho, y su reconstrucción no fue costosa. Conozco bien la historia de mi país partido. Es mi historia. Pero soy consciente de que desde 1949 hay dos historias, y procuro no mezclarlas. En 1951, los padres fundadores del *Sozialismus* atroz decidieron derrumbar el Palacio de los *Kaiser* en el Este porque era el símbolo de la aristocracia explotadora, y Berlín *Hauptstadt der DDR* no podía consentir la mácula de la vieja opresión en el propio centro de la ciudad. Querían marcar un nuevo inicio histórico, y lo hicieron a lo bestia. En el solar del antiguo *Stadtschloss* se yergue hoy el *Palast der Republik*. Quiero que siga siendo el parlamento del pueblo alemán del Este, en una nueva etapa en la que el *Sozialismus* deje de ser atroz

Con la ropa arrugada, sin afeitado, despeinado, después de orinar oculto entre unos matorrales, me encaminé a un callejón tras el Museo Egipcio, donde el marchante objetivo de mi misión tenía su oficina. Abría a las diez, como los museos de alrededor. Yo estaba hambriento y helado. Pensé que ese era el destino de mis compatriotas empeñados en huir al *Kapitalismus*, una insatisfacción perenne de su codicia y su gula, una inflamación irremediable de la vejiga. Me alejé de aquel barrio elegante, todavía en busca del *Noumenos* incognoscible.

Finalmente no pude resistir más y entré en un anodino *Imbiss*. Pregunté a la chica que atendía la barra si admitían marcos de la RDA. Miró la mano en la que mostraba mi divisa como si fuera la de un apestado, aunque me la acababa de lavar en un estanque. Se volvió hacia un hombre que salía de la trastienda y le dijo algo en un idioma desconocido. El tipo, un hombretón barrigudo y con mostacho de mosquetero, me preguntó si me había escapado del Este. Le respondí que sí, suponiendo que surtiría algún efecto, y no me equivoqué. Me sirvió un desayuno opíparo. Me dijo que era húngaro, y que se me había adelantado en treinta años, después de la revuelta de Budapest en 1956. Le dije que entonces yo ni siquiera había nacido. El era un niño y se había escapado con sus padres, ahora propietarios de la tasca. Hablaba de su vida en el Oeste como un bardo que recitara la Odisea, pero a mí sus aventuras me parecían grises, administrativas, reguladas; no había cíclopes antropófagos ni sofocantes diosas ni brujas ni demonios de ultratumba, sólo la elite de cortesanos chupópteros. Pero el generoso barrigudo se sentía Ulises.

Regresé a la oficina del marchante. Una joven que a mi juicio vestía de fiesta, algo natural en ciertas clases de Occidente, según rezaba el estereotipo *ossie*, oriental, me informó de que su jefe estaba fuera de Berlín. Le pregunté si muy lejos. “En Danzig”, me dijo, y tardé en comprender que se refería a Gdansk,

la antigua capital de la Prusia Oriental que Alemania devolvió a Polonia tras la guerra; ¿o acaso se la entregó?

Le expliqué que necesitaba hablar con él para que me proporcionara indicios de un antiguo suministrador del negocio de arte. Subrayé que yo era su hijo y que venía del Este. Me temblaba la voz de emoción y de miedo. ¿A qué temía? La secretaria no pareció advertirlo, y me pidió una tarjeta. Mi temor se transformó en ira, estuve a punto de decirle que no tenía tarjetas ni falta que me hacían. Acabé escribiendo mi nombre y domicilio de Leipzig en un folio en blanco que la chica extrajo de una impresora. “¿Puede dejar un teléfono?” Insistí en volver a última hora del día. Luego lo pensé mejor y apunté el teléfono del hotel del que había salido hacía más de doce horas, cuya dirección figuraba en una esquina del mapa.

Al salir, caí en la cuenta de que yo no me había registrado, sólo Christa. Debería volver y enfrentarme a ella. Esperaba que se le hubiera pasado la indignación.

No estaba. Christa se había marchado del hotel sin dejar noticia de su nuevo paradero. Me dijeron que la habitación estaba pagada para una semana. Dejé en Recepción mi documentación de la RDA y subí a asearme. Después me tumbé en la cama con un diario

de Berlín Oeste. Los gobiernos de la RDA, Checoslovaquia y Rumanía estaban inquietos e indignados por la retirada de alambre de espino entre Hungría y Austria; se temía una huida masiva de ciudadanos orientales hacia el Oeste. La típica interpretación alarmista de los países del *Kapitalismus*. Me parecía idiota que de pronto centenares de personas se volvieran locas, abandonaran sus trabajos, sus hogares y hasta sus familias y huyeran en busca de un mundo de fenómenos sensoriales, de lujos imposibles, de bandidismo. Me hizo pensar en la reflexión de mi cuñada Giselle, pocos eran los que se dejaban arrastrar por los cantos de sirena, los ciudadanos de la Alemania Oriental creen en el *Sozialismus*, aunque no sepan muy bien dónde está. Dándole vueltas a estas ideas me quedé dormido. Soñé que Christa se había convertido en la *Bundeskanzlerin* de una nueva Alemania unificada.

Oliver

Los misterios de la Bolsa

Eduardo Moreno tenía un aspecto inmejorable. Me acordé del día en que le acompañé a su casa, siendo los dos adolescentes, en un bloque de pisos del barrio de la Concepción. Su padre surgió de una de las habitaciones, en pijama y con barba de varios días, nos miró y se dio media vuelta musitando un saludo. Era un piso interior, oscuro. Con muebles barnizados de negro, y tapices clavados en la pared. ¿Cómo había podido escapar Moreno de su niñez y juventud monstruosas? Misterio insondable. Tanto como los efectos de la hipocretina en el cuerpo de su portador, al que parecía matar de golpe. Tanto como la dislocada existencia de mis Hombres Osmóticos.

—Tengo que confesarte que he hablado de este tema con una autoridad policial. Pero bajo promesa de confidencialidad absoluta.

Era viernes, el fin de semana anterior a mi cita con el desconocido y codicioso Günther Holm. Moreno me miró, a la espera de alguna reacción mía. Como no percibió ninguna, continuó con su explicación.

—Es un tío segundo de mi mujer, teniente coronel de la guardia civil. Le gustaría hablar contigo, pero sólo si tú lo deseas. Imagino que querrá ver el contenido de la caja en cuestión.

—Oye, ¿cómo es que mi madre colocó la caja en este banco, en esta sucursal precisamente?

—Porque me conocía.

—Pues no recuerdo que tú vinieras alguna vez a mi casa mientras estudiábamos en el Perelló.

—Tienes razón. Pero mi padre asesoraba a tu madre.

La noticia me desconcertó, más bien me alarmó, me asustó, me humilló. Esta reacción sí la percibió Moreno.

—Pensaba que sabías que mi padre había llevado las inversiones bursátiles de tu madre. Mi padre era un hacha de la bolsa, a pesar de su depresión tras la muerte mi madre. Podía haberse hecho millonario, pero se limitó a hacer millonarias a algunas personas. No te creas que asesoraba a cualquiera, sólo a muy pocos amigos. Probablemente conociera a tu madre de la infancia de ambos.

—¿Y a mi padre? —le interrumpí.

—Eso ya no lo sé —Se calló, esperando que yo interviniera de nuevo—. El caso es que un buen día se presentó en la sucursal en la que yo trabajaba preguntando por mí. Fue poco después de la muerte de mi padre, quizá él le había dicho que me buscara. Me dijo que quería que le llevara sus inversiones. Le advertí que yo carecía de la magia bursátil de mi padre. Entonces alquiló una caja fuerte y puso en ella una serie de cosas. Había una condición, si yo cambiaba de oficina, me tenía que llevar el contenido de la caja fuerte a la nueva.

Se hizo evidente que había terminado su discurso. Tuve una idea.

—¿Crees que el tío de tu mujer puede venir esta tarde?

—Seguro. Déjame que le llame.

Quedamos a las siete en la sucursal.

El guardia civil apareció de paisano. Dijo llamarse Emilio Yubero. No aparentaba en absoluto ser militar, algo que los jefes históricos del ejército español disimulan mal. Me preguntó cómo estaban las cosas “por el Este”, y yo le di una respuesta vaga. Enseguida entró en materia, y me hizo saber que yo estaba en mi derecho de negarme a que él viera el

contenido de la caja fuerte.

—¿Espera usted encontrar algo especial? —le dije.

—Es lo que yo iba a preguntarle... Verá, formo parte de un grupo que investiga la delincuencia organizada internacional. Tenemos noticia de que el gobierno de la Alemania Democrática realiza ciertos negocios utilizando a veces personas de estas redes... Y al informarme Eduardo de la caja, y de que usted trabaja para una institución de ese gobierno... Bueno, rectifico. Eduardo no nos ha dicho nada de eso, ni siquiera sé si lo sabe. Pero yo sí lo sé. Esta es la razón de mi curiosidad. Aunque supongo que lo que encontremos no tendrá ningún interés para mi investigación y para la seguridad de este país que todavía se llama España. Si quiere, es puro morbo. O instinto. No sé.

Tenía algo el teniente coronel que me producía un violento trastorno interior, en el que mis Hombres Osmóticos se debatían ciegamente. Pensé que sería una reacción refleja, que emergía de mi memoria afectiva depositada en la época en la que traté con militares soviéticos. Pero lo más desconcertante eran los rasgos de Yubero, fuertes, cincelados, como un monje de Zurbarán. Me recordaban con fuerza a alguien desconocido, algo absurdo pero oprimente.

Bajamos los tres al sótano de la oficina, Moreno sacó la caja de mi madre de su escondrijo blindado y regresamos con ella a su despacho.

Su contenido era un cuadernito en octavo de tapas de hule verde con notas manuscritas de Agustina García, un diario que empezaba en su adolescencia y que, con enormes huecos, llegaba hasta su vejez, más una serie de joyas de bastante valor con noticia de su procedencia (clientas suyas muy agradecidas con ella por desconocidas razones), ¡y las hojas que faltaban del diario de mi padre!

Después de tomar todo aquello en mis manos y observarlo, invité al coronel a su propia inspección. Declinó interesarse por el cuaderno de mi madre y por las joyas.

—Deben de esconder secretos formidables —dije yo, desconcertado por las relaciones de Agustina.

—Lo dudo —dijo el coronel, señalando una etiqueta en la que se decía que era un regalo de la esposa de cierto ministro del Régimen—. Esta nota es falsa, quiero decir que la señora de Juanes nunca entregó esta joya a su madre.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo deduzco. Este oro es centroeuropeo. Y fíjese en el ámbar. Del Báltico. ¿Su padre enviaba a su

madre dinero y regalos desde Alemania?

—Sí. ¿También lo sabe usted?

—Ya le he dicho cual es mi departamento, pero me he permitido indagar en los archivos históricos. Sé que su padre vivió en la Alemania del Este, y que viajó a España en 1948, en misión oficial del PCE, para desmontar las guerrillas anarquistas. Antes había trabajado para la CIA en Múnich. Supongo que sería un doble agente.

—¡Demonios! Tienen ustedes más información que la STASI.

Moreno nos observaba con seria curiosidad.

—Cada país tiene su STASI. Debe tenerla. Otra cosa es para qué la utiliza. Franco tuvo un servicio de información exterior excelente. Los yanquis nos deben muchos favores... Esas hojas sueltas...

—Creo que son las que faltan en el diario de mi padre.

—¿Lo puede comprobar?

—Ahora mismo, no. Me las llevaré a casa.

—¿Y lo demás? —preguntó Moreno.

—Te lo dejo aquí. No me siento con ánimo de

leer ahora el diario de mi madre. Y las joyas... Igual las acabo regalando a Cáritas.

—Déselas usted a Izquierda Unida. Los pobres andan de capa caída.

Había notado cierta chunga en la voz de Yubero.

—¿Es usted de izquierdas, coronel? —pregunté en el mismo tono.

—Soy republicano. Pero también fui franquista. Lo que le espera a la izquierda es demoledor.

—¿En España?

—En Europa. ¿No está usted enterado de la actividad diplomático-financiera de la República Federal Alemana en los países del Este? —Me limité a negar—. El ministerio de Finanzas federal está repartiendo dinero a espuestas en Hungría y Polonia. Y lo hace sin esconderse. Los rusos lo saben y lo consienten. Me temo que no tardará usted en quedarse sin trabajo, amigo Oliver. En cuanto caiga Checoslovaquia. La siguiente será la DDR.

Al escuchar mi nombre de guerra en su boca sentí un latigazo de ira. Enseguida se evaporó. Tomé las hojas arrancadas del diario de mi padre. Correspondían a lo que yo recordaba de algunos

saltos. Pero al leerlas por encima no encontré nada interesante. Las dos últimas contenían sólo tablas numéricas.

—¡Qué absurdo! —murmuré, sacudiendo las hojas.

—¿A qué se refiere? —preguntó el coronel.

—Pensé que en estas páginas habría secretos estupendos. ¿Por qué si no habrían sido arrancadas? Pero, a primera vista, son comentarios y recuerdos de Olegario semejantes a los que hace en el cuaderno... Y estas dos últimas, llenas de números...

—Esa es la clave —dijo el coronel desapasionadamente.

—¿La clave?

—Literalmente. ¿Me permite?

Se las di. Estudió las tablas numéricas y empezó a comparar las hojas escritas. Sacó un lápiz muy afilado de la chaqueta y se puso a escribir letras en un folio en blanco. Al acabar, me enseñó el resultado.

Eran el título de un lienzo de cierto pintor alemán del siglo XIX, el nombre de una persona y su dirección.

—Creo que aquí hay un listado de obras de arte y de compradores ilegales. Las tablas son el código cifrado, muy sencillo. Su padre no era un buen espía.

—¿Usted sabe lo que significa esto? ¿Está interesado en ello?

—No, no, amigo Oliver. Esto es cosa suya. Pero ándese con cuidado, porque a lo mejor es material altamente explosivo.

—Espere un momento —dije. Salí al patio de operaciones, encendí una fotocopidora, hice dos copias de todas las hojas, y le di un juego al coronel.

—Guárdelas usted, por favor. Dejaré el original en la caja fuerte y me llevaré una copia. Le informaré de lo que vaya sucediendo. El lunes he quedado con un tipo interesado en este material.

—¿Quiere protegerse?

—Naturalmente. Y le ruego que envíe uno de sus hombres, si es tan amable, para que nos acompañe cuando venga ese Günther Holm.

—Aquí tiene mi teléfono —me entregó una tarjeta. Saqué una mía, pero tendió su mano en posición denegatoria—. Puedo localizarle, gracias. El lunes se presentará aquí el capitán Valiente... —hizo una mueca divertida al ver mi desconcierto—. Se llama así.

Peter Kapellu

Herr Günther Holm

Un timbrazo me sacó del acto de proclamación de Christa como *Bundeskanzlerin* en el parlamento federal de Bonn. Mis ojos no veían casi nada, manchas borrosas que parecían letras.

Me quité de encima el periódico de un manotazo y regresé al estado de vigilia en el hotel de la *Kurfürstendamm*. El teléfono seguía repicando.

—*Herr Kapellu?* Soy Günther Holm, estoy en el bar del hotel.

—¿Le conozco a usted?

—Soy marchante de arte. Ha preguntado usted esta mañana por mí. Quiere encontrar a su padre, ¿no es verdad?

—¿Pero no estaba usted en Polonia?

—Debería estar en la Prusia Oriental. Pero algo me ha retenido en Berlín.

—Bajo enseguida.

¿Estaría este tipo burlándose de mí o era un

redomado revanchista?

Tendría unos sesenta años, quizá más. Llevaba el cráneo rasurado y su cuerpo era atlético. Vestía camiseta ilustrada con la cabeza de Mona Lisa versión Warhol, y traje de una tela fina y brillante. Me pareció un hombre *à la mode*. Hablaba con cierto amaneramiento.

Después de estrecharnos la mano y de pedir para mí un café y algo de comer (debió de verme cara de hambre, todavía iba yo sin afeitarse), me preguntó a bocajarro por qué quería hablar con mi padre.

—Porque no le veo desde hace casi quince años.

—¿Y de pronto le han entrado ganas de verle y se ha escapado de Berlín Este?

—Yo no me he escapado de ningún lado.

—¿Ah, no? —Pareció sorprendido—. Pero alguna razón tendrá para buscar a su padre.

Esta vez fui yo el confundido. Nada. Tenía que haber construido una historia. Tiré por el camino de en medio.

—Prefiero reservármela. Lo que me importa es saber si usted puede ayudarme.

—Ahora mismo, no. Pero antes de septiembre debo reunirme con él en Estocolmo. Le daré noticias tuyas. ¿Va a volver usted a Leipzig?

—Sí.

—Le haré llegar un aviso.

Llamó al camarero, le pagó las consumiciones, me dio una tarjeta tuya, y se despidió con la ligereza de un hombre de mundo. Yo me terminé el almuerzo con voracidad.

Tomé el metro en *Kurfürstendamm* sin billete, algo que sentí como un desafío cómico al *Kapitalismus*. Cuatro estaciones después, siguiendo el curso libre del *Spree*, volví a mi país amurallado. Era el único varón con pinta de ciudadano oriental que recorría el andén de la *Friedrichstrasse* camino del Palacio de las Lágrimas. Fue entonces cuando me acordé de Christa. ¿Qué habría sido de ella?

Oliver

La vuelta al mundo

Los meses de junio, julio y agosto, los dediqué a viajar por el mundo con Rosa.

Primero volamos a Perth, en la costa occidental de Australia, donde Rosa tenía una prima hermana. Allí nos enteramos de que el gobierno chino había perpetrado una matanza en la plaza de Tienanmen, donde se habían juntado millares de jóvenes en demanda de libertad. Luego tomamos un tren y cruzamos reposadamente el continente, pasando por Adelaida, Melbourne y Canberra hasta Sydney, donde vivía un tío mío lejano al que no pudimos encontrar. En avión saltamos a Port Moresby, en Papúa Nueva Guinea, donde no había nadie que conociéramos, pero nos enteramos del discurso que el camarada Gorbachov había dirigido al consejo de Europa en Estrasburgo, en el que aseguró que el orden social y político en los países europeos era una cuestión dependiente exclusivamente de sus ciudadanos; también excluyó el uso de la fuerza, en especial de la fuerza militar del Pacto de Varsovia, contra la OTAN o contra los países asociados al Pacto. De aquella isla saltamos a la de Luzón, en Filipinas, llena de Garcías y de algún Amorós, ninguno pariente. En Tokio nos

enteramos de que Tadeus Mazowiecki, veterano anticomunista y uno de los fundadores del sindicato *Solidarinosc*, había sido elegido primer ministro de Polonia, sin que hubiera pasado nada, es decir, sin que los viejos comunistas hubieran sacado el ejército rojo a la calle. El mismo día, seiscientos alemanes orientales escaparon a Austria aprovechando un Picnic Paneuropeo que se celebraba en territorio húngaro, cerca de la frontera con aquel país. Cada vez que me enteraba de una de estas informaciones me flojeaban las piernas. ¿Qué estaba pasando?

Nos acabábamos de levantar y miraba las noticias en la CNN, esperando que Rosa saliera de la ducha. Al hacerlo, se plantó ante mí desnuda como vino al mundo y dando indescriptibles saltitos, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Estoy embarazada, Julián! ¡Vamos a tener un hijo!

—¡Al infierno el mundo entero! ¡El capitalismo es un tigre de papel! —grité abrazándola.

De inmediato telefoneamos a Valencia, con la buena nueva para el señor Amorós. Antes de despedirse, me dio un recado.

—Oye, un teniente coronel de la guardia civil que se llama Emilio Yubero quiere hablar contigo en cuanto vuelvas. Me ha dicho que, si vas a tardar

mucho, te puede dejar un cable confidencial en la embajada española en Tokio. Me ha pegado un susto de muerte, pero ha insistido en que es una cosa privada entre él y tú, que no tiene que ver nada ni con los negocios ni con el caos internacional. Tú sabrás...

—¿Te ha mencionado a un tal Günther Holm?

—No.

Aquel tipo, que necesitaba hacerse cuanto antes con el tesoro oculto por Agustina en una caja fuerte, no se había presentado en mayo a la cita del banco ni había dejado ningún mensaje, simplemente desapareció antes de haber aparecido.

Volamos de Tokio a París vía Moscú en *Aeroflot*. En el avión repartieron periódicos en ruso y en inglés, editados en la capital soviética. En uno de estos últimos leí que en la reunión del Pacto de Varsovia para celebrar su vigésimo primer aniversario, Polonia y Hungría habían condenado la participación de sus países en la invasión de Checoslovaquia de agosto de 1969. En París, la prensa francesa publicaba en primera página que cuatrocientos mil estonios, letones y lituanos habían formado una cadena humana exigiendo la independencia de sus países de la URSS.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué demonios estaba pasando?

—El mundo se está viniendo abajo —comenté, al ver cómo me miraba Rosa.

—Es el momento más oportuno para que nazca nuestro hijo.

Me obsesioné con la prensa. Aterrícé en Madrid con un bolsón lleno de periódicos.

Al llegar a nuestra casa en Valencia, cargado de papel, me encontré con una montaña de diarios locales y nacionales, que la sirvienta había acumulado en mi despacho a medida que los subían del kiosko. Abrí algunos al azar, mientras barajaba el tipo de sorpresa que me iba a deparar Emilio Yubero, que venía a Valencia al día siguiente.

La intuición osmótica, sin duda, llevó mis ojos a clavarse en una noticia a una columna en página par, que explicaba la suspensión de “El Gran Teatro del Mundo”, de Calderón de la Barca, en el Festival de Almagro de Julio, debido a un cortocircuito que había estado a punto de prender fuego al Corral de Comedias. El espectáculo era una dirección conjunta de una holandesa llamada Sancha Minghella y de un alemán llamado Florian Kapellu. Toda la escenografía de cartón-falla, preparada por el artista manchego Basilio Lozano Jardín, había quedado destruida.

¿Seguían persiguiendo a Florian? En cuanto acabara con la sorpresa Yubero, me pondría a buscar a

aquel optimista ingenuo. Necesitaba saber si había dejado de serlo.

Peter Kapellu

Giselle en Leipzig

Mi regreso a Leipzig fue un acto de rebeldía. No visité a tío Horst ni en su despacho ni en su casa. Imaginé que sus agentes, que me habían seguido con eficacia y sigilo (yo no me había enterado, pero daba por hecho el seguimiento), le pondrían al corriente de la conversación con aquel galerista afeminado, que habrían grabado con cámaras y magnetofones de alta precisión.

El pucherazo de las elecciones locales de mayo en mi país había sido un escándalo. Egon Krenz, el encargado del asunto, había tenido la desvergüenza (o la imprudencia) de permitir la monitorización por parte de los grupos religiosos que nos daban amparo a los disidentes. Sus informes provocaron un crescendo de protestas. El primer día se manifestaron doscientos cincuenta rebeldes, pronto se dobló el número, y a finales de junio ya éramos casi tres mil los que nos juntábamos semanalmente en la iglesia de San Nicolás de Leipzig.

Entonces se presentó Giselle en mi casa.

Me explicó que Florian había desaparecido en

España, después de haber sido privado de su ciudadanía, acusado de alta traición.

—¡Ese hijo de puta de Horst Riedel! —exclamé tan alto como pude en el salón de mi casa, para que quedara bien grabado.

—No digas eso, Peter. Me ha venido a ver. Está destrozado. Ha tenido que reprimir su afecto y sobreponer el interés de Estado.

—¿Y tú te lo crees? —continué gritando—. ¿Tú crees que tu marido, mi hermano, es un traidor?

Giselle se cogió las manos y las apretó impotente.

—No. No puede ser.

—¿Qué te ha explicado Riedel?

—Nada. No puede decirme nada. Es secreto de Estado.

—¿Y te parece que las asambleas que hacemos en Leipzig son alta traición?

—No creo. No, Peter.

—¿Qué puede haber hecho Florian peor que eso?

Expliqué a mi cuñada nuestras actividades, nuestro propósito de fundar un partido político que agrupara a todos aquellos que queríamos cambiar la forma de gobierno de nuestro país sin variar la sustancia socialista, nuestro empeño en convencer a la gente de que no se marchara, estábamos decididos a quedarnos en la RDA porque los ciudadanos tienen la obligación moral de mejorar la sociedad a la que pertenecen.

—¿No os importa el peligro que corréis?

—Giselle... Esta casa está llena de micrófonos. Están grabando esta conversación. ¿Y qué? ¿Qué ganan metiéndome en la cárcel? Somos miles. No hay cárcel para tanta gente. La RDA es más que un estado policial, es un experimento socialista en manos de científicos corruptos e incompetentes.

Giselle se llevó la mano a la boca, y miró a todos lados con ojos de pánico. La abracé y la acompañé a la estación. Había dejado a sus hijos con unos vecinos, y no quería estar mucho tiempo separada de ellos.

Oliver

El Gran Teatro del Mundo

El teniente coronel Yubero quería ver el cuaderno completo de las memorias de Olegario. Debía de ser muy importante para él, porque había venido a Valencia.

Nos reunimos en mi despacho. Traía consigo una caja negra del tamaño de un portafolios abultado, que resultó ser un teléfono, llamado eufemísticamente “portátil”. Decía que necesitaba estar en contacto con su sección de trabajo, a causa de una operación que podía materializarse en cualquier instante.

Sacó la copia de las hojas arrancadas que yo había hecho en el banco, y me explicó que había descifrado todas las series de números, y había descubierto que la segunda mitad hacía referencia a páginas que debían de continuar en el cuaderno. Esto le parecía absurdo. ¿Por qué habían arrancado unas y habían dejado las demás? ¿Quién lo había hecho?

Después de inspeccionar el cuaderno descubrió que también faltaban. Esto significaba que habían intervenido dos personas en el trabajo de cifrado, y se habían repartido las hojas en las que se hallaban las

revelaciones ocultas.

—¿Quién podrá ser el otro, además de su padre?

—Rudi Kapellu —contesté automáticamente—. No lo sé, pero lo imagino. Fue un aviso de mi padre antes de morir. Además, las autoridades de la RDA le buscan desesperadamente.

—¿Quién es Rudi Kapellu?

—Supongo que un espía o un doble espía. Un intermediario entre los servicios de inteligencia del Este y el Oeste, me imagino.

Yubero abrió la tapa de la caja negra y descolgó el auricular de un teléfono que había dentro. Deletreó el nombre de Rudi Kapellu a quien le escuchaba, se despidió y colgó.

Me enseñó una lista de nombres alemanes, ingleses o norteamericanos, y algunos españoles o hispanoamericanos. Eran compradores de obras de arte sacadas de la Alemania Democrática. Sabía de qué me estaba hablando. Yo trabajaba para un departamento uno de cuyos cometidos era entregar obras de arte, entre otras cosas, a cambio de información científica o de alta tecnología. Me figuré que Yubero también sabía esto, puesto que conocía mi empleo en la *Kommerzielle Koordinierung*, la KoKo.

—Algunas de estas obras son copias muy bien falsificadas. Al parecer su padre era un maestro.

—Sí —reconocí sin el menor orgullo.

—Este listado y el que falta son un arma poderosa en manos de... Bueno, en manos de alguna mente criminal.

No entendí la duda. Me extrañó que hubiera sido retórica. Imaginé que formaría parte de la moral policíaca. Me sentí impulsado a añadir:

—O de algún político sin escrúpulos.

—También es una mente criminal... ¿No ha vuelto a saber nada de ese Günther Holm?

—Nada.

—Creo que aparecerá el día menos pensado. Le ruego que me llame cuan...

El timbre de su teléfono “portátil” le interrumpió.

—¿Sí?... Vale, gracias. Deje el informe en la mesa de mi despacho. Estaré allí esta tarde.

Colgó y le miré expectante.

—Como le decía, llámeme por favor en cuanto

ese Holm dé señales de vida.

—¿Y Rudi Kapellu?

—Es un pájaro de cuenta. Le buscan en todas partes, no sólo el gobierno de la RDA... Aunque esto me desconcierta. Ese país tiene problemas demasiado graves como para preocuparse por un sinvergüenza profesional.

—Quiere usted decir...

—No tardaremos en saberlo.

—Conozco a Florian Kapellu. —Me callé un instante, esperando inútilmente alguna reacción suya —. Es el hijo de Rudi. Es periodista de la ADN, la agencia oficial de noticias de la RDA. Bueno, era... Se metió en algún tipo de lío y le han retirado la ciudadanía. Debe de estar refugiado en España. Y yo necesito hablar con él... No se preocupe, es algo personal. Ese chico es un pobre ingenuo, aunque supongo que está aprendiendo muy rápido. Se ha metido en el mundo del teatro. Le quiero pedir un favor, que me ayude a encontrarlo. Sus medios son muy superiores a los míos.

—Le llamaré esta tarde, amigo Oliver. Y muchas gracias por su colaboración, es muy patriótica.

Estuve tentado de decir, “¿De cual de entre todas las patrias posibles?”

—Por cierto, ¿me podría llevar una fotocopia del cuaderno entero de Olegario Micó?

—Claro.

Yubero tardó dos días en llamarme. Se disculpó diciendo que había estado muy ocupado con otras cosas, y que no tardaría en averiguar el paradero de Florian. Debió de ocuparse mucho otra vez, porque era ya septiembre cuando me telefoneó para darme la dirección del periodista prófugo. Günther Holm se mantenía ausente y en silencio, y quizá también al acecho.

No tardé en contactar con Florian. Nos citamos en la Cervecería Alemana, al lado del Teatro Español de Madrid. Algo había cambiado visiblemente en él. Desde luego, su mirada había perdido ingenuidad, y a su pelo le habían salido algunas canas, peaje del sufrimiento, supuse. Pero lo más notable era su atuendo. Había dejado de vestir como un ciudadano oriental.

Le pregunté si sabía algo de su familia. Me dijo que nada, porque desde la RDA habían perdido su rastro. Ahora estaba a punto de restablecer el contacto, gracias a un estudioso del teatro alemán de visita profesional en Weimar. Le había prometido

aprovechar una excursión a Berlín para entregar a Giselle una carta suya.

Me resumió su vida en Madrid desde mayo. Gracias a un pintor que conoció por casualidad en el Museo del Prado, a cuya puerta realizaba retratos de turistas, se había relacionado con artistas progresistas madrileños. Uno de ellos, comprometido con Izquierda Unida, le encontró trabajo en una compañía de teatro clásico español que preparaba “El Gran Teatro del Mundo”, de Calderón de la Barca, para el Festival de Almagro. Pero la función tuvo que suspenderse.

—¿Un atentado?

—No. Un técnico se quedó dormido mientras fumaba, y el cigarrillo prendió la escenografía. Fue una lástima. Mi amigo Basilio había hecho un trabajo excelente. Nos indemnizaron con un montón de pasta.

—No sabía que tuvieras experiencia con el teatro.

—La estoy adquiriendo a toda leche. Me convencieron de que prestara mi nombre alemán al elenco. Aquí mola mucho lo extranjero. Consentí a cambio de participar en el trabajo. Al principio estaban mosqueados. Pero enseguida me dejaron en paz, porque les quitaba mucho incordio. A la primera directora, una holandesa, le dio una pájara y se largó a

La Haya, y me hice cargo del asunto con ayuda de una pareja de españoles del teatro alternativo. Soy prusiano, practico la razón moral —se rió entre dientes.

Prusiano cubanizado, Florian se estaba españolizando.

Cuando me acercaba a la boca del metro de Sevilla, camino de mi casa en Ciudad Lineal, me abordó un tipo de edad indefinida tirando a alta, con sombrero y de porte atlético.

—Permítame que me presente. Soy Günther Holm —dijo en alemán, y me tendió su mano.

Me guardé de estrecharla. Le pregunté secamente:

—¿Me ha estado siguiendo?

—Lo he hecho. Discúlpeme. Es por mi seguridad. Los tiempos están muy revueltos en Europa.

Gracias a personas como tú, perillán, pensé.

Florian Kapellu

Carta de Giselle

Cuando llego a mi casa, encuentro un mensaje en la grabadora del teléfono del teatrólogo que ha visitado Weimar. Tiene una carta de Giselle para mí. Le llamo y me cito inmediatamente con él en la Cervecería Alemana. Está cerca del domicilio que comparto con Lustgarten, es una especie de salón de estar bis.

Tarda en llegar, tarda un huevo. A pesar de que me he resignado a la informalidad de los progres españoles, en esta ocasión, maldigo esta puñetera costumbre de la izquierda, ¿o también la comparte la derecha? No lo sé, no me trato con fachas ni con millonetis.

Llega el mensajero y me entrega la carta. Le pregunto por la impresión que le ha causado la RDA, y me dice que la gente es muy maja y que le ha parecido un país cojonudo.

—Somos muy majos, sí. Pero cada vez hay más gente a la que el país no le parece tan cojonudo. ¿No has pasado cerca de la Oficina de Asuntos de la RFA

en Berlín?

—Ni puta idea.

—Coño, pues está llena de refugiados.

—Sí, algo he oído.

—Y la embajada de la RFA en Budapest, y la de Praga. Los periódicos de aquí anuncian que los camaradas húngaros van a permitir que los refugiados alemanes pasen a Austria. Se prevé una estampida. Estoy asustado. Esto es una catástrofe

—¿Por qué? —me dice el mensajero—. No hagas caso de la prensa capitalista.

—¿Y a quién doy crédito? ¿Al *Neues Deutschland*?

Agradezco que esté tan ocupado y tenga que irse. Pido una jarra de cerveza negra y abro la carta de Giselle. Caigo en la cuenta de que no he preguntado al teatrólogo por mi esposa. Él tampoco me ha dicho nada. ¿La habrá visto o le han dado gato por liebre y esta carta es de una agente de la STASI?

Cálmate, Florian. La letra es de Giselle. ¡Y contiene fotos de ella y de los niños! Me resisto a besarlas, pueden pensar que me he vuelto loco. Con razón.

¡Hola, amor mío! ¡Cómo te echamos de menos!

El español que me ha traído tu carta me ha dicho que estás bien, de salud y de ánimo. Eso me conforta. Te supongo enterado de lo que está pasando aquí. Yo también lo estoy, gracias a la televisión occidental. He instalado la antena. No debe de quedar ningún hogar en Berlín oriental sin su antena hacia Occidente. ¡Qué lamentable, qué triste es todo esto!

Fui a ver a Peter a Leipzig y me contó lo que están haciendo en la iglesia de San Nicolás. Están desesperados por la impaciencia de la gente. Se quieren marchar. Se marchan. En nuestra casa dos familias se fueron de vacaciones a Hungría y no han vuelto, los Wolle y los Gransow, con sus tres niños. Dicen que están abandonando los Trabant en las calles de Praga y algunos pasan a Austria con sus coches de plástico. Me resisto a creerlo. No puede ser. Pero es cierto.

A ti te han etiquetado de traidor, te han retirado la ciudadanía y no puedes volver a casa porque te meterían en una celda de Hohenschönhausen. ¡Eso es un crimen! ¿Es nuestro Estado criminal? Es terrible que tenga que hacerme esta pregunta, Florian.

También he visto a tío Horst. No quiso darme

ningún detalle de la acusación que pende sobre ti. ¡Me dijo que no me preocupara! Le contesté, Florian, estuve a punto de insultarle. Me contuve porque además de tío tuyo es oficial del Ministerio del Interior. Y entonces me contó algo que no sé cómo interpretar, si no es literalmente. Me dijo que tú eres una víctima propiciatoria para salvar el Sozialismus. Y que hará todo lo posible para que puedas volver cuanto antes, libre de acusaciones, y reconocido como héroe. ¿Es esto una broma, Florian? ¿Es una excusa? ¿Eres consciente tú de este papel que te han reservado? ¿Has consentido en ello? ¿Qué está pasando, Florian, amor mío, qué nos están haciendo?

Dice que todo está controlado, que el Politburo tiene un plan, que el camarada Honecker dimitirá en las próximas semanas y que los soviéticos están al tanto de todo, que en octubre podrás regresar, que incluso puede que te den una medalla en el aniversario de la fundación de la DDR.

Me enseñó un informe oficial de la STASI. Dice que la mayoría aplastante de los que se marchan tienen una visión negativa de los problemas y de los fallos en el desarrollo de nuestra sociedad, sobre todo en lo que se refiere a sus vidas y a sus carencias. Reconocen las ventajas del Sozialismus, la protección social, pero ya no les compensa. Dicen que en la RFA también les protegerá el Estado. Copio dos párrafos de ese informe, a solicitud de tío Horst (no está

controlando esta carta, tranquilízate, me limito a hacer algo que me parece razonable): “Hay un entendimiento insuficiente sobre la complejidad y contradicciones objetivas en la construcción del Sozialismus; desde el punto de vista de los que huyen no se han alcanzado los objetivos ni los resultados esperados, y los problemas existentes, carencias y defectos se interpretan como errores políticos. Como resultado de un largo proceso, esta gente ha llegado a la conclusión de que un cambio perceptible, rápido y permanente en su nivel de vida, en especial en lo que atañe a la satisfacción de sus deseos personales, sólo puede conseguirse en la RFA o en Berlín occidental.”

¿Es esto así? Dudo. Dudo de todo, Florian. ¡Ojalá tenga razón tío Horst y pueda verte pronto! ¡Ojalá esta sangría humana sea una forma de limpiar y renovar la sociedad! Aunque, al paso que lleva, pronto nos quedaremos sin médicos, sin ingenieros, sin especialistas en tecnología...

Florian, te quiero, te queremos. Besos, Besos, Besos.

Berlín, Hauptstadt der DDR, 20 de Agosto de 1989

Peter Kapellu

La última oportunidad

El 9 de septiembre fundamos por fin *Neues Forum*, un mes antes de la celebración del cuarenta aniversario de la República Democrática Alemana. Estábamos eufóricos. Algunos creíamos incluso que no se atreverían a ilegalizarlo. La iglesia luterana pidió en su sínodo de Eisenach ese mismo mes que se permitiera la libertad de viaje y tránsito de todos los ciudadanos, y que se autorizara también el regreso a casa de los que hubiera decidido nacionalizarse en la RFA, que entonces se consideraban prófugos traidores; además, se pedían elecciones libres, libertad de partidos, libertad de manifestación y prensa, y una política medioambiental basada en la sucia realidad de muchas ciudades industriales, no en las consignas. El obispo católico de Berlín Brandenburgo reclamó reformas profundas en el sistema. La DDR se llenaba de voces señalando la inaceptable ignorancia del partido y de sus líderes.

Cuando el día 10 Hungría abrió sus fronteras a Austria y por ellas salieron miles de compatriotas, nuestra alegría se disipó. Cada vez nos juntábamos más personas los lunes en la *Nikolaikirche*. En algunas iglesias de Dresde y Berlín se producían

asambleas semejantes. Pero eran muchos más los que escapaban, decenas de miles. Los que no podían llegar a Hungría saltaban las vallas de la embajada de la RFA en Praga y se quedaban allí como extraños presos en busca de libertad. Honecker prometió visas a los refugiados. En cuanto salieron, la embajada se volvió a llenar.

El 21 de septiembre, primer día del otoño, el ministro del Interior, el camarada Erich Mielke, denegó a *Neues Forum* la solicitud de formarse como organización política.

Los acontecimientos empezaron a rodar ladera abajo. Primero como un puñado de piedrecitas, luego como una carretilla volcada, y pronto se desencadenó la inesperada avalancha de pedruscos.

En una de las reuniones en la iglesia de San Nicolás, alguien tomó la palabra para decir que el gobierno alemán había entregado mil millones de marcos en créditos al gobierno húngaro, como regalo por su buena voluntad hacia los refugiados.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó una voz.

—¿Qué gobierno alemán? —dijo otra.

Se organizó un buen revuelo, pero no hubo ninguna respuesta.

De pronto, Günter Holm se materializó a mi lado.

—Créelo, es cierto. No puedo demostrarlo, pero es cierto... Traigo un mensaje para ti de tu hermano Florian.

La muchedumbre empezaba a salir.

—Vamos a mi casa, o a un café. Hablaremos más tranquilos.

—El único sitio tranquilo y seguro es aquí, con esta multitud. En cuanto pongamos un pie en la calle nos seguirá un rebaño de agentes.

—¿Qué tiene usted que decirme?

—Florian quiere que recojas a su familia y te la lleves al otro lado.

—¡Eso es absurdo!

—Es verdad, Peter.

El río de gente nos arrastraba hacia la salida. Holm se separó bruscamente.

—Tráete a Leipzig a Giselle y a sus hijos. El lunes que viene volveremos a encontrarnos aquí dentro, y te daré instrucciones.

—¡No voy a hacer eso! ¡No sigo instrucciones de nadie!

Estaba seguro de que era un enviado de Tío Horst.

—¡Es tu última oportunidad, Peter!

Y desapareció como si se hubiera evaporado.

Horst Riedel

En la tostadora

Dicen sus hagiógrafos que Lorenzo de Huesca, diácono de Roma, pidió a sus martirizadores que dieran la vuelta a la parrilla porque ya se había tostado de un lado. Tenía tanta fe en su salvación y entrada jubilosa en el Cielo, que no padeció dolor. Debió ser un santo chistoso.

El humor estaba ausente de la rutina de las altas esferas políticas de la DDR desde hacía años. Pero el verano de 1989, las sonrisas eran allí un sacrilegio.

Los informes del “Pulpo”, denominación de la STASI entre los ciudadanos, subrayaban el sentido del orden de los disidentes, cosa que contribuía a la estupidez del *Politburo*.

Me hacían mucha gracia estos informes. Me tronchaba de risa con ellos. Eran precisos, concisos y pedagógicos. Pero nadie les hacía caso. Eso es lo que me causaba mayor hilaridad. Los viejos elefantes del *Sozialismus* tenían un ejército de agentes y de informantes que les proporcionan un retrato exacto de nuestra opinión pública, un panorama devastador, y su única reacción era argüir que el malestar era producto

de la acción y de la propaganda de la OTAN. Para mearse de risa.

El *Politburo* y el Comité Central estaban siendo asados a fuego lento por la mitad de la población, mientras la otra mitad hacía todo lo posible por saltar el Muro, y lo único que se les ocurría era pedir que dieran la vuelta a la parrilla, porque creían ser inmunes al fuego del *Kapitalismus*, protegidos por la envoltura ignífuga del *Sozialismus*, y que en el caso de que se chamuscaran, ascenderían al cielo del *Kommunismus*, donde, por fin, descansarían en paz. “Que en Gloria estén”, es lo que decía un cabo de Córdoba que me servía de ayudante en España, cuando me hablaba de sus padres.

Uno de los informes del “Pulpo” destacaba las alemanas costumbres de los disidentes de Leipzig. A las cinco, al acabar la jornada laboral, se reunían en la iglesia de San Nicolás; a las seis, salían en manifestación (eso fue a partir de septiembre, antes no se atrevían); a las siete se dispersaban hacia sus casas a cenar y acostar a los niños; después se iban al teatro, al concierto o al cine.

Humanos ejemplares, productos de cuarenta años de *Sozialismus* exitoso. ¿Quién dice que hemos fracasado? Nuestro éxito ha sido ejemplar. El desastre lo ha traído la cúpula dirigente, incapaz, al contrario de la soviética, de darse cuenta de que la presión del

bienestar era incompatible con la armadura férrea del *Sozialismus* de guerra.

La reaparición de Rudi Kapellu me cogió por sorpresa. Apenas tenía esperanzas de que fuera a ocurrir. Tenía información de primera mano de las actividades de los gobiernos Occidentales en relación con la crisis de la RDA. Aseguraba que a ninguno le interesaba nuestro hundimiento, por miedo a la reunificación (Francia, Inglaterra, URSS) o por miedo a que la vieja guardia bolchevique desencadenara un conflicto bélico para solapar la crisis (EEUU).

El gobierno de Bonn estaba preocupadísimo con la avalancha de refugiados, y temía que una apertura total de las fronteras vaciara la RDA y les causara un problema demográfico angustioso. Los yanquis estaban al acecho, desconfiados de todo y de todos, aunque parecían entenderse con Gorbachov.

Pregunté a Rudi si estaría dispuesto a actuar de intermediario entre la RDA y la RFA. Me contestó que el mercado de intermediarios estaba saturado. Yo le insistí. En la RDA contaría con los elementos más avanzados, los que estábamos convencidos de que necesitábamos en Berlín una *Perestroika* como la de Moscú.

Rudi estaba receloso. Me fue imposible hacerle

venir a Berlín Este. Me entrevisté con él en la cafetería del Museo Romano Germánico de Colonia. Le conté que Egon Krenz, el heredero de Honecker, y Günther Schabowski, secretario del partido en Berlín, estaban maniobrando para destituir al Gran Jefe. Me preguntó si Erich Mielke, el ministro del Interior, estaba al tanto. Le dije que suponía que sí. Este “suponía”, le hizo lanzar una risa sardónica. Le expliqué que Mielke se pondría del lado de los renovadores en cuanto el complot se realizara. La palabra “complot” también le hizo sonreír.

Quise saber si se había enterado de mi búsqueda a través de Florian. Me contestó que no tenía hijos, que esos muchachos eran míos, y que debía ser yo quien me preocupara por su futuro.

—Uno es un idealista disidente, y el otro un socialista ingenuo —le expliqué—. Eso es lo que habéis conseguido con lo mejor de la RDA, ciudadanos idealistas y ciudadanos ingenuos. Los que no están en estos grupos, se os marchan en manadas en busca de confort y consumo.

Le intenté convencer de que fuera paciente, ya que después de la celebración del cuarenta aniversario de la RDA, el 7 de octubre, se desencadenarían los acontecimientos. Aseguró que él no era nada optimista, y que más bien esperaba un baño de sangre, como en 1953.

—Fue cuando tú y yo nos conocimos —dije.

—No. Fue cuando tú conociste a Charlotte Pluschke.

—Ha muerto —le informé—.

—Te acompaño en el sentimiento —replicó con crueldad.

De pronto, me preguntó si disponía de un presupuesto digno de la misión que requería de él. Así que era dinero lo que buscaba. Le ofrecí una fortuna. Aceptó.

Al regresar a mi patria la encontré al borde de la guerra civil. El *Politburo* seguía en la inopia. Me crucé con Markus Wolf en los pasillos de *Normannenstrasse*. Se inclinó a mi oreja y musitó: “Si le dejamos, llenará las calles de sangre.” Y se alejó sin permitirme que le preguntara si hablaba de Mielke o de Honecker.

Me entró miedo.

Fui a casa de Florian y sugerí a Giselle que buscara a Peter y pasaran juntos a Occidente, hasta que todo se calmara. El gobierno de la RDA había autorizado a que un tren lleno de refugiados alemanes en la embajada de la RFA en Praga atravesara nuestro territorio camino de lo que ellos consideraban su

liberación. El ministro de Asuntos Exteriores de la RFA, Genscher, hizo una aparición melodramática en un balcón de su embajada en Praga. Los refugiados se volvieron locos de alegría cuando les anunció lo del tren. No se detendría en ninguna estación de la RDA.

Eran de prever nuevos trenes, y también que esta vez se detuvieran en Dresde para permitir a quien quisiera huir al Paraíso. Mi plan era incluir a Giselle, a sus dos hijos y a Peter en uno de esos convoyes. Facilitar su huida utilizando mis medios, me habría puesto en evidencia. Tenía que aprovechar las circunstancias.

Oliver

Secretos compartidos

Günther Holm no hablaba español, o al menos fingía no hablarlo. Me dirigí a él varias veces en mi idioma, y reaccionó con muecas de incompreensión. Le llamé cerdo y sinvergüenza, y me sonrió como si le hubiera elogiado. Pasé al alemán, y me sentí como si tuviera dieciocho años y todavía estuviera aprendiendo esa endiablada lengua. Algo en mi interior flaqueaba a toda velocidad. No es que la solidez de mi ánimo se tambaleara, se estaba derrumbando. Tartamudeaba como un estudiante perezoso ante un examen. Me refugié en la ira y en la impertinencia. Pero aquel Holm se mostraba inmune a mi mala educación.

—¿Quién es usted? ¿Por qué está tan interesado en el manuscrito de mi padre?

—Fuimos socios.

Aquello acabó por desconcertarme. Arranqué a andar de nuevo hacia la boca del metro.

—Mire, no estoy para conversaciones trascendentes, ¿sabe usted? Tengo mucha prisa. Si quiere quedamos otro día...

Necesitaba quitarme de encima a Holm y recuperar mi amor propio. Era evidente que aquel tipo quería negociar conmigo, y yo estaba en las peores condiciones psicológicas de un hombre en una negociación.

—Están en juego algunas vidas. La de su amigo Florian, la de su mujer Giselle y sus hijos, y la de Peter Kapellu.

Me detuve y me volví a él.

—¿Sabe dónde está el Círculo de Bellas Artes?

Holm no lo sabía.

—Allí abajo —señalé hacia la plaza de Cibeles—. A la derecha. Hace esquina, lo reconocerá. Espéreme en la cafetería dentro de media hora.

Me metí en el metro, dispuesto a relajarme en un viaje sin destino durante treinta minutos. Pero nada más entrar en el vagón, me asaltó un amago de crisis de ansiedad. Me apeé en Sol y salí corriendo hacia la superficie. Eché a andar Montera arriba, camino de la Gran Vía. El sol caía a plomo sobre los temerarios transeúntes que circulaban por las aceras, incluidas las prostitutas, pero no sus proxenetas, refugiados en portales sombríos. Al coronar la cuesta, me metí por Caballero de Gracia, torcí una vez más a la derecha por Peligros, sudando como un atleta, y entré en el

primer bar. Pedí un carajillo con hielo y me lo tomé de un trago. Puede que me hiciera efecto o puede que mis alteradas sinapsis recuperaran por generación espontánea su funcionamiento normal, el caso es que empecé a sentirme dueño de mí mismo. Desde el teléfono público del bar dejé un recado al teniente coronel Yubero de mi cita con Holm; avisé al guardia interlocutor de que no sería muy larga, y que si querían seguirle la pista al alemán, tendrían que enviar al Círculo de Bellas Artes a alguien muy pronto. Miré el reloj, y me encaminé sin apresuramiento hacia la cita concertada. Si llegaba tarde, daría más tiempo a Yubero.

El tipo me esperaba en una mesa pegada a una de las ventanas que dan a la calle de Alcalá. Vestía con elegancia un traje de lino veraniego, había dejado sobre una silla el sombrero panamá con el que se protegía del sol. Su pelo era abundante y gris, cortado a navaja y peinado con tanta pulcritud que parecía una peluca.

Pedí una cerveza a un camarero que se arrastraba como un vagabundo por la sala, me recosté en la silla y me crucé de brazos.

—Necesito las páginas arrancadas del cuaderno de Olegario y las claves.

—¿Para qué? —Le desafié en su mismo tono.

—Ya le he dicho que su padre y yo fuimos socios. Pero él no jugó limpio, y se quedó con la mitad de los secretos que habíamos compartido durante años.

—¿Se refiere usted al listado de compradores de obras de arte falsificadas?

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo dijo Olegario?

Durante unos segundos dudé. Si entraba por el camino que me acababa de abrir Holm, podría entretenerle un rato más. Inspiré hondo, cerrando los ojos, como hacía cuando requería a mi Hombre Osmótico, pero no dio resultado. Al abrir los ojos, me encontré con el camarero vagabundo inclinándose sobre mí.

—Tiene usted una llamada urgente.

—¿Cómo dice?

—Usted es Julián Micó García, ¿no?

—Sí.

Me levanté perplejo y seguí al camarero hasta el teléfono que había en la barra.

—Oliver. Soy Yubero. Aguante usted diez minutos, sólo diez minutos. Está en camino un agente. Es una chica con uniforme de Correos y un carterón

de cuero. En cuanto la vea aparecer, puede deshacerse de Holm.

Regresé con el socio de Olegario.

—Le ha sorprendido esa llamada, ¿verdad?

—No. Era Florian Kapellu. Habíamos acordado que me telefonaría aquí.

No le dio importancia a mi mentira.

—Dígame, por favor, señor García, cómo sabe usted que en la caja fuerte había un listado en clave de compradores de obras de arte. *Bitte*.

Este último “Por favor” sonó imperativo, sarcástico.

—¿Por qué espera usted que le entregue esos papeles? ¿Tan seguro está de mi afecto hacia Florian Kapellu y su familia?

—No. Ignoro el grado de compromiso de usted con sus amistades o con su propia palabra. He dedicado parte de mi vida al estudio de la ética, y comparto con Aristóteles la idea del *ortós lógos*, la recta razón. La vida del hombre consiste en vivir conforme a la recta razón. El problema está en la esencia y las propiedades de esa *ortós lógos*. La recta razón de los negocios está en la obtención del beneficio previsto a cambio del trabajo efectuado. Y

yo he trabajado como un verdadero cabrón.

—¿Y usted cree que mi padre se pasó la vida cantando y bailando?

Esto le cogió desprevenido. De pronto, uno de mis Hombres Osmóticos encontró un hueco y se asomó a mi conciencia.

—Cada sustancia tiene su propio ser —dije atropelladamente—. Y a cada ser le corresponde su propio bien, que consiste en lograr la plenitud de su propia perfección. Esto también es de Aristóteles. La plenitud de Olegario Micó era la pintura, no el dinero, no los negocios.

—De lo cual sacó provecho su madre y usted mismo.

—¿Me cree usted tan rico?

—No lo sé, amigo. Pero si nos ponemos de acuerdo, puede serlo inmensamente. Y también inmensamente poderoso. Saber utilizar los papeles que su padre guardó, le coloca en una posición inmejorable en estos momentos. El mundo está a punto de entrar en un ciclón histórico. Sáquele provecho. Sólo exijo mi parte. Tengo derecho a ella... Todavía no me ha dicho cómo ha descifrado las claves.

—Me enseñaron a hacerlo— mentí.

—¿Quién? ¿Olegario?

En ese instante entró en la sala una cartera de Correos y se encaminó a la barra.

—No. Rudi Kapellu. También he trabajado con él. —Esta segunda mentira me iba a costar un disgusto.

El tipo casi dio un brinco. Aprovechó para ponerse en pie. Se inclinó sobre mí por encima de la mesa y me dijo en voz baja, firme y amenazante:

—Si estima usted la salud de su esposa, me hará caso. Recibirá noticias mías. Siga las instrucciones.

Se dio media vuelta y se largó colocándose el sombrero sobre su obra maestra de peluquería.

La cartera estaba de espaldas a nosotros, esperando que le sirvieran la consumición. Mi Hombre Osmótico se había evaporado, y su lugar lo había ocupado un tipo con un pánico cerval. Eché a correr hacia la barra, para avisar a la agente, intentando a la vez no perder de vista la senda de Holm. Y entonces vi a otra cartera de Correos que se cruzaba con él, y me dirigía una mirada interrogadora. Le dije vehemente que sí con la cabeza, y al ver que empezaba a seguirle, me relajé. Me relajé tanto, que tuve que ir al servicio a toda prisa.

Peter Kapellu

Éxtasis

La primera manifestación a la salida de la iglesia de San Nicolás de Leipzig se produjo el 25 de septiembre, el día que me vino a buscar el atlético Holm. Una multitud de diez mil personas recorrimos el bulevar interior de la ciudad, de la Ópera a la estación, y luego los anillos que envuelven el centro urbano, y de vuelta a la Ópera.

Me embargaba un estado difícil de alcanzar, si no es tras un largo periodo de meditación. Pero lo fabuloso era que prácticamente todos los manifestantes compartíamos ese sentimiento. Era como si hubiera brotado del subsuelo y se hubiera transmitido a todos nosotros a través de los pies. Estaba entre la euforia y el éxtasis, entre el abandono absoluto y la identificación con las fuerzas cósmicas ajenas a la historia de los hombres. Una procesión de hermanos imbuidos por la fe en la liberación. Compartíamos la convicción de ser invencibles, inmunes a cualquier ataque físico. Si un grupo de los policías que nos escoltaban se hubiera echado sobre nosotros porras en mano, no habrían podido llegar a rozarnos, porque una impenetrable e invisible pantalla protectora les habría detenido.

Avanzábamos cogidos de las manos como niños de excursión por la ciudad.

Cuando se produjo la dispersión en la *Augustusplatz*, frente a la Ópera, me di cuenta de que tenía a mi derecha a una mujer joven desconocida. Solté su mano, pero ella no liberó la mía. Pensé que temía regresar sola a su casa, o que se le echara encima algún fanático de los *Kampfgruppe*, o milicia obrera colaboradora de la policía. Volví a apretar su mano y dejé que me llevara. Caminamos por la ancha *Dresdnerstrasse*, agredidos sólo por el pasajero chirriar de las ruedas de los tranvías, y al llegar al *Regina Palast*, el pequeño cine de arte y ensayo, nos metimos por una calle desierta.

Me sentí como si fuéramos los únicos habitantes de una ciudad abducida y situada en un planeta acogedor y remoto.

Esta sensación duró dos días. Los pasamos encerrados en su apartamento. Ella telefoneó a su trabajo (no quise saber cual era) arguyendo una gripe. Yo no necesité hacerlo, porque estaba de baja laboral. Algo nos unía por encima de las palabras. Apenas conversamos en aquellas cuarenta y ocho horas, ni siquiera para decirnos nuestros nombres. Sabíamos que el mundo no se había detenido a nuestro alrededor, pero nos comportamos como si fuera así, como si el miedo a la violencia, el horror a que nada

cambiara en nuestra vida social cotidiana, la incertidumbre del futuro se hubieran quedado en el rellano, y la puerta del piso fuera la de una caja blindada a cualquier riesgo humano o natural.

Al tercer día, después de desayunar, salí del apartamento despidiéndome de ella como si fuéramos un matrimonio veterano, disciplinado y rutinario. Los dos sabíamos que no nos volveríamos a ver.

Al llegar a mi casa en *Brühlstrasse*, encontré una sorpresa. En el portal de los dos titanes me esperaban Giselle, su hijo Joseph y la pequeña Irene, los dos primeros sentados en sendas maletas, la niña en un cochecito. Llevaban poco tiempo, acababan de llegar en el tren de Berlín.

Mi cuñada me aseguró que había intentado ponerse en contacto conmigo varias veces, y que había estado a punto de suspender el viaje. Pero tío Horst había insistido en que se arriesgara, que era necesario.

Pensé en la despedida de Günther Holm antes de salir de la iglesia de San Nicolás, y no vi que encajara en la historia que me contaba Giselle.

—¿Qué te ha propuesto tío Horst? ¿Cuál es su plan?

—Me ha dicho que tú tenías uno. El tren de refugiados.

—¿Ir a Praga? Entrar en la embajada de la RFA

es ahora imposible, está rodeada por la policía checa.

—No sé.

Pasamos un rato haciendo cábalas, mientras los niños se entretenían con algunos cachivaches de mi caótico salón de estar. Después de una serie de conversaciones disparatadas, descubrimos que estábamos hablando como dos personas que preparan su evasión deliberada, voluntariamente. Y ese no era el caso. Era absurdo. Convinimos en que, para salir de dudas, teníamos que hablar con tío Horst. Incluso a mí, que no abrigaba más que desconfianza hacia él, me pareció la única solución. Descolgué el teléfono y marqué el número de su casa. Nadie contestó. Con un estado de ánimo próximo al fatalismo, marqué el número de la oficina. Tampoco estaba, pero la secretaria tomó el recado.

Me ausenté para comprar algo de comer, y al regresar, Giselle dijo que la secretaria de tío Horst había llamado y había transmitido un escueto mensaje suyo: que pasáramos un buen fin de semana en Leipzig, y que el lunes por la tarde nos haría una visita.

—El lunes por la tarde, yo tengo que estar en la *Nikolaikirche* —dije—. No pienso esperarle en casa.

En Leipzig era imposible ver la televisión occidental, así que nos ahorramos la tensión

insoportable del recorrido del primer tren de compatriotas refugiados en la embajada de la RFA en Praga hacia el Oeste, vía Dresde, con destino en Alsfeld, en el estado de Hesse fronterizo con la RDA. Luego supimos que en los andenes de todas las estaciones del recorrido habían aparecido grupos de ciudadanos silenciosos que se limitaron a agitar pañuelos blancos al pasar el convoy. También contaban algo terrible, en la estación cercana a la frontera donde la policía debería retirar los pasaportes y documentación a los fugitivos con el objeto de humillarles, los pasajeros del tren habían arrojado sus papeles al andén con cierto jolgorio. Giselle contuvo con dificultad las lágrimas, pero la expresión de su cara era de intenso dolor.

—No podemos hacer esto, Peter. No podemos traicionar nuestras convicciones.

—Vuelve a Berlín, Giselle, por favor. Yo hablaré con tío Horst. No sé por qué quiere hacernos pasar este calvario.

—Según él, para librarnos del caos que se avecina, y luego permitirnos regresar, una vez calmada la crisis.

—¡No pueden utilizar la violencia! —dije en voz alta, sobresaltando a los niños.

—Tío Horst parece convencido de que sí habrá

violencia. Y él tiene mejor información que nosotros.

—Lo que él tiene son hombres, municiones y armas. ¡Que no las use!

El lunes por la mañana acompañé a Giselle y a los niños a la estación.

En un andén casi desierto descubrí el perfil temible de Günther Holm, plantado sobre sus pies, cruzado de brazos, con la luz de la estación brillando en su cráneo mondo, más como un ser novelesco y terrorífico que como un agente de la STASI.

Oliver

Sabemos lo que queremos

El día que Karlheinz Schulze se presentó en mi oficina de Valencia, yo acababa de recibir una llamada de Berlín anunciándome la visita de una importante personalidad, sin citar ningún nombre. Esta imprecisión, y la sorpresa que me dio Schulze, me llevaron a confundirle con la alta personalidad anunciada. No recuerdo la fecha exacta, pero fue entre el escándalo del primer tren de refugiados de Praga a la RFA, el 30 de septiembre, y la celebración del cuarenta aniversario de la RDA, el 7 de octubre.

—No me he suicidado —fue lo primero que me dijo, después de saludarme, algo tan peregrino como “acabo de comerme unas patatas bravas envenenadas” o “al mundo le quedan veinticuatro horas de existencia”.

—¿Perdón?

—Había decidido suicidarme. De hecho, la última vez que nos vimos en el banco de Madrid, el día del follón con el Rey, debía haber sido el último día de mi vida. Pero lo aplacé para escribir al juez una carta con los detalles de la conspiración contra Florian

Kapellu, y al acabar se me quitaron las ganas de matarme.

—Desde luego, nadie diría que usted regresa de entre los muertos...

—No se burle, Oliver. Los últimos meses han sido un calvario para mí. He sido puesto a prueba.

—¿Por quién?

De pronto la presencia de aquel tipo empezó a importunarme como la acidez de estómago tras una borrachera.

—Por el mismo que no le deja tampoco a usted en paz, Horst Riedel.

—Veo que es un duelo entre patriotas...

—¡Ojalá! Pero a nuestra patria le quedan, como dicen aquí, tres teledíarios. Se evaporará como una gota de agua en una chapa al rojo.

—¡No es mi patria! ¡Yo no tengo patria!

Estas negaciones brotaron de mi interior como eructos, sonaban falsas, ortopédicas, estereotipos de un hombre sin personalidad. Pero ya no podía hacer nada.

—Y yo, muy poca —dijo Schulze—. ¿Sabe?

He pensado pasarme al enemigo, pero ya es tarde. No tengo nada que ofrecerle.

—¿Y viene aquí para ver si encuentra algunas migajas?

—Las migajas son para los pobres. A mí me sobra el dinero, no codicio bienes materiales. Sólo vengo a advertirle, a darle una información que usted necesita para tomar decisiones correctas.

—Me intriga usted, Schulze. ¿No quiere nada a cambio de esa información? ¿Cómo está usted tan seguro de que es vital para mí? Y, por último, ¿por qué cree que voy a tomar en serio lo que usted me diga?

—Tiene toda la razón del mundo, Oliver... Me tenía que haber suicidado. Habría sido mejor, me habría ahorrado vergüenza y humillación. Pero debo de poseer un alma tan inicua como la de *Cap-de-Canoa*. Hubo un momento en que creí que el *Sozialismus* iba a hacer de mí, como del resto de los seres humanos, un hombre recto, lo más parecido a un héroe. ¿A usted no le pasó lo mismo?

—Dígame lo que quiere. Estoy muy ocupado.

—Es sobre Rudi Kapellu, el padre de Florian.

—¿Se han encontrado ya?

—No.

—¿Entonces?

—No creo que le interese a nadie ese encuentro. Ni va a resolver nada, tampoco. Ese hombre es un tipo sin escrúpulos.

—Algo sabía de eso...

—Su hijo le importa un rábano. No sé por qué Riedel ha organizado toda esta operación anzuelo. Estoy seguro de que Rudi carece de sentimientos afectivos hacia Florian.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo intención de contarle en una nueva entrega para el juez o para quien sea. Es una historia larga. Tiene que ver con la relación entre Riedel y Rudi en la juventud de ambos. Me quedan algunos cabos sueltos, y necesito amarrarlos bien, antes de llegar a una conclusión. No me gustan las suposiciones. Conducen al error. Sólo se puede operar sobre certidumbres contrastadas. Es el método científico. He venido a informarle de una de esas certidumbres. Ahí va: Rudi Kapellu y Günther Holm son la misma persona.

Tardé un tiempo en reaccionar. Cuando lo hice fue para convencerme de que no debía manifestar

ninguna reacción ante Schulze.

—Puede usted creerlo o no, Oliver. Pero téngalo en cuenta, porque Rudi Kapellu es un hombre peligroso.

—Está bien. Le agradezco la información. ¿Puedo hacer algo por usted?

—No estoy seguro... por ahora. Le avisaré el día que le necesite. Gracias, Oliver.

Se dio media vuelta y salió del despacho sin tenderme la mano. Me quedé sentado, observando con perplejidad el cuadro del “Caballero de la Mano en el Pecho” de Domenico Theotocopouli, colgado de la pared en un barroco marco. Al cabo de un minuto sonó un estampido en la calle. Salté de la silla y me lancé a la ventana, temiendo encontrarme con un hombre tendido en el pavimento con la cabeza destrozada. Pero había sido otra cosa, no supe cual.

Pasaron las horas de ese día con una cadencia rutinaria. Todo parecía funcionar de acuerdo con lo previsto. Rosa pasó sin incidencias las revisiones ginecológicas. El cielo se nubló y descargó una gota fría arrasadora en media provincia de Valencia. El curso eterno de la naturaleza.

Ninguna importante personalidad de la RDA se dejó caer por la oficina.

Pero al día siguiente, el propio Florian Kapellu llegó sin avisar desde Madrid en el primer *Intercity* de la mañana. Estaba excitado, se movía sin parar, hablaba atropelladamente. Me pareció entender algo de los *Puhdys*, el grupo de rock bendecido por el *Sozialismus*. Le pedí que volviera a empezar en alemán.

—Dieter Rasym, el hermano de Peter Rasym, el cantante de los *Puhdys*, mi exjefe, me ha transmitido un mensaje de la embajada, bueno, exactamente de la embajada, no, del servicio de información, es decir, del hombre de la STASI en Madrid. Me dicen que si quiero reunirme con Giselle, con mis hijos y con Peter, debo viajar urgentemente a Alsfeld. Un tren con refugiados está a punto de llegar de Praga.

—¿Y qué vas a hacer?

—Ir, naturalmente.

Piensa rápido, me dijo un Hombrecillo Osmótico. Florian no ha tomado un *Intercity* de Madrid a Valencia para contarte una historia sentimental. Te necesita. ¿Qué puede necesitar? Dinero o... compañía.

—El aeropuerto más próximo es Frankfurt. ¿Tienes pasaporte? —reaccioné por fin.

—Uno de la Bundesrepublik. Me he pasado a

Occidente —y soltó una risita sarcástica.

Llamé por teléfono a Iberia para reservar dos billetes. Si queríamos salir de Madrid, la posibilidad más favorable, podríamos aterrizar en Frankfurt por la noche, y allí alquilar un coche. De madrugada estaríamos en Alsfeld.

Cuando enteré a Rosa del plan, quiso acompañarnos.

—Es una paliza, cariño —objeté, mirándole a la tripa.

Se tomó unos instantes antes de responder.

—Está bien. Haré de guía de viajes. Me da rabia perderme ese acontecimiento. Me gustaría conocer a esas personas que han tirado su vida por la ventana. ¿Qué habrá en sus cabezas?

Florian respondió, anticipándose a Ketama siete años.

—Un cincuenta por ciento de desesperación y un cincuenta por ciento de esperanza. No estamos locos, sabemos lo que queremos.

Antes de emprender el viaje a Madrid en coche, un Pegaso de los años cincuenta con motor *Volkswagen* de la colección de mi suegro, telefoneé a

Yubero sin un objetivo muy claro. Prevenirle de nuestra aventura parecía un propósito sensato, pero también inútil, porque en Alemania Federal él no podría hacer nada, salvo que reclamara la asistencia de la *Bundespoltizei* o, algo más complicado y más arriesgado, de la *Bundesnachrichtendienst*, el servicio de Información del gobierno federal. Al marcar me daba cuenta de que lo único que buscaba era tranquilizarme, un sentimiento de seguridad psicológico cuya eficacia consistía en el autoengaño. No encontré al teniente coronel, y tampoco dejé ningún recado para él. No hacía falta. El autoengaño tiene mucha fuerza.

Durante todo el viaje estuve meditando si merecía la pena o no informar a Florian sobre la identidad entre Rudi Kapellu y Günther Holm. Me contenía la idea de que no iba a aportarle nada interesante, porque él no conocía a Günther Holm. Pero también tenía la sensación de que si me callaba, le podría perjudicar. Decidí hablar con él de este asunto en Alsfeld.

Peter Kapellu

Nosotros nos quedamos

Fue imposible escapar de Günther Holm. Me detuve ante él e hice las presentaciones.

—Es usted un amigo de Tío Horst, ¿verdad?

Giselle captó de inmediato el aviso de alerta que contenía mi pregunta retórica. Los niños observaban fascinados su calva impoluta y reluciente, pero también se mantenían a distancia. Acaso habían entendido el mensaje implícito de mi presentación o su propia intuición les advirtiera de un peligro.

El escaso tránsito de viajeros en la herrumbrosa estación se me antojaba un signo de que algo excepcional se cernía. Pero no podía fiarme de mi experiencia, porque no solía frecuentarla. Puede que fuera la hora de menor tráfico del día. Pero si no me equivocaba, ni mejoraba ni empeoraba las cosas nuestra presencia allí.

—¿Sabía que veníamos a la estación?

—Sinceramente, no. Ha debido de ser una corazonada.

—¿Una, qué? —preguntó el pequeño Joseph.

—Un impulso inexplicable, un aviso del cielo.

Holm hizo unas muecas cómicas y consiguió que el niño bajara su guardia. Dirigí a Giselle una mirada preventiva, pero no la vio, estaba recolocando a su hija en el cochecito.

—¿Me permiten preguntar dónde van?

—Obviamente, de viaje.

—¿Todos?

—Giselle y sus hijos vuelven a Berlín, a encontrarse con tío Horst.

Pensé que esta mención causaría algún efecto, pero me equivoqué.

A mi cuñada le impacientaba aquella interrupción. Faltaba casi media hora para la salida del convoy, y había detectado en Holm a un hombre siniestro.

Me agaché, cogí la maleta más grande y me abrí camino hacia el andén. Giselle con el cochecito y el pequeño Joseph de mi mano libre me siguieron. Holm se puso a mi lado. Durante unos pasos parecía que formábamos un compacto grupo de viajeros, una familia sin mayor preocupación que asegurarse un

asiento de ventanilla para los niños. Miré a los lados. Buscaba un policía o algún paisano con posibilidades de serlo. Calculaba que Holm no podía arriesgarse a un escándalo. Ignoraba en calidad de qué había pasado de la RFA a la RDA, pero fuera quien fuese, nosotros estábamos en nuestro país y él era un extranjero a quien no se le toleraría ningún abuso. Al llegar a la altura de un revisor, me detuve y le enseñé los billetes.

En ese instante, con una elegancia soberbia, Holm me los arrebató y fingió mirarlos.

—Ya le dije yo a mi hijo que se estaba equivocando de andén. Por aquí pasa el tren que viene de Dresde con destino a Berlín, no el de Berlín con destino a Dresde.

Le miré desconcertado, y Giselle me miró a mí de igual manera.

Alguien llamó al revisor desde lejos, y éste empezó a irse, señalándonos el lugar supuestamente correcto.

—Andén diecinueve. Aquel de allá.

No hice ademán de recoger la maleta y emprender la marcha.

—Sé que todo esto le parecerá extraordinario,

señora Kapellu. Quizá Peter no le ha hablado de una propuesta que le hice la semana pasada en *Nikolaikirche*.

Giselle me miró más perpleja que desconfiada.

—No. No te había dicho nada, porque no conozco a este caballero. Hoy es la segunda vez que le veo en mi vida.

—Te equivocas, Peter. Y es natural

Di unos pasos para alejarme de los niños y Holm me siguió.

—Mire. Amigo. No tengo ni idea de quién es usted. Pero si insiste en molestarnos, acabará en la comisaría. Piense si le conviene tener problemas con la *Volkspolizei* en momentos como estos. Puedo acusarle a usted de ser un espía que me está ofreciendo huir del país, y será usted presa de la STASI. ¿Quiere ponerme a prueba?

—En absoluto, Peter. Entiendo que no confíes en mí. Tus sospechas, tu razón y hasta los mismos hechos te llevan a ello... Porque, efectivamente, como te dije hace una semana, mi misión es sacaros de este país a punto de estallar.

—¡Es el mismo argumento que el de tío Horst! ¿Qué tiene usted que ver con él?

—¿Cómo? —y por primera vez Holm pareció desconcertado.

—Que Horst Riedel, miembro de reserva del Comité Central del SED, general retirado del Ministerio del Interior y tío putativo mío, ha enviado a Giselle y a sus hijos a Leipzig para que yo —enfaticé el pronombre— les saque del país a toda costa. ¿Se han puesto de acuerdo o es una absurda casualidad?

—¡Por todos los demonios! Si Horst cree que eso es necesario, es que las cosas están mucho peor de lo que yo pensaba.

De pronto me pareció que aquel hombre no podía ser peligroso. Se diría que estaba incluso angustiado.

—Me encuentro en una encrucijada idiota. O escapo con usted o escapo con tío Horst —dije en un tono irónico.

—Con que os escapéis basta. ¿Con quién lo tenéis más fácil? Piénsalo —e hizo un gesto teatral que le señalaba a él.

—¡Pero es que yo no quiero salir de mi país! ¡Nosotros nos quedamos! ¿No nos escuchó el lunes pasado?

—Me parece muy ético, pero poco razonable.

—Pero, ¿por qué debo yo creerle? ¿Quién diablos es usted?

Clavó sus ojos en los míos. La expresión de su rostro se hizo dolorosa.

—Yo soy Rudi Kapellu. —Hizo una pausa, y añadió con un hilo de voz—:Tu padre y el padre de Florian. El abuelo de estos niños.

Sacó una cartera de un bolsillo interior, la abrió y me dejó ver una foto mía y de Florian en nuestra casa de Berlín, con el uniforme de pioneros. Por un instante valoré la posibilidad de que aquello fuera una comedia. Pero estaba harto de desconfiar en todo, de vivir en un Estado cuya íntima naturaleza es la suspicacia extrema e inagotable.

—Está bien, le acompañaremos. Pero yo me quedo en mi país.

Me separé de él y dije, mirando a Giselle, con la esperanza de que entendiera que dejaba las explicaciones para después:

—¿Dónde nos lleva?

—¡A Dresde! El segundo tren de Praga parará allí esta tarde para recoger refugiados.

Sin otra palabra, nos dirigimos al andén diecinueve.

Oliver

¡Sorpresa!

El día 7 de octubre la RDA se preparaba a celebrar el cuarenta aniversario de su nacimiento como estado, una creación artificial y paralela a la de la RFA, parida también en 1949, unos meses antes. En ambos casos la ignición constitucional la habían pulsado manos ajenas, los norteamericanos, británicos y franceses primero, y los soviéticos después. Alemania quedó partida.

Poco antes de la conmemoración, aterrizábamos en Frankfurt dos extraviados, Florian Kapellu, un hombre sin patria, y yo, súbdito durante décadas de la Patria Osmótica, y ahora un tipo en busca de una identidad que quizá me proporcionara mi propio hijo cuando naciera.

En el aeropuerto alquilamos un Ford, y salimos zumbando hacia Alsfeld por la autopista de Kassel. Si no nos perdíamos en el laberinto de carreteras alemán, estaríamos en Giessen al cabo de media hora, antes de medianoche. Rosa nos había reservado habitaciones en un pequeño hotel de esa ciudad, a medio camino entre Frankfurt y Alsfeld. Le fue imposible encontrar nada más próximo, Alsfeld se había llenado de

periodistas y de equipos de televisión de media Europa.

A las siete, hora en la que empezaban a servir desayunos, llamé a Florian a su habitación, seguro de que habría dormido todavía menos que yo. Había bajado al bar. Advertí en él una efervescencia ajena a su naturaleza. En cuanto terminó su café y sus bollos salió a la calle advirtiéndome que volvería al cabo de una hora. Teníamos todo el día por delante, el tren llegaría a Alsfeld a media tarde. Estaba amaneciendo en la ciudad.

Comprendí que un hecho asumido para mí, la República Federal Alemana, para él era una fascinante novedad. Por primera vez en su vida se encontraba en la entraña de la Némesis de su propio Estado. Me imaginé un ángel jovencito e ingenuo de visita por el Infierno. Quizá lo estaba viviendo de otra manera. Para mí, la RDA fue una continuación de España, salvo en los rasgos climáticos y folklóricos. El paisaje industrial y urbano de la Alemania del Este, plagado de ruinas, a medio hacer, sucio, abandonado incluso, era muy parecido al español. Cuando conocí la RFA años después, me impresionó tanto como a los emigrantes españoles, que habían saltado de la certidumbre rural, casi siempre miserable para ellos, a un país acabado de reconstruir, donde todo era posible, todo era nuevo, reluciente, hasta la historia y el arte, aunque eso a los emigrantes españoles les

importara un rábano, y donde las costumbres laborales y domésticas les parecían propias de alienígenas; pero aguantaron y se adaptaron porque eran fuertes. Florian, sin embargo, era más vulnerable, hablaba la misma lengua, compartía historia, tradición y folklore, pero acababa de descubrir la aplastante novedad del orden germánico llevado a su extremo más elástico, deformado por el peso gigantesco del mercado pletórico. Había llegado por fin al paraíso que se abría a decenas de miles de compatriotas suyos, fugitivos del purgatorio socialista.

Por mi parte, yo tenía otras preocupaciones. Seguía sin decidirme a revelar a Florian la supuesta identidad fingida de su padre. No acababa de creerla. Le hablé, sin embargo, de Yubero, y sobre la imposibilidad de avisarle de nuestra aventura en Alsfeld. Me pregunté si el guardia civil estaría al corriente de esa doble personalidad de Rudi, puesto que tenía información de una de ellas. Después de mi primera cita con Günther Holm, Yubero me había llamado para tranquilizarme sobre él. Le tenían controlado y bajo seguimiento, si intentaba algo contra Rosa o contra mí, estarían prevenidos. No había vuelto a hablar con el guardia civil.

Cuando Florian regresó al hotel, un tibio sol ascendía sobre los tejados medievales de la ciudad. Le pregunté si había disfrutado del paseo. Me dijo que se había sentado en un banco en un parque cercano, y no

se había movido de él. Le propuse una excursión turística por la ciudad.

No éramos los únicos forasteros. En el Palacio Nuevo de Giessen comprobamos que había más turistas de lo habitual. No todos parecían periodistas. Supuse que se trataba de funcionarios destinados a recibir y alojar a los miles de refugiados que se esperaban, imagino que tan impacientes y aburridos como nosotros.

Al salir, y después de un paseo sin rumbo por las calles empinadas de la ciudad vieja, nos encontramos ante un edificio de estilo italiano y pórtico con columnas de color rosa, que destacaba al lado de las casas medievales germánicas, con sus vigas negras de madera cruzadas en la fachada y sus ventanucos con cristales emplomados. Era el puesto de guardia de un viejo cuartel, que en el siglo XIX albergó el laboratorio de un químico famoso de la ciudad, Justus Liebig. Habían convertido el edificio en museo.

Decidimos entrar y nos enteramos de que el famoso extracto de carne Liebig fue un invento suyo, aunque su contribución a la química más valiosa fue descubrir que las plantas se alimentan de nitrógeno y de dióxido de carbono. En realidad quien se enteró de estas cosas fui yo. Florian se comportaba como un ser mecánico.

La *Liebigstrasse* desembocaba en la calle de la Estación, a unos cien metros de nosotros. Propuse a Florian almorzar en un restaurante ferroviario.

De pronto se despertó en mi interior un Hombre Osmótico y empezó a hacer sonar alarmas de peligro. Detuve mi caminar y miré a mi alrededor, en especial tras de mí. Florian ni se dio cuenta de mi sobresalto. Escruté a las personas, a los vehículos, todo aquello que podía ocultar algún posible daño. No encontraba nada raro, pero mi Hombre Osmótico no cesaba de tirar de la campana etiquetada “riesgo inminente”.

Entonces descubrí que el objeto de la alarma estaba delante de mí. Dos hombres debían de haber pasado casi ante nuestras narices, cuando abandonábamos el museo Liebig.

Uno de ellos era el teniente coronel de la guardia civil Emilio Yubero.

No, ese hombre no había despertado a mi Hombre Osmótico. La alarma la había hecho el otro, a quien no reconocía de espaldas.

Cogí de la manga a Florian, que había seguido caminando, y tiré de él hacia mí. Conseguí que despertara a los estímulos del mundo exterior. Me puse un dedo en los labios, y señalé con los ojos hacia la calle de la Estación.

Florian dio un respingo. Ahora sí había despertado de verdad. Sin ponernos de acuerdo explícitamente, nos ocultamos detrás de unos setos.

—¡Es Yubero, el guardia civil! No sé qué diantres hará en Giessen. ¿Quién será el otro? —me pregunté en voz alta.

—¿No conoces a Horst Riedel? —contestó Florian.

Me azotó un escalofrío.

—Sólo he hablado con él por teléfono, y si le he conocido, no es ese hombre.

—Lo es, pero se diría que va disfrazado.

Efectivamente, aquel hombre menudo parecía un jubilado alemán en traje de domingo.

—¿Qué hace aquí?

—¡Y con Yubero!

Riedel y Yubero se detuvieron delante de un Audi blanco con matrícula de la RFA, subieron a él y arrancaron en dirección a nosotros.

Por un instante dudé entre saltar a mitad de la calzada o esconderme todavía más en el seto. Florian me sacó de dudas, tirando de mí. El coche torció a la

derecha en una avenida ancha que conducía a un paso a desnivel sobre el ferrocarril, en dirección a la autopista, según recordaba de la noche anterior. Era muy probable que no nos hubieran visto. Pero, ¿de qué nos servía esta ventaja?

Florian y yo nos devanamos los sesos intentando averiguar qué diantres estarían haciendo Riedel y Yubero juntos en Giessen, a treinta kilómetros de Alsfeld, donde en unas horas llegaría un tren cargado de refugiados de la RDA. Concluimos que, de momento, resolver aquel enigma no era nuestro objetivo principal. Pero sí nos convenía ser cautos por la tarde en Alsfeld, y procurar descubrirlos antes de que ellos nos descubrieran a nosotros.

—Tenemos que actuar como espías sin serlo. Esto es verdaderamente irónico —comenté.

—Esto es un cachondeo —sentenció Florian con una risa sarcástica impropia de un ingenuo.

Peter Kapellu

El tren de Praga

En marzo de 1917 un tren sellado, del que nadie podía ni entrar ni salir, atravesó discretamente Alemania. Su pasajero más notable era Vladimir Illich Ulianov, Lenin. Procedente de Zurich, el convoy entró en Alemania por Mannheim, de ahí se dirigió a Francfort, luego a Berlín, y por último a Salssnitz, en la costa báltica de la isla de Rügen. Allí un barco trasladó a los bolcheviques hasta Malmoe, en Suecia. Lenin acabaría cruzando la frontera rusa en Finlandia por medio de trineos, y llegaría en tren hasta la hirviente Petrogrado, donde no pararía hasta hacerse con el poder. El gobierno alemán del Kaiser preparó y propició este traslado que encendió la mecha de la Gran Revolución Soviética.

Setenta y dos años después, varios trenes sellados y cargados de ciudadanos que aborrecían el *Sozialismus*, cruzaron territorio de la RDA y descargaron su pasaje en una pequeña ciudad de la RFA, Alsfeld. Algunos auguraban el principio del final del *Sozialismus*. Yo, no. Yo hacía caso a mi intuición y a mi fe: el *Sozialismus*, por fin, se establecería en un territorio arrasado por el *Sozialismus*. Esto no era una paradoja, era pura

dialéctica. Pero también mi intuición me señalaba algo aciago, que contradecía los pronósticos tanto de tío Horst como de ese Günther Holm que decía ser mi padre. El tren no se detuvo en la estación de Dresde.

Miles de personas nos agolpábamos en los andenes. Cada momento llegaban más de todos los rincones de la RDA. Habían abandonado sus hogares, su seguridad, sus trabajos, sus posesiones, que no eran dignas de despreciar. Habían abandonado toda esperanza, como si al levantarse de la cama un día hubieran visto escrito en el dintel de su casa: *Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*. ¡Larguémonos!, se dijeron los unos a los otros, los maridos a las mujeres, los jefecillos a los empleados, los vecinos a los transeúntes. Recogieron lo que pudieron meter en una maleta y se plantaron en la estación de Dresde.

La estampa era insoportable. “El tren no parará”, empezaron a difundir los ferroviarios y algunos tipos con poco aspecto de viajeros. La multitud les apartaba, les silbaba, y algunos se contenían para no atacarlos, porque en la RDA atacar era lo último que un ciudadano había aprendido a hacer, o se callaba o huía. Se veían pocos uniformes policiales en los andenes, y esto aliviaba a algunos, y a otros nos enervaba todavía más.

“Si no cogemos ese tren, el día 8 habrá una masacre”. En realidad querían decir el día 9, lunes.

Jamás un alemán ha empezado una revolución en domingo. La gente estaba convencida de que el gobierno aguantaría hasta la celebración del cuarenta aniversario de la fundación del primer estado alemán socialista, el 7 de octubre. En cuanto Gorbachov y todos los invitados se hubieran marchado, empezaría la represión. Era preciso estar lejos de allí.

Yo debía de ser una de las pocas excepciones. El lunes por la tarde tenía previsto estar en la iglesia de san Nicolás de Leipzig, reclamando lo que aquellas familias daban por perdido, democracia socialista auténtica, el final de la dictadura de los burócratas.

Acepté acompañar a Giselle y a los niños hasta Dresde porque temía dejarlos en manos de aquel tipo ambiguo y oscuro. Mi idea era ayudarla a subir al tren que venía de Praga, y volverme a casa.

Llegar a Dresde nos costó una eternidad. Perdimos cuatro convoyes, porque en los dos primeros no pudimos entrar y en otro no nos dejaron subir. El cuarto se nos escapó por los pelos, porque habíamos ido a comprar algo de comida para los niños.

Al bajar del tren en Dresde nos encontramos inmovilizados por la multitud en el andén. Nos costó salir a provisionarnos. Tuvimos que abrírnos paso a empujones por la enorme nave de acceso a la estación,

parecida a una iglesia, con una especie de transepto coronado por una cúpula roñosa de cristal.

Fuera nos topamos con la inquietante presencia de bastantes furgones policiales. Los alrededores eran solares con algunos edificios ruinosos que llevaban allí cuarenta y cuatro años, desde los monstruosos bombardeos de norteamericanos e ingleses, que arrasaron la ciudad, y en especial su sistema de comunicaciones. Era el testimonio de un campo de batalla que podía convertirse en un nuevo escenario de combate en cuestión de horas. A un lado de la estación, alineados en una avenida muy ancha, se sucedían una serie de edificios nuevos de viviendas, cajones inmensos llenos de ventanas sin el menor aliciente estético, uniformes, sólidos como si hubieran caído del cielo, enviados por un dios prusiano a Sajonia.

Nos encaminamos hacia allá, con la esperanza de encontrar algún comercio. Lo encontramos cerca de una iglesia ortodoxa con la techumbre llena de bulbos de un azul desteñido. Al regresar, la entrada de la estación estaba colapsada. Desde su altura olímpica, sobre el arco de acceso al vestíbulo eclesial-ferroviario, una mujer coronada, con un cetro en la mano, observaba con indiferencia a la muchedumbre. “¿Quiénes son?”, preguntó Joseph señalando al grupo, compuesto también por dos varones de piedra. Ni su madre ni su supuesto abuelo ni yo le hicimos caso, y

el niño pidió impaciente que volviéramos a casa, porque estaba cansado y quería acostarse en su cama. Giselle le intentó explicar que estábamos muy lejos de Berlín. “Pero, ¿por qué tenemos que esperar tanto?” La historia de que estaban de excursión y de que en cuanto viniera el tren podría acostarse en un asiento no convenció al niño. “¿Dónde vamos?”, insistió Joseph. Giselle le miró durante unos instantes, luego desvió los ojos, y volviendo a mirarle le hizo una promesa poco satisfactoria: “Te lo diré cuando seas mayor”.

A las once y media, los altavoces proclamaron la orden de abandonar la estación. La multitud estalló en silbidos y gritos de “¡Queremos irnos!” Pero nadie se movió, tampoco los de fuera.

Yo estaba cada vez más preocupado, y hablé en voz baja con Günther-Rudi sobre la posibilidad de irnos. Su criterio era que si nos separábamos de la multitud nos meterían en un autobús y nos llevarían a una comisaría, incluidos los niños. La idea de abandonarnos al destino parecía la única que albergaba su cabeza en ese momento.

Entonces escuché la conversación de un joven que se había presentado como voluntario de una iglesia evangélica. Intentaba convencer a otro ciudadano de que no se fuera de su país. Su argumento era que toda la energía que estaba

malgastando en aquel andén, esperando absurdamente que llegara un tren y lo recogiera para sacarlo del Infierno, podía emplearla en cambiar las cosas en Dresde o donde quiera que fuese su lugar de residencia. El interpelado, un joven como él, no contestó. “Libertad de viajar, ¿esto es todo a lo que aspiras?” El chico se mantuvo en silencio.

Me separé un poco de mi grupo y le pregunté al eclesiástico si podía sacarnos de allí con seguridad. Me identifiqué como miembro de *Neues Forum*, y le expliqué el lío en el que estábamos. Me dijo que confiara en él. A Giselle le pareció maravilloso abandonar la estación. Günther-Rudi no quería, pero tampoco oponía ni argumentos ni fuerza, un ser tan perdido como yo. Nos abrimos paso en la masa compacta de fugitivos, y nos dirigimos al túnel que conducía a la ciudad bajo un sector de vías. En él había estacionados camiones policiales. Nadie impidió nuestro paso. Al salir del túnel, me di cuenta de que Günther-Rudi se había esfumado.

Cuando estábamos todavía a menos de cien metros de la estación, se desencadenó un temporal de bocinazos, pitidos de silbato, gritos, chorros de agua de vehículos bomba. Los policías atacaron blandiendo sus porras. La gente se escapaba por donde encontraba un agujero. Aunque los golpes eran duros, los guardias procuraban evitar a los niños y se contentaban con empujar a los frustrados viajeros

hacia los ruinosos solares de alrededor de la estación.

El eclesiástico nos hizo subir a un tranvía y nos condujo a una humilde residencia al otro lado del río Elba, en un barrio de la ciudad nueva, donde los niños pudieron acostarse en literas. Nos ofrecieron a Giselle y a mí un colchón conjunto en un rincón de una especie de sala de reuniones donde había otras familias. Pensaron que éramos un matrimonio, y ni Giselle ni yo nos molestamos en deshacer el malentendido.

Al día siguiente nos pusimos en camino hacia Berlín.

Luego nos enteramos de las dimensiones de la batalla campal en la estación de Dresde entre la policía y casi diez mil ciudadanos espantados por la posibilidad de perder el tren milagroso. Algunos de ellos volvían en sus *Traband* desde la frontera con Checoslovaquia, donde no les habían dejado entrar. La brutalidad se enseñoreó del escenario. Algunos viajeros lanzaron cócteles molotov a los policías, y llegaron a prender fuego a un vehículo oficial. Las autoridades eclesiásticas de Dresde intervinieron, hasta calmar a los furiosos fugitivos.

El día 7, ya en Berlín, mientras Giselle y yo contemplábamos en la televisión el caricaturesco espectáculo de una procesión de creyentes en el

Sozialismus ante el *Politburo* y sus invitados, muchos miles más de ciudadanos se manifestaban por las calles de las principales ciudades de la RDA proclamando la no violencia a voz en grito.

No me costó averiguar que en la iglesia de Gestsemaní, en *Prenzlauerberg*, no muy lejos de casa de Giselle, se había convocado esa misma tarde una manifestación pacífica. Me puse en camino con el ánimo del que se dirige a un frente de batalla. Subiendo por *Prenzlauerallee*, me vino a la memoria un recorrido parecido, seis meses antes, hacia el apartamento de tío Horst. Un terremoto político se había abatido sobre nuestro pequeño país en medio año.

La multitud rodeaba el elegante templo de ladrillo, sobre la torre de la fachada emergía una aguja forrada de plomo que se clavaba en el cielo. Las hojas que cubrían el jardín quedaban pegadas a las suelas de los zapatos de los reunidos. Me animó descubrir que había una barbaridad de gente, pero al meterme en el núcleo de la manifestación buscando algún conocido, comprendí que un ancho espacio vacío separaba a los ciudadanos en demanda de libertad de sus vigilantes. De hecho, a medida que avanzaba la tarde, los policías de uniforme y de paisano sobrepasaron en número a quienes nos habíamos reunido para protestar.

La acción policial se produjo nada más llegar

yo, como si me estuvieran esperando. No había manera de escapar, ni a los bastonazos ni a las detenciones. Empezamos a cantar consignas de no a la violencia, y nos sorprendió ver que algunos de los nuestros la emprendían a empujones y golpes con la línea de policía o arrasaban las plantas del jardín. Era tan increíble que no podía ser verdad. No tardamos en descubrir la explicación de aquella conducta. Cuando un policía cogía de los brazos a uno de los civiles agresores, éste sacaba algo del bolsillo y lo exhibía ante las narices del guardia, que le soltaba. Eran agentes provocadores del *Pulpo*.

Eché a correr por una calle lateral hacia *Schönhauserallee*, una avenida más despejada, pero una garra me enganchó de un brazo. Al volverme recibí un guantazo en la mejilla, y me dejé empujar impotente a un coche celular. Cuando estuvo lleno, emprendió un viaje bastante corto, que me hizo suponer que terminaba en la prisión de *Höhenschönhausen*. Nos hicieron descender, previa entrega de la documentación, y nos metieron a empellones en unas salas como canchas de baloncesto, pero sin gradas, con ventanas muy altas. Estábamos todos abatidos, aunque no asustados. Alguien propuso que cantáramos, pero instintivamente nadie siguió el consejo; los guardianes lo considerarían una provocación, y nos molerían a palos o empezarían a lanzarnos agua a presión.

De pronto alguien gritó mi nombre. Miré en dirección a la voz. El grupo se abrió, y vi a un guardia que volvía a llamar “¡Peter Kapellu!” Avancé hacia él, y me indicó la puerta de salida. Me hizo subir unas escaleras, bajar otras, seguir varios pasillos, y torcer a uno y otro lado, acaso intentando despistarme. Al llegar a una puerta blindada gritó “¡Alto!”, la abrió y me invitó a pasar, quedándose fuera y cerrando. Me recorrió un escalofrío. Y de pronto escuché la voz de tío Horst.

—Peter, eres un cabezota. Pero puede que los cabezotas acaben salvando la república popular.

Me tendió mi documentación y salimos directamente a la calle por una puerta frontera a la que había utilizado para entrar.

En su propio coche me llevó hasta *Leninplatz*. Entramos en una moderna cafetería, frente a la estatua colosal del gigante de la historia. Unas pocas familias merendaban, como si aquel sábado fuera un día rutinario.

—Has hecho bien trayendo de vuelta a Giselle y a los niños a Berlín.

Todavía estaba preso del aturdimiento, de la vergüenza y del bofetón que me habían propinado, y fui incapaz de reaccionar. Pero pensé en el cinismo de aquel hombre que había aconsejado a su posible nuera

un viaje hacia ninguna parte.

—El *Politburo* está partido en dos, pero ni siquiera ellos lo saben.

¿Me había sacado de la cárcel tío Horst para largarme una sarta de especulaciones? ¿Eran esos todos sus recursos ante la avalancha social que arrasaba la RDA?

—Egon Krenz acaba de volver de Pekín...

—No sabía que se hubiera marchado —murmuré con desdén.

—Era el representante de la RDA en el cuarenta aniversario de la República Popular China. Ha sido un viaje cuidadosamente preparado. En Pekín ha declarado que la defensa de la legalidad socialista está por encima de todo. Pero ha sido un truco.

Pensé, ¿un truco? Tío Horst leyó mi expresión de hastío.

—Está maniobrando en el *Politburo* para destituir a Honecker.

¡Otra vez la cantilena del complot!

—Tío Horst, me importa un rábano lo que esté tramando el camarada Krenz. Y no tengo el menor interés en saber lo que tú sabes. ¿Por qué compartes

conmigo esos secretos que nos pueden llevar a la cárcel el resto de la vida? Al menos, a mí.

—El tiempo de la STASI ha pasado. Se le ha acabado el tiempo a Mielke. Este hombre está cogido por los huevos. Por un lado le encantaría lanzar una campaña contra lo que él llama la fascistización occidental infiltrada en la RDA, arrasar con los disidentes como tú, y cerrar todas las vías de escape a quienes él llama “los fugitivos de maletas sucias”. Tiene la capacidad para hacerlo. Existe un regimiento en Berlín con armas sofisticadas, que podría sofocar en veinticuatro horas cualquier levantamiento. Pero el zorro Mielke no quiere cargar con toda la responsabilidad... toda la responsabilidad —Tío Horst subrayó estas palabras—. ¿Sabes qué le ha dicho hoy Gorbachov a Honecker en la cara? “La vida castiga a los que se quedan atrás”. Esta vez no será como en 1953, no habrá tanques rusos en la calle.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Para que lo difundas. En los cuarteles de la STASI se está difundiendo la alarma, se les está pidiendo que se preparen para luchar a vida o muerte contra la amenaza fascista. Pero no moverán un dedo. Cuando estés en Leipzig, cuenta todo esto. El *Sozialismus* depende de vosotros, de vuestra valentía, de vuestra esperanza.

Se puso en pie, salimos en silencio, y continuamos sin hablar hasta llegar a la esquina se *Strausbergerstrasse*.

—¿Qué pasa con Giselle? —pregunté mirando hacia la ventana de su casa.

—Es mejor que siga con su vida habitual.

—¿Has hablado con ella?

—No. Pero puedes decirle que esté tranquila. Y que lamento haberla alarmado, Hace una semana llegué a creer que todo iba a saltar en añicos.

¿Estaba Tío Horst intentando mostrarse humano, falible? Era tarde para la transformación de un autómatas doctrinario en un individuo con ilusión. Si el *Sozialismus* cambiaba, se llevaría por delante esa burocracia mecánica, sin corazón. Quise saber qué idea tenía tío Horst sobre su futuro personal.

—¿Qué harás cuando todo esto acabe?

—Pasaré el invierno en un balneario de Crimea... Y recuerda... —dijo algo en un idioma extraño, quizá español, y luego lo tradujo al alemán —: Echadle huevos.

El futuro le importaba un carajo o mentía una vez más.

Giselle tenía en su biblioteca una vieja edición del diario del conde Harry Kessler de los años de la guerra y la revolución alemana de 1918; al parecer se la había regalado el profesor Renau. Se la pedí prestada para relajarme en el tren. La entrada del jueves 7 de noviembre, dos días antes de la abdicación del Kaiser Guillermo, rezaba: “Los acontecimientos en Kiel, Lübeck, Altona, Hamburgo y Hannover se han sucedido hasta el momento sin violencia. Así empiezan todas las revoluciones. La sed de sangre crece poco a poco, como las contracciones de parto del nuevo orden.”

Un susurro contenido de sangre se escuchaba en las calles y en los hogares de la República Democrática Alemana el domingo, 8 de octubre, mientras yo volvía a Leipzig aturdido y exaltado a la vez, preparando mi corazón y mi cuerpo para aquello que el destino hubiera escrito en la hoja del calendario del día siguiente.

Oliver

Cita con el dentista

No llegó aquel día ningún tren de Praga. El rumor empezó a extenderse por Giessen a mediodía. A Florian y a mí nos alcanzó en el restaurante ferroviario donde almorzábamos. Se lo escuchamos a un tipo que masticaba un *Wienerschnitzel* en la mesa de al lado, comentándolo con otros comensales, quizá un grupo de periodistas. Al poco se les unió otro, con noticias de Dresde: la estación estaba atiborrada de gente que esperaba subir al tren de Praga.

De todos modos, nos desplazamos a Alsfeld, donde la suspensión del tren se confirmó. Los vecinos de aquellas ciudades de Hesse estaban alterados, víctimas de una contradicción alimentada durante décadas: la RFA había esperado e incitado el derrumbamiento político y económico de su hermana comunista, y ahora que el resultado de aquella conspiración a voces empezaba a manifestarse, se asustaban. ¿Qué temían? Que la invasión de refugiados les perjudicara, que les empobreciera, que rompiera su cómoda y segura rutina. No se atrevían a confesarlo.

Nos movimos por Alsfeld saliendo lo mínimo

del coche, sólo para hacer averiguaciones, con mucha cautela, mirando en todas las direcciones, y asomando la cabeza discretamente al entrar en un espacio cerrado. Queríamos pasar inadvertidos para Emilio Yubero y Horst Riedel.

Al día siguiente ya no tomamos tantas precauciones. Fue imposible. El revuelo en torno a la pequeña estación del pueblo volvía incontrollables los movimientos de las personas, de las que llegaban de Praga cargadas de bultos, con la vida en la chaqueta y en la maleta, y los que esperábamos por curiosidad o en busca de alguien.

Florian y yo nos enteramos del dispositivo de recepción de la Cruz Roja, que era sencillo. Los refugiados que lo decidieran, serían alojados en edificios preparados al efecto, y sometidos a un proceso de clasificación para ser distribuidos por Alemania. Los que tenían parientes esperando en Alsfeld, serían dotados de una documentación provisional, y se permitiría que siguieran viaje con la familia capitalista.

Decidimos que colocarnos en el andén no serviría para mucho, porque Giselle y los niños se nos podrían escapar, en caso de que vinieran. Ambos intuíamos que no se habían refugiado en la embajada de la RFA en Praga, y si no se había permitido a nadie abordar el tren en territorio de la RDA, no vendrían.

—Lo absurdo es la fuente de la noticia —dije —. ¿Por qué ha sido la propia embajada quien te ha informado de este viaje de Giselle?

—No lo sé. Quizá querían joderme un poco más.

—Lo dudo.

—A mí también me parece poco probable. Es casi seguro que tío Horst está metido en todo esto. Pero es un rompecabezas que no encaja.

Las crisis son precisamente eso, rompecabezas desparramados que acaban por rehacerse, a veces forzando las piezas.

Nos quedamos fuera de la estación. Florian decidió que, si veía a Horst Riedel, le abordaría. A partir de ese momento, procuramos incluso hacernos más visibles; pero fue un ardid inútil, porque había tanta gente por allí y tantos tipos raros, que un jugador de baloncesto negro empujando un piano de cola habría pasado inadvertido.

Llegó por fin el tren, se desbordó la estación de huéspedes y anfitriones, escrutamos entre ellos, nos mezclamos, nos dividimos, investigamos en las residencias, paseamos por los alrededores de la estación, preguntamos a unos y a otros sobre las circunstancias del viaje. Nos dimos por vencidos,

Giselle y los niños no habían sido pasajeros de aquel tren impermeable.

Regresamos a Giessen deprimidos. Ambos queríamos discutir una nueva táctica, nuevos planes, pero no éramos capaces de imaginar ninguno. El mayor disgusto de Florian era no poder hablar con Giselle.

—Escucha una cosa —se me ocurrió súbitamente al entrar en Giessen—. Estamos suponiendo que Giselle no se encuentra en Berlín, en casa. Pero, ¿y si ha vuelto? Es más, ¿y si nunca ha salido de allí?

Florian no reaccionó. Pensé que estaba demasiado deprimido para hacerlo. Pero de pronto dio un grito.

—¡Jens!

—¿Cómo?

—Jens, mi cuñado, el hermano de Giselle. Puede que sepa algo.

—¿Tienes contacto con él?

—No. Pero sé que vive en Berlín Occidental.

—¿Sólo eso?

—En el barrio de *Charlottenburg*. ¿Es muy grande?

—Como el barrio de Salamanca de Madrid, quizá más.

—Es dentista...

—Sigue, sigue —le alenté.

Estuvo pensando hasta que llegamos al hotel.

—Su apellido es Etwen —dijo por fin.

—Mañana por la mañana iremos a *Deutsche Telecom* y pediremos la guía de Berlín.

—¿Y por qué no vamos a Berlín? —exclamó.

—¿En coche? Es seguro que no te dejarán pasar del puesto fronterizo.

Florian dio un suspiro de resignación.

Nos metimos en el barecito del hotel y pedimos unas cervezas. Le dije que me disculpara, que iba a coger algo en la habitación, y regresé enseguida con los billetes de vuelta a Madrid y los papeles de la reserva que había hecho Rosa. En ellos constaba el teléfono de la compañía en Frankfurt. Desde el bar llamé, y me enteré de que poco antes de medianoche salía el último vuelo a Berlín. Reservé dos plazas.

En *Tempelhof* preguntamos al taxista turco si conocía algún hotel por *Charlottenburg*. Contestó que no, pero que podía averiguarlo. No tardaron en darle una dirección por radio, mientras nos llevaba hacia el lugar por una vieja autopista. El hotel se llamaba *Roswitha*. Se hallaba en una calle flanqueada de enormes castaños, al lado de un negocio de vinos italianos. Las calles estaban vacías y con poca luz, pero la diferencia con respecto al otro lado del muro era algo más que perceptible, supongo que para Florian sería injuriosa, humillante, los edificios limpios, las calles bien asfaltadas, los jardines, cuidados, incluso el aire que entraba en los pulmones parecía más puro.

Dormí mal, y a la seis decidí levantarme. Florian me había precedido en el comedorcito, y agitaba en la mano con aire de atleta vencedor una hoja de papel. Había encontrado a su cuñado. Vivía o tenía su consulta en la *Gierkeplatz*, a un paseo de donde nos encontrábamos. Su propuesta era hacerle una visita en cuanto fuera una hora razonable.

La lectura de los diarios occidentales nos sumió de nuevo en la inquietud. Se hacían eco de los acontecimientos tras el Muro, la grotesca celebración del aniversario de la RDA, la maldición pública de Gorbachov a Honecker; el insensato silencio del *Politburo*; las amenazas latentes en los centros regionales de la STASI, la probabilidad de que se

repitiera en Berlín o en Leipzig la matanza de Tienanmen.

A las ocho salimos del hotel. A las ocho y media llegamos a la plaza, dimos la vuelta a un edificio blanco en su centro, que parecía una escuela o una iglesia, con la ilusión de que hacíamos correr al tiempo, y nos detuvimos en el portal de una finca con planta de ladrillo rojo y el resto de la fachada revocada. La placa en la jamba del portal indicaba que la consulta del dentista Doktor Etwen era diaria de dos a cinco de la tarde. Nos separamos de los timbres como dos niños que se preparan a gastar una broma. Esperé que Florian tomara una decisión. Dio unos pasos hacia el escaparate de una tienda de muebles que había en la esquina, se metió las manos en los bolsillos de su gabán corto, y se puso a mirar al cielo. Pero ningún ángel bajaba con una respuesta. Terminó la meditación, volviéndose hacia el portal.

—Si esperamos más, me dará un ataque. Y es posible que hasta Jens salga de casa sin que nos enteremos.

En ese instante se abrió el portal y emergió una muchacha con una gran mata de pelo moreno empujando un carrito con un niño.

—Discúlpeme, por favor. ¿Sabe usted si el doctor Etwen vive aquí, o sólo tiene la consulta? —la abordó Florian

La mujer nos observó, no sabría decir si con desconfianza, pero estaba tomándonos una medida acaso moral, acaso física.

—La consulta es de dos a cinco —contestó señalando innecesariamente la placa.

—Ya lo hemos visto, señora. Pero tenemos urgencia de verle... No, no es una urgencia médica... Es que... soy su cuñado, ¿sabe? De la RDA. Le ruego que me comprenda. Puede parecer absurdo, pero es así.

Florian transmitía sinceridad, pero hizo ademán de sacar la cartera. Comprendió a tiempo que era algo inútil. No tenía ningún documento que le relacionara con el dentista.

—¿Acaban de llegar de Praga, en el tren? —preguntó mirándonos a los dos.

—No, verá... Venimos de España —intervine yo para que Florian se calmara—. De Madrid. La mujer de mi amigo sigue en Berlín, al otro lado...

—¿Usted es Florian? —exclamó sorprendida la muchacha.

—Florian Kapellu, para servirle —inclinó la cabeza caballerosamente.

La chica se agachó hacia el cochecito, y dijo al niño, que tendría más o menos un año.

—¡Jannik, es tu tío! ¡El marido de tía Giselle!

Jens se había ido hacía media hora a una escuela politécnica, donde tenía un seminario, pero regresaría a almorzar. Precisamente Olvido, la muchacha con la mata de pelo negro, hija de inmigrantes españoles y esposa de Jens, se dirigía al supermercado. La acompañamos, explicándole la situación de Florian y la esperanza que tenía de ponerse en contacto con Giselle a través de Jens. Suponíamos que una llamada de su hermano no sería rechazada, al contrario de las que había hecho semana tras semana Florian desde España. Yo me presenté como un amigo de Florian dedicado a la exportación e importación internacional desde Valencia.

Jens era mucho menos emotivo que su mujer, o quizá más desconfiado. Florian le entregó su pasaporte internacional y otros documentos de refugiado en España para que los mirara con lupa. La propuesta era que Jens telefonara a su hermana, como hacía de tarde en tarde, le dijera que tenía noticias de su marido, sin concretar su ubicación, preguntara si necesitaba algo, y la emplazara discretamente a una nueva llamada en el momento

que ella propusiera, desde un lugar donde pudieran ser más explícitos.

Se hizo así. Los funcionarios de teléfonos de la RDA no pusieron impedimentos. La contrapropuesta de Giselle fue telefonar al cabo de una hora. Adelantó que estaba bien, y contó brevemente un viaje y experiencia tremebunda en Dresde con Peter. Florian tuvo que hacer esfuerzos para no arrebatar el aparato de las manos de su cuñado.

El teléfono sonó cuatro o cinco veces, pidiendo cita con el dentista.

Florian Kapellu

Radiografía de Berlín

Mi cuñado Jens parece un hombre suspicaz. No sé si la posibilidad de hacerse cargo de una familia de refugiados le repugna, si mantiene un conflicto entre su obligación filial y su sosiego burgués, o es simplemente la incertidumbre de este momento que nadie duda en llamar histórico, que se infiltra en los fluidos de casi todos los alemanes con sangre en las venas. Me figuro que los dirigentes políticos de ambos lados deben de ser individuos de acero o plexiglás. Se lo han buscado, han estado décadas buscando este caos y al final se han encontrado con él. No tienen sangre en las venas.

Suena el teléfono y esta vez sé que es Giselle. Me pasan el auricular.

—¡Giselle, cariño! Estoy aquí, en Berlín, muy cerca.

—¡Muy cerca! —repite ella—. Estamos bien. Joseph, Irene y yo estamos bien. Peter también. Se marchó ayer a Leipzig. Me ha llamado hace un rato. Esta tarde tiene trabajo... Le he dicho que tenga mucho cuidado.

—Giselle, no sé qué voy a hacer. No sé si esperar en Berlín o...

—Regresa a España, cariño. No sabemos cuánto puede durar esta incertidumbre.

Entiendo el mensaje indirecto, “No voy a salir de aquí”. Me lo transmite hablándome de mi hermano Peter. Me cuenta sus inquietudes, su determinación de participar en el cambio, su fe en el *Sozialismus*. Su fe. Al final todo se reduce a una cuestión de fe. Estoy a punto de decirle a Giselle que yo he perdido la fe, o mejor, que he recuperado la razón, que nada ni nadie me va a utilizar, ni me voy a enganchar a ningún convoy partidista. Si el materialismo dialéctico es materialismo y es dialéctico, los discursos dominantes en mi patria y en otros escenarios del supuesto *Sozialismus* son mitologías, murmullos metafísicos que conducen fatalmente al encabronamiento del pueblo al que dicen servir.

Me habla de Joseph y de Irene, lo que han crecido, lo que han aprendido, la fe que tienen en reunirse pronto con su padre. Otra vez la fe. ¿Qué pasaría si cojo el metro en Berlín Occidental, me bajo en *Friedrichstrasse* y me meto en la boca del lobo? ¿Me llevarían del Palacio de las Lágrimas a una comisaría?

Estoy frustrado, me cabrea no poder contarle a

Giselle mis sentimientos, mis pensamientos. Pero hago el esfuerzo de contener mi ira, de ensillar mi emoción. Sería una crueldad intolerable que Giselle pagara mis platos rotos.

—Te quiero. Os quiero mucho.

En ese momento de despedida, Oliver se inclina sobre mi oreja y me dice: “Pregúntale si va a estar mañana por la tarde en casa.” Lo hago. Giselle dice que sí. Insiste Oliver: “Dile que un amigo irá a verla.”

—¿Quién? —pregunta Giselle.

Miro a Oliver, y hace un gesto de ambigüedad.

—Probablemente te vayan a ver. Pero si no te van a ver, no pasa nada, cariño.

Qué estupideces se dicen cuando no se quieren decir estupideces. Prometo a mi esposa que la semana que viene tendrá noticias mías, cuando pase la tensión que se está acumulando en la RDA este lunes por la tarde. Nos besamos. Cuelgo.

Jens me mira, en su expresión hay pena y angustia. Hace una propuesta generosa.

—Puedo pasar al otro lado y hablar con Giselle, llevarle lo que necesite.

—Gracias, Jens —dice Oliver—. No sabrías

qué hacer allí. Es un escenario de guerra.

Olvido nos mira con sus grandes ojos negros llenos de alarma, casi aterrorizada. La imagino calibrando las posibilidades de que Berlín Occidental, una ciudad rodeada por muros y alambradas, se convierta de nuevo en rehén, como lo fue en 1949, cuando el puente aéreo, del que ella, como yo, sólo ha oído hablar.

—Iré yo —sentencia Oliver.

—¿Dónde? —preguntamos tres voces a la vez.

—A darme un paseo por el Infierno. Mañana. Si esta tarde no hay un levantamiento, mañana Berlín será una balsa de aceite.

—¿Y si lo hay? —pregunta Olvido.

—Lo veremos desde la primera fila. Seremos testigos de la Historia —suelta Oliver en un acceso retórico.

—Yo soy dentista, no testigo de la Historia o de Jehová —murmura de mala gana Jens. Y luego— ¿Estáis bien alojados? Podemos haceros un hueco aquí, pero tendréis que compartir habitación.

Me adelanto a Oliver.

—Muchas gracias, Jens. Os lo agradecemos.

Pero estamos muy a gusto con *Roswitha*... Es el nombre del hotel.

Me estoy volviendo un cachondo.

Oliver me pregunta qué me gustaría hacer para matar el tiempo. Le digo que quiero ver el Muro desde el lado que nunca se me ha permitido contemplarlo. Mira el plano del hotel y nos metemos en el Metro subterráneo. Enseguida transbordamos al Metro elevado, y damos una enorme vuelta por la ciudad bulliciosa para llegar a la estación de *Humboldthein*. El recorrido por Berlín a cinco metros de altura me fascina. Esta parte de la ciudad la habitan los mismos alemanes y extranjeros que la otra, y lo que han conseguido ha sido maravilloso. ¿Por qué? ¿Sólo porque les han ayudado con dólares y marcos fuertes? Si a nosotros nos inundara un chorro de dinero semejante, ¿edificaríamos estas casas de amplios ventanales, estos puentes llenos de *graffitti*, estos jardines apacibles, estas tiendas donde todo parece rebajado? ¿Es sólo una cuestión de dinero?

Echamos a andar hacia *Bernauerstrasse*. Allí está el Muro. Frente a él, una torre para observadores de la Vergüenza desde el Oeste. Asciendo los peldaños como un estudiante de arqueología descendería a la cripta de una catedral repleta de Historia. En mitad de aquel espacio abierto al cielo, pero tronchado en tierra por una muralla y un amplio

corredor sembrado de minas y otros ingenios mortíferos, siento una violenta opresión en el pecho. Me quedo mirando hacia el Este, suponiendo que la mancha verdusca que se eleva sobre el caserío oscuro es el parque de *Friedrichshain*, junto a mi casa. Al Sur, clavada en mitad del horizonte, la Torre de la Televisión de *Alexanderplatz* se exhibe como una adolescente coqueta.

Descendemos de aquel balcón al absurdo, y Oliver me pregunta si estoy preparado para ir a Berlín *Hauptstadt der DDR*. Le miro desconcertado, y en silencio me conduce de vuelta al Metro. Esperamos en el andén dirección Sur. Intuyo algo doloroso, pero mi cabeza está tan aturdida que no soy capaz de imaginar algo evidente, que vamos a atravesar el centro del Berlín Oriental por el subsuelo.

Al entrar el convoy se escucha por los altavoces, "*Humboldthein, letzte Station West Berlin*", última parada en Berlín Oeste. Arrancamos, y nos movemos a muy poca velocidad todo el trayecto hasta *Kochstrasse*, al otro lado del caldero infernal. Avanzamos por túneles iluminados por una luz mortecina, que sube ligeramente de intensidad al llegar a las estaciones fantasma. El convoy atraviesa andenes vacíos de vida y de sentido, vigilados por policías armados y por perros que parecen zombis: *Nordbahnhof, Oranienburger Strasse, Unter den Linden, Potsdamerplatz*. Tras la última penumbra, la

voz átona del conductor, que a mí me suena irónica, patética, recita: “*Nächste Station, Kochstrasse. West Berlin*”. Me parece estar viviendo una radiografía de mi ciudad y de mi vida. A cualquier razón le ha de repugnar la estampa del subsuelo que registran mis ojos. Siento pena por estos soldaditos de las estaciones fantasma. Me pregunto qué efecto tendrá en su moral de defensores del orden socialista, estas horas que pasan cada día en el túnel, vigilando un tráfico de trenes cargados de pasajeros guapos, rehenes del *Imperialismus*.

Peter Kapellu

Valiente minoría

El cuarenta aniversario de mi país también se celebró en Leipzig con furiosos enfrentamientos. La moral de mis compañeros, sin embargo estaba tan firme como antes. El lunes, 9 de octubre, saldríamos a la calle otra vez, pesara a quien pesara.

La STASI dejó que corrieran informaciones, no rumores, sobre la distribución de sacos de plasma sanguíneo extra en los hospitales de la ciudad. Unidades de la NVA, la *Nationale Volksarmee*, el supuesto ejército del pueblo, habían sido puestas en alerta. Veintiocho compañías móviles, de ochenta guardias cada una, se habían desplegado por los barrios céntricos de Leipzig. Lo sabíamos porque un elevado porcentaje (decían que la décima parte) de cada unidad había sido apartada del servicio, al considerárseles elementos susceptibles de confraternizar con la población. Se hablaba incluso de un batallón de paracaidistas fanáticos deseosos de entrar en acción.

Querían convertir esta ciudad en el escenario de un baño de sangre, en un escarmiento. Estábamos seguros. Pero a la vez decididos a pasar por la prueba.

No nos movía un espíritu de mártires. A ninguno se nos pasaba por la imaginación la idea del suicidio. Simplemente era la única salida que nos había dejado el gobierno. Para ellos era una guerra de clase, para nosotros, un destino marcado por una razón moral trascendental que Kant habría bendecido desde su exilio en Königsberg, hoy Kaliningrado, en la Unión Soviética. Recordé un viejo lema bolchevique repetido automáticamente en mi adolescencia, y que en esas circunstancias me puso los pelos de punta: “Guerra entre pueblos, ninguna. Guerra de clases, a muerte.”

Un militante del SED que se había unido a nosotros repitió un comentario que había escuchado a su abuelo, un viejo espartaquista miembro del Comité Central, desconcertado por el curso de los acontecimientos en la segunda patria del *Sozialismus*. Había una facción aperturista en el *Politburo*, dirigida por Krenz y Schabowski, que intentaba desviar la lógica y letal acusación de fraccionalismo diciéndose protegida por los soviéticos, cosa que era un cuento.

La tesis del militante del SED y reciente activista de Nuevo Foro era todavía académica, le costaba soltar el lastre del *Diamat*, el materialismo dialéctico. Según él, las leyes inapelables de la dialéctica dictaban el curso de la Historia, de modo que los verdaderos socialistas sólo tenían que esperar a que los frutos estuvieran maduros. ¿Por qué no te

has quedado en su casa?, bromeábamos con él. Además de las “leyes inapelables de la dialéctica” está la conciencia moral del ser humano. Otro kantiano, pensé.

Una noticia de Dresde mitigó nuestra ansiedad sobre la manifestación de ese día en Leipzig: al parecer Hans Modrow, el dirigente del SED en Dresde estaba negociando con veinte disidentes de la ciudad, elegidos al azar el día anterior por los manifestantes. El objetivo primordial era evitar la violencia a toda costa.

En Leipzig esta posibilidad nos parecía a casi todos un sueño. ¿Iríamos voluntaria y pacíficamente al matadero aquella tarde? Intentábamos convencernos de que no sería así. Fijamos unas reivindicaciones básicas que hasta entonces se habían limitado a *Wir sind das Volk*, nosotros somos el pueblo: legalización de *Neues Forum*, libertad para discutir públicamente el futuro del *Sozialismus* en nuestro país, y una política de gestión industrial que salvaguardara el medioambiente de las ciudades intoxicadas.

A mediodía di un paseo por la ciudad. Los anillos urbanos, el *Dittrichring*, la *Goethestrasse*, los alrededores de la universidad y de nuestra *Nikolaikirche* estaban plagados de vehículos policiales y de compañías de antidisturbios equipadas hasta los

dientes. Sería la una cuando entré en la iglesia. Pronto empezaron a escucharse las consignas en el exterior, *Keine Gewalt!*, no violencia y *Wir sind das Volk*.

Otra noticia esperanzadora corrió como la pólvora dentro y fuera de la iglesia. Seis ciudadanos de Leipzig estaban manteniendo conversaciones, al igual que estaba sucediendo en Dresde, para evitar lo peor. Yo me preguntaba cómo era posible que hubiera conciudadanos míos dispuestos a “lo peor” sólo por salvar el *Traband*.

El pastor luterano Peter Zimmermann, el director de la orquesta *Gewandhaus* de la ciudad, Kurt Masur, el actor Bernd-Lutz Lange y tres secretarios del SED locales, Roland Wötzel, Jochen Pommert y Kurt Meyer estaban redactando un manifiesto. Un grupo de voluntarios mecanografiaron con papel carbón el texto en decenas de máquinas de escribir, que se distribuyó entre los manifestantes que atestaban las calles, a pesar de la amenaza policial. En las iglesias se leyó en medio de un silencio expectante. Masur grabó el llamamiento y, las emisoras locales lo repetían cada media hora.

Aquella tarde fuimos setenta mil los ciudadanos que nos manifestamos por las calles de Leipzig, sin que la policía ni ese ejército de represores de la conciencia hiciera lo más mínimo por estorbar nuestra marcha alrededor de la ciudad.

Se apoderó de nosotros una euforia a veces lacrimosa, a veces desbordante. Recuerdo que al acabar la impresionante marcha, un grupo nos reunimos en una taberna, y alguien hizo un comentario que nos pareció inoportuno: “Hemos llenado la calle, pero seguimos siendo una minoría de la población”. El futuro de la RDA lo iba a decidir una minoría minúscula, de la que nosotros éramos un eco jubiloso y valiente, pero inoperativo.

Aquella noche, la *Gewandhaus Orchestra* dio su concierto programado bajo la dirección de su director habitual, Kurt Masur. Había imperado el sentido del orden y del trabajo; a pesar de todo había triunfado la rutina doméstica, y todos los padres disidentes pudieron dar un beso a sus hijos antes de acostarles.

Oliver

La amenaza del Hombre Osmótico

Utilizaba yo entonces dos pasaportes españoles para viajar, según el destino y el tránsito. En uno constaban los sellos, autorizaciones y visados de mis viajes por el mundo socialista, en especial la RDA. El otro lo usaba para hacer turismo o cuando no quería que el policía del control conociera mi nomadismo por lugares que levantan las sospechas de los oficiales occidentales recelosos.

Un buen rato me costó decidir cual de los dos pasaportes emplearía al día siguiente para entrar en Berlín Este. El turístico me obligaba a ceñirme a itinerarios marcados. El que solía emplear en mis negocios, suponía un posible aviso desde la oficina del paso de frontera a algún organismo del *Pulpo*, con resultado parecido. Necesitaba moverme con cierta libertad por la ciudad.

Jens aportó la solución. Un buen amigo suyo con familia en el Este atravesaba el Muro de vez en cuando, y también por razones profesionales, porque era gemólogo. Felizmente, se desarrollaba en Berlín Este un congreso internacional de cristalografía esa semana, y el tipo en cuestión entraba y salía a diario.

Me consiguió una credencial legítima y me embarqué en su coche a primera hora de la mañana del martes, después del alivio de un lunes sin incidentes en toda la RDA. Cruzamos el *Check Point Charlie* de *Friedrichstrasse* sin problemas,

Me apeé en *Unter den Linden*, en la acera de la Ópera, frente al templo dórico a los caídos en la Guerra Mundial. La pareja de soldados realizaba en ese momento el cambio de guardia, y algunos viandantes se habían parado a observar su coreografía de paso de oca.

La atmósfera era rutinaria, familiar. Crucé el primer puente de la Isla de los Museos por *Karl-Liebknechtstrasse*, la catedral con su cúpula carcomida desde la guerra, a la izquierda y el *Palast der Republik*, reluciente, a la derecha. El cielo era una plancha de plomo sucia; en cualquier momento podía romper a llover y yo no tenía paraguas, sólo mi abrigo marrón de falsa piel de camello que me hacía elegante, pero vulnerable a la lluvia. Tampoco había cogido ningún sombrero.

Caminando por la calle del espartakista mártir me dediqué a hacer observaciones turísticas. Me acercaba con la mente en blanco a la torre de la televisión, con su esfera, que contiene un restaurante, clavada en lo más alto, cuando un relámpago de intuición me desvió hacia el jardín que hay entre el

canal del *Spree* y la *Spandauerstrasse*, más allá del Palacio de la República. Pasé al lado de las estatuas mitológicas de Marx y Engels, continué hasta la fuente inactiva de Neptuno y me detuve frente a sus ninfas, sátiros y dioses juguetones. Hasta ese instante había mantenido mi mente libre de ideas, inquietudes o presiones, dejándome llevar por un automático e inofensivo Hombre Osmótico. En este punto había llegado el momento de decidir. Me encontraba en el lugar adecuado, frente al Ayuntamiento de ladrillo rojo y su torre del reloj. Bien, ¿qué debía hacer ahora?

¡L a *Rathausstrasse*! En esa calle tenía un apartamento una vieja conocida mía del Círculo de Dibujo de Renau. Si seguía viviendo allí, me podría servir de eslabón en mi acercamiento a la casa de Florian y Giselle, que suponía vigilada y quería evitar.

Un monstruoso paralelepípedo lleno de ventanas se elevaba en la misma acera del *Rathaus*. Tenía varios portales y no supe por cual de ellos decidirme. Intenté recordar detalles de diez años atrás, y me pareció no que todo estaba igual, sino más deteriorado. El suelo lleno de papeles, la escalera desconchada, el ascensor sucio. Leí los nombres de los interfonos hasta dar con el de mi vieja amiga. Pulsé el botón, y me abrieron la puerta sin hacer preguntas. Volví a llamar, para asegurarme del piso, y me contestó una voz muy joven. Pregunté por mi amiga y me dijo que había ido a Mahlsdorf y que

volvería por la tarde.

¡Mahlsdorf! En la *Kastanienallee* de ese distrito tuvo su vivienda y su estudio el muralista Renau. ¿Habría ido a ver a Teresa, la hija del profesor, que habitaba ahora el chalecito? Formulé la pregunta a mi joven interlocutor o interlocutora. Me corrigió, había ido a ver a Marta Hofmann, la alumna y rehén de Renau en sus últimos años de vida. Recordaba que al final Marta se había cansado del viejo, ya chinche y antojadizo, y se había mudado a un piso del mismo barrio. Volví a preguntar la dirección de Marta a la vocecita, y me la dio con naturalidad. Descendí a los infiernos del Metro berlinés, abandonado y guarro, y me trasladé hasta *Ostbahnhof*, donde hice transbordo a la línea elevada que se dirigía al Este en paralelo al *Spree* y a un trozo de Muro. Después venía un chato paisaje de edificios destartalados, colonias de chabolas con huertos traseros, industrias ruinosas, y finalmente una serie de campos y de jardines rotos.

E n *Ostbahnhof* habían subido al vagón dos jóvenes que acaso fueran hermanos. El mayor tenía los rasgos mongoloides del síndrome de *Down*. El menor parecía cuidar de él, aunque se sentó en un banco con aire confiado.

Cuando nos acercábamos a una parada, los altavoces del convoy la anunciaban: “*Din-don-dan. Nächste Station Talycual. Bitte Ausstieg links*”,

próxima estación Talycual. Por favor, salida a la izquierda. El chico con síndrome de Down, plantado ante la puerta deslizante del vagón, recitaba la melopea grabada, haciendo una hilarante imitación de las campanitas previas, y sin errar ni una de las estaciones. Su hermano a veces le miraba y le reía la gracia sin la menor maldad, participando de la broma.

Emergió en mi memoria la escena de los hermanos Kapellu, Florian y Peter. Seguro que habían viajado por esta línea en su niñez y habían hecho bromas infantiles. Curiosamente podía “ver” a los dos críos, a pesar de que yo les había conocido ya adolescentes.

Noté un pinchazo en la cabeza, y enseguida un vacío en el vientre. Eran las señales de la irrupción de un Hombre Osmótico en mi conciencia. Tuve que hacer un gran esfuerzo por mantenerle en el interior de la caja de Pandora donde solían habitar.

En ese instante me acordé de que no había dicho nada a Florian de la supuesta identidad entre Günther Olms y Rudi. ¿Debería hacerlo? Puesto que había guardado silencio hasta entonces, la mejor idea sería mantenerlo hasta que las circunstancias me sugirieran hablar. ¿Para qué prender en él una nueva inquietud?

Nuevo pinchazo y nueva sensación de vacío.

Intenté distraer la mente con consideraciones racionales. Por ejemplo, que el contraste sin referencias entre los dos Berlines hacía de uno un escaparate y de otro un estercolero, pero la realidad no era ni mucho menos así. Los occidentales que visitaban el Este se recreaban en la lástima por la indigencia supuesta de sus compatriotas y parientes. Los orientales que se asomaban al Oeste de visita, regresaban con la convicción de que aquellos infelices que se creían libres eran esclavos del trabajo y del consumo.

Me estaba enredando en un lío filosófico para escapar de la amenaza de mi Hombre Osmótico. Hacía lo posible para no abrirle un hueco de paso a mi conciencia.

El chavalito con síndrome de *Down* y la megafonía del convoy avisaron simultáneamente de que nos acercábamos a Mahlsdorf, salida a la izquierda. Siempre a la izquierda.

Marta no vivía lejos de la estación. Creía recordar que se había casado con un polaco o un ruso.

Miré en el plano colgado de una pared leprosa, y me orienté desde el mugriento túnel de peatones sobre el que corrían las vías. La *Mozartstrasse* se encontraba en la parte sur de la línea del Metro elevado. Era un barrio cuajado de grandes castaños,

cipreses y coníferas, con las calles hechas cisco y flanqueadas de viejas casitas y amplios chalés que nadie había retocado o reformado desde el final de la guerra. No recordaba haber estado nunca allí.

Bajé por una de las calles desahitadas, buscando *Mozartstrasse*. Había muy pocas casas en esa zona, casi todo eran solares llenos de arbustos y matorrales salvajes. Me sobrevino un mareo fulminante. Me senté en lo que podía ser un bordillo y de golpe lo vi todo claro.

¡No necesitaba a Marta! ¡No necesitaba ayuda de nadie!

¡Había logrado encajar el rompecabezas!

¿Qué rompecabezas? Jamás me habían gustado los rompecabezas.

Me levanté al tiempo que un ciclista se paraba a mi lado para interesarse por mi salud. Agradecí su atención y me puse a andar por la *Mozartstrasse* para demostrar que era un transeúnte saludable. Miré mi reloj de pulsera. Pasaban las diez y media, y yo me había citado con el gemólogo a las seis en la Mensa de la Universidad *Humboldt* para regresar a Berlín Oeste.

Me presentaría personalmente en casa de Florian y Giselle. Si alguien vigilaba, que se enterara de que yo estaba allí. Y si se corría la noticia por las

infinitas patas del *Pulpo* y llegaba hasta Horst Riedel, mejor todavía. En un arranque de optimismo ingenuo pensé que incluso podía hacer una visita al viejo zorro en la *Normannenstrasse*, en la mismísima guarida de la STASI.

Di media vuelta y regresé a la estación de Metro, para tomar el primero que pasara con dirección a *Ostbahnhof*.

Peter Kapellu

Un mes vertiginoso

Visto en perspectiva, el mes que transcurrió entre el 9 de octubre y el 9 de noviembre fue una sucesión de acontecimientos históricos. Sin embargo, los alemanes pobres lo vivimos sin ser conscientes de que ya habíamos traspasado el límite de tolerancia de la RDA como Estado. Ya no pertenecíamos a ningún Estado.

Los actores de reparto y los figurantes de aquel drama popular leíamos los diarios, escuchábamos la radio y la televisión, creyendo que aquellas noticias sorprendentes eran efecto de nuestra heroica actividad. Nosotros éramos la causa eficiente del movimiento, nosotros éramos el pueblo.

Todo el mundo sabía que el *Politburo* urdía algo importante. Todos menos Honecker, que el 18 de octubre tuvo que levantar la mano para votar su propia destitución. Egon Krenz le sustituyó como secretario general del SED. Una semana después, la Cámara Popular designaba a Krenz jefe del Consejo de Estado y del Consejo de Defensa.

Lo más fantástico de este proceso, sus

prolegómenos y sus secuelas, fue que quienes nos informaban puntualmente de los acontecimientos y nos ayudaban a interpretarlos eran los *Inoffizielle Mitarbeitungen*, los colaboradores más o menos espontáneos de la STASI. Yo me había apartado de estas funciones indignas, y me resistía a creer algo que los hechos confirmaban una y otra vez. Una de las anécdotas que contaron fue que el mismo día del golpe contra Honecker, Schabowski, uno de los conjurados, malinterpretó una información cifrada de Krenz, el otro gran conspirador, y creyó que Willy Stoph, el jefe del gobierno, imponía la condición de sustituir él mismo a Honecker en la jefatura del Estado para intervenir a favor del complot. Schabowski fue a toda prisa a ver al embajador soviético, el padrecito Vyacheslav Kochemasov, para que disuadiera al viejo carcamal de Stoph. No fue necesario.

La gran sorpresa para Krenz fue descubrir que nuestro país tenía una deuda externa de 123.000 millones de marcos fuertes que no podía pagar. Honecker le había ocultado esta información. Envió en vano a Alexander Schalck-Golodkowski, un capitoste del comercio exterior, a negociar con la RFA un aplazamiento de la deuda. Le dijeron que eso sólo se negociaría con un gobierno elegido democráticamente.

El 23 de octubre nos reunimos en Leipzig

trescientas mil personas en demanda de elecciones libres. El 27 se decretó una amnistía general a perseguidos políticos y a los deportados o fugitivos.

Yo me preguntaba si tío Horst tenía algún papel en este torrente político. Incluso si no lo tenía, poseería un conocimiento superior al mío, al de mis compañeros en el sueño transformador. Suponía que él no me negaría la información. Pero me parecía humillante telefonarle. Además, hablar con él me habría ayudado poco, porque desconfiaba automáticamente, y lo que me dijera sólo habría añadido más confusión al escenario. Todos esperábamos que fueran ellos los que se aproximaran a nosotros.

Y es lo que ocurrió por fin el 27 de octubre. Schawobski mantuvo una reunión “no oficial” con Nuevo Foro. Me disponía a acudir a ella, cuando reapareció tío Horst. Sin avisar. Se presentó de golpe en mi apartamento, mientras yo metía ropa en una bolsa para el viaje a Berlín. Era otro tío Horst. Había envejecido, aunque no daba la impresión de haber aceptado una derrota. Sus pupilas miraban tras un velo de decepción y tristeza, pero había en ellas más inquietud y alerta que resignación.

—¿Puedo pasar? —preguntó, y al ver la bolsa y la ropa—, ¿Te vas?

—A Berlín, a negociar con el camarada Schabowski —dije dando un tono sarcástico a la palabra camarada.

Me pareció que su rostro expresaba un amago de sorpresa.

—La política cada vez me interesa menos, Peter.

—¿Precisamente ahora? ¿Y qué te interesa ahora, tío Horst?

—La familia. Vengo a darte una triste noticia.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Le ha pasado algo a Giselle? —Negó con la cabeza, haciendo todavía más luctuosa su expresión —. ¿A Florian?

—Giselle está bien... Nerviosa, como todo el mundo ahora. Y Florian sigue en Madrid. Se dedica al teatro y a hacer traducciones. No creo que tarde en volver a Berlín, ahora puede hacerlo sin que nadie le moleste, aunque imagino que terminará llevándose a su familia a España.

Al dejar de hablar miró las paredes de mi salón, como buscando algo.

—¿Cual es esa noticia?

—¿No tienes fotos de tu padre en ningún sitio?

—¿Del traidor?

El anciano se sentó en un sofá.

—Tu padre ha muerto.

Le di la espalda y seguí metiendo ropa en la bolsa.

—¿No me crees?

—¿Quién es mi padre? —dije sin volverme.

—¿Crees que soy yo?

Consideré que debería girar al menos la cabeza para contestarle.

—Yo no puedo haber sido tu padre. La naturaleza me ha imposibilitado para ser padre de nadie.

En ese instante me acordé de Günther Holm.

—¿Günther Holm es Rudi Kapellu?

—Era.

—¿Era?

—Vengo a anunciarte su muerte.

—¿Cuándo ha muerto? ¿Dónde?

—Te puede parecer una ironía imposible, pero es verdad. La policía popular a la que él perteneció le ha encontrado sin vida en el mismo sitio donde fingimos su muerte hace quince años.

—¿Muerto o asesinado?

—Están haciendo ahora la autopsia. El entierro es esta tarde.

De pronto se me ocurrió que todo aquello, fuera cierta la tragedia de Günther-Rudi o no, era una estratagema de tío Horst para que yo no acudiera a la reunión con Schabowski al día siguiente. Pero, antes de hablar, la razón volvió a mí, porque la sospecha era insensata, mi presencia en Berlín no era imprescindible. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejarme desviar por nada. Si un fantasma había muerto, que se apañara él sólo en su tránsito hacia el Infierno. Se lo hice saber a tío Horst, cogí la bolsa y salimos los dos del apartamento. Al pasar por debajo de los atlantes que fingían sujetar el dintel del portal les dirigí una mirada cariñosa, y me pregunté cuánto aguantarían ese trabajo imaginario.

Me quedé en Berlín muchos días, en casa de Giselle. Hablamos varias veces por teléfono con Florian. Valoramos su regreso a casa. El caos administrativo era tan grande que temíamos que no

podiera recuperar su trabajo en la AND. En Madrid tenía un buen empleo en la agencia EFE como traductor y había empezado a introducirse en el azaroso mundo del teatro. Acordamos que viniera “de vacaciones”.

El 4 de noviembre un millón de personas ocupamos las calles pidiendo libertad de expresión y elecciones libres. Al día siguiente, Florian dijo que tenía que quedarse en Madrid hasta el día 9, porque alguien había organizado una cita muy importante para él. No quiso darnos detalles. Tuve la impresión de que aunque lo hubiera deseado, no nos podría haber aclarado mucho. Sólo estaba seguro de que la cita era vital. El día 7, Willi Stoph tuvo que dimitir con todo el gobierno, el 8 hacía lo mismo el *Politburo*. La DDR se sostenía en el aire. El 9, Schabowski se hacía un lío en una conferencia de prensa retransmitida en directo por televisión, y sugería que el permiso para viajar fuera del Estado que acababa de firmarse entraría en efecto a la media noche, aunque no había nada fijado.

El día 10, atravesé por segunda vez en mi vida el Muro. Giselle se negó.

Karlheinz Schulze

Epílogo

Varios hechos contribuyeron a borrar de mi cabeza la idea de matarme. Por un lado, la estabilidad y seguridad física y laboral de Florian Kapellu, que dejó de ser un lastre en mi conciencia. Por otro, el aparato de espionaje y represión de la RDA se fue desactivando y el interés de mis jefes en mi minúscula persona y en mi trabajo se redujo a cero. Les apuraban problemas colosales. Me habían dejado en paz. Estaba en paz.

Florian permaneció en España. Le mantenía el instinto, y algo que yo interpreté como una apuesta personal: ahora le tocaba a Giselle mover ficha. Para él, regresar a Berlín era zambullirse en una tempestad en la que le resultaba temerario fijar una derrota, mientras que quedarse en la pródiga España con sus nuevas y estimulantes ocupaciones, el teatro y las traducciones, era un acto de sensatez.

Fui yo quien sentí la llamada de Alemania, una llamada telefónica en diciembre de 1989, hecha por Oliver desde Valencia, a cien kilómetros de mi casa en Alcocebre.

—Schulze, necesito hablar con usted sobre Rudi Kapellu. ¿Estará usted mañana por la mañana en su oficina?

—Creo que sí.

—No me haga teatro, Schulze. Es usted prusiano, sea preciso.

—Y usted, Oliver, ¿qué es?

Le debió de hacer gracia mi provocación.

—Yo pertenezco a varios mundos a la vez. Soy un Hombre Osmótico. Me traslado de una realidad a otra como un pájaro por el aire, sin que las fronteras signifiquen nada.

—¿Quiere que hablemos de ciencia ficción? Soy un experto en la soviética.

—Quiero que me diga por qué se citó con Florian Kapellu hace un mes y le dejó plantado.

—¿No se lo ha preguntado a él?

—La versión que me interesa es la suya.

—¿Por qué quiere meterse en este lío de políticos desesperados? La RDA se tambalea. Se nos puede caer encima a todos. Es mejor mantenerse a distancia, observar los acontecimientos desde el

tendido de sombra. Es cosa de ellos. Usted y yo tenemos la suerte de ganarnos la vida en España. El pobre toro alemán está siendo lidiado por una multitud de maestros con años de alternativa. Usted y yo somos aficionados.

—Pues yo necesito pisar el albero.

—¿Un novillero hispano alemán? Le van a cornear.

—No, Schulze. No es nada ideológico o sentimental. Es que hay un montón de pasta en ese ruedo de la que alguien tiene que darme cuenta a mí.

—¿Dinero suyo?

—No exactamente. Entonces, ¿mañana en su oficina?

—¿A las diez?

—A las diez.

Me intrigó esta noticia de Oliver. Es evidente que tenía que ver con su trabajo en KoKo.

Uno de mis clientes era un alemán de Hamburgo retirado del negocio de la publicidad, la administración de cuya finca llevaba mi agencia. Un

hijo suyo era un joven periodista ambicioso que había corrido a la RDA para zambullirse, dotado de insumergibles salvavidas, en la pestilente actualidad. Su olfato de cazador de presas enfermas le había puesto en relación con los activistas más diligentes, que habían hecho un descubrimiento nada asombroso, pero sí explosivo.

En el municipio de Kavelstorf, próximo al puerto de Rostock, la capital del distrito más septentrional de la RDA, a la orilla del mar Báltico, se descubrió un polvorín que no tenía que estar allí. En una serie de cajones apilados en un húmedo sótano, una montaña de armas y explosivos esperaban su embarque en un carguero que lo llevaría a su destino, un país en guerra en Asia o en África. El negocio de las armas, hartamente lucrativo, fue muy practicado por la RDA, un país necesitado con desesperación de divisas.

Un negocio legal, realizado por una empresa registrada como IMES, que dependía del consorcio KoKo., *Kommerzielle Koordinierung*.

Lo irregular de aquel cargamento era su almacenaje, en una dependencia urbana rodeada de viviendas, y en unas condiciones de seguridad muy precarias. Los vecinos corrieron la voz, algo que un mes antes se habrían cuidado de hacer, ahora estimulados por la creciente ineficacia del aparato

represor. En cuanto el hijo de mi cliente se enteró, voló a Rostock y preparó un reportaje *in situ*. A la vez, destacaba las conexiones entre la KoKo y la STASI.

El responsable de la *Kommerzielle Koordinierung*, Alexander Schalk-Golodkowski, jefe supremo de Oliver, era director general del Ministerio de Comercio Exterior, el *Ministerium für Außenhandel*, y teniente general de la STASI. Esta duplicidad de cargos no era excepcional. La importancia estratégica de la KoKo la obligaba a depender del ministerio de la Seguridad Interior, y casi todos sus directivos tenían dos cargos superpuestos.

Al descubrirse la irregularidad el cargamento, tuvo que intervenir la justicia. Pero lo hizo con deliberada lentitud para dar tiempo a Schalk-Golodkowski a huir. Cuando el fiscal decretó su orden de detención por poner en peligro la seguridad de los ciudadanos, el pájaro había volado a Baviera, donde tenía buenos e importantes amigos, entre otros Franz Josef Strauss, el político cristiano-demócrata de aquel estado. Golodkowski fue de los primeros comunistas inmovilizados y servidores del pueblo trabajador alemán que decidieron entregarse a sus enemigos encarnizados.

Yo me enteré de todo esto poco antes de su

publicación, a principios de diciembre, en la prensa de la República Federal, y enseguida mi cliente me trajo ejemplares de la información firmada por su hijo.

Me preguntaba si Oliver estaba al corriente del asunto, incluso si tendría alguna implicación en él. La deriva de los acontecimientos en mi país no excluía ninguna hipótesis. Y aunque yo me había abstenido deliberadamente de formular ninguna, contento con mi condición de agente durmiente olvidado, la llamada de Oliver desencadenó los peores augurios.

Al día siguiente noté que a Oliver le costaba aceptar la verdad de los hechos en relación con la cita de Florian en noviembre. Esta verdad era que Horst Riedel me había pedido intermediar con Florian para encontrarse con él en Madrid el 10 de noviembre. Es decir, no sería yo, sino Riedel quien acudiría a aquel café en el centro financiero de la capital. Pero (me figuraba yo) la súbita apertura del Muro se interpuso, y Riedel no acudió. Ni conocía ni eran de mi incumbencia los motivos o los propósitos de Riedel. Sencillamente los ignoraba. Sin yo imaginarlo, y sin que Riedel lo intuyera, había sido mi último servicio al aparato de defensa de mi tambaleante país.

A lo largo del mes de diciembre de 1989 nos fuimos enterando de cómo se introdujo en las

conciencias de los máximos dirigentes la precariedad del sólido estado que creían haber construido. Schawobski, entonces el segundo de a bordo en el gobierno, al conocer la huida del jefe de la KoKo, dijo, “Si el que más puede hacer por sacarnos del aprieto económico en el que estamos, escapa, apaga y vámonos de la RDA”.

Lo que menos preocupaba a Oliver en aquel momento eran las especulaciones históricas. Me largó una petición contundente, que le acompañara en un viaje de varios días a Berlín, *Hauptstadt der DDR*, es decir, a Berlín Oriental. Su propósito era que nos encaráramos con Horst Riedel, que había sido jefe de ambos, y ahora era una referencia a punto de borrarse. Según Oliver, a punto de desaparecer en el anonimato, de evaporarse, llevándose algo que le pertenecía a él.

—¿Dinero? —le pregunté con voz cautelosa.

—Dinero y mentiras.

—¿Mentiras que valen dinero?

—Supongo que sí. Lo que busco no es enriquecerme, sino vengarme.

—¿Está usted seguro de poder hacerlo, camarada?

Oliver ignoró mi ironía.

—Mi venganza será hacer un acto de justicia, con mi padre, con mi madre y también conmigo.

—¿Y quiere que le acompañe yo? ¿Para ayudar a un justiciero? No cuente conmigo. La población de mi país vive una conmoción sin precedentes, la mitad se ha vuelto loca, la otra mitad vive paralizada por la incertidumbre. Nuestros dirigentes dan palos de ciego y se apalean entre ellos. Esto no pasaba en Alemania desde la república de Weimar. ¿Y quiere usted que me tire de cabeza en ese caos? No, gracias. Tengo aquí un negocio que atender.

—El dinero será para usted. Le necesito, yo solo no tengo fuerza. Yo me vengo, usted se lleva el dinero.

—¿Todo el dinero?

—Eso lo decidiremos cuando sepamos de cuánto se trata, camarada.

Todavía ignoro la razón que tuve para aceptar la invitación de Oliver. Desde luego, no el posible beneficio económico que se podía derivar. Acaso una pulsión procedente de mi curiosidad marxista: estar presente en el escenario donde la historia estaba efectuando el giro más violento desde la revolución soviética. Pero sin violencia, de momento. Convertirme en testigo de los hechos me privaría de esa borrasca de dudas que atormenta la vida de un

hombre que ha creído en el curso implacable de la historia hacia el *Kommunismus*, y se entera de que el *Kommunismus* es un fiasco.

En Barajas tomamos un avión que aterrizó tres horas después en el aeropuerto de Tegel, en Berlín Occidental. Tuvimos tiempo de sobra para hablar, más por obligación que por gusto, porque a ambos nos sellaba los labios la sensación infundada de que nos dirigíamos al cadalso. Pero cada uno de nosotros sabía algo que el otro ignoraba y necesitaba conocer.

Primero nos pusimos al corriente sobre Florian Kapellu, cuyo carácter parecía haberse transformado de golpe. Mi hipótesis sobre el aplazamiento de su regreso a casa con Giselle era correcta. Le había pedido a ella que hiciera el viaje en el sentido contrario, pero Giselle se había excusado con argumentos poco convincentes: no interrumpir la escolarización de los niños, su obligación con su propio trabajo en la escuela de música, o la evaporación de los ahorros ante la irrupción brutal del marco fuerte en la RDA.

Florian había transformado su ingenuidad en acción y trabajo. Sus dañados sentimientos no le habían convertido en un canalla, pero el tiempo que no empleaba en ganarse la vida, lo dedicaba a

socializar, recorriendo los territorios todavía no agostados de la movida madrileña, y también otros nuevos que la socialdemocracia en el poder había abierto, territorios vírgenes que empezaban a poblarse de colonos sin miedo ni escrúpulos. El lema era: “España es el país europeo donde todavía cualquiera puede hacerse rico”. Mi experiencia me decía que la frase contenía una falsedad, “cualquiera”. Se estaban haciendo ricas básicamente las alimañas hambrientas.

Mi capacidad de observación, y el instrumento para llevarla a cabo con precisión, el materialismo dialéctico, han respondido siempre a las exigencias de cada momento. Pero en las circunstancias de aquel entonces (narro con una perspectiva de diez años, al borde de un abismo convencional, el cambio de siglo), me sentía impotente, mi desconcierto era máximo. Mis ejercicios analíticos eran infructuosos, la realidad desmentía al sistema filosófico que más ha transformado a la humanidad después de las religiones monoteístas. ¿Qué está pasando?, no cesaba yo de preguntarme, y la única respuesta era encogerme de hombros, como cualquier creyente acosado por la fatalidad.

El ejemplo de Florian Kapellu se había convertido en una explicación plausible de aquel caos. Oliver estaba de acuerdo conmigo. Sostenía que la determinación del ingenuo de no regresar a la RDA no se debía a razones sentimentales o afectivas, sino al

convencimiento de que en la RDA él volvería a ser víctima de esa vulnerabilidad que había mantenido su conciencia a media luz. Ahora que esa misma vida en la forma de la casualidad o el destino le había arrancado la venda de los ojos, le parecía estúpido volverse a colocar otra nueva.

—Pero Florian es marxista, se ha educado como usted y como yo en el materialismo dialéctico. No puede echar mano de la casualidad o del destino.

—Es mi propia visión, Schulze. No tengo interés en meterme en la cabeza de Florian.

—¿Usted cree en el destino?

—España es una unidad de destino en lo universal.

—¿Cómo dice?

—Me lo enseñaron en mi juventud en España. Yo llevo el destino impreso a fuego, dos destinos, el de la posguerra franquista y el de la nueva Alemania de los trabajadores.

—Le entiendo. Debe de haber sufrido mucho usted, para sobrevivir a la presión psicológica de dos doctrinas. Yo siempre he sido comunista. Es como ser católico de toda la vida: Dios no te abandona nunca. Sin embargo, no creo que usted crea en el destino.

—Si lo que quiere decir es que no tengo fe en el destino, le doy la razón. El destino es el azar— aclaró Oliver.

—Pero un meteorito gigantesco en órbita solar, que pierde energía y cambia de trayectoria, dirigiéndose a la Tierra, no es azar. Es algo fijado por las leyes de la naturaleza.

—¿El destino?

—No. Las leyes de la naturaleza.

—Schulze, no me toque las pelotas con el determinismo materialista. Lo que usted y yo podamos conseguir en Berlín depende sólo de nosotros mismos.

Se me ocurrió pensar “a río revuelto, ganancia de pescadores”, pero no lo expresé en voz alta, porque tenía tan pocas ganas como Oliver de una polémica moral.

Sobrevino un incómodo silencio. Oliver lo quebró con una pregunta que me pareció excéntrica.

—Schulze, ¿conoce o ha oído hablar de un teniente coronel de la guardia civil llamado Emilio Yubero?

—Emilio Yubero... —repetí lentamente,

arrastrando el nombre y el apellido por las neuronas de mi memoria—. No. Lo crea o no, Oliver, no sé quién es ese guardia civil, ni he oído hablar de él nunca... Pero si me lo hubiera preguntado en Alcocebre, habría podido averiguar algo con el teniente de puesto de la zona, es buen amigo mío. ¿Quién es?

—Se lo diré en su momento.

—¿No se fía de mí?

—No. De todos modos, mis sospechas sobre él no están fundamentadas en evidencias, sino en especulaciones.

Mientras las azafatas recorrían el pasillo del avión repartiendo porciones de alimentos y bebidas, Oliver me contó la historia de su padre Olegario Micó, su talento para las copias y las falsificaciones, estimulado por un artista comunista español llamado José Renau, la azarosa vida de Micó en el Berlín bombardeado por anglosajones y soviéticos, su hispánica tozudez que le indujo a quedarse en el trozo más arrasado de Alemania, su medio de vida allí, al servicio de un mecanismo secreto creado para tapar las grietas en el casco de la economía socialista, pulimentado por la propaganda para que pareciera sólido. La propaganda.

—Mi padre consintió en ese trabajo por razones

morales, no por razones políticas. Era un anarquista, y como los anarquistas auténticos aborrecía más el capitalismo que la dictadura comunista. Pero al final descubrió que estaba sirviendo, no a los legítimos intereses de un Estado, sino a los intereses privados de unas personas.

Horst Riedel fue uno de los protagonistas de aquella farsa. Oliver nunca lo sospechó, hasta que recibió protocolariamente el diario mecanografiado de Olegario Micó.

—Fue una jugada de Riedel, preparada con paciencia por un grupo de jerarcas, y sin esperar una resolución rápida. Creían disponer de mucho tiempo. Pero el camarada Gorbachov entró en el *Presidium* para sanear un sistema que llevaba décadas podrido. Tan podrido, que empezó a desmoronarse. De pronto les entró una prisa desesperada, y sacaron al escenario a Florian Kapellu. Ya éramos dos peones en el tablero, yo mismo y Florian.

—¿Y Rudi? ¿Era realmente Günther Holm?

—Esa doble identidad es irrelevante.

—¿Quiere decir que el hombre que apareció muerto en Leipzig pudo haber sido Günther Holm y no Rudi Kapellu?

—Le digo que es irrelevante. —Hundió el

tenedor de plástico en la tarterita del almuerzo, y evadió mi pregunta con un comentario oportuno—. Este arroz a la milanesa está sabrosísimo, tengo que averiguar quién lo suministra.

Oliver se puso a divagar sobre posibles nuevas líneas de negocios gastronómicos para una empresa que se le había ocurrido a su suegro. Me resigné a no obtener respuesta a la pregunta que acababa de hacerle. Supuse que Oliver había dicho todo lo que deseaba que yo conociera. Se me ocurrió que si le provocaba con argumentos ideológicos quizá regresara al asunto. Argüí que no era el sistema el que estaba podrido, sino la elite dirigente, que se había constituido como tal, se había apropiado del poder y había construido un aparato represivo eficaz para conservarlo. Degustó un trago de vino francés, antes de entrar al trapo.

—Amigo Schulze, no me desvíe del cuento. Paso a paso, y uno detrás de otro. Ya llegaremos a Rudi y a Günther. ¿Por qué se empeña usted en beber cerveza? ¿Por chovinismo o por fidelidad al dogma ideológico? Pruebe este borgoña. No es maravilloso, pero supera el placer que le pueda producir la malta fermentada. Es usted un teutón sin paladar... Dejé de fumar hace tiempo, pero el regusto del vino me incita a encender un cigarrillo.

—Puede usted comprar tabaco en la tienda de a bordo.

—Durante todo este tiempo me he preguntado si esos hijos de puta de Horst Riedel y compañía esperaban el hundimiento de su régimen, y se estaban preparando para una debacle, guardando reservas, ahorrando a costa de la codicia capitalista y el pavor de los supuestos comunistas al pueblo.

—Quiere decir si el Aparato tiene dos compartimentos estancos, el de los fieles a la doctrina y el de los oportunistas?

—Algo así, pero sin argumentos políticos, más bien religiosos. Por un lado, la clase sacerdotal dispuesta a vivir como obispos el resto de sus días a costa de la masa de creyentes; por otro, la banda de sinvergüenzas que no creen ni en Dios ni en la Salvación Eterna, dicho todo esto con mayúsculas.

—Como usted quiera. Pero, ¿qué plan de ahorro pueden tener los Riedel y compañía? Quiero decir, ¿cuándo y cómo se disponen a disfrutarlo? ¿Cree usted que Riedel aspira a retirarse a una isla paradisíaca del Caribe rodeado de un harén? No me parece este tipo de hombre.

—¡Exacto! Esos canallas no llevan una vida de lujos ni aspiran a ella. Son poderosos, disfrutan de los frutos psicológicos del poder, y también de sus frutos prácticos: libertad de movimiento por medio mundo, acceso a todas las instancias que reparten privilegios,

tratamiento especial, puesto fijo en las tribunas donde se glorifica al *Sozialismus*. Eso les satisface con creces. Sí. Pero, ¿por qué están estafando al estado que les beneficia, que les sostiene? ¿Qué buscan? Necesito saber la causa primera y la causa final. Por eso quiero hablar con Riedel.

—¿Cree usted que posee algún secreto?

—No. No es ningún secreto, es la naturaleza humana. Necesito saber por qué mi padre, un individuo que había renunciado a toda ambición, se entregó en manos de esos hijos de puta.

—¿No lo revela en sus confesiones?

—A lo mejor sí. Pero yo no lo he detectado... El caso es que mi madre lo sabía. Pero nunca me lo dijo.

—Quizá es que lo consideró una trivialidad.

Oliver soltó una carcajada que llamó la atención a medio pasaje.

—Coño, Schulze, tiene usted unas ideas estupendas. Si se pone a beber vino, igual descubre el movimiento continuo.

En Tegel, tomamos un taxi que nos dejó en

Alexanderplatz, el corazón de Berlín Capital de la RDA. Allí, Oliver entró en una cabina telefónica y habló con alguien.

En la gruesa esfera metálica del reloj planetario anclado en la plaza, testigo impertérrito de la derrota del socialismo, estaban dando las siete de la tarde. La media luz de las farolas y el frío decembrino acumulaban la sensación de melancolía.

—Creo que las nueve de la noche es buena hora para visitar al viejo. Estará en su casa.

—¿Y si no está?

—Haremos turismo unos días hasta que aparezca.

—¿Sabe dónde vive?

—Me lo acaba de decir Peter Kapellu, el hermano de Florian.

Compramos unos diarios, entre ellos el *Neues Deutschland*, órgano del SED. Yo pregunté por la revista en la que trabajaba el hijo de mi cliente de Alcocebre. Adquirir prensa occidental en Berlín Este era la evidencia palpable del *Wende*, del cambio. Confieso que esta visita, después de años de no pisar mi país, me produjo una sensación de vértigo que no me abandonó hasta que regresé a mi casa en España. Mi casa.

No tardé en encontrar el asunto de las armas

almacenadas en Kavelstorf. Especulaban sobre Schalck-Golodkowski, a buen recaudo en Baviera. Enseñé la información a Oliver, y casi me arrebató el periódico de las manos. Dejé que la leyera, y le pregunté si no se había enterado.

—Ni puta idea. Este país está viviendo realmente de prestado. No doy nada por él... Tenemos que darnos prisa. Puede que el pájaro Riedel también vuele fuera de su jaula dorada.

Tomamos otro taxi y nos dirigimos a *Pankow*. En el trayecto le conté a Oliver los pormenores del asunto. Al principio lo hice en español. Pero luego pensé que si el taxista, de Berlín Este, nos escuchaba, quizá pudiera aportarnos su visión. Haríamos una encuesta de opinión pública totalmente novedosa en la RDA. El taxista no se perdió ni una sola de mis palabras en mi alemán coloreado de españolismos, pero se mantuvo en silencio.

Horst Riedel no estaba en su casa. Los vecinos nos informaron de que llevaba días sin aparecer. Esos alemanes, amordazados durante más de cincuenta años, debían de tener una necesidad histórica de hablar sin miedo. Yo mismo me conmovía. Hitler llegó al poder en 1933, y a él le sucedió una dictadura del proletariado, así que no deja de ser comprensible, incluso para un marxista leninista, que la gente aprovechara para respirar el contaminado aire de la

libertad burguesa.

No hicimos turismo. No estaban las circunstancias para hacer turismo. Se acababa de reunir una mesa redonda de políticos del Antiguo Régimen (empleo la expresión con más ironía que precisión académica), y viejos rebeldes de Nuevo Foro, Despertar Democrático, Social Demócratas y Verdes. Entre los rebeldes estaba Peter Kapellu, con quien nos pusimos pronto en contacto, por el seguro procedimiento de esperar su aparición en la puerta de la iglesia donde se celebraba la mesa.

Le encontramos en un estado de ánimo menos optimista del que podría esperarse. En la primera reunión de la mesa redonda habían acordado la convocatoria de elecciones generales para la *Volkskammer*, la Cámara del Pueblo, el 6 de mayo del año siguiente (se celebraron en marzo). La fuerza de los hasta hacía nada *elementos antisociales* perseguidos por el régimen era indiscutible. A la puerta de la iglesia se concentraban cientos de personas, cantando consignas contra el gobierno presidido entonces por Hans Modrow, el negociador de Dresde.

—Nosotros no representamos a nadie —argüía Peter—. Nadie nos ha elegido, simplemente hemos dado la cara. Nuestra responsabilidad es abrumadora. Necesitamos cuanto antes una legitimidad popular,

elecciones. Pero tampoco podemos improvisarlas. En cualquier momento puede volver a imponerse la línea dura. Hemos descubierto el complot de unos oficiales de seguridad de la ciudad de Gera. Han hecho un llamamiento a las fuerzas armadas y a la policía para que sofoquen el *Wende*. El regimiento de guardias *Felix Dzerzhinsky* no se ha disuelto. La STASI es ahora la NASI, la *Amt für Nationale Sicherheit*, la Oficina para la Seguridad Nacional, un cambio de nombre, pero sigue activa. ¿Qué podemos nosotros hacer en este caos?

—Aguantar —se me ocurrió decir.

Era una buena recomendación, la base del éxito de las minorías bolcheviques. ¿Qué hacía yo aconsejando a alguien que hacía todo lo posible por enterrar al ídolo que yo había adorado?

Peter Kapellu me dirigió una mirada de agradecimiento que me confundió todavía más.

—¿Qué hay de la reunificación? —preguntó Oliver—. ¿Estáis hablando de eso?

—Sería el peor de los escenarios. Somos dos naciones. La nuestra la hemos construido sobre las cenizas del nazismo, frente al capitalismo y el imperialismo. Todos los de la mesa redonda estamos en contra de la reunificación, los que representan al gobierno y nosotros, la oposición. Es una postura unánime.

Pensé, “Esta gente no es un peligro para el socialismo. ¿Por qué les perseguían?” Sentí un súbito afecto por Peter Kapellu.

—¿Y todos estos? —volvió a preguntar Oliver, abarcando con un golpe de cabeza a la multitud estacionada a la puerta de la iglesia—. ¿Qué quieren, un país íntegro, libre y solidario o un país lleno de supermercados?

Peter eludió la respuesta despidiéndose de nosotros y penetrando en la iglesia.

El asunto que nos había llevado a Berlín estaba perdiendo fuerza ante la avalancha de acontecimientos. Se descubrió que elementos de la STASI estaban saqueando sus propios archivos para hacer desaparecer papeles comprometedores, y también incinerando documentos. El pueblo reaccionó al instante ocupando las sedes del “Pulpo” en todas las capitales de distrito. Más tarde, en enero, cuando nosotros ya habíamos regresado a España, se produjeron asaltos populares en algunas oficinas importantes, en especial en la *Normannenstrasse* de Berlín. Nunca se supo si habían sido espontáneos o manejados. Lo curioso era que esta intención perversa podía proceder tanto de los oficiales responsables de las peores atrocidades, como de personajes

prominentes de la política y la economía occidental, que se habían lucrado ocultamente haciendo servicios a la RDA, y que estaban rigurosamente fichados. ¿Quién será el pueblo?, me preguntaba entonces y me sigo preguntando hoy.

De modo automático, intuitivo, yo me distancié de Alemania nada más regresar a Alcalá de Chivert. Dejé de interesarme por la paralizante actualidad de mi país. Se dijo que Modrow admitió ante el canciller de la RFA, Helmut Kohl: nadie hace caso a las órdenes y decisiones del gobierno, el aparato burocrático se ha paralizado. Cada día, dos mil alemanes del Este se trasladaban al Oeste. Kohl llegó a decir que si el marco alemán occidental no iba a Leipzig, los ciudadanos de Leipzig irían al marco.

Me había entregado frenéticamente al olvido de la realidad, entiéndase por ello el avispero internacional, pero mi ideología se mantenía incólume. Nadie me había molestado en ningún sentido desde mi viaje con Oliver a Berlín. Por fin me habían dejado en paz. Todos, incluida mi mujer, que se había esfumado. Al parecer, había huido a Francia. Conocí sus andanzas gracias a mi amigo el teniente de la guardia civil de mi pueblo. Se había integrado en ETA, una terrorista más. Yo era el dueño, incluso legítimo, del negocio inmobiliario con el que me

ganaba la vida cada vez mejor. Yo no me había aliado al *Kapitalismus*, era el *Kapitalismus* el que me mecía en sus brazos.

Hoy, diez años después de todo ello, cuando el nuevo siglo y el nuevo milenio empiezan a imponer su artificioso calendario en el planeta, me siento, como entonces, sereno, igualmente convencido de la razón del materialismo dialéctico, esperando que el *Kapitalismus* se maldiga definitivamente a sí mismo. Mi posición es asquerosamente cómoda, pero no me molestan ni escrúpulos ni remordimientos. No he hecho nada malo ni inmoral. Mi propio hijo, el bohemio de Berlín, se vino a España, y ahora es un actor de moda en las series de la televisión. Me ha dado ya un par de nietos de diferentes parejas. Escribo con todo propósito “me ha dado” porque, bien que me resista, son míos, y espero que pertenezcan cuando sean adultos también al materialismo histórico. Les espera un mundo mejor, a pesar de todo.

La medianoche del 2 de octubre de 1990 la Gran Alemania devoraba a la Pequeña Alemania con el mismo apetito e inquietud con que Cronos se fue comiendo a cada uno de sus hijos. El 3 de octubre de ese año, once meses después de la caída del Muro, fue el Día de la Peor Vergüenza en la historia final de mi país. Ser inmune a la superstición y a la irracionalidad limita en mí ese cruel regocijo humano de la venganza. No puedo esperar que llegue el día en que

la sentencia de las Moiras se cumpla, y que alguno de los hijos destituya al padre caníbal y le envíe a la sima del Tártaro para toda la eternidad. Es lo que tiene no creer en el Infierno. No sé por cuánto tiempo más la vieja y codiciosa Alemania estará *über alles*, por encima de todo.

Me doy cuenta de que en este punto podría poner fin a mi narración, a mi epílogo. Resumir en unas líneas el destino de cada uno de los protagonistas, y clausurar una historia que es como una esquirra de la Historia. Me tienta este final. Pero creo que debo a los lectores uno más completo.

Fue así.

De súbito, pareció que el nuevo escenario dominado por la serenidad, en el que yo protagonizaba por fin mi propia vida, se iba a hacer añicos.

Las elecciones legislativas de marzo de 1990 barrieron de la *Volkskammer* al SED. Un cristianodemócrata, Lothar de Maizière, se encargó de liquidar el país, tras una campaña electoral basada en el chantaje y el soborno de la Unión Cristiano Demócrata de Kohl: Si no nos votáis a los conservadores, no saldréis nunca del hoyo socialista; nosotros tenemos la razón y el dinero que necesitáis.

La consigna *Wir sind der Volk* se convirtió en *Wir sind ein Volk*, de “somos el pueblo” a “somos un pueblo”, uno solo y compacto: el canciller Bismark y Theodore Fontane en estado puro. Algunas mentes rebeldes elevaron sus protestas, como el socialdemócrata Günther Grass, que advirtió: se empieza diciendo *Wir sind ein Volk* y se termina invadiendo Europa. La sinceridad le costó cara, porque no tardó en hacerse público su vinculación con la juventud hitleriana en los años treinta y cuarenta.

En este clima de decepción, asfixiado por la melancolía más profunda, siquiera compensada por mi fe en la razón histórica del marxismo, recibí un sobre sin remite, pero procedente de la ciudad de Valencia, a juzgar por el matasellos.

Su contenido era un *résumé* en inglés de cierta reunión secreta de un *special commitee* del gobierno británico. Había sido convocada por Margaret Thatcher para que una serie de expertos analizaran “the German soul”, el alma alemana. Sus conclusiones iban encabezadas por esta triple A: *Angst*, *Aggressiveness*, *Assertiveness*, angustia, agresividad, asertividad. Los argumentos estaban concebidos para oponerse con fuerza a una reunificación inevitable, o para retrasarla al máximo.

No me costó mucho deducir que la carta me la había remitido *Cap-de-Canoa*. La incógnita era a

cuenta de quién y con qué objetivo actuaba ese tipo repugnante. Pensé que lo mejor era recurrir a Oliver. La información que me dio me provocó primero hilaridad, luego, pánico. Horst Riedel había reaparecido. Pero en Valencia y con uniforme de comandante de la guardia civil.

—¿Y por qué en Valencia y no en Madrid o en Londres? —fue lo primero que se me ocurrió preguntarle.

—Eso es lo que yo me dije también. Veo que estamos sintonizados.

—Le aseguro, Oliver, que me mantengo por completo alejado de la información y la actividad política o de inteligencia. Este envío de *Cap-de-Canoa* me ha cogido desprevenido, y no veo qué relación tiene con la aparición chusca de Riedel que me acaba de contar. ¿Fue hace mucho?

Hubo un largo silencio. Pensé que la línea se había cortado. De pronto volví a escuchar la voz de Oliver después de un sonoro suspiro.

—Esta vez sí confío en usted, Schulze. Creo que es sincero. Y si quiere saber algo de este enredado asunto, se lo puedo contar en persona, pero no por teléfono. En Madrid. Estaré allí a partir de mañana. Me puede localizar en mi casa de Ciudad Lineal. Pasaré unas semanas en la capital del reino. Tengo

que hablar largo y tendido con Florian Kapellu. Necesito saber si está de mi lado o no.

Me contuve de preguntar a Oliver qué significaba eso de “estar de su lado”, precisamente ahora, cuando los lados, los partidos y los partidarios eran un baile de máscaras. Le pregunté si quería que le enviara el informe secreto de los británicos, y me dijo que lo podía tirar a la basura, que los yanquis habían apostado por la unificación alemana, y que el propio Gorbachov se había resignado a que la nueva Alemania formara parte de la OTAN. Me empezó a dar detalles de la conferencia “Dos más Cuatro” que mantenían los antiguos aliados con las dos Alemanias, pero confieso que no le hice mucho caso.

Decidí no ir a Madrid, olvidarme de un asunto que no me concernía, y que se desarrollaba ajeno a mi imposible intervención, superpoderes codiciosos repartiéndose el botín. La RDA, naturalmente. Pero algo cambió mi resolución.

Aquella tarde apareció Peter Kapellu en mi oficina de administración inmobiliaria.

Me costó trabajo reconocerlo, porque sólo le había visto un rato en Berlín, ante aquella iglesia donde una mesa redonda de utopistas agobiados por la responsabilidad negociaba estúpidamente algo que estaba en manos de otros. Venía acompañado de una

mujer también alemana.

Pero lo más estupendo es que Kapellu no acudía a mí como viejo compatriota de una nación en apuros. Le habían recomendado mi agencia por una razón práctica, que yo hablaba alemán. Quería comprar un chalecito en cierta urbanización poblada mayoritariamente por alemanes. Se encontraba lejos de núcleos urbanos, en la ladera de una colina. La había edificado años atrás un grupo maestros en excedencia o jubilados, asociados en cooperativa, e ilusionados en la creación de lo más parecido a una comuna hippy, pero solvente. El aspecto de la urbanización era a primera vista troglodítico, pero las casas habían sido diseñadas por un viejo arquitecto de la escuela Bauhaus de Weimar, y contaban con todas las exigencias de la comodidad doméstica. El titular del hotelito en cuestión le había remitido a mi agencia, que administraba casi todas las viviendas.

Peter Kapellu no me reconoció. Confieso que yo al principio tampoco, pero al ver su documentación descubrí quién era, y que procedía de la RDA. Me presentó a la mujer como Christa Skibinski, de Berlín *Hauptstadt der DDR*.

Querían formalizar la compra cuanto antes. Tanto sus prisas como su actitud levantaron mis sospechas. Pregunté por la forma de pago, y me respondieron que sería en metálico. Les advertí que, a

pesar de todo, había que contar con unos días para preparar los papeles y las escrituras, y se resignaron con lo que me pareció cierta desesperación.

Telefoneé al propietario vendedor, y me dijo que estaba de acuerdo en acelerar todo lo posible la transacción, porque necesitaba el dinero.

—¿En metálico? —le pregunté sin ocultar mi desconcierto.

—Precisamente.

—¿Y está usted seguro de que unos alemanes del Este, poco menos que unos refugiados, tienen varios millones de pesetas en una caja de zapatos?

—No tienen pesetas, tienen dólares. Habrá que hacer el cálculo del cambio de divisas. El notario está al corriente.

Así fue como me decidí a viajar a Madrid, después de cerrar el trato.

Peter Kapellu no trajo a la notaría una caja de zapatos, sino una vieja bolsa de deporte llena de billetes de veinte dólares. Intenté averiguar algo de él y de la mujer, pero no obtuve más que respuestas incompletas. Christa Skibinski había recibido un préstamo de un pariente suyo que vivía en Estados Unidos. Peter Kapellu era su novio desde hacía años,

se había reunido con ella una vez que le fue posible abandonar sin riesgos la RDA, y habían decidido establecerse en aquella colina de alemanes desterrados. Eso es lo que dijo ella, *deutsche Landesverwiesene*, “alemanes desterrados”, aunque yo sabía que, salvo ella y Peter, todos eran alemanes del oeste. Quizá el destierro era para ellos un estado de ánimo.

Al llegar a Madrid telefoneé a casa de Oliver. Me invitó a cenar en su casa.

Su esposa, a quien no conocía, estaba en avanzado estado de gestación, cercano a los nueve meses, según me informó.

Por el curso de la conversación durante la cena, un excelente besugo al horno, ensalada de rabanitos, canónigos, feta y tomates cherry, y una tabla de quesos, más un soberbio vino blanco de la Marina Alta de Alicante, comprendí que Oliver no le había hablado casi nada de mí a su mujer. Se lo estaba diciendo todo delante de mis narices. Por ejemplo, que había trabajado para la STASI y para la HVA, que había expuesto a peligros indecentes a Florian Kapellu, que conocía a fondo el submundo del espionaje europeo (estaba exagerando), que mi mujer (ex-mujer, corregí) era una etarra, que había sido un peón de Horst Riedel, teniente general de la STASI y tío putativo de Florian, que me había hecho rico con el

negocio inmobiliario (nueva exageración), y que podía hacerme multimillonario si le echaba una mano a él en las turbulentas aguas de la inteligencia internacional.

Esto último provocó un ataque de risa de Rosa.

Acabada la cena, los postres, licores y cafés, Oliver me preguntó dónde me alojaba. Se ofrecía a llevarme, porque no tenía sueño, y conducir, dijo, le relajaba.

Yo había tomado habitación en una pensión de la calle Huertas, ignorante de que se trataba de uno de los barrios más escandalosos de la capital. La noche anterior la había pasado en blanco, y temía que el panorama fuera semejante una noche más. Pero al ser domingo, las farras callejeras eran más moderadas. Durante el trayecto, Oliver no dijo una palabra, fingiendo relajarse en la conducción. Al llegar al barrio de las Letras, metió el coche en un garaje público y me invitó a tomar una copa en un cafetín que recordaba de muy lejos el ambiente de los salones berlineses, con la diferencia de que la atmósfera era asfixiante y la música estaba demasiado alta, forzando a los clientes parlanchines a salir afónicos por ambas razones.

—¿Ha visto la reacción de mi mujer cuando le he hablado de usted?

—Se ha mondado de risa. Oliver, qué ganas tenía usted en dejarme en evidencia. Prácticamente me ha insultado.

—Le pido disculpas. Lo he hecho a propósito. Quería ver la reacción de Rosa.

—¿Estaba usted poniendo a prueba a su mujer?
—pregunté con voz zumbona, aprovechando la desinhibición del mojito que estaba apurando.

—Exactamente.

Me pareció que lo decía en serio.

—¿Cómo?

—Que es eso lo que estaba haciendo. Por eso le he invitado a cenar. Podía haber quedado con usted en cualquier sitio a cualquier hora.

—¡Me ha utilizado en un problema doméstico!
—exclamé.

—Nada de eso. Es algo mucho más gordo. Tiene que ver con Horst Riedel. Permítame que le cuente...

Me lo contó de un tirón en la media hora siguiente, quizá más, porque de pronto nos dimos cuenta de que éramos los últimos clientes en el establecimiento.

En mitad de la fiesta de Fallas, se presentó el capitoste alemán en Valencia, disfrazado de comandante de la guardia civil. Lo hizo en la oficina del suegro de Oliver, cuando estaban a punto de cerrar hasta el 20 de marzo, que en 1990 cayó en martes. Dijo que quería hablar con el señor Amorós por un asunto muy grave. Papá Amorós, así es como Oliver le llamaba, se encontraba en Londres, y el propio Oliver en Madrid, huyendo del tumulto fallero. La secretaria le encontró por teléfono, y le puso con el guardia civil, que decía llamarse Yubero. Pero la voz que interpeló a Oliver se expresaba en perfecto alemán y no era otra que la de Horst Riedel.

El tipo no se perdió en preámbulos. Fue derechito al grano. El grano era que necesitaba cobertura, porque su vida estaba en peligro, y confiaba por completo en Amorós. ¿En Amorós?, repitió Oliver como un eco maquinal. Riedel le dio a entender que Amorós tenía que ver con una pequeña pero eficaz red de vendedores de armas entre los países del bloque soviético y aquellos que las necesitaban por una variedad de razones. Oliver se enfadó con Riedel, le tildó de calumniador y hasta se permitió insultarle. Riedel no se inmutó, y continuó aportando datos y argumentos que se clavaban en el corazón de su antiguo subordinado como agujas candentes.

—¿Se da usted cuenta?, Schulze. De pronto me

entero de que mi vida y mi profesión han estado dirigidas siempre por manos desconocidas.

—De pronto, no, Oliver. Cuando fuimos a Berlín quería coger a Riedel por las solapas para echarle eso en cara.

—Pero ahora no es Riedel. Es mi suegro. Y antes, en el Berlín de mi adolescencia, fue mi padre. El guión de mi vida lo han escrito multitud de manos, pero no éstas —y agitó la suyas a la altura de la cara.

—Hombre, si yo no estoy mal informado, usted no se casó con su esposa a causa de un flechazo. Creo que es algo de lo que usted se ufana, hizo un matrimonio de interés, de intereses comunes, y con unas condiciones establecidas. No se ampare usted en la ingenuidad. Un Hombre Osmótico no es nunca ingenuo.

Oliver bajó la cabeza, y yo entendí que le había dado de lleno. Pero fue para sacar la cartera del bolsillo y pagar la consumición. Al salir echamos a andar hacia el Paseo del Prado. Era una noche cálida de abril, la luna empezaba a decrecer, y cada vez que elevaba la vista al cielo veía pasar las lucecitas de un avión camino de su envidiable destino. Me habría cambiado en un golpe de magia con cualquier pasajero, y habría aterrizado en el aeropuerto sin importarme lo más mínimo el país ni el continente.

Habría sido maravilloso huir.

—Voy a tener un hijo, camarada. Y va a nacer en el peor escenario moral del siglo... —Vio que yo iba a precisar su afirmación, y siguió con su discurso —. A mi alrededor sólo hay canallas, y yo he estado en sus manos. De grado, no por fuerza. Yo sólo me lo he buscado, camarada.

—¿Por qué me dice camarada? —le interrumpí por fin.

—Porque hay camaradas en todas partes. En mi adolescencia tenía camaradas estupendos. Por ejemplo, el camarada Albalat. Ahí —desde la plaza de Neptuno, por la que pasábamos en aquel momento, señaló hacia un monolito rodeado por un pequeño jardín—. En la Plaza de la Lealtad estaba el Hogar Juvenil al que yo pertenecía. Luego, en Berlín, conocí también a nobles y generosos camaradas a quienes llamaba *Genossen*. Y lo más curioso era que sus coordenadas políticas estaban en las antípodas de los que dirigían ese Hogar Juvenil. Sin embargo, su anclaje moral era el mismo, una versión propia de la dignidad humana. Pero ahora ya no hay anclajes morales, los han triturado, nos han enviado a hacer puñetas al espacio, como naves perdidas en el vacío interestelar.

—¿Qué pasó con Riedel?

—Algo muy chusco. Le dije que me esperara en mi casa, que me presentaría allí en cuanto encontrara un vuelo. ¡Pero eran Fallas! No había plazas de avión ni de tren. Cogí el coche, y me metí en la carretera de Valencia, un atasco de más de doscientos kilómetros. Llegué a mi casa doce horas después de hablar por teléfono con Riedel, sin haber dicho una palabra a mi mujer, que se alarmó al verme marchar con la indignación marcada en el rostro. En mi casa sólo estaba la *bonne*. ¡Riedel había vuelto a desaparecer! Di vacación a la muchacha y me senté en la ventana que se asoma al Jardín de Viveros, con una botella de Vodka ruso. Cuando llamó Rosa, estaba completamente borracho. Lo sorprendente es que de súbito apareció a mi lado. O poseía la facultad de la bilocación, o había pasado mucho tiempo sin que yo me diera cuenta.

Según Oliver, le contó a su mujer un cuento casi melodramático, consciente de que le sobraba el casi. Dejó fuera de la historia a papá Amorós, y se centró en Riedel. Después de descansar malamente en una noche de tracas y fandangos decibélicos, que subían como dardos envenenados desde la calle, regresaron a Madrid, esta vez en tren. Riedel reapareció en el paseo de San Francisco de Sales, justo enfrente de la Dirección General de la Guardia Civil, con su falso uniforme de comandante. Se había citado con Oliver en *Lecumberri*, una cafetería en la avenida de la Reina Victoria. Cuando Oliver estaba a

unos metros de la entrada, vio salir al cacique alemán flanqueado por dos tipos de paisano que le condujeron hasta una de las entradas del presidium de la Guardia Civil, y se perdieron en él. Riedel no mostraba el menor abatimiento en su rostro.

—No he vuelto a saber nada de él. No he hecho nada por saber nada de él.

—¿Y de Florian?

—Sí. A Florian le fui a buscar enseguida. Más que nada para desahogarme con él.

El amanecer nos cogió en la plaza de Castilla, varios kilómetros al norte del punto de partida de nuestra caminata. La luz nítida que baja de la sierra madrileña y se disuelve en la mugre atmosférica de la gran ciudad envolvía en el centro de la plaza a un gigantesco prisma picudo que amenazaba con desplomarse sobre la estatua de un hombre melancólico.

Florian Kapellu llevaba una vida extravagante y despabilada, opuesta a la de un prusiano marxista ingenuo. Oliver creía que se había ido a vivir con una payasa de circo, una mujer a la que conoció el 10 de noviembre en la cafetería en la que le había citado yo por encargo de Riedel. Era algo mayor que él, cosa

que siempre viene bien a un expatriado sin recursos. Si hacían vida marital o no era cuestión ociosa y sin importancia, entendía Oliver, aunque yo me preguntaba si a Giselle también le resultaría intrascendente el hecho. Florian estaba relacionado con la izquierda parlamentaria no socialista, se ganaba bien la vida con las traducciones en la agencia española de noticias EFE, y participaba en el montaje de obras de teatro clásico español. A través de la payasa, que se dedicaba más al teatro independiente que al circo, se había relacionado con el inestable mundo de la creación alternativa, venero de artistas que trabajan para ser célebres negándolo con nada fingida vehemencia. En pocas palabras, navegaba despreocupada y hábilmente en mares procelosos, y era objeto de la envidia y la admiración de sus semejantes.

—Así que el ingenuo ha roto amarras con su patria.

—En la práctica sí. Pero tengo para mí que se mantiene activo.

—¿Activo?

—Sí, que sigue ejerciendo como ciudadano de la RDA.

—¿De qué manera?

—No lo sé. Riedel me habría sacado de dudas.

—¿Se interesa por él?

—¿Por Riedel o por Florian Kapellu?

—Por los dos.

—Sigo queriendo encararme con el general y preguntarle por sus principios morales o por sus razones prácticas para hacer lo que hace o lo que hizo. Pero por otro lado, me resisto a buscarlo.

—Y yo sigo pensando que es un juguete de las circunstancias, aunque sus apuestas fueran trucadas, y se haya aprovechado de su posición.

—¡Ese tío es millonario, Schulze! —gritó Oliver—. ¿Para qué quiere ahorrar en bancos extranjeros sacos de *valuta* un dirigente político convencido de viajar en el tren más justo de la historia?

—¿Cree que llegará a resolver el enigma?

—¿Usted también lo ve así, como yo, verdad?

Oliver parecía ansioso por recibir respaldo.

—Parece evidente, de acuerdo con lo que se está descubriendo en mi patria. Me confunde, pero no me obsesiona. Me han dejado en paz. Con eso tengo bastante.

—Ya. Pero es que a mí me han utilizado como a un primo para hacerse ricos. Y parte de esa riqueza

me pertenece.

—¿Ha hablado con su suegro?

—No. Volvió de Londres y se marchó de inmediato a Moscú. No le he visto.

—¿Y cree que está involucrado en el negocio de las armas?

—¿Por qué no?

—¿Lo ha hablado con su esposa?

—No. Está a punto de dar a luz, y tengo miedo de que nos disgustemos. No me lo puedo permitir precisamente ahora.

—Pues desapareciendo toda una noche de casa, no le está dando ninguna alegría.

—Sabe que usted y yo tenemos mucho que hablar. Me entiendo bien con Rosa... Pero tiene razón, estoy hecho polvo. Vamos a coger un taxi. Tengo que sacar el coche del aparcamiento para volver a casa.

En un bar de la plaza de Antón Martín desayunamos café con leche y porras. Yo paladeé las mías, empapadas en el ardiente líquido, mientras Oliver telefoneaba a su mujer. Luego pedí una copa de cazalla, y me sentí un torero después de una noche

en blanco pensando en lo canalla que es ganarse la vida engañando morlacos con un capote y despachándolos de una estocada.

Por una calle estrecha poblada de negocios anacrónicos nos dirigimos a mi pensión. Pasábamos ante droguerías-bazares con estanterías pobladas de productos en desuso, librerías de viejo asfixiadas en polvo, escaparates ruinosos que nadie había renovado en décadas, placas que recordaban que Cervantes o Lope de Vega habían vivido allí hacía siglos. Los relojes de una vetusta joyería marcaban las nueve y media. A la altura de un caserón que decía ser la Real Academia de Historia sentí un pinchazo en la barriga. Pero no tenía nada que ver con los efectos el desayuno. Vi que Oliver se paraba en seco. Me vino a la cabeza una sensación irracional, impropia, como si él y yo hubiéramos sido víctimas del mismo calambrazo.

Por la acera de enfrente de la calle en la que desembocaba la nuestra, bajaba *Cap-de-Canoa*. Oliver y yo nos miramos como dos cazadores acostumbrados a depredar juntos, y seguimos su rastro con la mayor discreción.

El elemento caminaba hacia la plaza donde se halla el Parlamento español. Nosotros, a distancia, atentos a su itinerario, nuestro mecanismo de percepción en modo automático, sin decirnos ni una

palabra, nuestras conciencias disparadas en todas las direcciones, preparadas para cualquier sorpresa.

La mía se entretuvo en la última conversación que hubo entre mi esposa y yo, el día antes de su paso a la clandestinidad a Francia como etarra liberada. Yo leía en aquel momento un libro sobre los filósofos presocráticos, y estaba atrapado como una mosca en la tela de araña del *Ápeiron*, uno de esos misterios racionales que los griegos suministraron a la caterva filosófica occidental, que los soba siglo tras siglo y les saca brillo. María, la etarra, leía una novela negra francesa.

—Si sigo leyendo este libro, puede que un día me mate, porque cada vez entiendo menos y me deprimó más —dije.

—Pues no lo leas.

—Necesito hacerlo. Estoy a punto de descifrar el timo ese 'del mito al logos', el supuesto paso de la mitología al pensamiento racional. El caso es que los griegos no quisieron engañar a nadie, han sido los filósofos posteriores los que se han liado con su entusiasmo de parásitos.

—¿Y cuándo piensas matarte?

—El día de la proclamación de independencia de Euskadi.

María se rió.

—Nunca descubrirás la impostura que buscas. Harías mejor entreteniéndote con la novela negra. Te darías cuenta de que al lector lo que le interesa es la buena construcción de la intriga, y su conexión verosímil y eficaz con los personajes. No valen propuestas misteriosas sin principio ni final.

No entendí qué pretendía decirme María, y regresé al *Ápeiron*, materia prima de un Cosmos tan variable que empezaba y acababa una y otra vez, una variedad de cosmos que, acaso, podían coexistir, como coexisten las clases sociales en continuo conflicto, hasta un devenir no muy lejano en el que el *Ápeiron* adquiriera la sustancia y la forma del comunismo universal.

En ese instante de nuestra persecución de *Cap-de-Canoa*, aquella conversación fluyó a mi conciencia como salta una pompa de jabón de un barreño lleno de ropa y detergente. Explotó delante de mis narices, en el momento en el que vimos que *Cap-de-Canoa* entraba en el edificio del Congreso exhibiendo un pase. Una intriga buena, verosímil y eficaz, había dicho María la etarra. Pensé en comentárselo a Oliver, pero lo rechacé por inoportuno.

¿Existe una dispersión de mundos que a veces

se entrecruzan? Es un motivo recurrente de la ciencia ficción occidental, incluida la soviética. ¿De qué mundo venía el teniente Caunedo, vestido de paisano, procedente de la plaza de Neptuno, y directamente de cara a nosotros, que nos habíamos parado ante la verja que cierra el espacio entre el atrio del Congreso y la pareja de leones y el edificio adjunto?

El teniente Caunedo había sido comandante de puesto en el municipio de Alcalá de Chivert, que dejó de dirigir mientras yo estaba en Berlín con Oliver, en diciembre del año anterior. Me dijeron en el cuartel que le habían reclamado de Madrid, y que estaba en un servicio de protección de políticos. Exactamente lo que nos explicó, después de saludarnos. Le presenté a Oliver como un amigo de Valencia, y le comenté que hacíamos turismo en Madrid. Entonces se produjo la conexión eficaz y verosímil que necesitábamos.

—¿Queréis visitar el Congreso?

En un abrir y cerrar de ojos, las puertas del Gran Refugio en el que *Cap-de-Canoa* se había introducido, se abrieron para nosotros, previa protocolaria presentación de nuestros carnets de identidad.

—Os dejo en la cafetería. Dentro de media hora os recojo y os enseño este santuario de caza.

Nos dirigió una mirada cómplice, que

agradecemos con una sonrisa al efecto, aunque ni Oliver ni yo captamos el humorístico sentido de aquellas palabras de Caunedo. Nos acompañó hasta la entrada de la cafetería-comedor, un espacio diseñado y servido al estilo de un club de campo para personas escogidas, a precios de barrio de chabolas.

Oliver y yo penetramos en aquel salón bien iluminado, funcionalmente decorado y atendido por una brigada de camareros. Tuve la misma sensación que la primera vez que visité el *Palast der Republik*, el equivalente al Parlamento español en la RDA: un temor solemne, la impresión de estar viviendo un acontecimiento personal, las emociones de un creyente que entra en el Vaticano o en la plaza de la Kaaba de la Meca. Observé con el rabillo del ojo a Oliver, y lo más que descubrí en él fue un aire de turista harto de ver monumentos. Alguno de los dos, o él o yo, se había vuelto un escéptico.

Quizá ambos, sentencié, el mismo instante en que mis ojos descubrían en un extremo del salón al escuchimizado *Cap-de-Canoa* charlando, con gesto confidencial, con un individuo de porte atlético. Di un codazo a Oliver y le indiqué con la cabeza el hallazgo. Sin detener el paso, actuando como si alguien nos siguiera y no quisiéramos delatarnos, nos desviamos hacia un lugar desde el que podíamos vigilar a *Cap-de-Canoa* con cierto disimulo.

—¡Ese tipo es Yubero! —murmuró Oliver, masticando ansiedad e ira.

Me puso al corriente sobre el teniente coronel de la guardia civil Emilio Yubero.

—Florian y yo le vimos en Giessen, en compañía de Horst Riedel. ¡Y ahora aparece con *Cap-de-Canoa*!

—*Cap-de-Canoa* siempre me pareció un agente doble —sentencié con el estúpido alivio del que descubre una evidencia.

—Esa es una categoría que *Cap-de-Canoa* no merece. Es un individuo ruin, como hay pocos, un cobarde y un egoísta. Lo único que tiene es olfato y sentido de la oportunidad, pero sólo se sirve a sí mismo.

—Como todo el mundo, Oliver.

—Pero ese tío es una sabandija porque predica la moralidad y los escrúpulos éticos, y él se cisca en ellos.

—¿Y Yubero?

—Hasta hace poco le tenía por un servidor público, un garante de la seguridad. Pero empiezo a sospechar cualquier cosa mala de él.

—¿Cómo por ejemplo?

—Se lo diré cuando tenga evidencias... ¡Ojo! ¡Ojo! Se están despidiendo.

En efecto, *Cap-de-Canoa* se levantó y dio la mano al tipo atlético, que no se movió del asiento. Era la ceremonia patética de un sicario mal alimentado rindiendo tributo al amo harto de salud y de riquezas. La realidad puede convertirse en melodrama con un poquito de literatura, mi compatriota y camarada Bertold Brech sabía mucho de eso.

—Voy a seguir a la sabandija. Seguro que descubro algo. Usted quédese aquí, para que su amigo Caunedo no se sorprenda. Dígale que he llamado a casa, y mi mujer se ha puesto de parto. No exagerará mucho.

Fue lo último que supe de Oliver en dos días. Aunque lo que sucedió en ese lapso me lo contó él mismo luego.

Pero antes de seguir con el sabueso tras su presa, es preciso que remate lo que aconteció en aquel salón maravilloso al servicio de los elegidos por el pueblo soberano. Perdón por la mala ironía, me dejo dominar por el resentimiento de clase, cuando el verdadero comunista debe ser ajeno a las emociones. No estoy forjado en acero.

No tardó en asomarse Caunedo a la cafetería, y yo le hice signos para que se reuniera conmigo. Justifiqué la ausencia de Oliver, aunque él no parecía hacerme mucho caso, barriendo con la mirada el salón.

—Ven, Schulze, te voy a presentar a mi jefe.

Se levantó y prácticamente tomándome del brazo me condujo a la mesa en la que el atlético guardia civil en atuendo no uniformado, apuraba una coca cola.

Yubero me acogió con interés y amabilidad, y tras un intercambio protocolario de frases, soltó:

—Tenía gana de conocerle, Schulze. Imagino que estará usted perplejo con los acontecimientos de su país.

Así que tenía gana de conocerme, es decir, que sabía de mí. Se me secó la boca.

—¿Sigue usted en contacto con sus enlaces en la RDA? No, no. No se sienta obligado a responderme. Lo mío es deformación profesional. Quizá le interese saber que el teniente general Horst Riedel se ha refugiado en España. Para mí es un privilegio y una suerte que nos haya elegido a nosotros antes que a la CIA o al *Bundesnachrichtendienst*.

Lo pronunció en un alemán espantoso.

—Ha decidido convertirse en una baza en manos de España. Creo que por puro sentimentalismo. Como usted sabe, combatió con las Brigadas Internacionales...

Siguió hablando, y yo tomé buena nota de todo cuanto dijo. Pero en relación con esta historia, las amables palabras de Yubero en aquel salón dominado por la tranquilidad, la luz y la etiqueta democrática carecen de interés.

Caunedo se disculpó de atenderme, y me dijo que si quería asomarme al hemiciclo por mi cuenta podía hacerlo, porque los diputados no estaban en sesión.

Lo que hice fue alejarme a toda prisa de aquella trampa en la que no sabía si me había metido por casualidad yo solito o llevado por un destino oculto, es decir, instrumentalizado por alguien. Pero, ¿quién? Y ¿cómo? Es fácil pasar del determinismo a la superstición cuando le dominan a uno las emociones. No estoy forjado en acero, no.

En la puerta del Congreso, ocupando la Carrera de San Jerónimo, me topé con una manifestación inconcebible. Decenas de familiares de enfermos mentales reclamaban a voz en grito atención para sus parientes locos. Pedían más psiquiatras, más casas de

acogida, más dinero, más medicinas, más cariño, más comprensión. Algunos iban vestidos con camisas de fuerza, otros con gorros de papel. Y desperdigados entre la pequeña multitud se veían algunos rostros deshumanizados, como animalotes domésticos a los que han sacado de paseo.

Como he dicho, tardé dos días en encontrarme con Oliver. No me moví de Madrid esperando su convocatoria, porque sabía que contaba conmigo en su descabellada empresa (recuperar su dignidad e incrementar su riqueza), y yo me sentía obligado a auxiliarle, dada mi afición al imperativo categórico de la razón moral.

Lo único que hice fue mudar de residencia, a un lugar donde sólo llegaran ramalazos de la movida madrileña, fenómeno que se ha desplazado como la peste, infestando los extremos más pacíficos de Europa.

El reencuentro fue en un escenario de vergonzoso recuerdo: el banco donde Florian Kapellu se hizo célebre por un día gracias a un complot urdido por mí a tal efecto, aunque se me escapara de las manos.

Los acontecimientos siguieron rodando hacia su desenlace, al menos en lo que cuenta para esta

historia. Relato lo que de ellos me contó Oliver.

Se las ingenió para que *Cap-de-Canoa* no advirtiera el seguimiento del que era objeto. No le costó trabajo porque, aunque *Cap-de-Canoa* era un consumado maquinador, para las cosas prácticas era un adoquín. O quizá es que sobrevaloraba su ingenio y su inteligencia. Tomó un taxi en la Carrera de San Jerónimo, y Oliver saltó al siguiente de la parada, con la peliculera orden de “siga usted a ese coche”. La primera estación fue por los altos de Concha Espina (no sé dónde se encuentran, pero es la denominación que Oliver me dio del barrio), en la embajada de la todavía República Democrática Alemana, edificio que jamás he visitado.

Sin salir del taxi, esperó no mucho rato. Emergió el reptil, anduvo por la callecita de chalés hasta una con más tráfico, paró otro taxi, y se dirigió a la embajada de la República Federal Alemana, en la Castellana, avenida tan ancha como la *Stalinallee* de Berlín, pero más humana.

Oliver despidió al mosqueado taxista dándole la explicación que el tipo exigía mudamente.

—No crea usted que estamos rodando una película de espías. Ese sujeto tiene una deuda conmigo, y le estoy siguiendo para averiguar si puede

pagarme o no. Nada que ver con la política internacional.

También le dio una propina. Estoy seguro de que el tipo todavía cuenta la aventura mientras almuerza con sus compañeros.

Oliver decidió no esperar más, porque dio por seguro que un encuentro con *Cap-de-Canoa* no le depararía información fiable, y tomó otro taxi camino del aparcamiento de la calle Huertas para recoger su coche e ir a casa.

En el último tramo de ese viaje empezó a relajarse tanto que temió quedarse dormido y tener un accidente. Llegó a su destino en un estado de duermevela. Se duchó y se metió en la cama a descansar. Le despertaron las protestas de su estómago y un rumor de conversación muy inquietante. La inquietud, dice Oliver, provenía de uno de sus Hombres Osmóticos, que le apremiaba a salir del sopor y enfrentarse a los hechos.

Los hechos eran que papá Amorós se había presentado en casa de su hija y de Oliver, y estaba preparando, él mismo, un salmorejo con tomates traídos de un invernadero ecológico que poseía en Benisa, en la Costa Blanca.

—A Julián le encanta el salmorejo, y si tú dices que no ha comido, se levantará hambriento.

Algo más que hambriento salió Oliver de la alcoba, poniendo bien la oreja a la distendida conversación de papá Amorós con su hija.

—¿Y cómo es que no ha dormido en casa?
¿Tenéis problemas, cariño?

A Oliver le habría gustado asomarse a la cocina y decir algo así como “Ni tu hija ni yo tenemos problemas. Pero tú sí que vas a tenerlos, pedazo de canalla.” En lugar de eso, entró, saludó y aceptó un zumo de naranja.

Después de que todos hubieron comido, a eso de las cinco y media (¿no estarían cenando?, digo yo, alemán a quien España no ha variado sus costumbres domésticas privadas), Rosa, la esposa de Oliver, se despidió de ambos y se marchó al curso parto.

Todavía ofreció alimento Amorós a su yerno.

—He traído *arrop i tallaes*. ¿Te apetece un poco?

Oliver arrugó el ceño y disparó.

—Quiero que me digas si tienes que ver con el tráfico de armas desde los países socialistas.

Amorós reaccionó como si hubiera estado esperando la pregunta.

—Tengo que ver, pero no tanto como tú temes.
¿Por qué quieres saberlo?

—Porque Horst Riedel te conoce...

—Y yo a él —cortó Amorós, sin perder la compostura—. Igual que tú. Conozco a las personas que hay que conocer para prosperar.

—Algunas están llenas de mierda.

—No lo dudo. Yo no tengo ningún compromiso político, ideológico o moral con nada ni con nadie. Trabajo para ganarme la vida lo mejor posible.

La ira de Oliver, una vez fuera del émbolo, empezó a disiparse en la tranquila atmósfera de la cocina.

—Yo tampoco me siento obligado a ningún compromiso político. Pero el tráfico de armas me parece tan sucio como el tráfico de blancas. Nunca participaría en él conscientemente, aunque fuera un sacrificio para una causa final tan justa como el comunismo.

—El comunismo no es una causa justa —replicó Amorós—. El comunismo no existe, es una idea que algunos pretenden poseer en exclusiva, y se han empeñado en realizar a sangre y fuego. Lo que existe son los hombres, sus miserias y sus sueños. Y

las armas son uno de los medios para plasmarlos. Aunque te digo que yo no he participado nunca en el negocio de las armas.

—Pero reconoces que sí tienes que ver con él.

—Sé que se hace. Sé que existe, que lo dirigen los mismos que comercian conmigo. Pero me mantengo lejos de él. ¿Quién te ha dado la información, Riedel?

—Sí.

—Te ha mentado. Él sabrá por qué. Debe de estar en problemas.

—Ya lo creo. Todo indica que se ha refugiado en la Dirección General de la Guardia Civil. Le he visto yo mismo. Conoce a un teniente coronel, Emilio Yubero.

—No sé quién es ese hombre. ¿Cuál es tu relación con Riedel?

—Trabajaba para él.

—A mis espaldas...

—¿De qué otro modo podría hacerlo manteniendo la disciplina? ¿Tú también has estado al servicio de la HVA?

—No, al menos que yo sepa. Pero sí te puedo decir que Horst Riedel maneja una red internacional de compraventa de obras de arte falsificadas.

—Lo sé. Mi padre hacía las copias y las falsificaciones.

—¡Demonios, Julián!

—Escribió una relación minuciosa de todo lo que hacía. Una supuesta agente rusa, en realidad al servicio de la STASI, me entregó el cuaderno. Pero era una falsificación mecanografiada. El manuscrito lo tenía mi madre. Contiene una lista de todos los cuadros falsificados y las referencias que mi padre pudo obtener de lo que se hacía con ellos. Pero supongo que él había arrancado cuidadosamente las páginas que contenían esta información y mi madre las depositó en la caja fuerte de un banco.

—¿Posees esas hojas?

—Sí, pero no me sirven de nada. Permití que ese Emilio Yubero hiciera copia de ellas... Sin saber que Yubero tenía relación con Riedel. No sé qué pensar de todo eso. ¿Utilizó la copia Yubero para presionar a Riedel? ¿Estaban de acuerdo desde mucho antes y se dedicaban a hacer negocio? ¿Qué tiene que ver en el asunto Rudi Kapellu, un agente doble o lo que sea, que también andaba detrás de las hojas manuscritas?

—Supongo que te gustaría salir de dudas. Yo no puedo ayudarte, hijo. Te lo prometo. Me creas o no, mis negocios son tan limpios o tan sucios como tú los conoces. Mucho de lo que yo hago está en tus manos. No hay agenda oculta. Te lo juro por mi hija.

—¡Necesito salir de dudas! Además, una comisión de los negocios realizados me corresponde, por mi padre.

—Eso me parece muy razonable, Julián. ¿Qué tienes pensado para conseguirlo? ¿Plantarte ante Riedel o ante Yubero y solicitarlo por escrito?

—¿Te parece una locura?

—Sí. Y también una falta de vergüenza. ¿Cómo te atreves a juzgar a los traficantes de armas?

—Soy un Hombre Osmótico. Estoy lleno de individuos que se pelean entre sí.

—Nunca me ha convencido eso de tu Hombre Osmótico. No sé si es una invención tuya, un argumento de socorro, una excusa, o esquizofrenia pura y dura. Espero que no sea genético y mi nieto nazca libre de ese lastre.

Oliver se sintió acorralado por su suegro. Estuvo a punto de arrodillarse ante él y suplicarle comprensión. Aguantó en pie, pero no pudo evitar un

torrente de lágrimas.

—Mi peor suplicio ha sido la desconfianza... Cuando creía en algo o en alguien, me sacaban de un empujón de aquel lugar confortable y me inculcaban una nueva doctrina. No creo en nada, y necesito creer en algo.

Papá Amorós arrancó un trozo de papel de cocina y se lo dio, pero evitó manifestar algún tipo de piedad.

—Te tienes a ti, como todo el mundo. La verdad nos la construimos cada uno sobre nuestras propias observaciones. Si nos dejamos seducir por una doctrina o por un maestro, estamos jodidos.

Entonces, Oliver le abrazó.

—Quiero ir al banco, retirar la caja fuerte y destruir los papeles de Olegario Micó.

—¿De quién?

—De mi padre.

—¡Ah, bueno!

—Me gustaría que me acompañaras. ¿Te viene bien mañana por la mañana?

—Mejor pasado, mañana es fiesta.

—Gracias.

Amorós se dirigió al salón de estar, tirando de la manga del doblegado Oliver, y se plantó ante el cuadro de “El Caballero de la Mano en el Pecho”, enmarcado a lo barroco.

—No sabía que te lo hubieras traído de Valencia. ¿Es uno de los trabajos de tu padre?

—Sí. Pero lo hizo durante la guerra civil, para demostrarle a Renau que era un buen copista.

—¿Renau? ¿El fotomontador?

—Sí. Fue Director General de Bellas Artes, y luego Comisario de Propaganda.

—¿Y si no fuera una falsificación? ¿Y si fuera el auténtico?

El tinte melodramático que está adquiriendo la historia me inclina a un distanciamiento brechtiano. Quizá éste sea el momento de incluir una gestión que hice aquel día de fiesta, después de descansar a salvo de la jarana madrileña.

Salí en busca de Florian Kapellu. No sabiendo dónde vivía, me entregué a la suerte, bien que siguiendo un método científico. Sabía que Florian

tenía relación con el mundo del teatro clásico, que el barrio de las Letras era su territorio, y que en la plaza de Santa Ana existía un establecimiento llamado “Cervecería Alemana”, frecuentado por bohemios y asimilados.

Por la mañana, paseé entre la Puerta del Sol y el Prado, zigzagueando por calles que han sido escenario de mucha e importante historia, subestimada por esos españoles que sienten vergüenza por su pasado más espléndido. Pasé varias veces por delante de la Cervecería, y me asomé a ella sin encontrar a mi presa. A mediodía, entré y estuve allí una hora.

Me retiré a hacer una siesta, y regresé a media tarde, aposentándome en la mesa del rincón fronterero a la entrada, bajo un lienzo que representa a la propia cervecería, como un espejo, dispuesto a esperar. Mi paciencia fue recompensada. A eso de las seis apareció Florian acompañado de una mujer morena de pelo lacio y bizca. Se sentaron en la mesa de al lado, una de las pocas libres, sin que él me reconociera. Hablaban de trivialidades. La impresión que me daba es que formaban lo más parecido a una pareja, de lo que deduje que sería la payasa que había encontrado en la plaza de Canalejas.

Al cabo de un rato, la mujer miró su reloj de pulsera y dijo, “se me va a hacer tarde”. Se levantó besó en la boca a Florian y ambos se cogieron de la mano.

—¿No quieres que te acompañe a la estación?

—¡Que, no! Che. Tío. Odio las despedidas.

—Buen viaje, Ángela.

Hubo otro besito, la mujer salió y Florian tornó a sentarse.

Me volví hacia él, le saludé en alemán y me presenté, recordándole el incidente del banco.

—No sé si le perjudiqué o le favorecí, pero fue una mala acción por la que me excuso.

Reaccionó con naturalidad a la sorpresa. Estaba aprendiendo rápido aquel tipo ingenuo y moldeado en la confianza ciega.

—Supongo que me está usted buscando.

—Sí. Pero no represento a nada ni a nadie. Sólo quería resolver un pequeño enigma. Usted tiene un hermano...

Suspendí mi discurso, para observar su reacción, que fue inmediata y simple.

—Sí, Peter.

—Que vive en Leipzig...

—No estoy seguro. Lo último que sé de él es que se ha reunido con su novia en Tarragona.

—En Alcalá de Chivert, Castellón de la Plana. Está relativamente cerca. Se acaba de comprar un chalet.

—¿Por fin lo ha hecho?

—Se lo he vendido yo. Tengo una agencia inmobiliaria. Y le juro a usted que ha sido una increíble casualidad, al menos en lo que a mí concierne. Dudo que Inteligencia de nuestro famélico país se dedique a planear este tipo de acciones. No hay ningún motivo aparente.

—Es posible. ¿Y cual es el enigma?

—Conocí a su hermano en Berlín, cuando él participaba en una mesa redonda del gobierno con la oposición. Todavía no hace ni seis meses, y parece que fue hace un siglo. Se han malgastado tantos esfuerzos... Sólo le vi un momento, de manera que él no me reconoció en la agencia.

—¿Y usted a él, sí?

—Al ver su pasaporte. De una persona comprometida con el futuro de su sociedad ha pasado a ser un *deutsch Landesverwiesen*, según se calificó su mujer de él. Lo que me dejó “de piedra”, como dicen

los españoles, es que pagara en dólares, que traía en una vieja bolsa de deportes. Supuestamente era una herencia o un préstamo de cierto pariente de su mujer, Christa Skibinski, que vive en los Estados Unidos.

—Sí, es una trola. ¿Por qué quiere usted saber de dónde ha salido ese dinero?

—Por pura y simple curiosidad. Sigo siendo marxista, creo que el destino ineludible de la humanidad es el comunismo o la destrucción. He servido a mi país con convicción, aunque en los últimos tiempos he descubierto mucha mierda. Aquellos a quienes servía eran una pandilla de sinvergüenzas. Como nuestros compatriotas allí, he abierto los ojos. La ventaja mía es como la suya, vivimos fuera de ese nido que ahora se está llenando de serpientes. No necesitamos huir.

—Es un regalo de tío Horst.

—Así que Horst Riedel está repartiendo regalos.

—Sólo a su familia. Peter es hijo biológico suyo, yo no. Mi padre era Rudi Kapellu.

—¿Sabe usted qué me parece todo esto?

—Si, una telenovela caribeña. Pero debe de ser verdad. Y si es otra trola de tío Horst o de Peter, me la

refanfinfla— esto último lo dijo en español.

—¿Y su hermano o su hermanastro ha aceptado ese dinero sin más?

—Tiene razones de mucho peso. Usted ha descrito bien lo que es nuestro país en estos instantes, un bazar. Peter ha llenado su vida los últimos años de una ilusión. Formaba parte de un grupo de personas que se creían capaces de cambiar el rumbo de la RDA. Lo pasaban mal. Pero también se lo pasaban “bomba” —esto lo dijo en español—. La amistad era estrecha entre todos, compartían una pasión, su vida tenía un sentido poderoso... De pronto, todo eso se derrumba. El futuro de la RDA no lo están decidiendo los ciudadanos de la RDA, sino las grandes potencias, los servicios de inteligencia, los “gerifaltes” de antaño — esto último también lo dijo en español.

—¿Quiénes?

—Es una novela de Valle Inclán, un escritor español muy castizo. Estoy trabajando en ella para hacer un montaje teatral. Los dirigentes de siempre, los que han estado ocultos tras las pantallas del aparato. Están asegurando su futuro, el poco que les queda, porque la mayoría son unos carcamales. Peter ha sido lúcido. Si se queda en Alemania, se convertirá en un verdadero paria, nada de héroes, nada de sueños socialistas... Ha aprovechado el regalo de su padre.

Yo creo que se lo merece.

—Pero usted... —Yo estaba desconcertado, casi abatido.

—No me interesa conocer su juicio sobre este asunto. Le he dicho lo que usted quería, ¿no?

—Tiene razón. Sólo me sorprende las suertes tan distintas que han tenido usted y su hermano.

—Yo soy un tipo afortunado. Tengo un motivo para la esperanza. Mi mujer y mis hijos.

Mi mirada se desvió hacia la puerta de la cafetería, como si todavía permaneciera en ella la mujer bizca. Florian lo captó.

—Ángela es una buena amiga de Valencia. También tengo buenas amigas en Madrid. Sólo eso, amigas. Pero mi mujer es Giselle.

—Si no he entendido mal a Oliver, no ha visitado usted Berlín *Hauptstadt der DDR*.

—Le ha entendido mal. He ido varias veces. ¿Sabe que me dedico al negocio del arte? El arte moderno. Soy el *dealer* de un amigo mío, un pintor español que firma Lustgarten. Su pintura está calando de maravilla en la Alemania rica. Le he organizado dos exposiciones, en Dusseldorf y en Hamburgo. Y he

aprovechado esos viajes para visitar a mi familia. Giselle se resiste a salir de su refugio berlinés, pero cuando comprenda que ya no es ningún refugio, acabará viniendo.

—Veo que es usted un tipo emprendedor.

—Más bien un oportunista. El favor que me ha hecho a mí tío Horst ha sido ponerme en contacto con los mejores galeristas y marchantes de arte de Europa. Ignoro su relación con esas personas, pero tío Horst ha resultado una verdadera llave maestra en ese edificio del mercado del arte, cerrado a cal y canto.

Por un instante sentí una erupción de rabia y envidia. Ese joven mimado por su patria sólo había tenido un disgusto en su vida, y las circunstancias, o sea, su padrino, uno de los amos de su vieja patria, después de utilizarle suciamente, le había dado una recompensa. ¡Y yo, qué! Dejé que la estúpida emoción se desvaneciera en la cargada atmósfera de la cervecería, y me despedí de Florian, que sacó un cuaderno y una edición de “Gerifaltes de Antaño”, y se quedó allí tomando apuntes.

La tentación de telefonar a Oliver para enterarme de las andanzas de *Cap-de-Canoa* se convirtió en repugnancia. Lo que yo necesitaba era huir de aquel tinglado de intereses en los que podía quedar atrapado, como una mosca en una tela de

araña. Al fin y a la postre, mi papel en el Engranaje de la Historia era minúsculo. Yo había sido un funcionario sin escritorio en un Aparato creado para facilitar el tránsito de la sociedad hacia su futuro predestinado. No tenía ni parientes ni amigos importantes en ese Aparato. No me había procurado ninguno porque estaba convencido de que el Aparato no servía a nadie en particular. En definitiva, me había comportado como un ciudadano ingenuo, mucho más ingenuo que Florian. Ahora estaba desasistido. Mi único recurso era el trabajo, el ingenio, mi garantía, la relativa prosperidad forjada con grandes esfuerzos. O me resignaba a aceptar estas virtudes, que son la quintaesencia del capitalismo, o me consumiría la frustración. ¿Se puede practicar con eficacia el capitalismo y mantener las convicciones comunistas? Yo soy la prueba viviente.

Esta sucesión de reflexiones me indujeron a telefonar a Oliver. Me resumió su seguimiento a *Cap-de-Canoa*, y me citó al día siguiente a las diez en la oficina de aquel banco de vergonzoso recuerdo para mí.

Oliver no me adelantó para qué serviría mi presencia, incluso me pareció que era una mera concesión que me hacía, como actor secundario de una tragicomedia. Colgué con la impresión de que la historia en la que me había visto envuelto desde hacía casi un año llegaba a su fin.

A las diez en punto entré en el banco y pregunté por Oliver. Me llevaron a un despacho luminoso y funcional, donde se encontraba él mismo en compañía de tres hombres: Yubero y dos desconocidos. Me los presentaron como el suegro de Oliver y el director de la oficina.

—¡Hombre, Schulze! —exclamó Yubero—. ¡También usted aquí!

—Le he hecho venir como testigo —dijo Oliver.

Procuré mantener cara de póker, aunque sentí un acceso de ira. Una vez más era una pieza de dominó en unas manos sucias. Tomé asiento en la única silla libre.

—Acabamos de hacer un trato —continuó Oliver—. Me gustaría, Schulze, que fuera usted uno de los notarios —señaló a su suegro y al director—. Un notario informal. No habrá escrituras ni nada parecido. —Se aclaró la voz. El único papel encima de la mesa era un viejo cuaderno con tapas de hule, delante de Oliver—. Empiezo. Yo poseo un documento escrito por mi padre que contiene un listado de personas e instituciones europeas y norteamericanas, y alguna sudamericana, creo, ¿no? —dirigió una mirada da Yubero, que asintió—. Me

comprometo a no hacer público ese documento y a no utilizarlo como instrumento de chantaje de ninguno de los implicados. El teniente coronel Yubero posee también copia del documento mencionado, cuya veracidad ha sido ratificada por el teniente general del extinto *Ministerium für Staatssicherheit*, camarada Horst Riedel. Este documento y toda la información aportada por el camarada Riedel a los servicios de inteligencia españoles serán utilizados sólo y exclusivamente en beneficio de los intereses de España.

Oliver hizo una pausa. Miró a Yubero y siguió con su discurso.

—Y espero y deseo que los intereses de España sean los intereses de España, no de ningún español despabilado. Estos papeles —exhibió el cuaderno— son un arma muy poderosa para un Estado con necesidad de mantener el tipo en esta selva de fieras vestidas de etiqueta en la que se ha convertido el mundo. A cambio de mi silencio y mi prudencia, la empresa en la que participo con mi suegro tendrá trato de privilegio en todas las negociaciones de exportación e importación que tengan lugar entre España y los países afectados por el comercio de nuestra empresa.

Volvió a callar. Volvió a mirar a Yubero, que asintió con solemnidad.

—Como garantía de este compromiso, el Estado español, representado informalmente por el teniente coronel Emilio Yubero, pone su palabra. Y yo, por mi parte, me reservo una prenda. El lienzo conocido como “El Caballero de la Mano en el Pecho”, que heredé de mi padre y que, según las observaciones periciales realizadas ayer por un profesional competente y discreto, puede ser, repito, puede ser, el trabajo original de Domenikos Teothocopoulis. Este lienzo se encuentra en estos momentos viajando, convenientemente embalado, camino de un almacén especializado en la conservación de obras de arte, sito en una localidad europea cuyo nombre me reservo. Allí permanecerá el tiempo necesario. En el momento de mi fallecimiento, este cuadro se enviará al Museo del Prado para que expertos cualificados determinen su autoría. Si mi muerte es accidental, súbita y/o difícilmente explicable, el cuadro seguirá en el almacén no citado, y será heredado por mi hijo.

Oliver se levantó y tendió su mano hacia el centro de la mesa. Los demás hicimos lo propio, y suscribimos con esta ceremonia mosqueteril nuestra aceptación de la escritura verbal.

—¿Es niño la criatura? —preguntó Yubero con afecto familiar.

Oliver no se dignó contestar. Lo hizo su suegro.

—Parece que sí, aunque hasta que nazca no estaremos seguros.

—Espero que sea un buen parto.

Yubero tendió la mano a Oliver, que la aceptó. Luego saludó al suegro y finalmente se despidió de mí.

—Es usted un excelente profesional, Schulze. Lo tendremos en cuenta.

Me quedé con las ganas de decirle, “Hágame el favor de olvidarse de mí, por favor”.

Se apartó de nosotros y salió del despacho en compañía del director de la sucursal. Cruzaron lentamente el patio de operaciones con aspecto de vestíbulo de estación de trenes de alta velocidad, camino de la salida, mientras charlaban.

—¿Le ha sorprendido este desenlace? —me preguntó Oliver.

—Sí.

El suegro, un tipo robusto, de cabeza diminuta y cráneo pelado, me recordaba a un guerrero *Cyborg* de historieta gráfica. Mi desaparecida esposa era aficionada a los tebeos de fantasía, además de a la novela negra.

—Esta noche he tenido una pesadilla que no me quito de encima —dijo Oliver, ahora dirigiéndose a Amorós y a mí.

—¿Sus Hombres Osmóticos? —pregunté por mostrarme receptivo. El “sí” que acababa de largarle me había salido del alma, pero no era educado.

—No. Se me aparecía mi padre en el restaurante de la torre de la televisión de Berlín y señalaba hacia abajo como un ángel exterminador. No es que fuera vestido de ángel exterminador, pero lo percibía así. Yo tenía una barba blanca y atuendo de pastor del desierto arábigo, y rogaba a Olegario-Yahvé que no destruyera Sodoma a cambio de diez hombres justos. Pero Olegario me calmó, y me llevó volando hasta el suelo, al lado de las estatuas de Marx y de Engels que hay en el jardín de la *Spandauerstrasse*. De pronto se nos echó encima una ola gigantesca. Yo me tiré hacia la figura de Marx para sujetarme a ella, pero no me dio tiempo. Sin embargo, la ola no me arrastró, y tampoco a Olegario. Pero al retirarse el agua, las estatuas ya no estaban.

—Bueno, ese sueño es un resumen de lo que está pasando, ¿no? —Intervino Amorós—. ¿O tienes tu propia interpretación?

—La historia borrará el marxismo. No hay otra forma de interpretarlo.

—No es más que un sueño —dije yo.

—Sea lo que sea, mi decisión de llegar al acuerdo que acabamos de firmar, la había tomado antes. En todo caso es una confirmación de que he obrado con acierto.

—¡Y tanto! —exclamó Amorós.

—He tenido mucho gusto —dije estrechándoles las manos y largándome a toda prisa.

Alcancé a Yubero y al director de la sucursal en la puerta. Unos metros más allá un coche oficial esperaba al guardia civil.

—¿Quiere que le deje en alguna parte? —me preguntó Yubero.

Pensé, este tipo quiere proponerme algo. Y tuve que desactivar un acceso de ira. Pero el efecto fue quedarme inerme, debilitado. El miedo, la envidia y la ambición ocuparon este vacío, y de pronto me asaltó la idea apremiante de que debía mantener mi estatus, mi imagen de agente en la sombra, que era lo que había dado sentido a mi vida, y que estaba a punto de perder por culpa de esa ola monstruosa que se había llevado a Marx y a Engels por delante. ¿Qué importaba que cambiara de jefe? Yo era un excelente profesional, lo había reconocido uno de los mejores profesionales. Me estaba invitando a que le sirviera.

Iba a decir que sí, que aceptaba su ofrecimiento de llevarme en su coche, cuando el chófer emergió del vehículo de un salto.

—¡Mi teniente coronel, un atentado!

Yubero se olvidó de mí al instante.

—¿Dónde?

—En Atocha, un coche bomba.

Pero Yubero no me había olvidado.

—Lo siento, Schulze. Otro día. Llámeme si necesita algo. Estaré encantado de ayudarle.

¿Qué era aquello? ¿Una invitación? ¿Un distanciamiento? ¿Una despedida amable?

Yubero subió al coche y al mismo tiempo escuché la voz de Oliver.

—¡Espere, Schulze! ¡No se vaya!

Me volví. Venía hacia mí, agitando un sobre blanco.

—Me olvidaba de esto —dijo al llegar a mi lado, entregándome el sobre—. Es su comisión. Tiene derecho a ella. Tómela como un finiquito.

Cogí el sobre, lo abrí y saqué una hoja de papel mecanografiada.

—Es la información necesaria para que se haga cargo de una cuenta en el *Deutsche Bank*. Puede hacerlo en cualquier oficina del Banco Hispano Americano. Están asociados. Está en *valuta*, marcos. En una sucursal de Berlín. Pero puede usted cambiarla, aunque no le aconsejo que la traiga aquí en pesetas. No tardaría mucho en devaluarse.

La cantidad escrita en el papel era 300.000 DM. ¿De dónde habría sacado Oliver esa fortuna?

Una pregunta estúpida.

Cuando volví a mirar hacia la calle, el coche de Yubero se alejaba por la Castellana, camino de un paso elevado. Por un instante tuve la sensación de que me estaban observando a mi espalda, una mirada muy intensa clavada en mi coronilla. No era Oliver, que permanecía a mi lado. Algo me avisó de que no girara la cabeza, pero como la mujer de Lot, el único hombre justo, no pude resistir la tentación. Y estuve a punto de convertirme en estatua de sal.

A pocos metros de mí se encontraba María García, mi esposa, la huida. Se me ocurrió la estúpida idea de que me estaba buscando, de que volvía a mi lado. Pero eso era absurdo, además de imposible. Entonces, sin hacer el menor gesto, se volvió y

desapareció tras una esquina. Pensé que los nervios me habían traicionado, y me giré hacia Oliver. No podía irme con el sobre sin mostrar agradecimiento o alguna emoción cordial.

Entonces se produjo una explosión. Tan próxima como para aturdirnos y empujarnos hacia atrás con su mano invisible, pero no tanto como para herirnos. Un chorro de energía emergió del asfalto y el paso elevado se volvió borroso. Un coche estaba ardiendo. El tráfico se detuvo en seco. La onda expansiva había formado un círculo de coches dañados en torno al de Yubero, el objeto de la explosión. Una chimenea de humo negro se revolvió hacia el cielo. Horrorizado, y con el corazón batiendo al límite, me sentí un hombre afortunado. Y libre.

Kraftshofer (Franken), enero 2009 – noviembre 2011